

S A Q U E O



R O B E R T C A S A N O V A S

Novela histórica



Resumen

Esta novela histórica, inspirada en hechos reales, narra la expedición franco-británica de 1860 en China y el saqueo del Palacio de Verano de Pekín. Tras las victorias militares de Dagü y Palikao, los ejércitos aliados descubren el Palacio de Verano (Yuanmingyuan), residencia imperial con tesoros milenarios. Ante estas riquezas, la disciplina se derrumba: durante tres días, los soldados saquean sistemáticamente porcelanas, jades y bronce. Los británicos incendian luego el palacio. Trasladados a Francia, los objetos robados se obsequian a la emperatriz Eugenia, quien crea el museo chino de Fontainebleau. Víctor Hugo denuncia públicamente este saqueo, calificando a Francia e Inglaterra de «bandidos». El diplomático chino Pin Chun exige la restitución de los tesoros, profetizando que China nunca olvidará esta humillación. La novela explora las conciencias torturadas de los personajes frente a la hipócrita transformación del saqueo en «preservación cultural».

El autor

Robert Casanovas, quien ya ha publicado «La habitación robada» y «El testamento era un falso», es profesor titular honorario y miembro de la Sociedad de Escritores (Société des Gens de Lettres). Jurista apasionado por la historia de las colecciones artísticas, ha dedicado muchos años al estudio de las apropiaciones de obras de arte por los Estados. Presidente de la ONG International Restitutions, ha publicado numerosos trabajos académicos sobre el tema.



ADVERTENCIA

Esta novela se basa en investigaciones históricas exhaustivas, incluyendo los raros testimonios chinos que han sobrevivido, los informes militares británicos y franceses, los artículos de periodistas de la época y los archivos de museos europeos. Aunque algunos personajes son ficticios como individuos, sus experiencias y acciones se basan en relatos reales de supervivientes. Los detalles sobre los objetos, los edificios y los acontecimientos son tan precisos históricamente como las fuentes disponibles lo permiten. El Palacio de Verano era realmente una de las maravillas arquitectónicas del mundo, y su destrucción representa una de las mayores pérdidas culturales del siglo XIX. La versión original, redactada en francés, ha sido traducida a varios idiomas extranjeros. Las versiones traducidas pueden contener errores lingüísticos, contrasentidos o aproximaciones.



Versión española

Saqueo

Robert Casanovas

casanovas@hotmail.com

Depósito legal diciembre 2025 – Ebook digital y versión papel

© 2025 Casanovas. Todos los derechos reservados

ISBN: 9782488999021

www.international-restitutions.org

Portada: El antiguo Palacio de Verano restaurado – China Informaciones 2025

Del mismo autor: La habitación robada (novela)

El testamento era falso (novela)

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1: El camino de la infamia

Capítulo 2: El tesoro del hijo del cielo

Capítulo 3: Los testigos silenciosos

Capítulo 4: El viaje

Epílogo

SAQUEO

PRÓLOGO

París, 4 de noviembre de 1859

Los adoquines de la rue Saint-Dominique brillaban bajo una lluvia fina que transformaba París en un cuadro grisáceo. El general Charles Guillaume Cousin de Montauban permanecía de pie ante la ventana, las manos en la espalda, observando a los transeúntes que se apresuraban bajo sus paraguas.

Detrás de él, el mariscal Randon, ministro de Guerra, hojeaba documentos con un gesto maquinal. El silencio se extendía entre ellos, puntuado por el crujido del parquet y el roce ocasional de una página. Randon levantó la cabeza, sus cejas pobladas fruncidas.

—Montauban —dijo con voz grave—, el Emperador le confía una misión que sobrepasa ampliamente el marco de una expedición militar ordinaria.

El general giró hacia él. Su rostro tallado a cincel, marcado por las campañas de África, permaneció impassible. Sus ojos azules, de una claridad inquietante, se posaron sobre el ministro.

—Estoy dispuesto a servir al Imperio dondequiera que sea, señor mariscal. China no me asusta más que los desiertos argelinos.

Randon esbozó una sonrisa. Se levantó de su sillón —su corpulencia hacía laborioso cada movimiento— y se acercó a un vasto mapa desplegado sobre una mesa adyacente. Mostraba el Imperio chino en toda su extensión, un territorio inmenso marcado con caracteres extraños y trazos aproximados.

—No se trata solamente de valor, Montauban. Los ingleses fracasaron el año pasado al intentar forzar la desembocadura del Peiho. Sus navíos fueron rechazados, sus muertos se cuentan por

decenas. La honra que perdieron los corroe como una herida infectada. Lord Elgin arde en deseos de vengarse.

El general se unió al mapa a su vez, examinándolo con la atención de un cazador estudiando su terreno. Su dedo trazó una zona desde la costa hacia el interior de las tierras.

—Cometieron el error de atacar de frente. Si he comprendido bien los informes, los chinos tuvieron tiempo de fortificar la desembocadura. Habrá que rodear, golpear donde no nos esperan.

—Eso es lo que Su Majestad espera de usted —respondió Randon posando una mano sobre el hombro del general. La familiaridad del gesto contrastaba con su reserva habitual—. Diez mil soldados le serán asignados. Dos brigadas bajo las órdenes de los generales Jamin y Collineau. Hombres aguerridos, que lo seguirán hasta el infierno si es necesario.

Montauban asintió. Se apartó del mapa y dio algunos pasos por la habitación. Su mente calculaba las distancias, los plazos, las innumerables variables de una campaña al otro lado del mundo.

—¿Y los ingleses? ¿Cuál será la amplitud de su compromiso?

—El general Grant dispondrá de doce mil hombres. Más numerosos, ciertamente, pero menos disciplinados que los nuestros. Tratará con tropas coloniales, indios, contingentes heterogéneos. La coordinación será un desafío en sí mismo.

El general emitió un gruñido sordo. Conocía la reputación de los ejércitos británicos, su eficacia templada por una tendencia al saqueo que los oficiales se esforzaban en contener. La idea de una campaña conjunta lo inquietaba, pero no dejó traslucir nada.

—¿Cuándo debo partir?

—Lo antes posible. Los navíos están listos en Brest y en Tolón. Debería estar en Hong Kong en febrero.

Randon volvió a su escritorio y sacó un sobre con el sello imperial.

—Aquí están sus instrucciones oficiales. El Emperador añade una carta personal. No lo decepcione.

El general tomó el sobre con un respeto casi religioso. El peso del papel, el brillo de la cera roja, todo encarnaba la voluntad del Imperio. Deslizó el sobre en su túnica, contra su corazón.

—Su confianza será justificada, señor mariscal.

Randon lo acompañó hasta la puerta. Antes de partir, Montauban se volvió una última vez.

—¿Puedo permitirme una pregunta, señor mariscal?

—Lo escucho.

—¿Qué sabemos realmente de ese emperador chino? ¿De ese palacio del que tanto se habla?

El rostro de Randon se endureció. Dudó, como si sopesara la oportunidad de compartir una confidencia.

—Los jesuitas que han residido allá hablan de una maravilla arquitectónica. Jardines inmensos, palacios por decenas. El emperador Xianfeng reside allí más voluntariamente que en la Ciudad Prohibida. Se dice que ese lugar encierra tesoros acumulados durante siglos. Pero no son más que rumores, Montauban. Su misión es militar. Forzar la ratificación del tratado de Tianjin. El resto... el resto dependerá de las circunstancias.

Montauban salió al pasillo débilmente iluminado. Sus pasos resonaban sobre el mármol con una cadencia marcial. Un pensamiento lo atormentaba: en las guerras lejanas, las circunstancias tenían una desagradable tendencia a escapar de todo control.

CAPÍTULO 1 - EL CAMINO DE LA INFAMIA

Las despedidas de París

París, 10 de noviembre de 1859

Una semana después de su entrevista con Randon, en el salón del hotel particular de los Montauban en la rue de Varenne, reinaba una atmósfera bien diferente. Las pesadas cortinas de terciopelo granate ahogaban los ruidos de la calle. Candelabros de bronce proyectaban una luz dorada sobre los rostros reunidos. Louise de Montauban, esposa del general, presidía este modesto círculo con una elegancia que apenas ocultaba su inquietud.

Sentada cerca de la chimenea, sostenía entre sus dedos una taza de porcelana de Sèvres que no había tocado. Sus dos hijas, Mathilde y Clémence, la rodeaban en un mutismo inhabitual. Frente a ellas, el capitán Armand Delmas, joven oficial de artillería recién promovido al estado mayor del general, se esforzaba en tranquilizar a estas damas con un optimismo que sentía solo a medias.

—Señora —comenzó eligiendo sus palabras con cuidado—, el general su esposo es un hombre de experiencia incomparable. Sus campañas en Argelia le han forjado una reputación que todo el ejército reconoce.

Louise levantó la mirada. Sus pupilas, ordinariamente dulces y benevolentes, portaban una intensidad turbadora.

—Capitán, me casé con Charles hace veintitrés años. He aprendido a leer en sus silencios lo que nunca dice. Esta expedición lo inquieta más de lo que quiere admitir. China no es Argelia.

El capitán se inclinó hacia adelante, uniendo sus manos entre sus rodillas. A sus veintiocho años, conservaba ese fervor juvenil que empuja a los hombres a creer en la gloria militar. Sin embargo, frente a esta mujer que había vivido tantas partidas y esperas, su seguridad vacilaba.

—Por esa razón, el Emperador ha elegido a su esposo, señora. Porque sabe adaptarse, anticipar. No estaremos solos. Los ingleses...

—Los ingleses —cortó Mathilde, la mayor de las hijas, con un punto de acidez en la voz. A veintiún años, poseía el aplomo de las jóvenes bien educadas que leen los periódicos y siguen los asuntos del mundo—. ¿Esos mismos ingleses que fueron rechazados el año pasado? Padre dice que su almirante Hope perdió cuatro navíos y cientos de hombres.

El oficial buscó sus palabras, pero fue Clémence, la menor, quien rompió la incomodidad con la franqueza desarmante de sus diecisiete años.

—He oído decir que el emperador de China vive en un palacio maravilloso, con jardines que se extienden sin fin. ¿Es verdad, capitán?

—Se cuentan en efecto cosas extraordinarias, señorita. Misioneros han visto ese palacio que llaman Yuanmingyuan, el Jardín de la Perfecta Claridad. Parece que es una ciudad dentro de la ciudad, con lagos artificiales, puentes de mármol, pabellones por cientos. El emperador ha hecho construir allí copias de paisajes célebres de todo el Imperio.

—¿Y los tesoros? —preguntó Mathilde con una curiosidad menos inocente—. Se habla de jade, de porcelanas antiguas, de objetos preciosos acumulados durante dinastías.

Louise posó su taza sobre una mesita con un ruido seco que devolvió la atención sobre ella.

—Mathilde, Clémence, estas preguntas son inapropiadas. Vuestro padre parte en misión militar, no para saquear palacios como un vulgar aventurero.

El reproche, aunque formulado con dulzura, hizo sonrojar a las dos jóvenes. Delmas, avergonzado, intentó arreglar la situación.

—Por supuesto, señora. El general es muy claro al respecto. Nuestro objetivo es forzar a los chinos a respetar el tratado

firmado en Tianjin. La apertura de nuevos puertos al comercio, la libertad de circulación para nuestros misioneros. Nada más.

—Nada más —repitió Louise fijándolo—. ¿Y usted realmente lo cree, capitán?

La pregunta lo tomó desprevenido. En esos ojos escrutadores, leía una sabiduría venida de años pasados esperando, confiando, temiendo las noticias del frente. Había visto a hombres partir con la flor en el fusil y volver quebrados, o no volver en absoluto. Sabía que los conflictos siempre escapan a los planes, que lo imprevisto dicta su ley.

—Creo, señora, que el general hará su deber con el honor que lo caracteriza. Lo que sucederá allá... nadie puede realmente predecirlo. Pero le doy mi palabra de que velaré por él lo mejor que pueda.

Louise esbozó una sonrisa triste.

—Usted es un hombre sincero, capitán. Espero que esta sinceridad sobreviva a lo que verá en China.

Esa misma tarde, en las oficinas del estado mayor de la rue Saint-Dominique, la actividad bullía a pesar de la hora tardía. El general Jamin, comandante de la primera brigada, y el general Collineau, que dirigía la segunda, estaban inclinados sobre listas interminables con Montauban. El olor del tabaco y del café frío impregnaba la atmósfera confinada.

Jamin trazaba límites sobre un mapa con su lápiz.

—Los efectivos están completos. Cinco mil hombres por brigada. Infantería, artillería, ingeniería. He procurado que tengamos cañones de montaña, serán indispensables si debemos alejarnos de los cursos de agua.

Collineau, más macizo y jovial, intervino.

—Lo que me inquieta no son los cañones. Son los vientres. Diez mil hombres que alimentar durante meses en un país hostil. Los ingleses tendrán sus propias líneas de abastecimiento, nosotros las nuestras. Si nos encontramos separados...

—No nos separaremos —cortó Montauban con una autoridad que no admitía réplica—. He prevenido a Grant. Nuestras tropas avanzarán conjuntamente. Los ingleses pagaron caro su aislamiento el año pasado. No repetirán ese error.

Jamin posó su lápiz y se estiró.

—¿Y si los chinos rechazan negociar? ¿Si debemos marchar sobre Pekín?

El silencio que siguió portaba todas las implicaciones de esta pregunta. Montauban se dirigió a la ventana y contempló la noche parisina. Algunos faroles de gas parpadeaban en la oscuridad. Pensó en su esposa, en sus hijas, en esa vida confortable que se aprestaba a dejar durante meses.

—Entonces marcharemos sobre Pekín. Y haremos lo que debe hacerse.

Collineau intercambió una mirada con Jamin. Ambos conocían esa determinación en Montauban. Una vez que había tomado una decisión, nada podía quebrantarlo. Esta cualidad hacía de él un comandante temible. También inquietaba a quienes lo conocían bien.

—Los hombres están listos —afirmó Jamin—. Embarcarán en Brest dentro de dos meses.

—Bien.

Montauban hizo frente a sus generales.

—Hagan correr la palabra: disciplina absoluta. Nada de saqueo, nada de excesos. Somos el ejército del Imperio francés, no una banda de mercenarios. Si debemos enfrentar a los chinos, lo haremos respetando las leyes de la guerra.

Collineau aprobó.

—¿Y los ingleses? Sus tropas coloniales no son reputadas por su contención.

—Los ingleses hacen lo que quieran con sus hombres. Nosotros mantendremos nuestra disciplina. Sin embargo, no me hago

ilusiones. Una vez que un ejército ha probado la sangre y el botín, contenerlo se vuelve un desafío. Deberemos ser vigilantes.

Regresó a su escritorio y sacó una hoja en blanco. A la luz vacilante de la lámpara de aceite, comenzó a redactar sus órdenes preliminares. Su pluma arañaba el papel con regularidad, trazando esas palabras que iban a sellar el destino de miles de hombres.

Jamin y Collineau lo observaban trabajar. Asistían a un momento histórico. En algunos meses, estarían al otro lado del mundo, frente a un imperio milenario que rechazaba plegarse ante Occidente. Lo que sucedería allá escaparía sin duda a los planes mejor detallados, a las órdenes más estrictas.

Las guerras tienen su lógica propia. Y esa lógica, pensaba Collineau observando las sombras que danzaban sobre los muros, nunca respeta las nobles intenciones.

La mañana siguiente, en una sala del palacio de las Tullerías, la Emperatriz Eugenia recibía al barón Gros, plenipotenciario designado para acompañar la expedición. Los dorados rococó, las cortinas de seda, los cuadros de maestros creaban un decorado de una opulencia que contrastaba violentamente con la austeridad de las oficinas militares.

Eugenia, con un vestido de satén azul pálido que realzaba su tez de porcelana, se tenía cerca de una ventana que daba a los jardines. A sus treinta y tres años, encarnaba la elegancia imperial con una gracia natural que fascinaba a la corte. Pero bajo esa apariencia delicada se ocultaban una inteligencia política aguda y una voluntad de hierro.

—Barón Gros, el Emperador me ha pedido apadrinar esta expedición. He aceptado, por supuesto. Pero desearía comprender qué se espera de esta empresa.

El barón Gros, diplomático experimentado de rostro demacrado y maneras preciosas, se inclinó con respeto.

—Vuestra Majestad, el objetivo es ante todo diplomático. Forzar al emperador chino a ratificar el tratado de Tianjin, garantizar la seguridad de nuestras misiones católicas, abrir nuevos puertos al comercio francés.

—¿Y los ingleses? ¿Cuáles son sus verdaderos objetivos?

Un destello de diversión pasó por la mirada del diplomático. La emperatriz había tocado el corazón del problema con su perspicacia habitual.

—Lord Elgin es un hombre... complejo, Vuestra Majestad. Hijo del célebre lord Elgin que trajo los mármoles del Partenón a Londres, lleva un nombre prestigioso y una ambición desmesurada. El fracaso del año pasado lo humilló. Buscará redimirse con una victoria brillante.

Eugenia tomó asiento con gracia sobre un sofá e hizo señal a Gros de sentarse frente a ella.

—¿Lo que significa?

—Lo que significa, Vuestra Majestad, que deberemos navegar con habilidad. Los ingleses tienen sus propios intereses, que no siempre coinciden con los nuestros. El comercio del opio, por ejemplo...

—El opio —repitió Eugenia con un disgusto apenas velado—. Ese comercio infame que los ingleses defienden con tanto ardor.

—Lamentablemente, Vuestra Majestad. Una de las razones de esta guerra reside en ello. Los chinos quieren prohibir el comercio, los ingleses quieren legalizarlo. Nosotros, franceses, estamos atrapados entre dos fuegos.

La emperatriz dejó su asiento y dio algunos pasos por el salón, sus enaguas crujendo sobre el parquet encerado. Se detuvo ante un globo terráqueo en marquetería e hizo girar la esfera hasta encontrar China.

—He oído hablar de ese palacio. El Yuanmingyuan. Se dice que encierra maravillas.

Gros se puso rígido. La conversación tomaba un giro imprevisto.

—En efecto, Vuestra Majestad. Los misioneros jesuitas que han trabajado para el emperador relatan descripciones extraordinarias.

—¿Y si esas maravillas cayeran entre nuestras manos? ¿Si la suerte de la guerra nos condujera a ese palacio?

El barón eligió sus palabras con cuidado. Cada palabra pronunciada ante la emperatriz tenía peso.

—Las leyes de la guerra son claras, Vuestra Majestad. Lo que pertenece al enemigo vencido... se convierte en propiedad del vencedor. Pero existe una diferencia entre tomar bienes en el marco de operaciones militares y permitir el saqueo salvaje.

—Por supuesto.

Eugenia volvió a instalarse, fijando al diplomático con ojo pensativo.

—El general de Montauban es un hombre de honor. Cuento con él para mantener la dignidad de nuestro ejército.

—Lo hará, Vuestra Majestad. Estoy convencido de ello.

Eugenia contemplaba por la ventana los jardines cuidadosamente mantenidos, esos parterres a la francesa que encarnaban el orden y el dominio de la naturaleza. Pensaba en esos jardines chinos de los que se hablaba, tan diferentes, donde la naturaleza era celebrada en su aparente libertad.

—Barón Gros, he dotado a la expedición de suministros médicos, de material para curar a nuestros heridos. Mi deber de madrina lo exige. Pero también espero algo a cambio.

—¿Vuestra Majestad?

—Si objetos de arte debieran caer entre nuestras manos, me gustaría que una selección de las piezas más bellas me fuera traída. Para constituir una colección. Un testimonio de esta época, de este encuentro entre dos civilizaciones.

Gros se inclinó, ocultando así la turbación que lo invadía. Las palabras de la emperatriz equivalían a dar una bendición imperial a la toma de tesoros chinos. Comprendía que esta expedición sobrepasaba de lejos un simple conflicto militar. Portaba en germen cuestiones morales que lo perseguirían durante años.

—Se hará según vuestra voluntad, Vuestra Majestad.

Cuando dejó el palacio una hora más tarde, Gros caminaba con paso medurado, perdido en sus pensamientos. El cielo parisino era de un gris pesado que anunciaba la nieve. En algunas semanas, estaría en un navío rumbo al otro extremo del mundo. Llevaba consigo instrucciones diplomáticas, órdenes oficiales, y ese deseo implícito de la emperatriz.

Se preguntaba cómo se desarrollaría todo eso, cómo las nobles intenciones se transformarían frente a la realidad del terreno. La historia le había enseñado que las guerras lejanas siempre escapan al control de quienes las ordenan desde palacios confortables.

Esa misma tarde, mientras los faroles se encendían en las calles de París, el general de Montauban regresaba a su casa. Louise lo esperaba en el salón privado, una labor de bordado sobre las rodillas que había permanecido intacto. Cuando él entró, ella levantó los ojos y le sonrió con una tristeza resignada.

—¿Está decidido? ¿Partes?

—Dentro de quince días.

Se sentó a su lado y tomó su mano en la suya. Durante un momento, permanecieron así sin hablar, unidos en un silencio que decía más que todas las palabras. Afuera, París proseguía su vida despreocupada, ignorando que se preparaban acontecimientos que marcarían la historia y empañarían para siempre el honor de quienes participarían en ellos.

Los preparativos se aceleraron. Los navíos fueron cargados, los hombres reunidos, las últimas órdenes dadas. Y una mañana brumosa de finales de enero de 1860, los primeros transportes

dejaron Brest, llevando hacia Oriente un ejército francés que ignoraba lo que le esperaba.

La travesía

En el mar, enero-junio de 1860

La fragata Emperatriz Eugenia se balanceaba sobre la marejada del Atlántico. A bordo, el general de Montauban se tenía sobre el castillo de popa, agarrado a la barandilla, contemplando la inmensidad gris que se extendía hasta el horizonte. El viento salado azotaba su rostro, trayendo consigo un olor a yodo y a espuma que le recordaba otras travesías, otras campañas. Pero nunca había ido tan lejos. Nunca la distancia entre él y París había sido tan vertiginosa.

Detrás de él, el capitán de navío Duperré se acercó con el andar bamboleante de los marinos que han pasado más tiempo en el mar que en tierra. Un hombre de unos cincuenta años, el rostro curtido por el sol y la sal, los párpados fruncidos de haber escrutado demasiados horizontes.

—Mi general, llevamos buen rumbo. Si el tiempo se mantiene, deberíamos doblar el cabo de Buena Esperanza dentro de tres semanas.

Montauban aprobó sin apartar su atención del océano. Las olas se sucedían con una regularidad hipnótica, cada una semejante a la precedente y sin embargo única. Pensaba en Louise, en sus hijas, en París que se alejaba un poco más con cada latido de su corazón.

—Tres semanas hasta el Cabo. ¿Y cuánto hasta Hong Kong?

—Dos meses y medio, quizás tres si debemos hacer escala en Adén o en Singapur.

Duperré esperó un instante.

—Sabe, mi general, he hecho esta ruta una docena de veces. El océano Índico puede ser traicionero. Las tempestades llegan sin avisar, y cuando llegan...

—Cuando llegan, capitán, las enfrentamos como el resto. Los soldados que comando no temen los elementos.

Una sonrisa fugaz pasó por los labios de Duperré. Ya había transportado tropas, visto a hombres aguerridos en tierra volverse verdes y temblorosos en cuanto el barco se balanceaba un poco fuerte. Pero se guardó todo comentario.

—Sus hombres aguantan bien por ahora. Algunos casos de mareo en las baterías inferiores, pero nada alarmante. El médico mayor distribuye sus pociones y sus consejos.

Montauban hizo frente al capitán. Su mirada azul escrutaba al marino con intensidad.

—Hábleme francamente, Duperré. Usted que conoce estos mares, estas comarcas lejanas. ¿Qué piensa de la expedición? ¿De nuestras posibilidades?

El capitán dudó. La pregunta era directa, casi brutal. No estaba acostumbrado a que un general le pidiera su opinión sobre cuestiones estratégicas. Pero la voz de Montauban, con su fisura imperceptible, lo invitaba a la confidencia.

—Pienso, mi general, que no enfrentamos a las tribus del Magreb. Los chinos son numerosos, organizados. Su imperio existe desde hace milenios. Vamos a golpearlos en el corazón, y un imperio herido puede reaccionar de manera imprevisible.

—Habla como mi esposa. Ella también me advirtió. Tiene la intuición femenina que ve lo que los estrategas militares descuidan.

—Las mujeres son a menudo más sabias que nosotros, mi general. No tienen nuestra vanidad masculina, nuestra necesidad de gloria.

A lo lejos, otros transportes de la flotilla progresaban en formación cerrada, sus velas hinchadas por el viento de popa.

—¿Cuántos hombres transportamos en nuestra fragata?

—Trescientos cincuenta soldados, mi general. Más la tripulación y su estado mayor. Estamos cargados hasta la boca. Las bodegas están llenas de municiones, de víveres, de material. Si debiéramos enfrentar una tempestad seria...

—No nos hundiremos, capitán. El Imperio nos necesita en China.

—El océano no conoce ni imperio ni rey, mi general. Toma lo que quiere, cuando quiere.

En los entrepuentes, la atmósfera era totalmente diferente. Hacinados en espacios exiguos donde el aire circulaba apenas, los soldados intentaban adaptarse a la vida marítima que les era extraña. El olor a sudor, a alquitrán, a vómito se mezclaba en un hedor que agarraba la garganta. Hamacas pendían en filas apretadas, balanceándose al ritmo del navío.

El sargento Beaumont, un veterano de cuarenta años marcado por una cicatriz que le cruzaba la mejilla, intentaba mantener la moral de su sección. Sentado sobre su equipaje, distribuía consejos y bromas con una bonhomía hosca que hacía de él un jefe apreciado.

—Vamos, muchachos —lanzaba a un grupo de reclutas verdosos—, es como un paseo en barca por el Sena. Salvo que dura más y el agua es salada.

—Sargento —gemía un chico que no debía tener veinte años—, creo que voy a morir. Mi estómago...

—Tu estómago sobrevivirá, Dubois. En tres días, estarás habituado. En una semana, subirás a cubierta a reclamar tu ración de ron como un verdadero marino.

—¿Y si nunca me habitúo? ¿Si estoy enfermo durante toda la travesía?

Beaumont se inclinó hacia él con una mirada paternal.

—Estarás enfermo. Pero llegarás de todos modos a China. Y allá, créeme, tendrás otra cosa que meterte entre pecho y espalda aparte del mareo.

Otro soldado, más viejo, intervino. El cabo Leroux, un hombre de hombros anchos y manos gruesas de campesino.

—Sargento, ¿es verdad lo que se dice? ¿Que los chinos tienen armas secretas? ¿Polvos que vuelven loco, venenos que matan en algunos segundos?

—Tonterías, Leroux. Propaganda para asustarnos. Los chinos son hombres como nosotros. Sangran como nosotros, mueren como nosotros.

—Pero son numerosos. Se dice que pueden alinear cientos de miles de soldados.

Beaumont se levantó, haciendo crujir sus articulaciones. Había sobrevivido a tres campañas en Argelia, visto cosas que estos jóvenes no podían ni siquiera imaginar.

—Escúchenme bien, todos. Sí, los chinos son numerosos. Sí, vamos a luchar lejos de casa, en un país del que no conocemos nada. Pero tenemos dos ventajas: nuestra disciplina y nuestras armas. Los fusiles Minié que portamos pueden matar a trescientos metros. Nuestros cañones rayados son los mejores del mundo. Y sobre todo, tenemos al general de Montauban. Un hombre que nunca ha perdido una batalla.

—Siempre hay una primera vez —murmuró alguien.

—¿Quién dijo eso?

Beaumont tronó.

—¿Quién se atreve a hablar como un cobarde?

Beaumont paseó su atención sobre los rostros tensos, iluminados por las débiles luces de las lámparas de aceite.

—No somos cobardes. Somos soldados del Imperio francés. Dentro de algunos meses, entraremos en la Historia. Nuestros nombres estarán grabados en los anales militares. Nuestros hijos

contarán orgullosamente que su padre participó en la campaña de China. Mantengan la cabeza alta y el fusil limpio. El resto vendrá a su tiempo.

Un murmullo de aprobación recorrió el entrepuente. Beaumont aprobó. Pero no estaba tan confiado como dejaba parecer. Había visto demasiadas cosas, perdido demasiados camaradas para creer ciegamente en las bellas palabras. La guerra era una lotería, y nadie podía predecir quién regresaría y quién se quedaría allá, en una tierra extranjera, bajo una cruz anónima.

En la cubierta superior, en la cabina del general, una reunión de estado mayor se celebraba alrededor de una mesa abarrotada de mapas y documentos. Montauban presidía, flanqueado por el capitán Delmas y el comandante Favier, su jefe de artillería. La lámpara que se balanceaba del techo proyectaba sombras movedizas sobre los rostros concentrados.

—Los últimos informes que hemos recibido antes de la partida son preocupantes —explicaba Favier—. Los chinos han reforzado los fuertes de Dagu. Han instalado nuevos cañones, cavado trincheras, colocado obstáculos en el río.

Montauban estudiaba el mapa con atención. Sus dedos establecían puntos de referencia imaginarios, calculaban distancias, evaluaban ángulos de tiro.

—Si atacamos de frente como hicieron los ingleses, sufriremos las mismas pérdidas. Hay que encontrar otro punto de desembarco. Más al norte, quizás. Rodear esas defensas.

—Mi general —intervino el oficial—, los ingleses nunca estarán de acuerdo. Lord Elgin quiere lavar la afrenta del año pasado. Querrá tomar esos fuertes por la fuerza.

—Lo hará sin nosotros. No sacrificaré a mis hombres para satisfacer la fatuidad de un lord inglés.

Las miradas de Favier y del capitán se cruzaron. Ambos tenían conciencia de que esta posición pondría a Montauban en conflicto con los británicos.

—Habrá que ser diplomático, mi general. Necesitamos a los ingleses. Sus navíos de guerra, su artillería naval, sus tropas coloniales que conocen el terreno.

—Seré diplomático. Pero no seré suicida. Desembarcaremos en Peh-Tang, al norte de los fuertes. Tomaremos las defensas por la retaguardia. Única estrategia sensata.

Se inclinó sobre el mapa, siguiendo con el dedo el trazado de la costa.

—Peh-Tang está a unos veinte kilómetros al norte. Habrá que marchar en un territorio hostil, sin saber lo que encontraremos. Los chinos pueden esperarnos allá también. No pueden estar en todas partes. Y aunque nos esperen, tendremos la ventaja de la movilidad. Una vez en tierra, podremos maniobrar, elegir nuestro terreno.

La discusión prosiguió durante más de una hora, examinando cada detalle, cada contingencia. Montauban hacía preguntas precisas, exigía respuestas claras. Su rigor hacía de él un estratega temible. No dejaba nada al azar, anticipaba los problemas antes de que ocurrieran.

Cuando la reunión terminó y Favier se fue, Delmas se quedó solo con el general. Dudaba en hacer la pregunta que lo atormentaba.

—Mi general, ¿puedo hablarle en confidencia?

Montauban levantó los ojos del mapa que continuaba estudiando.

—Lo escucho, capitán.

—Repienso en mi visita a casa de su esposa antes de nuestra partida. Ella me dijo algo que me persigue. Me preguntó si creía que nuestra misión era solamente militar.

El general se enderezó.

—¿Y qué le respondió?

—Que creía que usted haría su deber con honor. Pero ella vio algo que yo no quería ver. Esta expedición... no es solamente una operación militar, ¿verdad?

Montauban se dirigió a la ventanilla y contempló el océano negro que se extendía bajo la luna. Las olas centelleaban plateadas en la noche. En algún lugar, muy lejos, China los esperaba con sus misterios y sus peligros.

—Las guerras tienen varios rostros, amigo mío. El rostro oficial, el de los tratados y los objetivos estratégicos. Y luego está el otro rostro, el que nadie quiere ver, pero que todo el mundo conoce. El botín, el saqueo, las riquezas que cambian de manos.

—Pero usted dijo a sus generales...

—Dije lo que un comandante debe decir para mantener la disciplina. Pero no soy ingenuo. El barón Gros habló con la Emperatriz antes de nuestra partida. Ella le hizo comprender que esperaba ciertas cosas de la expedición. Objetos de arte, testimonios de esa civilización lejana.

El capitán sintió un frío insinuarse en sus venas. El idealismo que lo habitaba chocaba con la realidad del poder.

—¿Vamos a apoderarnos de ese lugar? ¿El Yuanmingyuan del que tanto se habla?

—Haremos lo que las circunstancias exijan. Si la guerra nos conduce a ese palacio, si el emperador chino rechaza negociar, si sus tropas nos atacan... entonces sí, tomaremos lo que pueda tomarse. Pero lo haremos de manera ordenada, controlada. No como bárbaros, sino como representantes de una nación civilizada.

—¿Y usted piensa que se puede saquear de manera civilizada?

La pregunta era directa, insolente incluso. Montauban se volvió, y en sus pupilas brillaba un destello que nunca le había visto.

—Usted es joven, capitán. Tiene ilusiones sobre la naturaleza de la guerra. Cree que existe una manera limpia de luchar, que el honor militar puede preservar nuestra alma de las negruras del

combate. Lo envidio. Yo tuve esas ilusiones también, hace años, antes de Argelia. Antes de haber visto lo que los hombres se vuelven cuando tienen miedo, cuando tienen hambre, cuando han visto morir a sus camaradas.

—Pero usted es diferente, mi general. Usted es un hombre de principios.

—Los principios son como las velas de este navío. Nos hacen avanzar cuando el viento es favorable. Pero cuando llega la tempestad, son las órdenes del Emperador las que cuentan. Y el Emperador quiere una victoria completa. Quiere que China se abra al comercio francés, que nuestros misioneros puedan circular libremente. También quiere mostrar a Inglaterra que Francia es su igual. Todo eso tiene un precio.

El navío se balanceaba, produciendo los crujidos familiares de la madera que trabaja. En algún lugar en los entrepuentes, una armónica tocaba un aire que hablaba de casas lejanas y de amores perdidos.

—No estoy seguro de poder aceptar.

—No tiene que aceptar, capitán. Debe obedecer. Única virtud que se pide a un soldado. Sin embargo, le prometo una cosa: haré todo lo que esté en mi poder para que sigamos siendo hombres de honor.

Salió de la cabina. En cubierta, respiró el aire salado de la noche. Sobre él, las estrellas brillaban con una intensidad que nunca había visto en París. Constelaciones desconocidas se dibujaban en el cielo.

Las palabras de Louise de Montauban resonaban en su cabeza. Ella había visto justo. Esta expedición no era lo que pretendía ser. Bajo los nobles objetivos diplomáticos se ocultaban ambiciones más oscuras, deseos menos confesables. Y él, Armand Delmas, capitán lleno de ideales, iba a ser cómplice de algo que reprobaba profundamente.

Las semanas pasaron con una lentitud agotadora. El navío progresaba hacia el sur, bordeando las costas de África, atravesando aguas unas veces calmas, otras agitadas. Los soldados se habituaban poco a poco a la vida marítima, sus rostros tomaban tintes bronceados, sus cuerpos se adaptaban al balanceo constante.

Una mañana, mientras el sol se levantaba en una explosión de colores anaranjados, el vigía gritó desde su nido de urraca.

—¡Tierra! ¡Tierra a estribor!

Todas las miradas se volvieron hacia el horizonte. Una masa oscura se dibujaba en la bruma matinal. El cabo de Buena Esperanza. El fin del mundo conocido para muchos de estos hombres que nunca habían dejado Francia.

Montauban se tenía sobre el castillo de popa, observando el acercamiento de la tierra africana. A su lado, el general Jamin, que comandaba otro transporte de la flotilla y había transferido al navío Emperatriz Eugenia para una consulta, contemplaba el espectáculo con una expresión indescifrable.

—Estamos a mitad de camino. Solo dos meses más y estaremos en China.

—Si todo sale bien. El océano Índico es imprevisible. Y no sabemos lo que encontraremos en Hong Kong. Las últimas noticias datan de varias semanas.

—¿Piensa que los ingleses estén allá?

—Grant debía partir al mismo tiempo que nosotros. Con un poco de suerte, llegaremos juntos. Eso facilitará la coordinación. Jamin se volvió hacia su comandante. Un hombre pragmático, poco inclinado a los estados de ánimo, pero turbado desde el inicio de la travesía.

—Montauban, ¿ha reflexionado sobre lo que pasará si debemos marchar sobre Pekín? ¿Si debemos entrar en esa ciudad prohibida de la que hablan los misioneros?

—Pienso en ello cada día.

—¿Y?

—Y no sé. Es la primera vez en mi carrera que parto a la guerra sin tener una idea clara del desenlace. Argelia era diferente. Sabíamos lo que enfrentábamos. Tribus nómadas, valientes, pero desorganizadas. Aquí... vamos a golpear un imperio viejo de varios milenios. Un imperio que ha sobrevivido a más conquistadores de los que podemos contar.

—¿Duda?

—Reflexiono. No es lo mismo.

Un marino pasó cerca de ellos tirando de un cordaje, cantando un aire de su Bretaña natal.

—¿Los hombres tienen moral?

—Se aburren. Buena señal. Hombres que se aburren no tienen miedo. Pero habrá que ocuparlos una vez en tierra. Después de tres meses de mar, tendrán ganas de entrar en acción.

—Entrarán en acción bien pronto. Prefiero soldados que se aburren a soldados demasiado impacientes por luchar. Estos últimos cometen errores.

La conversación derivó hacia cuestiones tácticas, sobre la organización de las brigadas, sobre las necesidades en municiones y en víveres. Pero ambos compartían la misma inquietud inefable: entraban en lo desconocido, y ninguna experiencia pasada podía verdaderamente prepararlos para lo que les esperaba.

El Cabo de Buena Esperanza fue doblado sin incidente mayor, aunque una tempestad los sacudiera durante dos días, arrancando una vela e haciendo pasar por la borda dos toneles de provisiones. Luego fue la inmensidad del océano Índico, ese vacío líquido puntuado por algunas islas perdidas donde hicieron escala para reabastecerse de agua fresca.

En Adén, puerto británico de clima infernal, permanecieron cinco días. Los hombres pudieron descender a tierra, beber cerveza tibia en tabernas ahumadas donde se mezclaban marinos de todas las nacionalidades. Montauban aprovechó para encontrarse con el gobernador británico, un coronel obeso y engreído que le confirmó que la flota inglesa estaba en ruta hacia China.

—El general Grant es un hombre determinado. No dejará que los chinos se salgan con la suya esta vez. Vamos a mostrarles de qué madera se calienta el Imperio británico.

Montauban escuchaba cortésmente, pero la arrogancia británica lo irritaba. Los ingleses se consideraban los amos del mundo, y su manera de hablar de otros pueblos, con una mezcla de condescendencia y desprecio, revelaba una mentalidad colonial que lo exasperaba.

—Esperamos, coronel, que esta campaña sea conducida con respeto a las leyes de la guerra. Francia no desea ser asociada a excesos.

El coronel estalló en una risa grasosa que hizo temblar su triple papada.

—¡Las leyes de la guerra! Mi general, aprenderá rápido que los orientales no conocen esas leyes. Son pérfidos, crueles, imprevisibles. Hay que hablarles en el único lenguaje que comprenden: el de la fuerza.

Montauban se contuvo de responder. Saludó fríamente y dejó la residencia del gobernador con un presentimiento. La coordinación con los ingleses sería difícil. Sus objetivos no eran los mismos, su visión del mundo era radicalmente diferente.

De regreso en el navío, convocó a su estado mayor y les hizo partícipes de sus preocupaciones.

—Deberemos ser vigilantes. Los ingleses tienen su propia agenda. El comercio del opio, la expansión territorial, la humillación de China. Nosotros, franceses, debemos permanecer

fieles a nuestros objetivos: la protección de nuestras misiones católicas, la apertura comercial, la dignidad en la victoria.

—Si victoria hay —murmuró Favier.

—Habrá victoria. Porque no tenemos otra opción.

Singapur fue su última escala antes de Hong Kong. El puerto hormigueaba de actividad, una mezcla de juncos chinos, vapores británicos, dhows árabes. El aire estaba saturado de humedad y de olores exóticos: especias, incienso, pescado seco, frutas tropicales. Para la mayoría de los soldados franceses, era su primer contacto con Oriente, y deambulaban por las calles estrechas con ojos maravillados de niños descubriendo un Nuevo Mundo.

Montauban aprovechó para encontrarse con comerciantes franceses establecidos en la región. Estos hombres, que vivían en Asia, tenían un conocimiento íntimo de la situación china.

En un salón privado de un hotel colonial, se entrevistó con un tal señor Dufresne, negociante en sedas que comerciaba con Cantón.

—Mi general, no puede imaginar el estado de caos que reina en China en este momento. El imperio Qing está carcomido desde el interior. La rebelión de los Taiping ha causado cientos de miles de muertos. Las provincias del sur están en guerra civil. El emperador Xianfeng es débil, manipulado por consejeros incompetentes.

—Lo que debería facilitar nuestra tarea, ¿no?

Dufresne sacudió la cabeza con vehemencia.

—Desengáñese. Un imperio en descomposición es más peligroso que un imperio fuerte. Porque no tiene nada que perder. Porque las reglas habituales ya no se aplican. He visto cosas horribles estos últimos años. Pueblos enteros masacrados, familias diezmadas. La violencia ha alcanzado niveles inimaginables.

—¿Los chinos lucharán?

—Oh sí, lucharán. No de manera convencional, quizás. Pero lucharán. Y si llegan hasta Pekín, si amenazan el corazón del imperio...

—Hable francamente, señor Dufresne. ¿Qué teme?

El comerciante apagó su cigarro en un cenicero.

—Temo que desencadenen una fuerza que nadie podrá controlar. Los chinos tienen una memoria tenaz. Si humillan a su emperador, si profanan sus lugares sagrados, si saquean sus tesoros... nunca lo olvidarán. Y nosotros, franceses que vivimos aquí, que comerciamos con ellos, pagaremos el precio durante generaciones.

Montauban dejó esta entrevista turbado. Las palabras de Dufresne resonaban en su mente, uniéndose a las inquietudes de su esposa, las dudas de Delmas, sus propias interrogaciones. Pero era demasiado tarde para retroceder. Los dados estaban echados, las tropas en ruta. Solo le quedaba hacer lo mejor posible para que esta campaña terminara de la manera más honorable posible. A mediados de febrero, después de más de dos meses de travesía, las costas de Hong Kong aparecieron en el horizonte. Colinas verdosas se recortaban sobre un cielo de un azul límpido. El puerto hormigueaba de navíos británicos, sus pabellones chasqueando al viento. La flota del general Grant estaba allá, imponente, amenazante.

Cuando la Emperatriz Eugenia echó el ancla en la rada, una chalupa británica se acercó. A bordo, un oficial con uniforme escarlata que se presentó como el mayor Worthington, ayudante de campo del general Grant.

—General de Montauban, el general Grant le presenta sus saludos y lo invita a una reunión de planificación mañana por la mañana a bordo del HMS Furious. Lord Elgin también estará presente.

Montauban asintió con rigidez. El momento que temía había llegado. Iba a tener que colaborar estrechamente con esos

ingleses que no conocía, compartir con ellos los peligros y quizás también las responsabilidades de decisiones que desaprobaba.

Esa noche, incapaz de encontrar el sueño, escribió a Louise:

«Mi querida Louise, Hemos llegado a Hong Kong después de una travesía que me ha parecido interminable. Los hombres están bien, la moral es buena. Mañana, encontraré a los ingleses para establecer nuestro plan de campaña.

Pienso a menudo en ti, en nuestras hijas. En París que está tan lejos, tan diferente de este Oriente donde nos encontramos. A veces, me pregunto qué hago aquí, por qué he aceptado esta misión. Y luego me recuerdo que soy un soldado, que mi deber es servir al Emperador.

Me dijiste, antes de mi partida, que temías que perdiera algo de mí mismo en esta campaña. Reí, con esa particularidad masculina que rechaza escuchar las intuiciones femeninas. Pero quizás tenías razón. Siento que se pasan en mí cosas que no puedo comprender plenamente.

Reza por nosotros, mi dulce. Reza para que sigamos siendo hombres de honor, pase lo que pase. Tu esposo que te ama, Charles»

Lacró la carta, sabiendo que tardaría meses en llegar a París, que Louise la leería cuando quizás todo hubiera terminado. Pero escribir le hacía bien, creaba un lazo tenue con ese mundo que había dejado atrás.

Las primeras batallas

La reunión del día siguiente fue todo lo que Montauban había temido. En la cabina espaciosa del HMS Furious, el navío almirante británico, una veintena de oficiales ingleses y franceses se apretaban alrededor de una vasta mesa donde estaba desplegado un mapa de la región de Tianjin.

El general Grant era un hombre de alta estatura y maneras cortantes. Lord Elgin, el plenipotenciario británico, era más

pequeño, más redondo, pero su mirada penetrante y su voz cortante revelaban una personalidad dominadora.

—Señores —comenzó Elgin en inglés antes de repetir en francés aproximado—, estamos aquí para vengar la afrenta que nos infligieron los chinos el año pasado. Esta vez, no habrá fracaso. Tomaremos los fuertes de Dagu, remontaremos el Peiho hasta Tianjin, y si es necesario, marcharemos sobre Pekín. El emperador chino firmará el tratado, o se lo haremos firmar por la fuerza.

Montauban esperó cortésmente el fin del discurso, luego intervino.

—Lord Elgin, creo que un ataque frontal sobre los fuertes de Dagu sería un error estratégico. Los chinos han reforzado sus defensas. Nos esperan. Propongo que desembarquemos más al norte, en Peh-Tang, y que tomemos los fuertes por la retaguardia. Los oficiales británicos intercambiaron miradas donde se leía su opinión sobre estos franceses que pretendían darles lecciones de estrategia.

Grant se inclinó sobre el mapa, estudió la posición de Peh-Tang, luego levantó la cabeza.

—General de Montauban, su sugerencia tiene mérito. Pero también presenta riesgos. Peh-Tang está a veinte kilómetros al norte. Eso significa una marcha a través de un territorio hostil, sin cobertura naval.

—Lo sé. Pero es preferible a un asalto frontal que costaría cientos de vidas.

Elgin intervino, su voz cargada de impaciencia.

—General, no tenemos miedo del combate. El honor británico exige que enfrentemos al enemigo donde nos desafía.

—El honor no exige el suicidio. No sacrificaré a mis hombres para satisfacer un principio abstracto.

Franceses e ingleses se medían con la mirada, cada uno atrincherado en sus posiciones. Fue el barón Gros quien temperó la situación.

—Señores, somos aliados en esta empresa. Nuestros objetivos son los mismos: forzar a China a respetar los tratados. Los medios para lograrlo pueden ser objeto de una discusión razonable. Propongo que estudiemos las dos opciones en detalle, que evaluemos sus ventajas y sus riesgos respectivos, y que tomemos una decisión común basada en la lógica militar más que en el orgullo nacional.

Los ánimos se calmaron. La discusión se reanudó, más técnica, menos apasionada. Mapas fueron desplegados, cálculos efectuados, escenarios considerados.

Después de tres horas de debates, un compromiso fue encontrado. Las fuerzas aliadas desembarcarían en Peh-Tang, como deseaba Montauban, pero una parte de la flota británica efectuaría una demostración ante los fuertes de Dagu para fijar la atención de los defensores chinos.

Cuando la reunión terminó, Montauban salió a cubierta con un sentimiento mixto. Había obtenido victoria en el punto esencial, pero al precio de una tensión duradera con los británicos. Grant lo había mirado con una frialdad nueva, y Elgin ni siquiera se había dignado estrecharle la mano al partir.

El barón Gros lo encontró algunos instantes más tarde, una sonrisa enigmática en los labios.

—Se ha hecho enemigos hoy, mi general.

—No me importa. Lo que cuenta son mis hombres. Su vida vale más que la amistad de Lord Elgin.

—Noble sentimiento. Pero vamos a tener que vivir con esa gente durante meses. Esta frialdad podría complicar muchas cosas.

Montauban se encogió de hombros y fijó el puerto de Hong Kong que se extendía ante ellos, hormiguero humano donde se

mezclaban chinos, europeos, malayos en un ballet comercial incesante.

—Los ingleses terminarán por comprender que tengo razón. Cuando hayamos tomado los fuertes sin pérdidas excesivas, olvidarán su rencor.

—Quizás. O quizás buscarán desquitarse más tarde, tomar una revancha sobre nuestra prudencia con una audacia excesiva. Los británicos tienen a veces reacciones imprevisibles cuando su orgullo está herido.

Estas palabras proféticas marcarían a Montauban durante mucho tiempo. Pero por el momento, tenía otras preocupaciones. Los preparativos del desembarco, la organización logística, la coordinación con los diferentes cuerpos de ejército. El tiempo de la reflexión había terminado. El de la acción se aproximaba.

Preparativos intensivos comenzaron rápidamente. Las tropas francesas se entrenaban en las playas de Hong Kong, simulando desembarcos, probando su equipo en el calor sofocante y la humedad aplastante. Muchos soldados cayeron enfermos, golpeados por fiebres tropicales o disenterías que diezmaron las filas tan seguramente como una batalla.

El sargento Beaumont, con su sección, participaba en estos ejercicios cotidianos. Los reclutas habían madurado durante la travesía, sus rasgos habían perdido esa redondez adolescente. Eran hombres, o al menos lo que más se acercaba a ello.

Una tarde, mientras acampaban en una playa, Beaumont reunió a su sección.

—Escúchenme bien, muchachos. Dentro de algunos días, embarcaremos de verdad. Remontaremos hacia el norte, y allá, vamos a luchar. No será como los ejercicios. Habrá sangre, miedo, caos. Algunos de ustedes morirán. Es la realidad de la guerra, y no voy a mentirles diciéndoles lo contrario.

El silencio era total. Hasta los insectos parecían esperar. Dubois, el soldado que tanto había sufrido del mareo, preguntó con voz temblorosa:

—Sargento, ¿cómo se hace para no tener miedo?

Beaumont lo miró fijamente antes de responder.

—No se logra. El miedo está siempre ahí. Incluso para mí, después de veinte años de servicio. Incluso para el general. Lo que cuenta no es no tener miedo. Es hacer su deber a pesar del miedo. Permanecer en su puesto. Proteger al camarada a tu lado. Eso es ser soldado.

—¿Y si nos encontramos cara a cara con un chino? ¿Si debemos matarlo?

—Lo matarás. Porque si no, es él quien te matará. No hay estados de ánimo en una batalla. Solo hay supervivencia.

El cabo Leroux, que había escuchado en silencio, intervino.

—Se dice que los chinos mutilan a sus prisioneros. Que les cortan la cabeza y la plantan en picas.

—Tonterías de letrinas. Los chinos son hombres como nosotros. Tienen miedo como nosotros, sufren como nosotros, mueren como nosotros. No los deshumanicen imaginando horrores. Solo sirve para justificar nuestras propias atrocidades.

La conversación derivó hacia otros temas, más ligeros. Los soldados hablaron de sus familias, de sus pueblos, de lo que harían cuando regresaran a Francia. Beaumont los dejaba soñar, sabiendo que esos sueños eran a veces la única cosa que mantenía a un hombre vivo en los momentos más oscuros.

Pero no todos regresarían. Algunos de esos rostros que veía desaparecerían pronto, llevados por una bala, una enfermedad, o por el azar cruel de la guerra.

La partida tuvo lugar a principios de julio. Una flota imponente de navíos franceses y británicos dejó Hong Kong en dirección al norte. Los transportes de tropas estaban escoltados por fragatas,

sus cañones apuntados hacia el horizonte como otras tantas promesas de violencia.

En la cubierta de la Emperatriz Eugenia, Montauban miraba alejarse el puerto. Delmas se tenía a su lado, silencioso. Entre ellos, una complicidad nueva se había desarrollado, nacida de esas conversaciones nocturnas donde compartían sus dudas y sus esperanzas.

—¿Está listo, capitán?

—Tanto como se puede estar, mi general. He pensado en lo que me dijo. Sobre la naturaleza de la expedición, sobre lo que nos espera. He intentado prepararme mentalmente.

—¿Y?

—No sé si es posible prepararse para ciertas cosas. Hay situaciones donde todos nuestros principios, todas nuestras convicciones son puestas a prueba. Rezo por tener la fuerza de permanecer fiel a lo que creo.

—Todos rezamos por eso. Pero a veces, la guerra nos cambia a pesar nuestro. He visto a hombres buenos volverse crueles, a hombres honorables cometer la infamia. No por elección, sino porque las circunstancias los empujaron a ello. Sea vigilante, Delmas. Permanezca consciente de sus actos. Es lo único que puedo aconsejarle.

La flota progresaba hacia el norte, siguiendo la costa china. Los días se sucedían en una tensión creciente. Los soldados verificaban sus armas, afilaban sus bayonetas, escribían quizás su última carta. La atmósfera estaba eléctrica, cargada de esa espera que precede a los acontecimientos mayores.

El 1 de agosto de 1860, las costas de Peh-Tang aparecieron en el horizonte. Una playa desierta, bordeada de dunas y pantanos. Ninguna fortificación visible, ningún signo de presencia militar china. El plan de Montauban parecía funcionar.

El desembarco comenzó al alba. Las chalupas iban y venían entre los navíos y la playa, transportando hombres, caballos, cañones,

municiones, víveres. Un ballet complejo, orquestado con precisión por los oficiales de marina. Los franceses desembarcaron al norte, los británicos al sur, cada contingente marcando su territorio.

Montauban estuvo entre los primeros en poner pie en tierra. Sus botas se hundieron en la arena mojada, y por primera vez desde hacía meses, sintió bajo sus pies la solidez de una tierra que no se movía. Esta sensación, olvidada, le recordó que había vuelto a ser un soldado terrestre, que su elemento natural era comandar hombres en un campo de batalla, no vivir en el espacio confinado de un navío.

—Establezcan un perímetro de seguridad. Envíen exploradores hacia el interior. Quiero saber si los chinos nos esperan en algún lugar.

Las horas siguientes fueron un torbellino de actividad. Las tropas se desplegaban, establecían un campamento, cavaban trincheras. Los cañones eran puestos en batería, apuntados hacia el interior de las tierras. Una línea defensiva tomaba forma, transformando esta playa desierta en una posición fortificada.

La tarde caía cuando los primeros exploradores regresaron. Su informe confirmó lo que Montauban esperaba: los chinos no habían anticipado un desembarco en este lugar. Los fuertes de Dagu, a unos veinte kilómetros al sur, concentraban todas sus fuerzas.

—Hemos ganado nuestra primera ventaja. Mañana, comenzaremos nuestra marcha hacia los fuertes. Los tomaremos por la retaguardia y daremos nuestro primer paso hacia la victoria.

El alba del 2 de agosto se levantó en una bruma espesa que envolvía el campamento. Los soldados emergieron de sus tiendas, entumecidos por una noche agitada. El calor ya era abrumador a pesar de la hora matinal, y la humedad se pegaba a los uniformes como una segunda piel.

El general inspeccionó las tropas con ojo crítico. Los rasgos estaban tensos, pero determinados. Estos hombres que habían atravesado la mitad del mundo estaban listos para luchar.

Grant llegó a caballo, rodeado de sus oficiales. Su encuentro con Montauban fue cordial, pero frío. Los dos hombres se saludaron con rigidez, intercambiaron algunas palabras sobre el tiempo y la logística, luego se separaron para unirse a sus tropas respectivas.

—Todavía no le gustamos —remarcó Delmas que había asistido a la escena.

—Poco importa que le guste o no. Lo que cuenta es que haga su trabajo.

La columna se puso en marcha hacia las nueve. Diez mil franceses al norte, doce mil británicos al sur, progresando en paralelo a través de un paisaje de arrozales y pueblos desiertos. Los campesinos chinos habían huido ante el acercamiento del ejército extranjero, abandonando sus casas, sus cosechas, a veces hasta su ganado.

La desertión de los campos creaba una atmósfera turbadora, fantasmal. Los soldados marchaban en una calma relativa, turbada solamente por el martilleo de las botas, el tintineo de las armas, las órdenes lanzadas por los oficiales. En el cielo, cuervos giraban, centinelas negros anunciando quizás la carnicería por venir.

El sargento Beaumont marchaba a la cabeza de su sección, escrutando el horizonte con vigilancia. Sus años de campaña en Argelia le habían enseñado a leer los signos del peligro: un movimiento en las hierbas altas, un reflejo sospechoso, un silencio demasiado profundo. Por el momento, nada indicaba una presencia enemiga, pero permanecía alerta.

—Sargento, ¿por qué todos estos pueblos están vacíos? ¿Dónde ha ido la gente?

—Han huido. Lo que hacen los civiles cuando dos ejércitos se preparan para enfrentarse. Saben que nada bueno saldrá de nuestra presencia.

—Pero no les queremos hacer daño. Estamos aquí por su emperador, no por ellos.

—¿Crees que los campesinos hacen esa distinción? Para ellos, somos invasores extranjeros. Diablos de ojos redondos que vienen del otro extremo del mundo para sembrar el caos. ¿Y sabes qué? No se equivocan.

La conversación cesó cuando un oficial remontó la columna al galope, gritando órdenes. La marcha se aceleró. Exploradores habían divisado movimientos de tropas chinas a algunos kilómetros. El enemigo sabía que estaban allá.

El primer contacto tuvo lugar a media tarde. La columna francesa salió de un bosquecillo y se encontró frente a una llanura donde estaba desplegado un ejército chino. Miles de soldados en uniformes coloridos, banderas chasqueando al viento, tambores batiendo una cadencia amenazante.

Montauban levantó la mano, y toda la columna se detuvo. Examinó la disposición enemiga con atención. Los chinos eran numerosos, quizás quince a veinte mil hombres, pero su formación parecía desorganizada. Masas compactas de infantería, algunas piezas de artillería de concepción antigua, caballería tártara en los flancos.

—Quieren impedirnos alcanzar los fuertes. Tentativa vana. Saben que van a perder.

—Quizás. Pero hombres acorralados pueden ser terribles.

Montauban se volvió hacia Favier.

—Disponga la artillería sobre esta cresta. Quiero que comience a regarlos en cuanto estemos en posición. La infantería avanzará por oleadas, manteniendo la cohesión. Nada de heroísmo inútil. Las órdenes fueron transmitidas. El ejército francés se desplegó con una precisión de desfile. Los cañones fueron puestos en

batería, los batallones de infantería formaron líneas perfectas, los tiradores tomaron posición en vanguardia.

De su lado, los chinos permanecían inmóviles, como petrificados por esta demostración de disciplina militar. Sus tambores continuaban batiendo, sus banderas flotando, pero se sentía una vacilación, una incertidumbre ante esta máquina de guerra que se ponía en marcha ante ellos.

El barón Gros, que había permanecido en retaguardia con los elementos no combatientes, se unió a Montauban.

—Mi general, ¿quizás deberíamos intentar una negociación? ¿Evitar un baño de sangre inútil?

—Han elegido cerrarnos el paso. Conocen las consecuencias.

—Pero piense en las implicaciones diplomáticas. Si podemos obtener su rendición sin combate, eso facilitará las negociaciones futuras.

Montauban dudó. La sugerencia tenía sentido. Pero también conocía los riesgos de una temporización. Los chinos podían interpretar esta apertura como un signo de debilidad, reforzarse mientras se negociaba, lanzar un ataque sorpresa.

—Está bien. Envíe un emisario bajo pabellón blanco. Que les diga que no buscamos el combate, pero que pasaremos, de una manera u otra.

Gros se inclinó y se retiró para organizar esta gestión. Un oficial francés, acompañado de un intérprete chino empleado en Hong Kong, avanzó hacia las líneas enemigas portando una bandera blanca. Todos siguieron esta silueta.

El diálogo duró unos diez minutos. Luego el oficial regresó al galope, su caballo espumeando.

—Mi general, los chinos rechazan retirarse. Su comandante dice que ha recibido la orden de detenernos, y que prefiere morir que desobedecer a su emperador.

—Morirá. Favier, puede comenzar.

El jefe de artillería levantó su brazo, luego lo bajó. Los cañones franceses tronaron al unísono, escupiendo fuego y humo. Los proyectiles atravesaron el aire en un silbido mortal y se abatieron sobre las filas chinas.

El resultado fue devastador. Las formaciones compactas de la infantería enemiga ofrecían blancos perfectos. Los proyectiles cavaban surcos sangrientos, segando decenas de hombres en cada impacto. Los gritos de los heridos subían en el aire caliente, mezclándose con el trueno de la artillería.

Beaumont, que observaba desde su posición con su sección, miraba. Había visto batallas, conocía el horror de la guerra. Pero en este espectáculo, una incomodidad lo habitaba. Esos chinos que morían por cientos ni siquiera habían tenido la posibilidad de luchar. Una ejecución, no una batalla.

—Sargento —murmuró Dubois, los ojos desorbitados—, mire lo que les hacemos. Es... es una masacre.

—La guerra moderna. Nuestros cañones contra sus lanzas. Nuestra tecnología contra su valor. Bienvenido al mundo civilizado.

La artillería francesa bombardeaba las posiciones chinas. Después de quince minutos de este diluvio de hierro, el ejército enemigo comenzó a disgregarse. Grupos de soldados huían en desorden, abandonando sus armas y sus heridos. La caballería tártara intentó una carga sobre el flanco izquierdo francés, pero fue recibida por los tiros nutridos de los cazadores a pie. Hombres y caballos se desplomaron en una maraña de cuerpos y gritos.

—Alto el fuego. Jamin, lance la persecución, pero con moderación. No quiero que nos dispersemos.

La infantería francesa avanzó al paso de carrera, bayoneta al cañón. Pero ya no había gran cosa que perseguir. El ejército chino se había volatilizado, dejando detrás un campo sembrado de muertos y moribundos.

Montauban descendió de su caballo y caminó entre los cadáveres. Los rasgos fijados en la muerte lo miraban con expresiones variadas: sorpresa, dolor, resignación. Jóvenes hombres en su mayoría, campesinos arrancados de sus pueblos y lanzados a esta batalla que sin duda no comprendían.

El capitán lo encontró, pálido.

—Nuestras pérdidas son mínimas, mi general. Tres muertos, una decena de heridos. Los chinos... debe haber más de mil.

—Evacúen nuestros heridos. Para los chinos...

Montauban dudó.

—Hagan lo que puedan por los heridos. Los que puedan salvarse. Los otros...

No se podía salvar a todo el mundo.

La noche cayó sobre el campo de batalla improvisado. Los médicos franceses se afanaban alrededor de los heridos, administrando opio para el dolor, amputando los miembros triturados, recosiendo las heridas abiertas. Sus delantales blancos estaban manchados de sangre, sus rasgos marcados por la fatiga y el disgusto.

El cirujano mayor Renaud trabajaba con una eficacia mecánica nacida del hábito. Había visto tantas heridas, tanto sufrimiento que se había forjado una coraza emocional.

—Capitán, venga a ver algo.

Delmas entró en la tienda débilmente iluminada por linternas. Un olor dulzón de sangre y carne quemada le agarró la garganta. Sobre camillas de fortuna yacían una decena de soldados chinos heridos.

—Mire a este. Una pierna triturada, el brazo izquierdo arrancado. Algunas horas de vida, todo lo más. Pero vea su rostro. Sonríe.

El capitán constató con estupor que el médico decía la verdad. El joven chino, a pesar de la agonía, mostraba una sonrisa serena. Sus labios se movían, murmurando palabras incomprensibles.

—¿Qué dice?

—El intérprete me ha traducido. Recita una oración budista. Se prepara para morir con dignidad.

Sintió una opresión en el pecho. Este joven hombre que moría lejos de su casa, mutilado por armas que nunca había visto, enfrentaba su destino con más valor que muchos hombres que había conocido.

—¿Podemos hacer algo por él?

—Aliviarlo. Es todo.

Renaud esperó un instante.

—Sabe, capitán, he pasado mi vida curando soldados. Franceses, árabes, y ahora chinos. Y me pregunto a veces si no estamos todos locos. Si toda esta violencia, todo este sufrimiento tiene un sentido.

—La guerra siempre ha existido. Siempre existirá.

—Lo que no quiere decir que sea justa. O necesaria.

El joven hombre no tenía respuesta a eso. Dejó la tienda y caminó por el campamento, buscando un lugar tranquilo donde reunir sus pensamientos. Terminó por sentarse sobre una roca, apartado de los fuegos y las conversaciones. El cielo estrellado se extendía sobre él, inmenso e indiferente a las tragedias humanas que se jugaban debajo.

Pensó en ese joven chino moribundo, en Louise de Montauban y sus palabras proféticas, en su propia ingenuidad de haber creído que una guerra podía ser limpia y honorable. No había visto nada, lo sabía. Esta escaramuza no era más que un preludio. Lo que les esperaba más lejos, en los fuertes de Dagu, en Tianjin, y quizás en Pekín, sería mucho peor.

El ejército aliado prosiguió su progresión. Los chinos intentaron varias otras veces detenerlos, lanzando ataques que fueron todos rechazados con grandes pérdidas. Los franceses y los británicos

avanzaban de forma inexorable, su superioridad técnica barriendo toda resistencia.

El 21 de agosto, llegaron a la vista de los fuertes. Construcciones masivas en tierra y piedra, armadas de cañones de todos calibres, defendidas por miles de soldados. Pero los franceses los tomaban por la retaguardia, como lo había previsto Montauban, mientras la flota británica los bombardeaba de frente.

La batalla fue corta, pero violenta. La artillería francesa abrió brechas en los muros, la infantería se precipitó en ellas. Los combates cuerpo a cuerpo fueron feroces. Los chinos se defendían con un valor encarnizado, sabiendo que combatían por su honor y el de su emperador.

El sargento Beaumont se encontró en el corazón de la refriega, su fusil vuelto inútil, luchando a bayoneta y a golpes de culata. Alrededor de él, sus hombres gritaban, golpeaban, mataban. La civilización y sus reglas desaparecían en la furia del combate. Ya no había más que la supervivencia, el instinto primario que empuja a un hombre a eliminar al otro antes de ser eliminado.

Dubois, el soldado que tanto había sufrido del mareo, luchaba con una rabia que no se le habría sospechado nunca. Su rostro estaba manchado de sangre, sus ojos brillaban con un destello salvaje. Había perdido toda inocencia en algunos segundos de combate.

Cuando los fuertes cayeron, a final de la tarde, el balance era pesado. Del lado francés, una cincuentena de muertos y más de doscientos heridos. Del lado chino, varios miles de muertos. Los supervivientes habían huido en dirección a Tianjin, abandonando sus posiciones, sus armas, su honor.

Montauban se tenía sobre las murallas conquistadas, fijando el campo de batalla que se extendía abajo. Cadáveres cubrían el suelo, humos se elevaban de los edificios incendiados. Victoria con sabor amargo.

El general Grant lo encontró, una sonrisa satisfecha en los labios.

—Bella victoria, Montauban. Su estrategia era la correcta. Lo admito voluntariamente.

—Gracias, general.

—Ahora, podemos remontar el Peiho hasta Tianjin. La ruta de Pekín está abierta.

Los dos hombres se estrecharon la mano, sellando esta victoria común. Pero en la mirada de Montauban, Grant habría podido leer algo más que la satisfacción del deber cumplido. Habría podido ver allí una turbación, un cuestionamiento, quizás hasta un inicio de remordimiento.

Pero Grant no buscaba leer en los ojos de los hombres. Soldado simple, que veía el mundo en términos de victorias y derrotas, de enemigos y aliados. Los matices morales no le interesaban.

Mientras el campamento victorioso celebraba la toma de los fuertes con raciones suplementarias de ron, Montauban se retiró a su tienda y escribió:

«Mi querida Louise, Hemos logrado nuestra primera victoria mayor. Los fuertes de Dagu han caído, la ruta del interior está abierta. Los hombres están orgullosos, los británicos nos respetan de nuevo.

Y sin embargo, no puedo dejar de pensar en todos esos chinos que han muerto hoy. Luchaban por su país, por su emperador. Sabían que iban a perder, pero lucharon de todos modos.

Cada victoria me pesa un poco más. Cada muerte me recuerda que detrás de nuestros nobles objetivos se ocultan realidades que preferiría ignorar.

Pero soy un soldado. Mi deber es obedecer, vencer, llevar a mis hombres al éxito. Las dudas no tienen lugar en una campaña militar.

Reza por mí, mi dulce. Reza para que guarde mi alma intacta en todo este caos.

Tu esposo que te ama y que piensa en ti cada día, Charles»

Lacró la carta, que solo partiría dentro de varios días, cuando un navío regresara hacia Hong Kong. De aquí allá, muchas cosas podrían suceder. Otras batallas, otras muertes, otras victorias...

La marcha sobre Pekín

Al día siguiente, la flota aliada comenzó a remontar el Peiho. Los transportes progresaban con lentitud, escoltados por las cañoneras. Las orillas del río estaban desiertas, los pueblos abandonados. Una tierra de desolación se extendía a ambos lados, testimoniando la violencia que había barrido esta región.

El 24 de agosto, las fuerzas aliadas entraron en Tianjin sin resistencia. La ciudad estaba vacía, sus habitantes habiendo huido ante el acercamiento de los bárbaros extranjeros. Solo algunos ancianos demasiado débiles para partir y perros errantes poblaban las calles.

Montauban estableció su cuartel general en una pagoda abandonada. Los muros estaban cubiertos de frescos representando escenas de la mitología china, dragones y fénix en colores brillantes. Contempló estas imágenes de un mundo tan diferente del suyo, intentando comprender la mentalidad de este pueblo que combatía.

El barón Gros lo encontró en la tarde, portador de noticias.

—Mi general, emisarios chinos se han presentado. Piden negociar. El emperador está dispuesto a discutir la ratificación del tratado.

—¿Realmente? ¿Después de toda esta resistencia, cede?

—Nuestras victorias lo han convencido. Sabe que si no negocia, marcharemos sobre Pekín. Y eso, no puede permitirlo. Sería una humillación demasiado considerable.

Montauban reflexionó. La misión oficial estaba a punto de cumplirse. El tratado sería ratificado, los objetivos diplomáticos alcanzados. Podrían regresar a Francia con la cabeza alta, habiendo forzado a China a abrirse al comercio occidental.

Pero sentía que no sería tan simple. Los británicos querían más. Lord Elgin hablaba de «lecciones que dar», de «castigos ejemplares». Y la Emperatriz Eugenia esperaba sus tesoros de Oriente.

—Comience las negociaciones, barón. Pero no se apresure demasiado. Veremos bien adónde nos lleva esto.

Gros se inclinó y salió, consciente de que las verdaderas decisiones se tomarían en otro lugar, en reuniones donde no sería invitado, entre militares que tenían otras prioridades que la diplomacia.

Las negociaciones se estancaron. Los emisarios chinos proponían concesiones, pero no suficientes según los británicos. Lord Elgin exigía reparaciones financieras astronómicas, la apertura de nuevos puertos, privilegios extraterritoriales. El barón Gros intentaba moderar estas exigencias, pero su voz era cubierta por la más fuerte de la diplomacia inglesa.

Mientras tanto, los soldados se instalaban en Tianjin. Los primeros habitantes comenzaban a regresar con prudencia, probando las intenciones de estos invasores. Mercados improvisados se organizaban, donde soldados franceses y británicos trocaban sus bienes contra comida fresca, recuerdos, a veces hasta favores de prostitutas chinas que la miseria empujaba a ese comercio.

El sargento Beaumont intentaba mantener la disciplina en su sección, pero era una batalla perdida de antemano. Después de meses de mar y semanas de combate, los hombres querían disfrutar de la vida. Mientras quedara en límites aceptables, cerraba los ojos.

Una tarde, mientras hacía su ronda en las calles próximas al campamento, sorprendió a tres de sus hombres intentando forzar la puerta de una tienda aparentemente abandonada. Se acercó, amenazante.

—¿Qué hacen, banda de idiotas?

Los tres soldados se congelaron, atrapados in fraganti. Frachon, Coulaud y un tercero, Dambach, que habían adquirido una sólida reputación de malos sujetos.

—Sargento, solo buscábamos...

—Buscaban robar.

Beaumont los abofeteó por turnos, bofetadas sonoras que resonaron en la calle desierta.

—¿Cuántas veces habrá que repetirles que no somos saqueadores? ¿Que representamos al ejército francés?

—Pero sargento —protestó Dambach—, los ingleses lo hacen. Los hemos visto regresar al campamento con cajas llenas de objetos.

—Me importa un bledo lo que hacen los ingleses. Ustedes están bajo mis órdenes, y mis órdenes son claras: nada de saqueo. Si vuelvo a atrapar a uno robando, lo haré azotar en plaza pública. ¿Comprendido?

Asintieron, avergonzados. Pero Beaumont veía en sus ojos que la tentación permanecía fuerte. La disciplina se erosionaba, poco a poco. Y tenía conciencia de que no podría estar en todas partes para mantenerla.

A principios de septiembre, las negociaciones se envenenaron brutalmente. Los emisarios chinos, empujados por elementos conservadores de la corte imperial, endurecieron sus posiciones. Rechazaron varias exigencias británicas y pidieron la retirada de las tropas aliadas.

Lord Elgin, furioso, ordenó el arresto de los emisarios. Fue un error catastrófico. En la confusión que siguió, soldados chinos capturaron también a diplomáticos de rango inferior, intérpretes, hasta un periodista del Times que acompañaba la expedición.

Estos prisioneros fueron llevados por los chinos a Pekín, donde desaparecieron en las cárceles imperiales. Durante varios días, no se tuvo ninguna noticia de ellos. Luego, gradualmente, rumores

comenzaron a circular. Rumores espantosos que hablaban de torturas, de mutilaciones.

Montauban se enteró de la noticia durante una reunión de urgencia convocada por Grant. Los oficiales ingleses, el rostro cerrado, hablaban en voz baja. Elgin caminaba de un lado a otro como una fiera enjaulada.

—¡Esos atrasados se atrevieron a capturar diplomáticos británicos! —tronaba—. ¡Violación de todas las leyes internacionales! ¡Una afrenta intolerable!

—¿Qué propone? —preguntó Montauban calmamente, contrastando con la histeria ambiente.

Elgin lo miró, los ojos brillantes de rabia.

—Vamos a marchar sobre Pekín. Vamos a liberar a nuestros hombres. Y vamos a hacer pagar a estos chinos su traición.

—Una marcha sobre Pekín es una empresa arriesgada. Estamos lejos de nuestras bases, nuestras líneas de abastecimiento están estiradas...

—¡Me importan un bledo los riesgos! —cortó Elgin—. Nuestra dignidad ha sido ultrajada. Será vengada, cueste lo que cueste.

El barón Gros intentó intervenir.

—Lord Elgin, quizás deberíamos primero intentar obtener la liberación de esos hombres por la negociación...

—¿La negociación? ¿Con esos traidores que violan sus propias promesas? ¡Jamás!

La reunión se prolongó durante más de dos horas, pero la decisión estaba tomada en la mente de Elgin. Los ejércitos aliados marcharían sobre Pekín. Aplastarían toda resistencia. Traerían de vuelta a los prisioneros, de grado o por fuerza.

Montauban salió de esta reunión con un presentimiento. Las cosas escapaban a todo control. La misión diplomática se transformaba en expedición punitiva. Y tenía la intuición de que lo peor estaba por venir.

La marcha sobre Pekín comenzó el 18 de septiembre de 1860. Veintidós mil hombres, franceses y británicos, se pusieron en movimiento en dirección a la capital imperial. Una columna impresionante que se extendía sobre varios kilómetros, serpenteando a través de las llanuras fértiles de la China del Norte.

Delmas cabalgaba al lado de Montauban, observando el paisaje que desfilaba. Pueblos incendiados, campos pisoteados, cadáveres de soldados chinos que se pudrían bajo el sol. La guerra dejaba su marca sobre esta tierra milenaria.

—Mi general, ¿piensa que encontraremos a esos prisioneros vivos?

Montauban mantuvo su atención fijada en el horizonte.

—Lo espero, capitán. Lo espero sinceramente. Porque si están muertos, si los chinos los han torturado... nada podrá retener la venganza británica. Y seremos arrastrados en esa espiral de violencia, lo queramos o no.

—Podríamos negarnos. Mantener nuestra distancia con los excesos ingleses.

—Somos aliados. Nuestro honor nos obliga a permanecer solidarios, incluso cuando desaprobamos sus acciones.

—El honor...

El capitán sacudió la cabeza.

—Tengo la impresión de que esa palabra pierde su sentido a medida que avanzamos.

Montauban compartía ese sentimiento. El honor militar, los nobles principios, las bellas palabras de París... todo eso se disolvía en la realidad cruda de esta campaña. Ya no quedaba más que la necesidad de avanzar, de vencer, de sobrevivir.

Y en algún lugar ante ellos, más allá del horizonte, Pekín los esperaba con sus misterios y sus peligros. El Palacio de Verano del que tanto hablaban los misioneros se acercaba. Y con él, la

tentación, la codicia, la posibilidad de un saqueo que marcaría para siempre la historia de esta expedición.

La mañana del 21 de septiembre, la columna aliada reanudó su marcha después de una noche agitada. Los soldados habían dormido en los campos, envueltos en sus capotes, mecidos por los ruidos extraños de esta campaña china: el croar de las ranas en los arrozales, el aullido lejano de los perros salvajes, a veces el grito de un ave nocturna que se parecía a una queja humana.

Beaumont apenas había cerrado un ojo. Había permanecido despierto, fumando su pipa, observando las estrellas que brillaban. Cerca de él, sus hombres roncaban, agotados por la marcha forzada de la víspera. Dubois gemía en su sueño, perseguido por pesadillas que Beaumont podía fácilmente imaginar. El chico había matado por primera vez durante la toma de los fuertes de Dagu, y esta experiencia lo había marcado de manera indeleble.

Cuando el alba apuntó, Beaumont despertó a su sección con órdenes bruscas. Los hombres emergieron de sus mantas gruñendo, los miembros entumecidos, los rasgos cansados. Tragaron un magro desayuno compuesto de galletas duras y café tibio, luego se pusieron en filas, esperando la señal de partida.

Delmas pasó ante ellos a caballo, inspeccionando las tropas con ojo distraído. Él también había dormido mal, perseguido por pensamientos que lo atormentaban. La conversación que había tenido con Montauban en el navío, las palabras proféticas de Louise, todo eso se mezclaba en su mente.

—Capitán —lo interpeló Beaumont—, ¿cuál es nuestro destino hoy?

Detuvo su caballo.

—Hacemos ruta hacia el noroeste. Hay un pueblo fortificado a unos quince kilómetros. Los exploradores informan que tropas chinas se han atrincherado allí. Deberemos sin duda forzar el paso.

—Más sangre. Siempre más sangre.

—Es la guerra, sargento. Lo sabe tan bien como yo.

—Lo sé. Pero no se vuelve más fácil por ello.

Delmas aprobó y se retiró. Comprendía lo que sentía Beaumont. Él también estaba cansado de esos combates incesantes, de esas victorias que tenían un gusto a ceniza. Pero no tenían elección. Debían avanzar, siempre avanzar, hasta que el emperador chino capitulara o que sus fuerzas estuvieran agotadas.

La columna progresó durante tres horas a través de paisajes que alternaban entre arrozales inundados y campos de sorgo. El calor era abrumador, la humedad saturaba el aire hasta el punto de que se tenía la impresión de respirar agua. Los uniformes se pegaban a la piel, las mochilas pesaban cada vez más sobre los hombros fatigados.

Hacia las diez, los primeros disparos estallaron. Tiradores aislados, escondidos en las hierbas altas, hostigaban la columna. Sus balas silbaban sobre las cabezas, causando raramente daños, pero manteniendo a los soldados en un estado de tensión constante.

—¡Tiradores adelante! —gritó un oficial—. ¡Límpíenme esos matorrales!

Cazadores a pie se desplegaron en orden disperso, registrando con cuidado las zonas sospechosas. De vez en cuando, una salva estallaba, seguida de un grito. A veces era un chino quien caía, a veces era un francés. La guerra proseguía, implacable, reduciendo a los hombres a estadísticas, a cifras en informes militares.

El pueblo fortificado apareció a principios de la tarde. Una aglomeración de un centenar de casas rodeada de un muro de tierra batida. Banderas chinas flotaban sobre las murallas, y se divisaban siluetas de soldados que iban y venían.

Montauban hizo detener la columna a un kilómetro del pueblo y convocó a sus oficiales. Se reunieron alrededor de un mapa

desplegado sobre el capó de un carro, estudiando la topografía de los lugares.

—Posición defensiva clásica. Tienen la ventaja del terreno, muros sólidos, sin duda reservas de comida y municiones. Un asalto frontal sería costoso.

—No atacaremos de frente. Favier, instale su artillería sobre esta colina, al este. Va a bombardear las defensas. Mientras tanto, Collineau, rodeará el pueblo por el norte con su brigada. Cuando los defensores estén concentrados en nuestra artillería, golpeará desde atrás.

—¿Y si los chinos han previsto esta maniobra? ¿Si nos esperan al norte?

—Improvisaremos. Pero dudo que tengan los efectivos para defender todos los lados al mismo tiempo.

Las órdenes fueron transmitidas. El ejército francés se dividió en varios grupos, cada uno dirigiéndose hacia su posición asignada. Los soldados marchaban con esa tensión que precede al combate, verificando sus armas, ajustando su equipo, intercambiando algunas palabras en voz baja.

Beaumont reunió a su sección detrás de un bosquecillo de árboles raquíticos y les repitió lo que ya les había dicho en múltiples ocasiones.

—Escúchenme bien. En una hora, quizás menos, vamos a atacar ese pueblo. Algunos de ustedes morirán. Otros estarán heridos. No voy a mentirles diciéndoles lo contrario.

Dejó que sus palabras hicieran su efecto, examinando los rostros que se crispaban, las mandíbulas que se apretaban.

—Pero si permanecen juntos, si se apoyan unos a otros, si obedecen las órdenes sin vacilar, tienen una oportunidad. Una buena oportunidad. Somos los mejores soldados del mundo. No lo olviden nunca.

La artillería francesa abrió fuego a las catorce horas en punto. Los cañones tronaron en un concierto ensordecedor, escupiendo

sus proyectiles de hierro contra los muros del pueblo. El resultado fue inmediato. Secciones enteras de muralla se derrumbaron en nubes de polvo, techos se volaron, incendios estallaron aquí y allá.

Desde su posición, Montauban observaba el bombardeo con una satisfacción mezclada de malestar. Demostración de poder aplastante, pero también le recordaba cuánto la guerra moderna se había vuelto impersonal. Los hombres morían a distancia, matados por proyectiles lanzados por artilleros que nunca los verían, que nunca conocerían su nombre, que nunca cargarían con el peso de su muerte.

—Mi general, la brigada Collineau está en posición. Espera su señal para atacar.

—Que espere diez minutos. Quiero que los chinos estén completamente desorientados antes de lanzar el asalto.

Esos diez minutos transcurrieron en el fragor continuo de la artillería. Los cañones franceses tiraban con una regularidad de metrónomo, destruyendo las defensas enemigas. En el pueblo, se imaginaba el pánico, el terror, los heridos que gritaban, los muertos que se amontonaban.

Montauban dio la señal. Una bandera se agitó sobre la colina, y la brigada Collineau se lanzó al asalto. Cinco mil hombres surgieron del norte gritando, precipitándose hacia las brechas abiertas en las murallas.

La resistencia china fue corta, pero intensa. Los defensores, aturdidos por el bombardeo, intentaron rechazar a los asaltantes con un valor frenético. Combates cuerpo a cuerpo estallaron en las callejuelas estrechas, brutales y sin piedad.

Beaumont y su sección formaron parte de la segunda ola de asalto. Descubrieron un espectáculo de devastación. Cuerpos desmembrados cubrían las calles, casas ardían, heridos reptaban gimiendo.

—¡Adelante! —gritó Beaumont—. ¡No se detengan, continúen avanzando!

Progresaron en el pueblo en llamas, rechazando los últimos focos de resistencia. Dubois disparó sobre un soldado chino que cargaba hacia él, tocándolo en pleno pecho. El hombre se desplomó escupiendo sangre, sus ojos desorbitados fijando el cielo en una expresión de sorpresa congelada.

El joven francés permaneció petrificado, contemplando al hombre que acababa de matar. Beaumont lo abofeteó con violencia.

—¡No hay tiempo para eso! ¡Recarga tu fusil y avanza!

Dubois obedeció de forma mecánica, pero su rostro se había vuelto de una palidez cadavérica. Algo acababa de romperse en él, algo que no se repararía nunca.

El combate fue breve. Cuando el silencio volvió a caer, el pueblo estaba conquistado. Los supervivientes chinos habían huido por el oeste, abandonando a sus heridos y a sus muertos. Los franceses contaban sus pérdidas: quince muertos, unos cuarenta heridos. Los chinos habían dejado cerca de trescientos cadáveres.

Montauban entró en el pueblo a caballo, escoltado de su estado mayor. Alrededor de él, los soldados registraban las casas abandonadas, en busca de comida, agua, a veces de objetos de valor.

—Hagan cesar el saqueo. Quiero una disciplina estricta. Esta gente quizás regrese cuando nos hayamos ido. No deben tener la impresión de que somos salvajes.

Jamin se alejó para transmitir la orden, pero Montauban sabía que era limitado en su poder. El saqueo era tan viejo como la guerra misma. Se podía circunscribir, no impedirlo. Los soldados tomaban lo que querían, justificando sus actos por los peligros que enfrentaban, por el alejamiento de casa, por la certeza de que nadie los castigaría realmente.

En un patio interior, el cirujano mayor Renaud había instalado su puesto de socorro. Heridos estaban tendidos sobre esteras, esperando su turno. Algunos gritaban de dolor, otros permanecían tranquilos, la mirada vacía. Renaud iba de uno a otro, prodigando sus cuidados.

—Mi general, tenemos un problema. Varios de nuestros heridos han sido tocados por armas envenenadas. Flechas sumergidas en vaya a saber qué sustancia. Las heridas se infectan a una velocidad aterradora.

—¿Puede salvarlos?

—Quizás. Si amputamos sin demora, antes de que el veneno se extienda por todo el organismo. Pero será doloroso, y me falta opio para adormecerlos.

—Haga lo que pueda. Son nuestros hombres.

Renaud asintió y volvió a su trabajo sangriento. Montauban se alejó, no pudiendo soportar más tiempo los gritos de los amputados. Había comandado ejércitos, ganado victorias, recibido condecoraciones. Pero esos gritos de hombres mutilados lo perseguían más que cualquier batalla.

La noche cayó sobre el pueblo conquistado. Los soldados franceses establecieron su campamento en las ruinas, encendiendo fuegos para calentarse. La atmósfera era singular, mezcla de alivio de haber sobrevivido y de malestar ante la destrucción que habían causado.

Beaumont se sentó con sus hombres alrededor de un fuego, compartiendo una ración de carne de vaca en conserva que tenía un gusto metálico poco apetitoso. Nadie hablaba. Los soldados comían sin ruido, perdidos en sus pensamientos.

Fue Leroux quien rompió ese silencio opresivo.

—Sargento, ¿ya ha matado a un hombre de cerca? Quiero decir, mirándolo.

Beaumont prosiguió su comida sin responder enseguida. Pregunta que le habían hecho docenas de veces a lo largo de los años, y nunca había encontrado respuesta satisfactoria.

—Sí. En Argelia. Un rebelde que me había tomado por sorpresa en un oasis. Luchamos durante lo que me pareció una eternidad. Terminé por clavarle mi cuchillo en la garganta. Sentí su sangre caliente correr sobre mis manos. Vi la luz apagarse en sus ojos.

—¿Y cómo... cómo hizo para continuar? ¿Para vivir con ese recuerdo?

—No hay elección. Se continúa porque se debe continuar. Se bebe un poco más de la cuenta, se intenta no pensar demasiado en ello, se concentra en los camaradas que están vivos.

Esperó un instante.

—Y luego, con el tiempo, el recuerdo se vuelve menos vívido. No es que se olvide, no. Nunca se olvida. Pero duele menos.

Dubois, que apenas había tocado su comida, intervino con voz estrangulada.

—Lo maté hoy. A ese chino. Lo miré morir. Y no puedo dejar de preguntarme quién era. Si tenía una familia. Hijos que lo esperaban en algún lugar, que nunca sabrán lo que le sucedió.

—No hagas eso. No te inflijas esa tortura. Hiciste lo que debías hacer. Defendiste tu vida y la de tus camaradas. Es todo lo que cuenta.

—Pero era un hombre, sargento. Un ser humano, como nosotros. No nos había hecho nada.

—Llevaba un uniforme enemigo. Defendía una posición contra la cual debíamos atacar. Es suficiente. La guerra no es un asunto personal, Dubois. Es un asunto de Estados, de políticas, de cosas que nos sobrepasan a todos.

El joven soldado negó con la cabeza, poco convencido. Se levantó y se alejó del fuego, buscando la soledad. Beaumont lo

dejó partir, sabiendo que cada uno debía enfrentar sus demonios a su manera.

Dambach, que había escuchado el intercambio, escupió en el fuego.

—¿Todo esto para qué? ¿Para forzar a los chinos a comprar nuestra mercancía? ¿Para que los comerciantes se enriquezcan mientras morimos aquí?

—Cuidado, Dambach. Este tipo de discurso puede llevarte ante el consejo de guerra.

—Me importa un bledo. Digo lo que todo el mundo piensa. Esta expedición no tiene ningún sentido. Matamos a gente que no nos ha hecho nada, destruimos pueblos, quemamos cosechas. ¿Y para qué? ¿Por el honor del Imperio?

Beaumont permaneció mudo. Compartía esas dudas. Pero era sargento, debía mantener la disciplina, preservar la moral. Se tragó sus propias preguntas y se forzó a sonreír.

—Esta guerra tendrá un sentido cuando regresemos a Francia, cubiertos de gloria, con dinero en los bolsillos y medallas en el pecho. Eso cuenta, muchachos. No la filosofía. La recompensa. Pero sus palabras sonaban falsas, incluso a sus propios oídos.

El Palacio de Verano

Mientras tanto, en una casa abandonada transformada en cuartel general temporal, Montauban presidía una reunión con sus principales oficiales. El general Grant también estaba presente, así como Lord Elgin y el barón Gros. La atmósfera estaba tensa.

—Señores —comenzó Elgin recorriendo la habitación—, hemos recibido noticias de nuestros prisioneros. Noticias espantosas.

Se detuvo y se volvió hacia la asamblea, sus rasgos contraídos por la emoción.

—Dieciocho de nuestros hombres han muerto. Muertos en las cárceles chinas, después de haber sido torturados de la manera

más bárbara que existe. Sus cuerpos han sido encontrados, mutilados, desfigurados. Algunos habían sido atados en posiciones imposibles hasta que sus miembros se rompieran. Otros habían sido privados de agua y comida hasta morir de sed. Un silencio horrorizado siguió a estas revelaciones. Hasta los oficiales franceses más endurecidos palidecieron ante la enumeración de estas atrocidades.

—Inaceptable. Violación de todas las leyes de la guerra, de todas las convenciones entre naciones civilizadas. Los chinos deben pagar por estos crímenes. Deben ser castigados de manera ejemplar.

—¿Qué propone?

—Propongo que destruyamos algo precioso para ellos. Algo que les hará comprender que no se trata a los enviados británicos de esta manera.

—¿Habla del Palacio de Verano?

Elgin hizo frente al francés, la mirada inflexible.

—El Palacio de Verano es el lugar de residencia favorito del emperador. Es allá donde guarda sus tesoros más preciosos, sus objetos de arte más raros. Su destrucción sería un golpe violento para el prestigio imperial.

—También sería un acto de vandalismo cultural sin precedentes —objetó Gros—. Habla de destruir siglos de arte y de civilización. Obras irremplazables.

—Hablo de justicia, barón Gros. De venganza por hombres torturados hasta la muerte. Sus escrúpulos no pesan mucho ante estas atrocidades.

El barón se volvió hacia Montauban, buscando apoyo. Pero el general francés permanecía silencioso, el rostro cerrado. Reflexionaba sobre la situación, sopesando las diferentes opciones.

—Mi general, no puede autorizar esto. Francia siempre ha defendido las artes, la cultura, la preservación de los patrimonios de la humanidad. No podemos asociarnos a la destrucción deliberada de un monumento histórico.

—Los chinos han torturado hasta la muerte a diplomáticos. Hecho que exige una respuesta.

—¡Pero no esa! ¡No la destrucción gratuita! Existen otros medios de castigar a los responsables, de hacerles pagar sus crímenes.

—¿Cuáles? —preguntó Elgin con desprecio—. ¿Una multa? ¿Una cláusula suplementaria en el tratado? Los chinos se burlan de esos castigos. Solo comprenden la fuerza, la demostración de poder.

Grant, que había permanecido silencioso hasta entonces, intervino.

—Lord Elgin tiene razón. Nuestros hombres han sido masacrados. Debemos responder. La cuestión no es saber si debemos actuar, sino cómo y con qué amplitud.

La discusión prosiguió durante unos veinte minutos, oponiendo a quienes querían una venganza estruendosa y a quienes abogaban por la moderación. Ninguna decisión formal fue tomada. Elgin declaró que consultaría a Londres, Montauban prometió referirse a París. Pero todos sabían que las comunicaciones tardaban meses, y que las decisiones serían tomadas sobre el terreno, por hombres que no tenían tiempo de esperar instrucciones venidas de tan lejos.

Cuando la reunión terminó y los participantes se dispersaron, Montauban retuvo a Delmas.

—Capitán, ¿qué piensa? Honestamente.

Delmas dudó. La pregunta era trampa. Decir la verdad arriesgaba poner en peligro su carrera. Pero mentir traicionaría los valores que se esforzaba en preservar.

—Pienso, mi general, que estamos en una pendiente peligrosa. Que cada acto de violencia llama a otro. Que si destruimos ese

palacio, franquearemos una línea que no podremos volver a pasar.

—¿Y si no lo destruimos? ¿Si dejamos que los británicos lo hagan solos?

—Podremos al menos mirarnos en un espejo sin demasiada vergüenza. No seremos cómplices de ese acto.

—Es usted un idealista. Es admirable. Pero el idealismo no sobrevive a la guerra. Tarde o temprano, deberá hacer compromisos. Todo el mundo los hace.

—No usted. Tiene valores que trascienden esas contingencias.

—Soy un hombre que obedece. Matiz.

El oficial saludó y se escabulló, dejando a Montauban solo con sus pensamientos. El general se sentó sobre un taburete. Pensaba en Louise, en sus hijas, en París que le parecía pertenecer a otro mundo. Pensaba en esos dieciocho hombres torturados hasta la muerte, en su sufrimiento, en sus familias que recibirían pronto la terrible noticia. Pensaba también en ese palacio misterioso del que todo el mundo hablaba, en esos tesoros que atizaban tantas codicias.

Y se preguntaba, por centésima vez, cómo había podido llegar allí. Cómo un hombre que se creía honorable, que había consagrado su vida al servicio de Francia, podía encontrarse cómplice de actos que reprobaba.

Los días siguientes, el ejército aliado prosiguió su progresión hacia Pekín. Otros pueblos fueron tomados, otras batallas libradas. Las victorias se acumulaban, pero el costo humano aumentaba también. Cada día traía su lote de muertos y heridos, de soldados agotados por la marcha y el calor, de enfermos derribados por las enfermedades tropicales.

La moral de las tropas se degradaba rápidamente.

En su sección, Beaumont hacía lo mejor para mantener la cohesión. Organizaba juegos de cartas por la tarde, contaba historias de sus campañas pasadas, distribuía su propio tabaco

cuando el abastecimiento tardaba. Pero la disciplina se erosionaba.

Dubois se había vuelto taciturno. Cumplía sus tareas de forma mecánica, pero su mirada estaba vacía, perdida en pensamientos que nadie podía alcanzar. Beaumont se inquietaba por él. Había visto a otros soldados hundirse así en una melancolía que podía conducirlos a la desertión o peor, al suicidio.

Dambach, a la inversa, se había vuelto cínico y amargo. Criticaba abiertamente a los oficiales, cuestionaba las órdenes, alentaba el saqueo y la violencia gratuita. Un elemento de perturbación que Beaumont debía vigilar sin cesar.

Una tarde, mientras la sección acampaba cerca de un arroyo, Beaumont tomó a Dambach aparte.

—Vas a calmarte. Tus comentarios desmoralizan a los otros. Si continuas, te haré poner en grillos.

—¿Por qué motivo? ¿Por haber dicho la verdad?

—Por insubordinación. Por atentado a la moral de las tropas. Elige la formulación que prefieras. El resultado será el mismo: serás castigado.

Dambach escupió al suelo con desprecio.

—Todos son iguales, ustedes los suboficiales. Siempre lamiendo las botas de los oficiales. Nunca pensando en los hombres que comandan.

Beaumont agarró a Dambach por el cuello y lo aplastó contra un árbol.

—Escúchame bien, pequeño cabrón. He visto cosas que ni siquiera puedes imaginar. He enterrado a más camaradas de los que has conocido. Y si estoy aquí, si soy sargento, es porque me preocupo por mis hombres. Porque hago todo lo que está en mi poder para que regresen vivos a Francia.

—¿Enviándolos a hacerse matar en batallas inútiles?

—Manteniéndolos disciplinados, organizados, unidos. Porque en esta guerra, es lo único que puede salvarlos. No tus quejas, no tus críticas. La disciplina y la solidaridad.

Soltó a Dambach quien se retiró mascullando insultos. Beaumont no había convencido al soldado. Pero quizás lo había hecho reflexionar, al menos por el momento.

El 6 de octubre de 1860 fue una fecha que quedaría grabada en la historia de esta campaña. Ese día, los ejércitos aliados alcanzaron los alrededores de Pekín. La capital imperial se alzaba ante ellos, sus murallas imponentes recortándose en el horizonte, sus techos de tejas vidriadas brillando al sol.

Pero no era la ciudad lo que interesaba a los británicos. Era lo que se encontraba a unos diez kilómetros al noroeste: el Palacio de Verano, ese famoso Yuanmingyuan del que todo el mundo hablaba.

Exploradores habían reconocido los lugares y habían regresado con descripciones entusiastas. Jardines inmensos, pabellones por cientos, lagos artificiales, puentes de mármol. Y sobre todo, se decía, tesoros inestimables, acumulados durante siglos por los emperadores chinos.

El emperador Xianfeng había huido de Pekín algunos días antes, llevando consigo una parte de su corte hacia Jehol, su residencia de verano en Manchuria. El Palacio de Verano estaba casi abandonado, guardado solamente por algunos eunucos y sirvientes que no opondrían ninguna resistencia.

Lord Elgin convocó una reunión. En la tienda del comando británico, todos los oficiales superiores estaban reunidos. La atmósfera estaba eléctrica, cargada de una excitación que recordaba la de los buscadores de oro antes de una fiebre.

—Señores, vamos a ocupar el Palacio de Verano. Vamos a asegurar los lugares e inventariar lo que se encuentra allí. Luego, decidiremos lo que sigue.

—¿Qué quiere decir con «lo que sigue»? —preguntó el barón Gros con tono desconfiado.

—Quiero decir que examinaremos todas las opciones. Incluida la de una destrucción completa.

—¡No! —exclamó Gros levantándose bruscamente—. ¡Me opondré con todas mis fuerzas! ¡No puede destruir tal monumento! Es... es barbarie!

—Es justicia. Nuestros hombres han sido torturados. Su muerte debe ser vengada.

Montauban intervino, intentando calmar el juego.

—Señores, no precipitemos nada. Vayamos primero a ver ese palacio con nuestros propios ojos. Luego, tomaremos una decisión informada, en consulta con nuestros gobiernos respectivos.

—Nuestros gobiernos están a meses de aquí. Debemos actuar con la información de la que disponemos.

—Por eso debemos ser prudentes. Una decisión tomada a la ligera podría tener consecuencias que no medimos.

La discusión giró en círculos sin que ningún consenso emergiera. Se decidió que las tropas francesas y británicas se dirigirían juntas al Palacio de Verano la mañana siguiente para un reconocimiento en fuerza. Lo que pasaría después dependería de lo que encontraran allí.

Esa noche, pocos durmieron en el campamento aliado. Los soldados murmuraban entre ellos, especulando sobre las riquezas que les esperaban. Algunos hablaban de jade verde, de oro macizo, de porcelanas antiguas valiendo fortunas. Otros evocaban objetos mágicos, talismanes dotados de poderes misteriosos. La imaginación se inflamaba, atizada por meses de privaciones y de peligros.

Beaumont escuchaba esas conversaciones. Sentía que iban a pasar cosas graves, que los acontecimientos escapaban a todo control. Había vivido lo suficiente para reconocer esos

momentos donde la historia bascula, donde hombres ordinarios cometen actos extraordinarios, en el buen o en el mal sentido.

—Sargento, ¿es verdad que hay oro allá? ¿Que vamos a poder servirnos?

—No sé lo que hay allá. Y aunque haya oro, no es nuestro. Pertenece al emperador de China.

—¿El emperador que hizo torturar a nuestros prisioneros? ¿Que nos hizo la guerra sin razón?

—Incluso él. Robar sigue siendo robar, cualquiera sea la justificación que uno se dé.

—Pero si los oficiales nos lo permiten? ¿Si se considera como botín de guerra?

Beaumont suspiró.

—Si los oficiales lo permiten, deberán seguir sus conciencias. Pero yo, no tomaré nada. Ni un centavo, ni un objeto. Regresaré a Francia con las manos vacías.

Los hombres bajaron los ojos, incómodos. Respetaban a Beaumont, y sus palabras tenían peso. Pero la tentación sería fuerte, lo sabían. Muy fuerte.

El alba del 6 de octubre de 1860 se levantó en una bruma dorada que envolvía la campiña china con una belleza irreal. Los ejércitos aliados se pusieron en marcha hacia las diez, siguiendo la ruta que conducía al noroeste de Pekín. Una columna impresionante: veinte mil hombres, franceses y británicos mezclados, avanzando en un orden que tenía más de procesión que de formación militar.

Montauban cabalgaba a la cabeza con Grant, Elgin y el barón Gros. Nadie hablaba. Cada uno estaba perdido en sus pensamientos, anticipando lo que iban a descubrir.

Atravesaron primero pueblos abandonados, luego campos cultivados dejados al abandono. La guerra había vaciado la región de sus habitantes, transformando un paisaje antes próspero en una especie de tierra de nadie fantasmal.

Hacia el mediodía, divisaron los primeros edificios del Palacio de Verano. Estructuras elegantes, con techos curvados, rodeadas de jardines cuidadosamente mantenidos. Pinos centenarios montaban guardia, sus ramas torcidas creando sombras complejas sobre el suelo.

Cuanto más avanzaban, más impresionante se volvía el espectáculo. El Palacio de Verano no era un solo edificio, sino un complejo gigantesco extendiéndose sobre varios kilómetros cuadrados. Pabellones, templos, galerías, puentes, quioscos se sucedían en una armonía arquitectónica que testimoniaba siglos de refinamiento.

—Dios mío —murmuró el barón Gros—, es magnífico. Verdaderamente magnífico.

Hasta Elgin pareció impresionado, aunque se esforzaba en no dejar nada transparentar. Grant, más pragmático, estudiaba los lugares con ojo de militar, buscando las posiciones estratégicas, los puntos de defensa eventuales.

Llegaron ante el palacio principal, aquel donde residía habitualmente el emperador. Una construcción majestuosa, de una elegancia sobria, rodeada de un patio pavimentado de mármol blanco. Las puertas estaban ampliamente abiertas, como si los invitaran a entrar.

Montauban descendió de su caballo y avanzó. Sus botas resonaban, produciendo un eco que parecía repercutir al infinito. Franqueó el umbral y se encontró en una vasta sala cuyo esplendor le cortó la respiración.

Columnas lacadas rojo y oro sostenían un techo decorado con dragones. Biombos de seda adornaban los muros, representando escenas de la mitología china con colores de una vivacidad estupefaciente. Jarrones de porcelana, altos de varios metros, estaban dispuestos de forma simétrica a lo largo de los muros. Mesas de madera preciosa sostenían innumerables objetos de arte: jades, bronce, cristales de roca, marfiles esculpidos.

Un museo, una colección acumulada por emperadores que habían hecho de la belleza una obsesión. Cada objeto había sido elegido con cuidado, dispuesto con arte, preservado con devoción.

El capitán, que había seguido a Montauban, permaneció congelado en el lugar, incapaz de despegar su atención de este espectáculo.

—Mi general —susurró—, es increíble. Nunca he visto nada semejante, ni siquiera en el Louvre.

—Yo tampoco, Delmas. Yo tampoco.

Otros oficiales entraron, luego soldados. Pronto, la sala se llenó de uniformes franceses y británicos, contrastando violentamente con la armonía delicada de los lugares. Los hombres caminaban de puntillas, como en una iglesia, intimidados por tanta belleza.

El barón Gros encontró a Montauban, las lágrimas en los ojos.

—Mi general, ¿ve lo que veo? No es un palacio. Es un tesoro de la humanidad. Si lo destruimos, si lo saqueamos, cometeremos un crimen que empañará para siempre nuestro honor.

Montauban continuaba mirando alrededor, intentando absorber la magnificencia del lugar. Pensaba en la Emperatriz Eugenia, en su petición velada de traer objetos de arte. Pensaba en los soldados que esperaban afuera, hambrientos de recompensas después de tantos sacrificios. Pensaba en Elgin y su deseo de venganza.

Y comprendía que se encontraba en una encrucijada de la Historia. Que lo que se decidiría en las próximas horas tendría repercusiones durante décadas, quizás siglos.

—Barón Gros, comparto sus sentimientos. Pero temo que ya no seamos dueños de los acontecimientos. Fuerzas más poderosas que nosotros están en obra aquí. La venganza, la codicia, la ambición imperial. Todo eso converge hacia este lugar, y no sé si podremos impedir lo que debe suceder.

—Es usted el comandante de las fuerzas francesas. Tiene el poder de negarse.

—Tengo el poder de obedecer. Es diferente.

Afuera, los soldados comenzaban a explorar los otros edificios del complejo. Descubrían sala tras sala, pabellón tras pabellón. Bibliotecas conteniendo miles de manuscritos antiguos. Galerías de arte exponiendo pinturas de maestros chinos. Cámaras del tesoro donde se amontonaban lingotes de oro y plata.

La excitación montaba. Las voces se volvían más fuertes, los gestos menos respetuosos. Alguien volcó un jarrón que se rompió con un ruido cristalino. Fue como una señal. De repente, la contención voló en pedazos.

Los soldados se precipitaron en las salas, apoderándose de todo lo que brillaba, de todo lo que parecía tener valor. Los británicos eran los más agresivos, sus tropas coloniales en particular, pero los franceses no tardaron en seguir. El ordenamiento minucioso de las colecciones no resistió al asalto de estos hombres que veían allí una oportunidad de riqueza que nunca encontrarían.

Beaumont, que había permanecido con su sección en el patio principal, vio el inicio del saqueo con horror.

—¡No! —gritó—. ¡No tienen derecho! ¡Es robo!

Pero su voz se perdió en el estruendo. Los hombres ya no lo escuchaban. Incluso los de su propia sección dudaban, mirando a sus camaradas atiborrarse de botín, preguntándose por qué ellos deberían quedarse con las manos vacías.

Dubois se acercó a Beaumont, el rostro atormentado.

—Sargento, ¿qué hacemos?

—No hacemos nada. No tomamos nada. Guardamos nuestra dignidad, aunque nadie más la guarde.

—Pero los otros...

—¡Me importan un bledo los otros! ¡Me importa un bledo lo que hacen esos ladrones! Tú, Dubois, vales más que eso. Vales más que esa jauría de saqueadores.

El joven soldado aprobó, las lágrimas en los ojos. Permaneció al lado de Beaumont, mirando el saqueo proseguir con un sentimiento de vergüenza e impotencia.

Dentro del palacio principal, el general de Montauban asistía al desastre. Alrededor de él, sus propios oficiales intentaban mantener un simulacro de orden, pero era pena perdida. El saqueo había comenzado, y nada podía detenerlo.

El general Jamin se acercó, el rostro rojo de cólera.

—¡Mi general, hay que hacer algo! ¡Nuestros hombres se conducen como primitivos! ¡Destruyen todo, roban todo!

—Lo sé, Jamin. Lo sé.

—¡Dé una orden! ¡Hágalos parar!

Montauban hizo frente a su subordinado, y Jamin vio en sus ojos una resignación que nunca había visto antes.

—¿Una orden? ¿Y quién la ejecutará? Los hombres están desencadenados. Si intento detenerlos por la fuerza, se volverán contra nosotros. Conoce la historia militar, Jamin. Sabe lo que sucede cuando un ejército prueba el saqueo. Se vuelve incontrolable.

—¿Vamos a quedarnos ahí, mirando sin reaccionar? ¿Dejando destruir siglos de civilización?

—Vamos a intentar limitar los daños. Preservar lo que pueda serlo. Pero no podremos salvar todo. Designe comisarios. Que elijan las piezas más preciosas y las pongan a salvo. El resto... el resto seguirá su curso.

Jamin quiso protestar, pero comprendió que era inútil. Saludó y se alejó para ejecutar la orden, la rabia en el corazón.

Delmas, que había oído el intercambio, se unió a Montauban.

—Mi general, ¿es así como termina nuestra aventura? ¿En el saqueo y el deshonor?

—El honor es un lujo que ya no podemos permitirnos. Hemos ido demasiado lejos. Debemos vivir con las consecuencias de nuestros actos.

—Pero usted había dicho... Había prometido que seguiríamos siendo hombres de honor. Incluso en las peores circunstancias.

—Lo intenté. Dios sabe que lo intenté. Pero fracasé.

—Y usted también fracasará, algún día. Porque la guerra no deja lugar a los santos. Solamente a los supervivientes.

Se soltó y salió del palacio. Necesitaba aire, espacio, distancia con respecto a este horror. Afuera, el saqueo continuaba. Soldados salían de los edificios cargados de objetos heteróclitos. Algunos se peleaban por un mismo jarrón, rompiéndolo en su lucha. Otros bebían alcohol encontrado en las reservas imperiales, emborrachándose en el calor de la tarde.

El caos. Un caos organizado, ritualizado incluso, como si el saqueo formara parte integrante de la guerra, como si fuera una recompensa merecida.

El barón Gros intentaba salvar lo que podía. Con algunos oficiales franceses que compartían sus escrúpulos, constituía una modesta colección de objetos que esperaba preservar. Pero era una gota de agua en un océano de destrucción.

Las horas pasaron. El sol comenzó a declinar. El saqueo proseguía, más anárquico a medida que los soldados se emborrachaban. Peleas estallaban, disparos resonaban de vez en cuando.

Y luego, hacia la tarde, Lord Elgin convocó una nueva reunión. En el patio principal del palacio, hizo un anuncio.

—Señores, he tomado una decisión. Este palacio debe ser destruido. Enteramente. Le prenderemos fuego. Será nuestra respuesta a las monstruosidades cometidas contra nuestros

prisioneros. Será nuestro mensaje al emperador de China: no se ultraja impunemente el honor británico.

CAPÍTULO 2 - EL TESORO DEL HIJO DEL CIELO

El 7 de octubre de 1860, al amanecer, el general Charles Cousin de Montauban convocó a sus tres mejores oficiales en la sala del trono. El capitán de artillería Jacques Bessières, antiguo alumno de la Escuela Politécnica que había estudiado historia del arte. El comandante Henri Fould, coleccionista de antigüedades chinas. Y el coronel François Lambert, que había pasado dos años en Egipto y traído decenas de cajas de artefactos orientales.

— El saqueo comenzado desde ayer continúa hoy. Vamos a organizarlo. Ustedes tres, son los más cultos de este ejército. Se convertirán en comisarios de botín de guerra. Su misión: repertoriar los objetos más preciosos. Aquellos que merecen entrar en las colecciones imperiales. Elegirán trescientos. No más — el transporte ya será una pesadilla. Estos objetos serán enviados al Emperador y a la Emperatriz Eugenia. A trabajar, señores. Tienen carta blanca en todo el palacio. Tómense el tiempo de examinar, de comparar, de elegir. Quiero que estos trescientos objetos sean los más bellos, los más preciosos, los más notables. Testimoniarán esta campaña. Entrarán en la Historia.

El coronel Lambert tomó la palabra: — ¿Por dónde comenzamos, mi general? — Por esta sala. El trono imperial se encuentra allá, sobre la tarima. Evacúen a los soldados que entran y salen. Comiencen por las insignias del poder. Luego, explorarán el resto del palacio. Tomen notas. Establezcan un inventario preciso. En tres días, quiero su lista. — Bien, mi general.

El gran salón del trono

Se acercaron a la tarima donde se erguía el trono imperial. El coronel subió las escaleras de mármol el primero, seguido de sus dos subordinados. Sus botas resonaron en el silencio opresivo de la sala ahora desierta.

El trono estaba tallado en un bloque de madera de sándalo macizo, incrustado de nácar y jade. El respaldo, de dos metros de altura, estaba ornamentado con un dragón de cinco garras cuyos ojos estaban formados por rubíes birmanos del tamaño de un huevo de paloma.

El comandante Fould se inclinó sobre las gemas: — Estos rubíes deben pesar cincuenta quilates cada uno, quizás más. Y la calidad del tallado... Ni una inclusión visible.

El capitán Bessières se había sentado en las escaleras, contemplando el trono con una expresión extraña. — ¿Saben lo que me impresiona, señores? Este trono probablemente no ha sido utilizado desde hace meses. El emperador ya no venía aquí. Se había refugiado en Rehe, en su residencia de verano. Este trono está vacío. El poder que simboliza se ha evaporado. — Divaga, Bessières, replicó el comandante con una sonrisa. — Quizás. Pero este cojín de seda amarilla no lleva ninguna marca reciente. Ni un pliegue, como si el tiempo se hubiera detenido aquí. Para esta dinastía, para este imperio, el tiempo se detuvo el día en que desembarcamos en Tien-tsin. — No sea tan dramático, capitán. Los Qing sobrevivirán a esta guerra. Firmarán un tratado, pagarán indemnizaciones, abrirán puertos. Pero permanecerán en el poder. — ¿Por cuánto tiempo? ¿En cincuenta años, en cien años, China seguirá siendo un imperio? ¿O se habrá convertido en una colonia europea, como la India?

El capitán se levantó, sacudiéndose el uniforme: — Nadie puede colonizar China. Es demasiado vasta, demasiado poblada, demasiado antigua. No, China permanecerá china. Pero deberá adaptarse al mundo moderno.

El coronel se había acercado al trono, examinándolo de cerca. — Olviden el trono, zanjó. Es demasiado voluminoso. Nunca podremos transportarlo. Son los objetos sobre esta mesa los que nos interesan.

Bajó de la tarima y se dirigió hacia la mesa baja de palisandro dispuesta frente al trono. — Vengan a ver, señores.

Se reagruparon. Varios objetos estaban dispuestos allí con un cuidado ritualístico: dos cetros de jade, una tablilla, sellos, un quemador de perfumes.

El comandante sacó su cuaderno del bolsillo, lo abrió en una página en blanco. — Primer objeto. Un bastón de mando. Cetro imperial. Ruyi.

Extendió la mano, dudó un instante – como si temiera cometer un sacrilegio – luego tomó el cetro. De unos setenta centímetros de largo, estaba tallado en un solo bloque de jade nefrita de un verde profundo, casi negro.

— Sientan el peso de esta cosa.

Lo pasó a Fould, quien lo sopesó con respeto. — ¿Debe pesar tres kilos? ¿Cuatro? — Al menos cuatro, confirmó el coronel. Un bloque de jade de este tamaño, de un color tan puro... inestimable.

El comandante pasó sus dedos sobre la superficie lisa. — Es frío al tacto, pero al mismo tiempo... hay algo vivo en esta piedra. ¿Lo sienten?

El capitán Bessières se acercó: — Los chinos dicen que el jade posee un qi, una energía vital. Lo consideran más precioso que el oro o los diamantes. — Una energía vital, repitió Lambert con una sonrisa escéptica. ¿Usted cree en eso, capitán? — No, mi coronel. Sosténgalo durante unos minutos. Se calienta.

Lambert retomó el cetro y lo examinó más atentamente. — La extremidad termina en una cabeza de hongo. El lingzhi, símbolo de longevidad y buen augurio. Y allá, caracteres grabados a lo largo. Caligrafía muy fina.

El comandante se inclinó. — Capitán, ¿puede descifrar estas inscripciones? — Solo algunos caracteres, mi comandante. Estudié antes de la campaña, sin dominar la lengua. Pero lo suficiente para reconocer ciertas palabras. Esto es poesía. Poemas compuestos por el emperador Qianlong mismo. — Un emperador que escribe poesía en sus cetros, se asombró Fould.

Entre nosotros, los reyes hacen grabar sus escudos y sus títulos. Ellos, graban poemas. — Para los chinos, un soberano debe ser un letrado consumado. La fuerza militar no es suficiente. Hay que dominar los clásicos, componer poemas, practicar la caligrafía. Un emperador ignorante sería impensable. — Y sin embargo, perdieron la guerra contra nosotros, hizo notar el coronel. — Su refinamiento no es un arma de guerra, mi coronel. Pero en mil años, ¿quién se acordará de esta guerra? Nadie. Pero los poemas de Qianlong seguirán siendo leídos, este cetro seguirá siendo admirado. — Un bello consuelo para una derrota militar, ironizó Fould. ¿Se dan cuenta de lo que estamos haciendo? El emperador sostenía este cetro durante las grandes ceremonias. El equivalente de la corona de Francia, del cetro de San Luis. Y nosotros estamos a punto de robarlo.

Lambert se puso rígido: — No lo estamos robando, comandante. Lo tomamos como botín de guerra. — ¿De verdad, mi coronel? ¿En qué es diferente? — Es legal. Reconocido por todas las naciones civilizadas. El derecho de guerra autoriza a los vencedores a apoderarse de los bienes de los vencidos. — El derecho de guerra... ¿Encuentra que es un derecho que merece ser respetado, mi coronel?

El coronel se acercó a Fould, con voz firme: — Comandante, si no puede aceptar esta misión, dígalo ahora. Pediré al general que lo reemplace. Pero si se queda, entonces cumpla su tarea sin remordimientos. No estamos aquí para juzgar la justeza de esta guerra.

Fould apretó las mandíbulas. — Me quedo, mi coronel. Y ejecutaré las órdenes. Pero eso no me impedirá pensar. — Piense tanto como quiera. Pero trabaje también.

El comandante depositó el cetro con precaución y anotó en su cuaderno: "Cetro imperial ruyi, jade nefrita verde oscuro, longitud aprox. 70 cm, grabado con poemas del emperador Qianlong. Período Qing, finales del siglo XVIII. Calidad excepcional."

— Lord Elgin va a querer este cetro, predijo el coronel. El símbolo mismo del poder imperial. Querrá llevarlo a Inglaterra como trofeo. — Sin duda, mi coronel, admitió Bessières. Pero hay un segundo.

Señaló un segundo ruyi, reposando junto al primero. Este estaba tallado en un jade blanco translúcido, de una belleza diferente, pero igualmente notable.

El comandante lo levantó. — Este es más ligero. Tres kilos, quizás. — Y el color, observó el capitán. Jade blanco puro. Raro. El jade blanco de esta calidad proviene de las montañas Kunlun, a miles de kilómetros de aquí. Su transporte debe haber costado una fortuna. Tenemos dos cetros imperiales. Uno para Lord Elgin, uno para Napoleón III.

Fould no pudo evitar hacer un comentario. — La providencia arregla bien las cosas...

El coronel golpeó con el puño sobre la mesa: — ¡Basta! ¡No vamos a pelearnos como traperos al pie del trono imperial! Sí, lo que hacemos plantea cuestiones morales. Sí, se puede discutir la legitimidad de esta guerra y de este saqueo. Pero somos soldados. Nuestro deber es obedecer. El general de Montauban nos ha confiado una misión. La cumpliremos lo mejor posible. — Tiene razón, mi coronel. Perdóneme. Mis nervios están de punta. — Los míos también, comandante.

Se dieron la mano, reconciliados.

— Bien. Tercer objeto: una tablilla de jade.

El comandante levantó una tablilla gui, tallada en un jade blanco translúcido. Medía treinta centímetros de largo por diez de ancho, con bordes redondeados.

— Se ve casi a través, se maravilló el coronel. — Casi, pero no del todo, replicó Bessières. Esta translucidez, este velo ligero, es la perfección.

Volteó la tablilla. Una cara estaba grabada con caracteres arcaicos.

— Estos caracteres son muy antiguos. No se parecen a la escritura moderna. Diría dinastía Zhou, quizás incluso más antiguos. — ¿Quiere decir que esta tablilla podría tener tres mil años? se asombró el coronel. — No. La tablilla en sí es sin duda más reciente. Pero fue grabada con caracteres arcaicos, para darle una apariencia venerable. Una práctica común bajo los Qing. Querían vincularse con las dinastías antiguas, mostrar la continuidad de su poder. — ¿Para qué servía esta tablilla? — Un objeto ritual. El emperador la usaba durante las ceremonias para comunicarse con las fuerzas sobrenaturales, con los ancestros imperiales. Estos caracteres son fórmulas de invocación, oraciones. — ¿Puede leerlos, capitán? — Algunas palabras. Allá, por ejemplo, el carácter tian – "cielo". Y allá, di – "tierra". El resto es demasiado complicado para mí. Haría falta un sinólogo.

Lambert tomó la tablilla y la sopesó. — Es pesada para su tamaño. — El jade es una piedra muy dura, mi coronel, explicó Bessières. En la escala de Mohs, que mide la dureza de los minerales, se sitúa entre 6 y 7. Menos duro que el diamante, pero mucho más que el mármol o el granito. — ¿Cómo podían tallar una piedra tan dura con las herramientas de la época? — Con paciencia. Se frota con arena abrasiva durante meses, años. Se desgasta lentamente el material hasta obtener la forma deseada. Una tablilla como esta probablemente necesitó diez años de trabajo. — ¡Diez años! exclamó el coronel. ¡Para un solo objeto! — Comprendían que ciertas cosas no pueden apresurarse. Que la belleza requiere tiempo. — ¿Cuánto vale algo así, capitán?

Bessières lo miró. — No vale nada. Es invaluable. No se puede poner un precio a un objeto como este. Como preguntar el precio de la corona de Carlomagno. Estos objetos no tienen valor de mercado. Tienen un valor simbólico, histórico, cultural. — Sin embargo, alguien terminará por darle un precio. — Esta tablilla nunca será vendida. Entrará en las colecciones imperiales francesas, donde será conservada y admirada.

El coronel se enderezó, masajeándose los riñones doloridos. — Señores, hemos pasado una hora en tres objetos. A este ritmo, necesitaremos un mes para terminar el inventario. Capitán Bessières, guíenos hacia las porcelanas. Debemos acelerar.

Las porcelanas del Imperio

Se acercaron a las estanterías que ocupaban toda la pared oeste de la sala. Se elevaban a cuatro metros de altura, divididas en decenas de compartimentos de madera de rosa finamente esculpida. Las porcelanas ocupaban la parte central, dispuestas con un cuidado meticuloso.

Fould se detuvo en seco, contemplando la extensión de la colección. — ¿Por dónde comenzar, mi coronel? ¿Debe haber cien piezas? ¿Doscientas? — Más que eso, respondió Bessières recorriendo las estanterías con la mirada. Diría trescientas, quizás cuatrocientas. Y estas son solo las porcelanas de esta sala. Probablemente hay miles de otras en el resto del palacio. — Miles, repitió Lambert. Y solo tomaremos algunas decenas. — Las más bellas, precisó el capitán. Las obras maestras. El resto...

El coronel lo interrumpió y recorrió la sala con la mirada: — Capitán, ¿su opinión sobre el método? — Sugiero comenzar por arriba. Las piezas más preciosas están colocadas en altura, fuera del alcance del polvo y los accidentes. Comandante, ¿ve esa escalera allá?

Fould se dirigió hacia el ángulo de la sala. Cuando levantó la escalera, se dio cuenta de que no era de madera ordinaria. Los montantes eran de madera de rosa esculpida con motivos florales.

— Incluso su escalera está esculpida. Esta gente no hacía nada banal. — Es lo que hace su grandeza, respondió Bessières. Y también, quizás, su debilidad. Pasaron tanto tiempo perfeccionando las artes, las letras, la estética, que descuidaron el ejército, la marina, la tecnología moderna.

Comenzó a subir. Los peldaños crujían bajo su peso, pero resistían.

— Tenga cuidado, capitán, advirtió el comandante. Si cae con uno de esos jarrones en las manos, el general nos hará fusilar. — Tranquilícese, mi comandante.

Llegado a la cima, el capitán Bessières se encontró frente a una hilera de jarrones espectaculares.

— Una serie de jarrones época Qianlong, estoy seguro. Finales del siglo XVIII. — ¿Cuántos ve? preguntó el coronel Lambert.

— Doce. Todos de la misma serie, a juego. Piezas monumentales. Este debe medir... espere, voy a bajarlo.

El capitán tomó el primer jarrón con una delicadeza infinita. Más pesado de lo que había imaginado – la porcelana de este tamaño y espesor debía pesar al menos cinco o seis kilogramos. Bajó escalón por escalón, concentrado, consciente de que el menor movimiento en falso podría romper para siempre una obra maestra de casi un siglo de antigüedad.

— Cuidado con el último escalón. — Lo veo, gracias, mi comandante.

Depositó el jarrón sobre una mesa en el centro de la sala. Se reagruparon alrededor, contemplándolo en silencio.

La porcelana era de una blancura inmaculada, de una pureza que parecía irreal. Sobre este fondo perfecto, escenas de la vida de la corte habían sido pintadas con una delicadeza que desafiaba la imaginación. Mandarinés en túnicas de seda bordada se paseaban por un jardín. Concubinas tocaban el pipa bajo sauces llorones. Niños corrían tras mariposas entre flores florecidas. Cada personaje, aunque minúsculo – algunos no medían más de un centímetro – estaba pintado con un cuidado del detalle asombroso.

— Pintura en miniatura, susurró el comandante, inclinándose tan cerca que su aliento casi hacía temblar la superficie. Los detalles... Los pliegues de las túnicas, los rasgos de los rostros, las briznas

de hierba en el jardín. ¿Cómo se puede pintar con esta precisión sobre porcelana? — Con pinceles finos respondió Bessières, también fascinado. Hechos de un solo pelo de comadreja. A veces incluso de una sola pestaña humana para los detalles más finos. Y años de aprendizaje. Los pintores de Jingdezhen comienzan su formación a la edad de siete años. — ¿Jingdezhen? — La ciudad de las porcelanas. Al sur de China, en la provincia de Jiangxi. Todas las porcelanas imperiales son fabricadas allí. Se remonta a la dinastía Yuan en el siglo XIV. El centro de la porcelana china, como Limoges es el centro de la porcelana francesa. Excepto que Jingdezhen es mucho más antiguo, más grande, más perfeccionado.

El coronel, que examinaba el jarrón en silencio, tomó repentinamente la palabra: — Las asas. Vean las asas.

Los otros dos se inclinaron. Las asas del jarrón estaban esculpidas en forma de cabezas de dragones en miniatura. Cada dragón mostraba una boca abierta, colmillos afilados, ojos prominentes. Y sobre el cuerpo, cientos de escamas habían sido esculpidas y luego esmaltadas.

— Cada escama es diferente, notó Lambert, pasando su dedo sobre la superficie. No son uniformes. Ligeramente irregulares, como en un dragón real. Bueno, si los dragones existieran. — Eso es la diferencia entre una obra maestra y un simple objeto bello. El artesano que hizo esto no repitió un motivo. Reflexionó sobre qué es un dragón, sobre cómo estarían dispuestas sus escamas, sobre cómo la luz jugaría sobre su superficie.

El comandante se había arrodillado para estudiar el equilibrio de las proporciones. — Y allá, en el cuello. Inscripciones. ¿Puede leerlas, capitán?

Bessières se inclinó. En el cuello del jarrón, en caracteres de una finura microscópica, corría una inscripción en chino clásico.

— Veamos... Es difícil, los caracteres son tan pequeños... Pero creo reconocer la fecha de fabricación. Y aquí, el nombre del

taller imperial. Esta pieza fue creada en 1765, bajo el reinado de Qianlong. — Hace casi cien años, murmuró el comandante. Un siglo que este jarrón existe. Y está en estado perfecto. Ni una grieta, ni un desportillado. — Porque ha sido conservado en este palacio, explicó Bessières, protegido de la luz directa, del polvo, de las variaciones de temperatura. Los chinos saben preservar sus porcelanas. Las envuelven en papel de arroz, las guardan en armarios de madera de sándalo cuyo olor aleja a los insectos. Las manipulan siempre con guantes de seda. Para ellos, cada porcelana antigua es un vínculo con sus ancestros, un tesoro familiar a transmitir a las generaciones futuras. — Un tesoro familiar que vamos a robarles, afirmó el comandante en voz baja. El coronel suspiró, pero no hizo comentarios.

El capitán volvió a subir la escalera. Uno por uno, con una paciencia infinita, bajó los once jarrones restantes. Cada uno presentaba decorados diferentes, pero en el mismo estilo: escenas apacibles de la vida cortesana, pintadas con esta maestría técnica impresionante que caracterizaba a los talleres imperiales de Jingdezhen.

El segundo jarrón mostraba damas de la corte admirando carpas koi en un estanque. El tercero representaba un picnic en un pabellón de jardín. El cuarto, un concierto de música bajo las glicinias. Cada jarrón contaba una historia diferente.

Cuando los doce jarrones estuvieron alineados sobre la mesa, retrocedieron para admirar el conjunto.

— Extraordinario, observó el coronel. Se armonizan. Los colores, los estilos, las proporciones. Fueron concebidos como un todo. — Sin duda un encargo especial del emperador, mi coronel, sugirió Bessières. Para un aniversario, quizás, o una gran ceremonia. Un artista – o un equipo de artesanos – debió pasar dos o tres años realizando esta serie.

Fould anotó en su cuaderno: "Serie de doce jarrones, período Qianlong (datados 1765), altura 75-85 cm, decorados variados

representando escenas de la vida de corte. Estado excepcional. Recomendación: conservar la serie completa, no separar las piezas."

— ¿Cuántos jarrones tomamos de esta serie, capitán? preguntó el comandante. — Los doce, mi comandante. No se pueden separar. Sería como separar las páginas de un libro o los movimientos de una sinfonía. — El transporte va a ser complicado, hizo notar Lambert. — El general dijo que no nos preocupáramos por el transporte, mi coronel. Nuestro rol es seleccionar las mejores piezas. El resto seguirá.

El coronel se volvió hacia la siguiente estantería. — Ahora, estas piezas en la estantería del medio. Celadones.

Bessières bajó con precaución un jarrón de un verde jade luminoso. La forma era diferente de los primeros jarrones: simple, depurada, sin ninguna ornamentación pintada. Una jarra globular, de paredes abultadas, reposando sobre un pequeño pie circular.

— Mucho más antiguo, mi coronel. Dinastía Song, diría. Quizás incluso Song del Norte. Siglo XI o XII. — ¿Hace setecientos años? exclamó el comandante, tomando el jarrón con una reverencia nueva. — La cubierta es lisa. Ni el menor craquelado, ni el menor defecto. Este color que llamamos celadón se obtiene por la oxidación del hierro contenido en el esmalte durante una cocción reductora a más de mil doscientos grados. Una técnica difícil de dominar. Hay que controlar con una precisión absoluta la temperatura del horno, la cantidad de oxígeno, el tiempo de cocción. — ¿Cómo lo hacían, en el siglo XI, para controlar la temperatura con tal precisión? — Con la experiencia transmitida de generación en generación. Los maestros alfareros de Longquan — es allá donde estos celadones fueron fabricados — conocían sus hornos como nosotros conocemos nuestras propias casas. Sabían, solo mirando el color de las llamas, si la temperatura era correcta. Solo escuchando el crepitar del fuego,

si la cocción se desarrollaba bien. Casi magia. O más bien, arte elevado al nivel de una ciencia.

El comandante sostenía el jarrón frente a la ventana, dejando que la luz del sol jugara sobre la superficie. — Este color es espléndido. Cambia según el ángulo de observación. A veces verde pálido, casi blanco. A veces verde profundo, casi azul. — El espesor irregular del esmalte. Donde la cubierta es más espesa, el color es más intenso. Donde es más fina, se aclara. Estas variaciones no son defectos. Al contrario, forman parte de la belleza del objeto. Dan vida a la superficie. — Es espléndido, admitió el coronel. Esta simplicidad, esta pureza de líneas... — ¿Japonés? sugirió el capitán con una sonrisa. — ¡Sí! Exactamente. Esta depuración me hace pensar en los objetos japoneses que he visto en el Louvre. — Los japoneses aprendieron todo de los chinos. La porcelana, la pintura, la caligrafía, la arquitectura, los jardines, el té, el budismo zen. Todo viene de China. Los chinos son los maestros. Los japoneses son los alumnos brillantes, ciertamente, que a veces han superado a sus maestros.

El comandante contaba los celadones en la estantería. — ¿Hay quince? ¿Dieciséis? — Dieciocho, mi comandante, corrigió el capitán después de haber contado a su vez. De formas diferentes. Jarras como esta, botellas de cuello largo y estrecho, copas acampanadas. Todas del período Song o Yuan. — ¿Las tomamos todas, capitán? — Sí, mi comandante. Todas. Piezas rarísimas. Los celadones Song valen una fortuna en el mercado europeo. — ¿Cómo sabe todo esto? preguntó el comandante con curiosidad. Sabe más sobre porcelana china que cualquier marchante de arte que conozca.

El capitán sonrió modestamente. — Pasé tres meses en París antes de la expedición, mi comandante. En cuanto supe que partíamos para China, comprendí que tendríamos la ocasión de ver — y quizás de adquirir — objetos extraordinarios. Me preparé. Visité todos los museos, consulté todos los catálogos de venta, interrogué a todos los expertos. Leí todos los libros que pude

encontrar sobre el arte chino. — Es un hombre previsor, capitán, sonrió el coronel. — O codicioso, mi coronel. Todo depende del punto de vista. — Continuemos, mi coronel. Nos quedan aún los azul y blanco por examinar.

Los jarrones azul y blanco ocupaban la parte inferior de las estanterías. Cuando Bessières bajó el primero, Fould dejó escapar un silbido.

— Espectacular.

Un gran jarrón piriforme – un yuhuchunping en la terminología china – que medía cerca de un metro de altura. El cuello, acampanado en forma de trompeta, coronaba una panza elegante que se redondeaba graciosamente antes de estrecharse hacia la base.

Pero lo que cortaba el aliento era el decorado. Sobre un fondo de porcelana de una blancura deslumbrante, escenas narrativas habían sido pintadas en azul de cobalto de una intensidad mágica.

— La historia del general Yue Fei, observó el capitán haciendo girar el jarrón. Un héroe nacional de la dinastía Song. Allá, lo vemos niño, estudiando los clásicos con su madre. Aquí, entra al servicio del emperador. Allá, parte a la guerra contra los invasores Jurchen del Norte. Y aquí...

Giró nuevamente el jarrón. — Aquí, lo vemos traicionado por el ministro Qin Hui, encarcelado, ejecutado. Toda su vida contada en este jarrón.

Sus dos colegas se acercaron, fascinados. Cada escena era de una precisión microscópica. Los personajes estaban pintados con un cuidado del detalle asombroso.

— ¿Cómo se puede pintar con esta precisión? Los pinceles debían ser finos. — Una mano estable, mi comandante. Un temblor, un movimiento brusco, y todo está estropeado.

El coronel escrutaba la base del jarrón. — Hay una marca aquí. ¿Puede leerla, capitán?

Bessières se inclinó. — La marca imperial de la dinastía Yuan. Siglo XIV. Este jarrón tiene seiscientos años, señores. — Seis siglos, susurró el comandante. Y en estado perfecto. — No es un milagro. El resultado de un cuidado constante, de una atención permanente. Los chinos saben que estos objetos son frágiles, irremplazables. Los protegen. Los aprecian.

El capitán contó los jarrones azul y blanco en las estanterías. — Hay veintitrés jarrones azul y blanco. Todos de períodos diferentes. Algunos Yuan, como este. Otros Ming. Algunos Qing. Propongo que los tomemos todos.

Bessières consultó sus notas. — Mi coronel, la tarde avanza. Hemos pasado varias horas en las porcelanas. Hemos seleccionado cincuenta y tres: doce familias rosa, dieciocho celadones, veintitrés azul y blanco. Nos quedan aún los cloisonné, los jades, los bronce, los textiles, los objetos de letrado, los relojes. Si continuamos a este ritmo, necesitaremos una semana. Ahora bien, solo tenemos dos días. — ¿Qué propone, capitán? — Debemos acelerar, mi coronel. Hacer elecciones más rápidas. No podemos examinar cada objeto durante una hora. Hay que ser más pragmático. — Pragmático, repitió el coronel. Una bonita palabra para decir "superficial". — Si tiene una mejor idea, mi coronel, lo escucho.

El coronel no ignoraba que el capitán tenía razón. — Muy bien. Pasemos a los cloisonné. Están en esas vitrinas, allá.

La tarde avanzaba. La luz que entraba por las altas ventanas comenzaba a tomar ese tinte dorado que precede al crepúsculo. Los tres hombres habían llenado varias páginas de notas.

Las maravillas esmaltadas

Las vitrinas bajas que contenían los esmaltes cloisonné estaban dispuestas a lo largo de la pared oeste de la sala. Cuando se acercaron, la luz del sol poniente golpeaba los objetos de lleno, haciéndolos centellear.

— Parece que están en llamas, declaró el comandante protegiéndose los ojos. — El efecto de los esmaltes, explicó el capitán. Reflejan la luz como el vidrio. Normal, ya que los esmaltes son vidrio coloreado.

Se arrodilló frente a la primera vitrina, limpiando con su manga la fina capa de polvo que cubría el vidrio. Dentro, una decena de jarrones estaban alineados, cada uno más espectacular que el anterior.

El coronel se arrodilló a su lado. — ¿Qué es el cloisonné? He oído hablar de él, pero nunca he comprendido la técnica.

Bessières pareció contento de poder explicar. — Una técnica de esmaltado sobre metal. Muy compleja. Se toma un soporte de cobre o bronce. Se sueldan hilos de cobre muy finos – a veces de apenas un milímetro de ancho – siguiendo los contornos de un dibujo. Estos hilos forman compartimentos, tabiques. Luego, se rellena cada compartimento con polvo de esmalte de diferentes colores. Polvos de vidrio mezclados con óxidos metálicos. El azul viene del cobalto, el verde del cobre, el amarillo del hierro, el rojo del oro. — ¿Oro? se asombró Fould. — Oro coloidal, sí. Eso hace el rojo caro y difícil de obtener. Una vez llenos los compartimentos, se cuece el objeto en un horno a muy alta temperatura – alrededor de ochocientos grados. Los polvos se funden y se vitrifican. Pero al enfriarse, los esmaltes se contraen. Hay que añadir esmalte y volver a cocer. A veces tres veces, cuatro veces, hasta que los compartimentos estén llenos. Luego, se pule la superficie. Y finalmente, se doran los hilos de cobre y el resto del soporte metálico. — Un trabajo de titanes. — Un trabajo que puede llevar años para una sola pieza. Los grandes jarrones cloisonné movilizan a veces a un artesano durante tres o cuatro años.

Bessières abrió la vitrina y sacó el primer jarrón. Una pieza cilíndrica, de unos treinta centímetros de altura, cubierta con un decorado floral sobre fondo azul turquesa.

— Este azul. Lo que llamamos el azul Jingtai, del nombre del emperador Jingtai que reinaba a mediados del siglo XV. Es él quien hizo del esmalte cloisonné un arte imperial. Antes de él, una artesanía menor. Después de él, un arte mayor.

Fould tomó el jarrón con precaución. Era más pesado de lo que parecía. — Los colores son tan vivos, tan puros. Parece que fueron aplicados ayer. — La calidad de los esmaltes chinos. No se empañan con el tiempo. Un cloisonné de cuatrocientos años tiene los mismos colores que un cloisonné nuevo.

Lambert inspeccionaba de cerca el decorado. — Estas flores... ¿son lotos? — Lotos y peonías, mi coronel. Símbolos de pureza y riqueza. Los motivos florales son muy comunes. Pero la finura del trabajo... Cada pétalo está en un compartimento separado. Y en cada compartimento, el esmalte tiene un tinte diferente. Hay rosas pálidos, rosas más sostenidos, blancos cremosos. Estos degradados son queridos, calculados. El artesano ha elegido cuidadosamente qué esmalte poner en qué compartimento para crear este efecto de profundidad, de relieve. — Pintura con vidrio. — Exactamente, mi comandante.

Pasaron la media hora siguiente examinando la colección. Había jarrones de todos los tamaños, cajas, platos, quemadores de incienso. Un objeto en particular atrajo su atención: un quemador de perfumes en forma de pato mandarín, de veinte centímetros de altura.

— Fabuloso, exclamó el coronel levantándolo. Cada pluma está tabicada. Los degradados de colores... Del rojo anaranjado en la cabeza, que pasa al marrón oscuro en el cuerpo. Y el ojo... una pupila negra con un punto de luz blanco. — Los artesanos trabajaban con lupas. Para los detalles más finos, utilizaban incluso lupas de aumento montadas sobre soportes, como las de los relojeros. Algunas piezas necesitaban tal nivel de concentración que un artesano solo podía trabajar dos o tres horas al día. — Dos o tres horas al día, repitió Fould. Durante

cuatro años. — Aproximadamente tres mil horas para un solo objeto.

El capitán volvió a poner el pato en la vitrina y se enderezó. — ¿Cuántos tomamos, mi coronel? — Difícil de decir. ¿Debe haber sesenta piezas? ¿Ochenta? — Al menos ochenta, confirmó el coronel después de haber dado la vuelta a las vitrinas. — No podemos tomarlas todas. Son demasiado pesadas. El bronce, pesa. Si tomamos ochenta, serán cientos de kilos solo para los cloisonné. — ¿Cuántos, capitán?

Bessières reflexionó, recorriendo con la mirada la colección. — Cuarenta y siete. Las más bellas piezas de cada período. Jingtai, Qianlong, algunas piezas más recientes. Y este pato, por supuesto. — El pato es mío, bromeó el comandante. — ¿Perdón, mi comandante? — Bromeo. Pero si algún día estos objetos se ponen a la venta, me reservo el derecho de comprar este pato. — Si se ponen a la venta, será en un siglo, mi comandante. Usted estará muerto desde hace mucho tiempo. — Entonces mis nietos lo comprarán. Les hablaré de él en mi testamento.

A pesar de la tensión ambiental, sonrieron.

Fould anotó en su cuaderno: "Cuarenta y siete esmaltes cloisonné. Períodos Jingtai y Qianlong principalmente. Jarrones, cajas, quemadores de incienso, animales decorativos."

— ¿Dónde estamos, capitán?

Bessières contó rápidamente. — Cincuenta y tres porcelanas, cuarenta y siete cloisonné. Cien objetos. Necesitamos aún doscientos. — Los jades, dijo el coronel. Aún no hemos visto los jades. Y según lo que he oído, la colección de jades del emperador es fabulosa. — Está en la sala adyacente, mi coronel. Vayamos.

La sala de los jades imperiales

Atravesaron una antecámara y penetraron en una pieza más pequeña, colgada de seda amarilla — el color imperial. La iluminación era tenue, casi mística. Vitrinas de madera de rosa

con puertas acristaladas, dispuestas a lo largo de las cuatro paredes, contenían lo que era sin duda la más bella colección de jades de toda China.

Se detuvieron en el umbral, sobrecogidos por lo que descubrían. Incluso a través del vidrio de las vitrinas, incluso en la penumbra, los jades parecían brillar con una luz interior.

— Todas estas piezas, dijo Lambert.

Había cientos de objetos. Copas, esculturas, cetros, joyas, objetos rituales. Y contrariamente a lo que imaginaban, el jade no era siempre verde. Se declinaba en una paleta de colores asombrosa: blanco lechoso, verde pálido, verde oscuro, gris, marrón, naranja, incluso malva.

— Creía que el jade era siempre verde, se asombró el comandante. — Una idea falsa extendida, respondió Bessières. El jade designa en realidad dos minerales diferentes: la nefrita y la jadeíta. La nefrita, explotada desde el neolítico, ofrece una gama de colores que va del blanco al verde oscuro, pasando por tonos crema, grises o marrones. La jadeíta, más rara y más preciosa, descubierta en Birmania en el siglo XVIII solamente, presenta colores más vivos: verde esmeralda, malva, naranja, blanco puro.

Se acercó a la primera vitrina, sacó una llave de su bolsillo — el general Montauban le había entregado todas las llaves del palacio — y abrió la puerta acristalada.

— Esta pieza, señores.

Sacó una escultura que arrancó exclamaciones a los otros dos. Una montaña de jade blanco, de unos cincuenta centímetros de altura y cerca de un metro de ancho. Tallada en un solo bloque de nefrita blanca translúcida, representaba un paisaje de picos nevados de un realismo asombroso.

La depositó sobre una mesa en el centro de la pieza y se reagruparon alrededor.

La escultura era de una complejidad que cortaba el aliento. Decenas de picos rocosos se elevaban a alturas diferentes, creando una profundidad, una perspectiva que desafiaba el entendimiento. Pinos en miniatura se aferraban a las pendientes abruptas. Cascadas esculpidas parecían fluir entre las rocas. Ermitaños, minúsculos, caminaban por senderos escarpados, dirigiéndose hacia pabellones encaramados en la cima de los acantilados. Nubes estilizadas flotaban entre los picos, creando una atmósfera de misterio y espiritualidad.

— ¿Cómo es posible? susurró el comandante. ¿Cómo se puede esculpir algo tan complejo en una piedra tan dura? — Con tiempo. Mucho tiempo. Esta escultura necesitó diez años de trabajo. Quizás quince. Quizás veinte. — ¡Veinte años! exclamó el coronel. ¡Es inimaginable! — Para nosotros, sí, mi coronel. Pero para los chinos, normal. El tiempo tiene un valor diferente aquí. No tienen prisa. Comprenden que ciertas cosas no pueden apresurarse.

Lambert se inclinó sobre la escultura, examinando los detalles con una lupa. — Los ermitaños. Se ven sus rostros. Se ven sus túnicas. Se ven incluso sus bastones de marcha. Estos personajes no miden más de cinco milímetros, ¡y sin embargo cada detalle está representado! — La parte trasera, añadió el capitán volteando la escultura.

En la parte posterior, grabado en caracteres de muy gran finura, corría un largo poema.

— Un poema de Qianlong. Celebra la belleza de las montañas sagradas, la búsqueda espiritual de los ermitaños, la serenidad de la vida retirada lejos de los tumultos de la corte. — ¿Puede leerlo, capitán? — Algunos pasajes, mi coronel. Mi chino es limitado. Pero comprendo su esencia. Mire, allá por ejemplo, dice algo como: "En las montañas eternas, el espíritu encuentra la paz." Aproximativa, mi traducción, pero es la idea general. — Frío al tacto. Pero al mismo tiempo... hay algo vivo. ¿Lo siente? — Lo que dicen los chinos. Creen que el jade posee un qi. Para ellos, es

una piedra viva. — ¿Usted cree en eso? — No realmente, mi comandante. Sosténgalo durante unos minutos. Se calienta, parece adaptarse a la temperatura de su cuerpo. Inquietante. Casi perturbador.

El coronel tomó la escultura. Efectivamente, después de algunos segundos, ya no parecía tan fría. — Extraño, admitió.

Volvieron a poner la montaña de jade sobre la mesa y continuaron su exploración.

Las copas de jade formaban una categoría impresionante. El capitán sacó una, en jade celadón. Medía treinta centímetros de diámetro. — El espesor de las paredes. Tres milímetros, quizás menos.

Colocó la copa frente a una ventana donde entraba aún un poco de luz crepuscular. La luz atravesó el jade, revelando venas internas, matices de color que no eran visibles en luz normal. El jade parecía inflamarse con un resplandor verde irreal.

— Magia. — Arte, mi comandante, corrigió el capitán. Muy gran arte. Para tallar una copa de esta finura, hacen falta años. No se puede equivocar. Un golpe de más, una presión excesiva, y la copa se rompe. Todo el trabajo está perdido. — ¿Cuántas copas se rompen durante el proceso? — Muchas. Por cada copa que llega a la perfección, diez o veinte se rompen en el camino. Estos objetos representan no solo el trabajo invertido en la pieza en sí, sino también todo el trabajo perdido en las piezas rotas.

Las asas de la copa estaban esculpidas en forma de dragones en miniatura. Cada dragón, de apenas cinco centímetros de largo, mostraba escamas, garras, bigotes. Y los cuerpos de los dragones se sumergían en el interior, como si bebieran el líquido contenido.

— Qué imaginación. Esculpir dragones que beben en la copa. A la vez funcional y poético. — El genio chino. Nunca separan la función de la estética. Para ellos, un objeto debe ser a la vez bello y útil. El arte y la artesanía son uno.

Descubrieron luego las famosas bolas concéntricas. El coronel sacó una de la vitrina.

Una esfera de jade verde de unos diez centímetros de diámetro. Pero cuando la hizo girar en sus manos, se dio cuenta de que había otras esferas en el interior, cada una pudiendo girar libremente.

— ¿Cuántas esferas?

Bessières contó a través de las perforaciones delicadas. — Siete, mi coronel. Siete esferas embutidas unas en otras. — ¿Cómo es posible? ¿Cómo se pueden esculpir esferas dentro de una bola sin romperla? — Nadie lo sabe exactamente. Un secreto celosamente guardado por los artesanos de los talleres imperiales. Se piensa que utilizan herramientas muy finas – ganchos, buriles en miniatura – introducidos por pequeños agujeros. Trabajan a ciegas, en cierto modo. Eso demanda una destreza, una precisión, una paciencia que supera el entendimiento. — ¿Cuánto tiempo para esculpir una pieza como esta? — Tres años, cuatro años. Quizás más. Y cada esfera está ornamentada con un motivo diferente. Se pueden ver a través de las perforaciones. La primera esfera – la más externa – está decorada con dragones. La segunda con fénix. La tercera con flores de loto. La cuarta con nubes.

Fould se había sentado en un taburete. — ¿Saben lo que me impacta? Estos objetos ni siquiera eran utilizados. Eran conservados aquí, en estas vitrinas, admirados ocasionalmente. Todos estos años de trabajo, todo este genio, para objetos que pasaban su existencia encerrados en armarios. — Pero era precisamente su función, mi comandante. Estos objetos no estaban destinados a ser utilizados en el sentido práctico. Estaban destinados a ser contemplados, admirados, meditados. Para los chinos, poseer un bello jade era poseer un pedazo de eternidad. Un vínculo con los ancestros, con el pasado, con las generaciones futuras.

Trabajaron rápidamente, abriendo vitrina tras vitrina, examinando, comparando, anotando. Los objetos rituales los

fascinaron. Discos bi, símbolos del cielo, datando del neolítico. Tubos cong, símbolos de la tierra, de varios milenios de antigüedad. Tablillas gui para las ceremonias imperiales. Cetros ruyi en jades de colores diferentes.

También había objetos más personales. Hebillas de cinturón, colgantes, botones de mandarín, anillos. Una hebilla en jade blanco cercado de oro atrajo su atención. El jade estaba grabado con una escena de caza donde arqueros a caballo perseguían ciervos en un bosque de pinos. El oro de la montura estaba cincelado con motivos de murciélagos – símbolo de felicidad en chino.

— Tomemos esta, decidió Lambert. Es exquisita.

Al cabo de una hora, habían seleccionado sesenta y siete objetos de jade. Montañas esculpidas, copas, bolas concéntricas, objetos rituales, joyas. Cada uno una obra maestra única, irremplazable.

El capitán anotó todo en su cuaderno, luego contó: — Cincuenta y tres porcelanas, cuarenta y siete cloisonné, sesenta y siete jades. Ciento sesenta y siete objetos. Necesitamos aún ciento treinta y tres.

La noche había caído. Por las ventanas, se veían linternas encenderse en todo el palacio. Los soldados continuaban su saqueo nocturno. Risas, cantos subían en la oscuridad.

— Es demasiado tarde para continuar esta noche, declaró el coronel. Ya no vemos nada. — Tiene razón, mi coronel. Volvamos a nuestros cuarteles. Retomaremos mañana al alba. Un largo día nos espera.

Cerraron las vitrinas, apagaron las linternas que habían encendido, y abandonaron la sala de los jades. En el corredor, cruzaron a un grupo de zuavos que transportaban cajas llenas de objetos robados. Uno de ellos llevaba una túnica de seda amarilla sobre su uniforme. Otro se había puesto un gorro de mandarín y hacía reír a sus camaradas con muecas.

— Se disfrazan con las vestimentas imperiales, gruñó Lambert con disgusto. Obsceno. — Es la guerra. En la guerra, todo está permitido. — ¿Todo? ¿Realmente todo? ¿No hay ningún límite? — Aparentemente no.

Caminaron en silencio hasta sus cuarteles, cada uno perdido en sus pensamientos. Este primer día de inventario los había agotado — físicamente, por supuesto, pero sobre todo moralmente. Habían contemplado maravillas, tocado obras maestras, manipulado objetos de una belleza y un valor inestimables. Y al mismo tiempo, habían tomado consciencia de la amplitud de lo que estaban haciendo.

Esa noche, ninguno de los tres durmió bien. Permanecieron despiertos en sus catres, escuchando los ruidos del saqueo que continuaba en el palacio, pensando en todos esos objetos que iban a desaparecer, arder, ser destruidos para siempre.

Y a la mañana siguiente, cuando el clarín tocó la diana, se levantaron con un solo pensamiento: les quedaba un día. Había que trabajar rápido. Salvar lo que pudiera salvarse. Preservar al menos algunos de estos tesoros antes de que todo partiera en humo.

Los broncees ancestrales

El 8 de octubre, a las cinco de la mañana, los tres comisarios se encontraron frente a la sala de los broncees. El capitán tenía los rasgos tirados, ojeras bajo los ojos. El comandante caminaba con rigidez, la espalda dolorida. Solo el coronel parecía en forma, aunque su mirada traicionaba una profunda melancolía.

— Señores, comenzó Lambert sacando su llavero, hoy es nuestro último día completo. Nos queda inventariar los broncees, los textiles, los objetos de letrado, y los relojes. Debemos ser eficientes.

La sala de los broncees se encontraba en un ala separada del palacio, en un edificio más antiguo que los otros. La arquitectura

era más sobria, más austera. Las paredes eran de piedra desnuda, sin las decoraciones exuberantes que se encontraban en otra parte. Un estuche simple que no desviaba la atención.

Cuando penetraron en la sala, fueron impactados por la atmósfera del lugar. La luz matinal entraba por altas ventanas estrechas, proyectando rayos dorados sobre los objetos dispuestos en pedestales de madera lacada negra.

Los broncees eran de un tamaño impresionante. Algunos calderos trípodes medían más de un metro de altura. Su superficie, cubierta de una pátina verde de gris que testimoniaba su edad venerable, estaba grabada con motivos arcaicos de una extrañeza fascinante.

El coronel se acercó al primer objeto, un gran ding – un caldero ritual trípode de la dinastía Shang. — Este debe tener tres mil años. Quizás incluso tres mil quinientos.

El bronce era macizo, pesando sin duda más de cien kilogramos. Los tres pies, en forma de patas de animal estilizadas, se hundían profundamente en el pedestal.

— Tres mil quinientos años, murmuró el comandante. Este objeto ya existía cuando Moisés conducía a los hebreos fuera de Egipto. — Existía antes, mi comandante, corrigió el capitán. La dinastía Shang comienza hacia 1600 antes de nuestra era. Este objeto ya era antiguo cuando Troya cayó. Cuando Roma fue fundada, ya tenía mil años.

El coronel tocó los motivos grabados. Representaban máscaras de criaturas fantásticas con ojos globulosos, dientes afilados, cuernos curvados.

— ¿Qué es esto, capitán? ¿Demonios? — Los llaman taotie. Máscaras de demonios o divinidades. Nadie sabe exactamente qué representan. Los arqueólogos aún debaten. Algunos piensan que son divinidades protectoras, invocadas durante las ceremonias de ofrendas a los ancestros. Otros piensan que son espíritus maléficos que los ancestros debían combatir en el más

allá. Otros más estiman que se trata de representaciones simbólicas del poder real. — Son aterradores. Estos ojos, estos dientes... Parece que van a devorarnos. — Quizás era el objetivo. Aterrorizar, impresionar, manifestar la potencia. Estos broncees eran utilizados durante grandes ceremonias. Imaginen: decenas de calderos como este, alineados en un templo ancestral, iluminados por antorchas. Vapor elevándose de las ofrendas que se cocían en ellos. Sacerdotes en túnicas rituales salmodiando encantamientos.

El comandante dio la vuelta al caldero, escrutándolo desde todos los ángulos. — ¿Cómo lo hacían para fundir el bronce en esa época? ¿Y para crear piezas de este tamaño? — Con una técnica sofisticada. Utilizaban moldes de piezas múltiples. Esculpían primero un modelo en arcilla con todos los detalles. Luego creaban moldes alrededor de este modelo. Vertían el bronce fundido, una aleación de cobre y estaño. Después del enfriamiento, rompían los moldes para extraer el bronce. — ¿Y la temperatura? — Alrededor de mil doscientos grados. Con los hornos de la época, una hazaña. Debían utilizar carbón de madera de calidad superior, fuelles potentes para avivar las llamas. Y debían controlar la temperatura con una precisión rigurosa.

El coronel se había arrodillado para examinar el interior del caldero. — Hay inscripciones aquí. En el interior.

El capitán se inclinó. Efectivamente, grabados en el interior, caracteres arcaicos formaban varias columnas de texto.

— Chino antiguo. Muy antiguo. No puedo leerlo. Estos caracteres son diferentes de la escritura moderna. Pero en general, estas inscripciones indican para quién el bronce fue fundido. El nombre de un rey, de un noble, de un ancestro importante. Y describen a menudo la ocasión. — Como libros de historia, observó el comandante. Estos broncees cuentan la historia de la China antigua. — Exactamente. Para los historiadores chinos, estos broncees son documentos

irremplazables. Contienen informaciones que no se encuentran en ninguna otra parte. — Y sin embargo, vamos a tomar algunos, dijo el coronel amargamente. — Sí, mi coronel. Pero al menos, los preservaremos. Serán estudiados, admirados, conservados en museos. Mejor que dejarlos aquí para que sean fundidos por los soldados que harán balas de cañón con ellos.

Continuaron su examen. La colección comprendía decenas de piezas: ding de diferentes tamaños, gui, yi, zun, you.

Un jarrón you atrajo su atención. Medía cuarenta centímetros de altura y presentaba una forma elegante: un cuerpo ovoide coronado por una tapa abombada, todo reposando sobre un pie circular. El asa estaba esculpida en forma de dragón cuyo cuerpo se enrollaba desde la tapa hasta el pie del jarrón.

— Este dragón, se maravilló el comandante. Cada escama está cincelada. Y los ojos — están incrustados de oro. — ¿Oro? se asombró el coronel. — Sí, mi coronel. Una técnica llamada oro incrustado. Se cavan pequeños agujeros en el bronce, se insertan hilos de oro, se martillean para que se fijen. Reservado a las piezas más preciosas.

Lambert examinaba la tapa. — Hay un animal sobre la tapa. Un tigre, parece. — Sí, mi coronel, un tigre acostado. Animal protector. Las tapas de estos jarrones estaban a menudo ornamentadas con animales — tigres, elefantes, pájaros míticos. Cada animal tenía una significación simbólica.

Fould, que había dado la vuelta a la sala, volvió hacia ellos. — Debe haber una cincuentena de bronce aquí, mi coronel. No podemos tomarlos todos. Son demasiado pesados. — No, en efecto, comandante. Propongo que tomemos veintitrés. Los más bellos, los más antiguos, los mejor conservados. Un número que representa bien la diversidad de esta colección sin ser imposible de transportar.

Pasaron las dos horas siguientes seleccionando las piezas. Un trabajo difícil. Cada bronce tenía sus méritos.

— ¿Este o aquel? preguntaba el comandante mostrando dos ding de tamaños similares. — Este, decidía el coronel después de un examen atento. Las inscripciones son más largas, más detalladas. — ¿Y este gui? ¿Lo tomamos? — Sí. La pátina es espléndida. Este verde jade. Debe haber estado enterrado durante siglos antes de ser desenterrado. La oxidación del cobre en contacto con la humedad del suelo ha creado este color.

Poco a poco, su lista se alargó. A las diez de la mañana, habían seleccionado veintitrés bronce, de la dinastía Shang hasta los Han. Un condensado de mil quinientos años de historia china.

El coronel anotó los totales en su propio cuaderno: — Cincuenta y tres porcelanas. Cuarenta y siete cloisonné. Sesenta y siete jades. Veintitrés bronce. Total: ciento noventa objetos. Necesitamos aún ciento diez. — Los textiles después, propuso el comandante. Las túnicas imperiales. El general estará contento de tener algunas para ofrecerlas a la Emperatriz Eugenia. — Buena idea. La Sala de las Diez Mil Bellezas. Vayamos.

La sala de los textiles

Atravesaron varios patios interiores, bordeando estanques donde flotaban aún lotos florecidos – inconscientes del caos que reinaba a su alrededor. Soldados los cruzaban, transportando objetos robados. Uno de ellos llevaba un jarrón Ming bajo cada brazo. Otro había enrollado un rollo de seda alrededor de su cintura como un cinturón. Un tercero se había fabricado un turbante con un estandarte bordado.

— Patético, susurró el coronel. Ni siquiera se dan cuenta del valor de lo que roban. — Al menos, no lo destruyen, mi coronel. La Sala de las Diez Mil Bellezas era una larga galería que los eunucos habían utilizado para conservar los textiles imperiales. Las paredes estaban cubiertas de armarios de madera de sándalo cuyo olor llenaba la pieza con un perfume embriagador.

Muchos armarios ya habían sido forzados. Tejidos arrastraban por el suelo, pisoteados por los soldados. Túnicas habían sido desgarradas, sin duda por hombres que querían cortar pedazos para hacer pañuelos o bufandas.

Decenas de túnicas cubrían el suelo. Algunas habían sido laceradas con cuchillo. Otras llevaban marcas de botas embarradas. Una túnica de seda amarilla imperial – que debió necesitar dos años de trabajo – había sido desgarrada en dos.

El comandante se inclinó, recogió un fragmento de seda bordada. El tejido, de gran finura, estaba ornamentado con un dragón dorado bordado en hilos de oro y plata. Pero había sido pisoteado, ensuciado, dañado.

— Un desastre. Un verdadero desastre. — Registremos los armarios que aún no han sido abiertos, ordenó el coronel. Quedan algunos al fondo de la galería. Quizás encontremos piezas intactas.

Se dirigieron hacia el fondo de la sala donde una decena de armarios, cerrados e intactos, esperaban. El coronel sacó su llavero, buscó la buena, abrió el primer armario.

En el interior, envueltas en papel de arroz fino como una telaraña, reposaban túnicas de corte imperiales perfectamente conservadas.

Bessières sacó la primera túnica con precauciones infinitas. El tejido era de una seda salvaje de una calidad excepcional, de un amarillo imperial brillante que parecía resplandecer desde dentro. En el frente y en la espalda, bordados en hilos de oro, plata y seda policromada, aparecían los doce símbolos imperiales: el sol, la luna, estrellas, montañas, dragones, faisanes, vasos rituales, algas acuáticas, llamas, granos de arroz, un hacha, el símbolo fu de felicidad.

— Este trabajo de bordado, dijo el comandante. Cada escama del dragón está bordada. Se ven los relieves, las sombras, las luces. Como una pintura tridimensional.

El coronel se había acercado, fascinado a pesar suyo. — ¿Cuánto tiempo para bordar una túnica como esta, capitán? — Dos años como mínimo, mi coronel. Las bordadoras del palacio dedicaban su vida entera a ello. Comenzaban su aprendizaje a la edad de siete u ocho años. A quince años, eran capaces de bordar piezas simples. A veinticinco años, se les confiaban las túnicas imperiales. Algunas de ellas pasaban su vida entera bordando, hasta que sus ojos no podían soportar más el esfuerzo. — Su vida entera. Para vestir a un emperador que solo llevará esta túnica una sola vez, durante una gran ceremonia. — Era su honor. Para estas bordadoras, participar en la creación de una túnica imperial era la culminación de toda una vida de trabajo. Su manera de servir al imperio, de participar en la grandeza de la dinastía.

Abrieron los otros armarios. Cada uno contenía maravillas. Túnicas de dragones de cinco garras, reservadas al emperador. Túnicas de dragones de cuatro garras, para los príncipes de sangre. Sobretúnicas sin mangas, bordadas con caracteres propicios. Estandartes de procesión, de varios metros de largo, donde dragones bordados en relieve parecían volar en nubes doradas.

Un objeto en particular los fascinó: un biombo de doce paneles, cada uno midiendo dos metros de altura por cincuenta centímetros de ancho. Cada panel era de seda tendida sobre un marco de madera de rosa, y sobre cada panel había sido pintada — sí, pintada, no bordada — una escena de las Cuatro Estaciones. La primavera mostraba flores de ciruelo en eclosión. El verano, lotos florecidos sobre un estanque. El otoño, crisantemos bajo la luna. El invierno, ramas de pino doblándose bajo la nieve.

— Pintado directamente sobre la seda, se maravilló el capitán. La finura de las pinceladas... Parece una obra de Shen Zhou o de Tang Yin. Un maestro del período Ming. — ¿Piensa que es la obra de un pintor célebre, capitán? — Posible, mi comandante. O de un pintor de corte cuyo nombre no ha sido conservado. En China, muchas obras son anónimas. Los artistas no siempre

firmaban sus creaciones. Consideraban que la obra era más importante que su creador.

El coronel inspeccionaba el reverso del biombo. — Hay algo escrito aquí. Poemas, parece.

Efectivamente, en el reverso de cada panel, un poema había sido caligrafiado en caracteres elegantes.

— Poemas sobre las estaciones. Compuestos por el emperador mismo, sin duda.

Pasaron la hora siguiente seleccionando los textiles. Treinta piezas en total: diez túnicas imperiales, cinco sobretúnicas bordadas, diez estandartes de procesión, y cinco biombos de seda pintada, incluido el de las Cuatro Estaciones.

— Ciento noventa más treinta, calculó el coronel. Doscientos veinte. Nos faltan aún ochenta objetos. — Los objetos de letrado y los relojes. Nos queda la tarde para examinarlos. — Vayamos a almorzar primero, propuso el comandante. Me muero de hambre. Y necesitamos descanso.

Volvieron a sus cuarteles donde un cocinero chino requisado había preparado una comida simple: arroz, verduras salteadas, pescado a la parrilla. Comieron en silencio, demasiado cansados para hablar.

Pero en la cabeza de cada uno giraban los mismos pensamientos. Pronto, todo esto ardería. El palacio, los jardines, los pabellones, los templos. Todo sería reducido a cenizas. Y ellos, solo habrían salvado trescientos objetos. Trescientos objetos sobre decenas de miles.

Los objetos de letrado y los relojes

La tarde del 8 de octubre fue consagrada a las últimas obras por inventariar. La sala de los objetos de letrado era una pieza pequeña, pero cada centímetro cuadrado estaba ocupado por tesoros.

Los tres comisarios penetraron en la sala con cierta lasitud. Dos días de inventario intensivo los habían agotado. Pero había que continuar. El tiempo apremiaba.

— Estas estanterías contienen todo lo que un letrado chino utiliza para practicar las artes: caligrafía, pintura, poesía, explicó el capitán. Los chinos llaman a esto los "Cuatro Tesoros del Letrado": el pincel, la tinta, el papel y la piedra de tinta.

Levantó una piedra de tinta tallada en un bloque de roca violeta veteada de líneas doradas.

— Esto es una piedra de Duan. Viene de una cantera célebre en la provincia de Guangdong. Estas marcas naturales en la roca. Las llaman "ojos de piedra". Cuantos más ojos tiene una piedra, más preciosa es. Esta tiene ocho. Rarísima. — ¿Para qué sirve una piedra de tinta, capitán? preguntó el coronel. — Se tritura la barra de tinta con un poco de agua. La fricción de la barra contra la piedra produce una tinta líquida de calidad superior. Y el calígrafo puede controlar exactamente la dilución, el espesor, la intensidad del negro. Esencial para obtener los matices deseados.

Les mostró los pinceles de caligrafía, guardados en estuches de bambú lacado. Algunos eran muy antiguos, sus mangos de bambú patinados por siglos de uso.

— Este pincel habría pertenecido al calígrafo Wang Xizhi. Dinastía Jin. Siglo IV después de Jesucristo. — ¿Mil seiscientos años? exclamó el comandante. — Es lo que pretende la etiqueta. Sin duda exagerado. Los chinos gustan de atribuir los objetos a personajes célebres. Pero este pincel es ciertamente muy antiguo. Los pelos vienen de colas de comadreas de Manchuria. Los mejores pinceles del mundo. Y a pesar de los siglos, siguen siendo flexibles, elásticos.

Lambert examinaba una colección de sellos – pequeños bloques de piedra grabados utilizados para firmar los documentos y las obras de arte.

— Hay cientos. Todos diferentes. Este es de jade blanco. Y aquel, de cornalina roja. Y este otro, de marfil esculpido. — Los sellos son muy importantes en la cultura china, mi coronel. Un letrado posee a menudo decenas de sellos diferentes. Algunos llevan su nombre, otros sus títulos, otros más divisas filosóficas o poemas. Se elige qué sello aplicar según la ocasión, según el humor, según el mensaje que se quiere transmitir.

El comandante había descubierto una colección de reposapinceles en porcelana, jade y bronce. Algunos tenían la forma de montañas en miniatura. Otros representaban animales — dragones, leones, perros celestiales.

— Incluso los objetos más utilitarios son obras de arte. Este reposapinceles en forma de montaña. Está esculpido en un solo bloque de jade verde. Los pinos, las cascadas, los pabellones... una escultura por sí sola. — Para los chinos, no hay separación entre el arte y la artesanía, repitió el capitán. Un objeto utilitario debe ser bello. Y un objeto bello debe ser útil.

Seleccionaron cuarenta y cinco objetos de letrado. Piedras de tinta, pinceles, reposapinceles, sellos, cajas de tinta, rollos de caligrafía. Cada pieza era un condensado de la estética letrada china.

— Doscientos veinte más cuarenta y cinco, calculó el coronel. Doscientos sesenta y cinco. Nos faltan aún treinta y cinco objetos. Los relojes nos permitirán completar.

Los apartamentos occidentales del palacio, construidos por los jesuitas en el siglo XVIII, albergaban la colección de relojes y autómatas del emperador Qianlong. Estas piezas, importadas de Europa a gran costo, representaban el summum de la relojería y la mecánica occidentales.

Cuando los tres comisarios penetraron en la sala, se detuvieron en seco, deslumbrados.

La pieza se parecía a un taller de relojero fantástico. Decenas de relojes de todos los tamaños estaban dispuestos sobre mesas,

estanterías, consolas. Algunos medían apenas veinte centímetros de altura. Otros, monumentales, se elevaban cerca de tres metros. Pero no eran simples relojes. Autómatas, maravillas mecánicas que combinaban la relojería con la escultura, la pintura, la música, la animación.

El más espectacular era un reloj-autómata de cerca de dos metros de altura, realizado por el relojero londinense James Cox.

La caja, en bronce dorado y esmaltado, representaba un pabellón chino de varios pisos. En la planta baja, visible a través de ventanas de vidrio, se encontraban personajes en miniatura: un emperador sentado en su trono, mandarines de pie a sus lados, músicos con sus instrumentos, bailarinas congeladas en pleno movimiento.

— ¿Funciona todavía, capitán? — Probemos, mi coronel.

El capitán buscó el mecanismo de cuerda, encontró una llave colgada en la parte trasera de la caja, la insertó en el agujero previsto, y comenzó a girar. Los resortes se tensaron. Se oía el clic de los engranajes poniéndose en su lugar.

Luego, de repente, el reloj cobró vida.

Una melodía cristalina se elevó de un carillón de veinticuatro campanas. Las puertas del pabellón se abrieron. El emperador se levantó de su trono y se inclinó tres veces. Los mandarines se inclinaron a su vez. Los músicos comenzaron a tocar – o más bien a imitar el juego de sus instrumentos, pues la música venía del carillón. Las bailarinas se pusieron a girar graciosamente.

Durante dos minutos, el pequeño teatro mecánico se animó bajo sus ojos atónitos. Luego, progresivamente, los movimientos se ralentizaron. Los personajes volvieron a sus posiciones iniciales. Las puertas se cerraron. El silencio volvió a caer.

— Vivos, murmuró el coronel. Tuve la impresión de que estaban vivos. — Genio mecánico. James Cox era uno de los más grandes relojeros de su tiempo. Sus autómatas valen fortunas. Este debe

haber costado el equivalente de diez años de salario de un obrero inglés. Quizás más.

El comandante escrutaba el mecanismo por una abertura en la parte trasera. — Hay cientos de engranajes ahí dentro. ¿Cómo se puede concebir una mecánica tan compleja? — Con genio y paciencia. Estos relojeros pasaban años concibiendo y fabricando sus autómatas. Cada pieza era fabricada a mano, ajustada con una precisión extrema. Artesanía de lujo, reservada a reyes y emperadores.

Descubrieron otros esplendores. Un reloj en forma de elefante que levantaba su trompa cada hora y barritaba — un sonido extrañamente realista producido por un mecanismo neumático escondido en el cuerpo. Un pavo real cuya cola se desplegaba, revelando en cada pluma una esfera diferente indicando la hora en diferentes capitales del mundo: Londres, París, Roma, Constantinopla, Pekín.

Un reloj representando un jardín donde pájaros mecánicos cantaban, donde una cascada de plata parecía fluir, donde el sol y la luna se levantaban y se ponían según la hora del día.

— Tomémoslos todos, decidió el coronel. Doce relojes y autómatas. Piezas únicas, irremplazables. Los museos europeos no tienen nada comparable. — Doce, repitió el comandante anotando. ¿Cuántos nos da eso en total ahora? — Doscientos sesenta y cinco más doce... doscientos setenta y siete. Estamos cerca de los trescientos. — Las cabezas zodiacales, recordó el capitán. El general quería que las añadiéramos a la lista. Las doce cabezas de bronce de la fuente Haiyan Tang. Eso hará doscientos ochenta y nueve. — Perfecto. Con algunos objetos suplementarios, alcanzaremos los trescientos mañana por la mañana. Vayamos a ver al general para hacerle nuestro informe.

La decisión del incendio

La noche del 8 de octubre, se presentaron en el cuartel general del general de Montauban. Encontraron al general en gran conversación con varios oficiales superiores y, para su sorpresa, con Lord Elgin mismo, el comandante en jefe de las fuerzas británicas.

— Ah, señores comisarios, lanzó Montauban al verlos entrar. Acérquense. Lord Elgin deseaba encontrarlos.

Lord Elgin se volvió hacia ellos. — Señores, dijo en francés con un ligero acento inglés, el general de Montauban me ha dicho que han efectuado un inventario notable de los tesoros del Yuen-Ming-Yuen. Deseaba agradecerles personalmente. Su trabajo permitirá preservar al menos una parte de este patrimonio. — Solo hemos hecho nuestro deber, milord, respondió el coronel Lambert. — Un deber difícil, imagino. Yo mismo visité el palacio ayer. Una fantasía arquitectural y artística. Cuando pienso en lo que vamos a hacer...

Dejó su frase en suspenso, pero todos comprendieron. El incendio. La destrucción. El aniquilamiento.

Montauban intervino: — Lord Elgin ha confirmado que el incendio tendrá lugar el 18 de octubre. Necesitamos tiempo para respirar un poco. Los hombres están incontrolables, absorbidos por su sed de saqueo. Si los frenamos, arriesgamos un motín e incluso un levantamiento contra las órdenes superiores. En algunos días, la presión habrá bajado y podremos retomar la situación en mano. Señores, eso les deja nueve días para finalizar su inventario y supervisar el embalaje de los objetos seleccionados. — Bien, mi general.

Lord Elgin retomó la palabra, con una voz cargada de emoción: — Quiero que sepan, señores, que esta decisión no me alegra. Habría preferido otra forma de represalias. Pero el emperador chino debe comprender que la tortura y la ejecución de nuestros prisioneros no pueden quedar impunes. El Yuen-Ming-Yuen es

el símbolo de su poder. Destruyéndolo, enviamos un mensaje claro: ninguna barbarie será tolerada.

El comandante Fould no pudo contenerse: — Con todo el respeto que le debo, milord, destruir una obra maestra para castigar una barbarie... ¿no es también una barbarie?

Los oficiales presentes miraron al comandante con ojos desorbitados. ¿Cómo osaba hablar así a Lord Elgin?

Pero el británico, para sorpresa general, no se enfadó. Al contrario, asintió lentamente con la cabeza.

— Tiene razón, comandante. Una barbarie. Una barbarie calculada, reflexionada, pero una barbarie de todas formas. Pero la guerra, señor, es por naturaleza bárbara. Intentamos civilizarla con reglas, convenciones, tratados. En el fondo, la guerra sigue siendo un enfrentamiento de violencias. Y a veces, para poner fin a la violencia, hay que emplear la violencia. — No estoy seguro de seguir esta lógica, milord. — No le pido que la siga, comandante. Le pido que obedezca. Usted es soldado. Los soldados obedecen.

Fould apretó las mandíbulas.

Lord Elgin se volvió hacia Montauban. — General, asegúrese de que estos tres oficiales reciban una recompensa por su trabajo. Han cumplido una misión difícil con profesionalismo. — Será hecho, milord. — Bien. Ahora, señores, si quieren excusarnos, tenemos planes que finalizar.

Los tres comisarios saludaron y salieron. Una vez afuera, en la noche fresca de octubre, el comandante explotó:

— ¡Barbarie calculada! ¿Oyeron eso? ¡Reconoce él mismo que es una barbarie! ¡Y lo hace de todas formas! — Cállese, intervino el coronel. Ha tenido suerte de que no lo haga arrestar por insubordinación. — ¿Arrestarme? ¿Por haber dicho la verdad? — La verdad no tiene su lugar en el ejército. Debería saberlo ahora.

Volvieron a sus cuarteles en silencio.

Los días siguientes, del 9 al 16 de octubre, fueron consagrados a la organización minuciosa de la evacuación de los tesoros seleccionados. Los tres comisarios supervisaron el embalaje de los objetos más frágiles, coordinaron con el estado mayor las modalidades del transporte hacia Tien-tsin, y establecieron listas detalladas para el seguimiento de las cajas. Mientras tanto, el saqueo generalizado proseguía en todo el palacio. Los soldados continuaban saqueando los pabellones, llevándose todo lo que tenía valor, destruyendo lo que no podían transportar.

Montauban y Lord Elgin finalizaban sus planes para la destrucción final del Yuen-Ming-Yuen. La decisión estaba tomada: el palacio debía arder. Sería el castigo infligido al emperador por los malos tratos sufridos por los prisioneros occidentales.

El último día

El 17 de octubre, pasaron el día asegurando el transporte de los trescientos objetos seleccionados.

Un trabajo meticuloso que demandaba una atención constante. Varias veces, el coronel tuvo que intervenir cuando un soldado manipulaba una pieza con demasiada brutalidad.

— ¡Con cuidado! gritaba. ¡Este jarrón tiene ochocientos años! ¡Si lo rompe, habrá destruido ocho siglos de historia!

Al final del día, todas las cajas estaban listas. Fueron cargadas en carretas que las llevarían hasta el puerto de Tien-tsin, luego en navíos que las traerían de vuelta a Europa.

Por la noche, exhaustos, se encontraron una última vez en la sala del trono, ahora vacía. Las estanterías habían sido saqueadas. Las vitrinas rotas. El suelo estaba cubierto de escombros.

— Trescientos objetos salvados, susurró el coronel. ¿De cuántos? ¿Cien mil? ¿Doscientos mil? — Nunca lo sabremos. Pero sí, solo hemos salvado una ínfima parte. El resto... — El resto arderá mañana.

Permanecieron silenciosos, contemplando esta sala que pronto sería reducida a cenizas.

— ¿Saben lo que más me aflige? dijo el comandante. No son los objetos que no hemos tomado. Son aquellos que nunca conoceremos. Todas las maravillas que se encuentran en las partes del palacio que no hemos explorado. Todas las obras maestras cuya existencia ni siquiera conocemos. Todo va a arder. Todo va a desaparecer. Y nadie sabrá jamás lo que se ha perdido. — La Historia lo sabrá. Los historiadores escribirán sobre el saqueo del Yuen-Ming-Yuen. Dirán que fue uno de los más grandes crímenes culturales jamás cometidos. Y nosotros, seremos presentados como los culpables. — Somos los culpables. No intentemos escondernos detrás de las órdenes o la necesidad militar. Somos cómplices de este crimen. — Lo sé, admitió el coronel. Lo sé.

Abandonaron el palacio al caer la noche. Detrás de ellos, los edificios se erguían en la oscuridad, majestuosos y condenados. Mañana, todo esto no sería más que cenizas y ruinas.

El incendio, 18 de octubre de 1860

El 18 de octubre a las diez de la mañana, las primeras llamas fueron encendidas. Soldados británicos, por orden de Lord Elgin, comenzaron a incendiar los edificios.

Los tres oficiales, como todos los oficiales franceses y británicos, fueron obligados a asistir al espectáculo. Se mantenían sobre una colina vecina, desde donde tenían una vista completa sobre el palacio.

Los primeros edificios en arder fueron los pabellones de madera de cedro. La madera seca, vieja de varios siglos, se incendió inmediatamente. En algunos minutos, llamas de veinte metros de altura se elevaron hacia el cielo.

— Cómo arde rápido, murmuró el comandante.

El fuego se propagaba de edificio en edificio, llevado por el viento. Los techos de tejas vidriadas explotaban bajo el calor, proyectando fragmentos coloreados en todas direcciones. Las columnas de madera lacada se consumían, se derrumbaban. Las esculturas de dragones y fénix desaparecían en las llamas.

El humo subía en columnas negras y espesas, oscureciendo el cielo. El olor de madera quemada llenaba el aire, sofocante.

El comandante se había sentado en el suelo, la cabeza entre las manos. — Somos inhumanos. Destruimos lo que no podemos comprender. Lo que no podemos igualar. Quemamos la belleza porque nos avergüenza.

El coronel, de pie a su lado, no decía nada.

El capitán, él, miraba fijamente el incendio, como hipnotizado. Su rostro era impassible, pero sus ojos brillaban con una luz extraña — quizás eran los reflejos de las llamas, quizás eran lágrimas que se negaba a dejar correr.

CAPÍTULO 3 - LOS TESTIGOS SILENCIOSOS

Noche del 17 al 18 de octubre de 1860, Palacio de Verano, medianoche

An Dehai tenía cincuenta y tres años. Había consagrado cuarenta y un años de su vida al servicio del palacio, desde aquel día en que, a la edad de doce años, su familia lo había vendido para que fuera castrado e integrado en las filas de los eunucos imperiales.

El dolor, aún lo recordaba. No el dolor físico, ese, la memoria lo había borrado afortunadamente, dejando solo una huella fantasma, como un miembro amputado que continúa doliendo mucho tiempo después de su desaparición. Pero el dolor de la humillación permanecía intacto, cristalizado en su mente como un insecto prisionero del ámbar. Revivía el rostro de su madre, apartando la mirada cuando se lo llevaron. Su padre, contando las piezas de plata. Sus dos hermanos mayores, incapaces de mirarlo. Y el viejo del cuchillo, con sus manos callosas y su olor a jengibre y alcohol de arroz, que le había murmurado: "No grites. Los eunucos nunca gritan. Es la primera lección."

No había gritado. No ese día. Ni los días siguientes, cuando la fiebre casi se lo llevó. Ni durante las largas semanas de curación, encerrado en una habitación oscura que olía a hierbas medicinales y enfermedad. Había aprendido a tragar su dolor, a transformarlo en otra cosa, en determinación, en perfeccionismo, en un sentido del deber tan absoluto que se volvía casi sagrado.

"Servir al Emperador es un honor," le habían dicho. "Una oportunidad de escapar de la miseria."

Y durante cuatro décadas, había creído en ese honor. Había ascendido en los rangos, aprendiendo primero a servir el té sin hacer temblar la porcelana, luego a caminar sin hacer crujir la seda, luego a escuchar sin oír, a ver sin mirar, a volverse invisible siendo indispensable. A los veinte años, ya asistía a las audiencias

imperiales, de pie en la sombra, sosteniendo los documentos que el Emperador pudiera necesitar. A los treinta, le confiaban misiones delicadas, llevar mensajes secretos, supervisar transacciones discretas. A los cuarenta, se había convertido en responsable del inventario de las colecciones imperiales.

Cada jarrón, cada jade, cada rollo de caligrafía en el Palacio de Verano, los conocía de memoria. Podía recitar de memoria la procedencia de miles de objetos, su historia, su significado. Recordaba el día en que el Emperador Daoguang había adquirido un biombo de laca incrustado de nácar, obra maestra de la dinastía Song. Había pasado tres días examinándolo, anotando cada detalle, los motivos de grullas, las montañas estilizadas, la firma casi invisible del artesano en una esquina. Ese biombo contaba ocho siglos de historia. Había pertenecido a un emperador Song, había sobrevivido a la invasión mongola escondido en un monasterio, había sido redescubierto bajo los Ming, restaurado bajo los Qing.

Todo eso iba a desaparecer.

Este pensamiento lo golpeaba en oleadas, como una náusea creciente que no podía reprimir. Cuarenta y un años de su vida. Ocho siglos de historia. Dinastías enteras cristalizadas en objetos que iban a ser robados, rotos, quemados por hombres que ni siquiera conocían sus nombres.

Dejó su estrecha estera y ajustó su túnica de seda azul, la que llevaba desde hacía diez años y que había remendado cuidadosamente en múltiples ocasiones. La tela estaba gastada, pero limpia, los remiendos casi invisibles, cuestión de orgullo, incluso ahora, incluso al borde del abismo. Sus habitaciones eran modestas: una pieza de ocho metros cuadrados de la cual conocía cada grieta del techo, cada ranura en las tablas de madera. Una mesa baja donde tomaba sus comidas solitarias. Un cofre que contenía sus escasas posesiones: tres túnicas de repuesto, un neceser de caligrafía, un libro de poesía Tang que su primer mentor le había regalado y una carta de su madre que nunca había

tenido el valor de abrir. Nada lujoso, a pesar de su posición relativamente elevada entre los eunucos.

Salió al corredor. La oscuridad era casi total. Sus ojos, acostumbrados a las penumbras del palacio, apenas distinguían los contornos de las paredes. Habitualmente, linternas ardían toda la noche a lo largo de los pasillos, su luz vacilante creando sombras danzantes sobre los paneles de madera lacada. Pero esta noche, la mayoría estaban apagadas. Economía de aceite, habían pretendido los intendentes. En realidad, todos sabían que los sirvientes huían, llevándose lo que podían, linternas incluidas.

El silencio era opresivo. An Dehai aguzaba el oído, buscando los sonidos familiares que habitualmente marcaban el ritmo de las noches del palacio: el roce de las túnicas de seda cuando los guardias nocturnos hacían sus rondas, el chapoteo distante del agua en los estanques, los crujidos de la madera antigua que se contraía con el frío nocturno, a veces el grito de un pavo real en los jardines. Pero esta noche, nada. Como si el palacio mismo estuviera conteniendo la respiración.

Una voz nerviosa resonó en la oscuridad, haciéndolo sobresaltarse.

—¿Quién va?

—Soy yo, An Dehai.

Una silueta emergió de las sombras. Era Li Lianying, un eunuco que An Dehai había tomado bajo su protección tres años atrás. El muchacho era brillante, vivo de espíritu, capaz de aprender un inventario completo en unas pocas semanas donde otros tardaban meses. Había visto en él una versión más joven de sí mismo, esa misma intensidad, esa misma necesidad desesperada de probar su valor en un mundo que los consideraba menos que humanos.

Temblaba de pies a cabeza. En la tenue luz, An Dehai podía ver que sus ojos estaban rojos, hinchados por las lágrimas.

—Maestro An, ¿tú tampoco puedes dormir?

—No. Demasiados pensamientos. Ven, caminemos un poco.

Se dirigieron hacia la salida este del edificio de los sirvientes. An Dehai puso una mano sobre el hombro de Li Lianying, sintiendo los músculos tensos, el cuerpo rígido por el terror. Recordó su propio primer año en el palacio, ese miedo constante de cometer un error, de ser golpeado, expulsado, devuelto a una miseria aún peor que aquella de la que venía. Recordó a su maestro, el viejo eunuco Ma Dequan, que lo había guiado con la misma paciencia que mostraba ahora a Li Lianying. Ma Dequan había muerto hace veinte años, pero An Dehai aún escuchaba su voz: "No somos lo que ellos hicieron de nosotros. Somos lo que elegimos ser a pesar de ello."

Afuera, la noche era sorprendentemente clara. La luna, casi llena, bañaba los jardines con una luz plateada que transformaba el paisaje familiar en algo irreal, casi onírico. Los pabellones se recortaban en siluetas negras contra el cielo estrellado. El lago Kunming reflejaba la luna como un espejo gigante. Los árboles ancestrales —algunos plantados hace tres siglos— alzaban sus ramas nudosas hacia el cielo. Todo parecía pacífico, congelado en un instante de eternidad.

An Dehai se detuvo, cautivado por la belleza del momento. ¿Cómo era posible que el mundo pudiera ser tan hermoso en vísperas de su destrucción? Pensó en los poetas Tang que celebraban la naturaleza precisamente porque era efímera. Las flores de cerezo solo son hermosas porque caen. La luna solo conmueve porque mengua. Pero esto no era lo mismo. La naturaleza renacía. Lo que iba a ser destruido aquí nunca volvería.

—Mira qué hermoso es. ¿Cómo pueden querer destruir algo tan espléndido?

An Dehai fue a sentarse en un banco de piedra cerca de un estanque donde carpas koi nadaban perezosamente. Recordaba el día en que estas carpas habían sido introducidas. Fue hace quince años. No eran más que pequeños alevines. Ahora, algunas medían cerca de un metro, sus escamas naranja y blancas

brillando en el agua oscura. Un jardinero había explicado que podían vivir cien años. No verían su vigésimo aniversario.

Li Lianying se sentó a su lado, apretando sus rodillas contra su pecho como un niño que busca consuelo. An Dehai contempló al joven durante un largo momento antes de hablar, eligiendo sus palabras con cuidado.

—La belleza no significa nada para aquellos que no la comprenden. Para estos rústicos occidentales, solo cuenta el oro. El poder. La dominación. Miran un jarrón Ming y ven dinero. Miran una caligrafía Song y ven papel. No ven los siglos, las manos que crearon, los ojos que admiraron.

Pasos apresurados resonaron detrás de ellos, rompiendo el momento de calma. Tres eunucos más aparecieron, sin aliento y aterrorizados. An Dehai reconoció a Wang Changgui que supervisaba las cocinas imperiales, acompañado de dos jóvenes, Sun Yaoting y Cui Yugui. Wang Changgui tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo, el sudor perlando en su frente a pesar de la frescura de la noche. Sun Yaoting tenía los ojos muy abiertos como un animal acorralado. Cui Yugui, habitualmente taciturno, dejaba escapar pequeños gemidos incontrolables.

—¡Maestro An! ¡Aún estás aquí! ¡Pensé que todos los eunucos superiores habían partido con la Emperatriz Viuda!

An Dehai los observó un instante, estos hombres aterrorizados que se aferraban a él como a un salvavidas. Pensó en todos esos momentos de su vida en que había tenido que ser fuerte para los demás.

—No fui convocado para la evacuación. Se me ordenó quedarme para proteger las colecciones.

Proteger las colecciones. ¿Con qué? ¿Sus manos desnudas contra miles de soldados armados? Era una misión imposible, y todos lo sabían. El Emperador le había dado una orden que en realidad era un abandono.

Wang Changgui negó con la cabeza.

—Las cocinas. Me dijeron que las mantuviera operativas en caso de que el Emperador cambiara de opinión y regresara.

El joven Sun Yaoting se derrumbó en el banco, sollozando sin contención. Sus hombros estrechos sacudidos por espasmos, su rostro hundido en sus manos. Entre dos sollozos, hipaba palabras casi incomprensibles. An Dehai se acercó y posó suavemente una mano sobre su cabeza, como lo habría hecho con un hijo —ese hijo que nunca tendría. El contacto pareció calmar ligeramente los sollozos.

Repensó en su propia madre. ¿Vivía aún? La había dejado a los doce años y nunca la había vuelto a ver. Los eunucos no tenían derecho a regresar a sus familias. Pertenecían al palacio, cuerpo y alma. ¿Había muerto preguntándose qué había sido de él? ¿Había lamentado haberlo vendido? ¿O fue un alivio, una boca menos que alimentar?

—Cálmate, Yaoting. Tu madre probablemente ya está a salvo. La gente de Pekín huye hacia el interior de las tierras. Debe haber partido con los demás.

No sabía si era verdad, pero la mentira reconfortante era a veces la única forma de compasión posible.

Los seis hombres permanecieron sentados allí hasta el amanecer, en el jardín bañado de luna que pronto dejaría de existir. Hablaban en voz baja, intercambiando fragmentos de sus vidas como se comparte una última comida. Wang Changgui contó cómo había aprendido la cocina de su padre, que la había aprendido de su propio padre, un linaje de cocineros imperiales que se remontaba a cinco generaciones. Sun Yaoting habló de su madre, una viuda que había vendido todo lo que poseía para criarlo sola. Cui Yuguí reveló que componía poemas en secreto, versos que nunca había mostrado a nadie.

An Dehai los escuchaba, grabando cada detalle en su memoria. Estas vidas, por humildes que fueran, merecían ser preservadas.

Si el palacio debía desaparecer, al menos los hombres que lo habían servido no serían olvidados.

Cuando los primeros resplandores del día comenzaron a iluminar el cielo al este, oyeron un nuevo ruido: gritos, órdenes ladradas en una lengua extranjera, el repiqueteo de miles de botas sobre los caminos pavimentados del parque. El sonido estaba aún distante, pero se acercaba inexorablemente, como una marea creciente.

Los soldados, que habían alcanzado los primeros edificios del palacio y lo saqueaban desde hacía varios días, llegaban al ala donde estaban refugiados y donde ni el incendio ni el saqueo habían comenzado aún. El palacio era tan inmenso que su invasión solo podía tener lugar progresivamente, edificio por edificio, pabellón por pabellón. Una destrucción metódica, minuciosa.

An Dehai se levantó. Pensó en todas las mañanas en que se había levantado a esta misma hora para comenzar su jornada de trabajo. Los rituales matutinos, el agua para lavarse el rostro, el té verde que preparaba con cuidado, la túnica que ajustaba meticulosamente. Luego la marcha a través de los corredores silenciosos hasta su despacho, donde le esperaban los registros que actualizar, los objetos que catalogar, los informes que redactar. Una vida reglada como un reloj, predecible, segura.

Todo eso había terminado. Y con el sol naciente venía lo desconocido.

19 de octubre de 1860, Palacio de Verano, seis de la mañana

El primer soldado francés que An Dehai vio era un hombre joven de cabellos rubios y ojos azules, un fusil con bayoneta al hombro. Escrutaba constantemente a su alrededor como si esperara una emboscada. Su uniforme azul ya estaba sucio, manchado de sudor y polvo. An Dehai se preguntó si tenía una madre en algún lugar de Francia que rezaba por su regreso.

An Dehai y sus amigos se habían escondido detrás de un muro, observando las tropas invadir el parque. Era una visión surrealista: cientos, quizás miles de soldados en uniformes azules y rojos se esparcían como una marea en los jardines cuidados. Gritaban, reían, señalaban los edificios con excitación. Algunos disparaban al aire como niños excitados. Otros se empujaban para ser los primeros en entrar en los pabellones.

An Dehai observaba la escena con una especie de desapego, como si mirara una pesadilla desarrollarse sin poder despertar. Estos hombres no se parecían a los demonios que había imaginado. Se parecían solo... a hombres. Hombres ordinarios, lejos de su hogar, sobreexcitados por la perspectiva del botín. Eso los hacía de cierta manera más aterradores. El mal banal, casi alegre.

Wang Changgui apretó los puños, sus nudillos blanqueándose.

—Míralos. Ni siquiera comprenden lo que profanan. Para ellos, es solo... botín.

—Silencio. Podrían oírnos.

Pero era demasiado tarde. Una escuadra de cinco soldados, liderados por un teniente, había detectado su escondite. El incendio comenzaba a propagarse en ciertas partes del palacio — se veía el humo elevarse a lo lejos— pero el saqueo no se detenía por ello. El oficial gritó algo en su lengua incomprensible y apuntó su pistola hacia ellos. El cañón de la pistola brillaba al sol naciente, pequeño círculo negro que prometía la muerte.

An Dehai sintió su corazón latir a toda velocidad. Era el momento. Vivir o morir. Tomó una respiración profunda, tratando de calmar el temblor de sus manos. Pensó en todos los momentos en que había sobrevivido haciéndose pequeño, rebajándose, aceptando la humillación para preservar su vida.

Los seis eunucos emergieron de su escondite, con los brazos en alto. An Dehai avanzó primero, tratando de parecer lo menos

amenazante posible. Bajó los ojos en señal de sumisión. Nunca desafiar. Nunca provocar. Sobrevivir primero.

El teniente francés los examinó de arriba abajo con una expresión que mezclaba curiosidad y desdén. Sus ojos se detuvieron en sus túnicas de seda, en sus cabellos recogidos en moños, en sus rostros imberbes. Dijo algo en su lengua, un comentario que hizo reír a sus hombres.

An Dehai reflexionó rápidamente. Había aprendido inglés de un misionero británico que había trabajado brevemente en el palacio diez años atrás. Dominaba perfectamente esta lengua. ¿Quizás el oficial comprendería el inglés? Era su única oportunidad.

—Somos sirvientes del palacio.

El teniente frunció el ceño, luego pareció comprender. Dijo algo a sus hombres, que bajaron sus armas. Luego el oficial hizo un gesto imperioso hacia el sur, acompañado de una palabra que parecía una orden.

Pero en el momento en que comenzaban a alejarse, Sun Yaoting tropezó y cayó. El joven eunuco estaba tan aterrorizado que sus piernas ya no lo sostenían. En su caída, una caja de jade se deslizó de su manga y rodó sobre los adoquines con un tintineo musical.

El tiempo pareció congelarse. An Dehai vio la escena desarrollarse como en cámara lenta. La caja que rodaba. Los ojos del teniente que se fijaban en ella. La expresión que cambiaba de la indiferencia a la codicia.

Inmediatamente, la atmósfera cambió. El oficial gritó algo y los soldados volvieron a apuntar sus armas. Uno de ellos, un coloso con el rostro marcado por la viruela, se precipitó sobre Sun Yaoting, lo agarró por el cuello y lo levantó del suelo con una sola mano.

El joven eunuco dejó escapar un grito de terror. Sus pies batían el aire, sus manos arañaban el brazo del soldado. An Dehai dio un paso adelante, pero Li Lianying lo retuvo.

El soldado abofeteó violentamente al joven eunuco. El ruido de la mano contra la mejilla resonó como un disparo. Luego recogió la caja de jade, la giró para juzgar su peso, y se la embolsó con un gesto posesivo.

El oficial ladró una orden. Los soldados registraron a cada uno de los eunucos, arrancando todo lo que parecía tener valor. Sus manos eran brutales, indiferentes. Tomaron un reloj de plata que Wang Changgui había heredado de su padre, un anillo de cobre que llevaba Cui Yugui, incluso las pocas monedas que tenían encima. An Dehai sintió manos registrar sus bolsillos, palpar su túnica. Le confiscaron un pincel de bambú que siempre llevaba consigo —un objeto sin valor para los soldados, pero precioso para él.

Cuando terminó, el teniente les hizo señas de partir con un gesto de desprecio, como si fueran perros callejeros que se espanta. Incluso escupió en el suelo a sus pies.

An Dehai ayudó a Sun Yaoting a levantarse. El rostro del muchacho estaba hinchado donde el soldado lo había golpeado, ya violáceo, y sangre corría de su nariz, formando una línea roja sobre su mentón.

—Ven, Yaoting. Apóyate en mí.

Se alejaron tan rápido como podían sin correr. Correr habría parecido una huida, podría haber desencadenado el instinto de caza de los soldados. Detrás de ellos, ya oían los ruidos de destrucción: cristales que se rompían en un estruendo cristalino, puertas que se derribaban a culatazos, gritos de alegría cuando los soldados descubrían los tesoros dentro de los pabellones. Y por encima de todo eso, una risa —una risa colectiva, ebria de poder y licencia.

An Dehai apretaba los dientes tan fuerte que su mandíbula le dolía. Cada paso lo alejaba de su vida, de su identidad, de todo lo que había dado sentido a su existencia. Pero continuaba

caminando, sosteniendo a Sun Yaoting, guiando a los demás. Sobrevivir. Era todo lo que importaba ahora.

Al acercarse a las habitaciones de los sirvientes, descubrieron que el caos ya reinaba allí. Decenas de personas corrían en todas direcciones, algunos tratando de huir con bultos de ropa y comida, otros entrando en pánico sin rumbo. Gritos, llantos, llamadas desesperadas. Una mujer anciana estaba sentada en el suelo, balanceándose de adelante hacia atrás, repitiendo incesantemente un nombre —quizás el de un hijo, un marido. Dos guardias en uniformes imperiales, pero sin armas, estaban acurrucados contra un muro, con la mirada vacía. Un niño —debía tener siete u ocho años, uno de los muchos hijos de sirvientes que vivían en el palacio— corría en círculos, llamando a su madre.

—¡An Dehai!

Una voz familiar resonó por encima del tumulto. Era Señora Liu, una dama de compañía que había servido a la Emperatriz. An Dehai siempre la había respetado. Era de una dignidad rara, de una inteligencia viva, y trataba incluso a los eunucos con cortesía —lo cual estaba lejos de ser el caso de todas las damas de la corte. Era pequeña, delgada, con cabellos grises cuidadosamente peinados y ojos penetrantes que parecían verlo todo.

Se abrió paso entre la multitud y agarró el brazo de An Dehai.

—¡Gracias a Dios! ¡Pensé que habías partido con la Emperatriz!

—No. Se me ordenó quedarme. Señora Liu, ¿dónde está su hija?

El rostro de Señora Liu se descompuso. Sus labios temblaron y sus ojos se llenaron de lágrimas que trató en vano de retener.

—¿Mei Feng? Trabaja en el Pabellón de las Armonías. Intenté ir allí, pero hay soldados por todas partes... Solo tiene diecinueve años, An Dehai. Solo diecinueve años.

El Pabellón de las Armonías estaba en la zona que había sido atacada primero. Si Mei Feng aún estaba allí...

—La encontraremos. Se lo prometo.

Señora Liu recorrió con la mirada los alrededores, tratando de hacer un recuento en el caos ambiente.

—¿Quizás cincuenta, sesenta personas? Muchos se fueron durante la noche. Los que quedan son o demasiado viejos para viajar, o tienen miedo de los bandidos en los caminos. Algunos aún esperan que el Emperador regrese a salvarlos.

Pronunció estas últimas palabras con una amargura que sorprendió a An Dehai. Señora Liu siempre había sido una ferviente leal imperial.

—Reúnalos a todos. Dígales que se encuentren en el patio principal de las habitaciones de los sirvientes en una hora. Debemos discutir lo que vamos a hacer.

Una hora más tarde, unas ochenta personas estaban reunidas en el patio. Era un grupo heteróclito: eunucos de todas las edades, damas de compañía, cocineros con delantales manchados, jardineros con manos callosas, algunos guardias desarmados que habían huido, pero permanecido en los alrededores, avergonzados de su cobardía, pero incapaces de partir completamente.

An Dehai los observaba. Todos compartían ahora la misma expresión: el miedo, la incompreensión, la esperanza desesperada de que alguien, cualquiera, les dijera qué hacer.

Levantó las manos para pedir silencio. Las conversaciones cesaron progresivamente, reemplazadas por una espera tensa.

—Amigos míos...

Su voz se quebró. Tosió, intentó de nuevo.

—Amigos míos, vivimos un momento espantoso de nuestra historia. El Palacio de Verano, este lugar que hemos servido y querido, está siendo invadido por ejércitos extranjeros. El Emperador ha huido. La Emperatriz Viuda ha huido. Estamos abandonados.

Un murmullo recorrió la multitud. Algunos asentían, otros dejaban correr lágrimas silenciosas.

—Pero no somos impotentes. Tenemos decisiones que tomar. La primera decisión: quedarse o partir.

Inmediatamente, voces se elevaron, creando una cacofonía de miedo y confusión.

An Dehai levantó de nuevo las manos, esperando la calma.

—¿Huir adónde? Pekín está sitiada. Los bárbaros controlan todas las rutas principales. Los caminos secundarios están infestados de bandidos. Muchos de ustedes tienen familias aquí, en los pueblos de los alrededores. Si parten ahora, en el caos, arriesgan nunca volver a encontrarlos.

Un viejo jardinero llamado Wang Daniu lo interrumpió. El hombre tenía el rostro curtido por el sol, manos nudosas como raíces de árbol, y una mirada que había visto mucho.

—¿Quieres que les ayudemos a robar nuestro patrimonio? ¿Que nos quedemos ahí, con los brazos cruzados, mientras se llevan tesoros que pertenecen a China desde hace siglos?

An Dehai bajó de la tarima y caminó directamente hacia Wang Daniu. Quería que esta conversación fuera íntima, respetuosa, no un debate público.

—Wang Daniu, has pasado tu vida creando los jardines de este palacio. Recuerdo cuando plantaste el bosquecillo de ciruelos cerca del Pabellón de las Armonías. ¿Hace cuántos años? ¿Veinticinco? ¿Treinta?

—Veintiocho años —respondió el viejo, la voz ronca por la emoción.

—Veintiocho años. Dime, si alguien viene a destruir ese bosquecillo ahora, ¿prefieres morir tratando de impedirlo, o sobrevivir para quizás, un día, replantar ciruelos en otro lugar? ¿Para transmitir tu saber a otros jardineros? ¿Para que el arte no muera con los árboles?

El jardinero apretó los puños, pero An Dehai veía las lágrimas que amenazaban con caer.

An Dehai se volvió hacia la multitud reunida, elevando la voz para que todos pudieran oír.

—Propongo esto. Quienes quieran partir pueden partir. No los detendré ni los juzgaré. Es una elección legítima, quizás incluso la elección sabia. Pero quienes se queden, debemos organizarnos. Primero, debemos escondernos en los lugares que los militares no conocen —las bodegas, los túneles, los edificios secundarios que no tienen razón de explorar. Segundo, debemos intentar salvar lo que se pueda —no las grandes piezas obviamente, pero quizás documentos, libros, objetos que podamos esconder o llevar. Tercero y sobre todo, debemos recordar. Anotar todo lo que sucede, para que nuestros descendientes conozcan la verdad. Wang Daniu asintió lentamente, como si tomara una decisión grave.

—Muy bien. Me quedo. Alguien debe dar testimonio. Mis árboles van a arder, pero al menos su recuerdo vivirá.

Otras voces se elevaron, una tras otra, formando un coro vacilante, pero decidido. Al final, unas veinticinco personas decidieron quedarse.

Mientras comenzaban a dispersarse en grupos organizados, una joven sirvienta se acercó tímidamente. Se llamaba Mei Lin y trabajaba en las habitaciones de las concubinas.

—Maestro An, tengo algo que decirte. Anoche, vi soldados...

Se detuvo, lágrimas en los ojos. Su voz no era más que un susurro tembloroso.

—Atraparon a tres de mis amigas. Gritaron, pero... pero nadie vino. Nadie podía venir. Y los soldados, ellas... ellas...

No pudo continuar, derrumbándose en sollozos. An Dehai puso suavemente una mano sobre su brazo.

—Lo sé, Mei Lin. Lo sé. Por eso debemos quedarnos juntos, permanecer escondidos tanto como sea posible. Si te quedas con el grupo de Señora Liu, estarás más segura.

Mei Lin asintió, secando sus lágrimas con un gesto furioso. An Dehai veía en sus ojos algo que no era solo miedo. También había ira. Una ira fría, controlada, que la mantendría en pie cuando otros se derrumbarían.

—Gracias, Maestro An. Solo necesitaba decírselo a alguien. Saber que a alguien le importa.

—A todos nos importa. Eso es lo que nos mantiene humanos en esta inhumanidad.

19 de octubre de 1860, Palacio de Verano, mediodía

An Dehai, acompañado de Li Lianying y de otros dos eunucos llamados Zhang Qinlin y Cui Yugui, se dirigió hacia el Pabellón de las Nubes Preciosas. Era uno de los edificios que mejor conocía, habiendo pasado cientos de horas catalogando sus tesoros.

El camino para llegar era familiar. Conocía cada giro, cada árbol a lo largo del sendero. Pero hoy, todo parecía diferente. El aire mismo estaba cargado de una tensión eléctrica, como antes de una tormenta. El silencio de los pájaros era anormal —habían huido, presintiendo el peligro.

Al acercarse, oyeron un estruendo espantoso. Risas, gritos, el ruido de cosas pesadas que se arrastraban o se dejaban caer, el estrépito del vidrio roto. An Dehai sintió su estómago anudarse. Se escondieron detrás de un bosquecillo de bambúes y observaron la escena que se desarrollaba ante ellos.

Una veintena de soldados franceses corrían en todas direcciones, transportando todo lo que podían llevar. La escena tenía algo de grotesco, casi cómico si no hubiera sido tan desgarrador. Algunos se habían puesto varias túnicas de seda imperiales una sobre otra, creando un efecto ridículo —hombres barbudos y corpulentos en túnicas de mujer bordadas con dragones y fénix. Otros transportaban enormes jarrones de porcelana, tropezando bajo el peso, sosteniéndolos contra su pecho como bebés. Un soldado

intentaba llevar solo un biombo de laca incrustado de jade. Cayó y el biombo se rompió en mil pedazos sobre las losas de mármol. An Dehai no pudo evitar gemir, un sonido involuntario arrancado del fondo de su garganta.

—¡No! Ese biombo tenía trescientos años...

Ese biombo, lo recordaba perfectamente. Lo había catalogado hace siete años, pasando un día entero documentando cada detalle. Era un encargo del Emperador Kangxi para celebrar el sexagésimo aniversario de su madre. Cada pieza de jade había sido seleccionada individualmente por su color, su translucidez. Los motivos representaban a los Ocho Inmortales cruzando el mar —una escena de la mitología taoísta que simbolizaba la longevidad y la trascendencia. El Emperador Kangxi mismo había compuesto un poema grabado en el reverso, en caracteres tan finos que se necesitaba una lupa para leerlos. An Dehai había memorizado ese poema: "A través de las olas de jade, los Inmortales viajan / Cada generación guarda su sabiduría / Que mi madre viva diez mil otoños / Como estos inmortales atraviesan las edades."

Ahora, todo eso no era más que escombros esparcidos en el suelo, pisoteados por botas sucias.

Li Lianying le tocó la mano en señal de advertencia.

—Maestro, mira allá.

Dos soldados habían encontrado la colección de porcelanas Ming que An Dehai había organizado dos meses atrás. Las piezas estaban dispuestas en estantes de madera de sándalo, cada una con una etiqueta que él había caligrafado, indicando el origen, la fecha y el significado de cada objeto. Recordaba haber pasado tres semanas en ese trabajo, verificando y reverificando cada detalle, asegurándose de que todo fuera perfecto.

Los soldados contemplaban las porcelanas con avidez, tratando de decidir cuáles tomar. Hablaban entre ellos en francés, una lengua incomprensible para An Dehai, pero cuyo tono codicioso

era universal. Uno de ellos agarró un jarrón azul y blanco de la era Xuande.

An Dehai conocía su historia de memoria. El jarrón había sido creado en 1426 por un alfarero imperial llamado Zhang Wei, en los hornos de Jingdezhen. Zhang Wei era un maestro alfarero cuya familia fabricaba porcelana desde cuatro generaciones. El azul venía de cobalto importado de Persia vía la Ruta de la Seda —un pigmento tan precioso que valía su peso en plata. El motivo representaba dragones jugando en las nubes, símbolo del poder imperial templado por la sabiduría celestial. El Emperador Xuande había supervisado la creación de este jarrón, exigiendo que el azul fuera exactamente el matiz que veía en sus sueños.

El jarrón había pasado luego dos siglos en las colecciones imperiales, admirado por generaciones de emperadores. En 1702, cuando una terrible inundación devastó la provincia de Guangdong, matando a miles de personas y arruinando las cosechas, el gobernador de la provincia había ofrecido este jarrón al Emperador Kangxi en agradecimiento por una reducción de impuestos que había salvado a su región del hambre. Kangxi lo había amado tanto que lo había guardado en sus habitaciones privadas y componía poesía contemplándolo. Incluso había hecho grabar un poema en un medallón de oro que había atado al pie del jarrón. El jarrón tenía una pequeña grieta en la base —un defecto menor que no disminuía su belleza. El Emperador Qianlong, nieto de Kangxi, había hecho restaurar esta grieta en 1750 por el maestro restaurador Liu Heng, usando una técnica secreta que hacía la reparación casi invisible.

Pero el soldado francés no sabía nada de todo esto. Para él, no era más que un objeto azul y blanco, bonito, pero pesado. Lo sostuvo torpemente, sin comprender su valor o su fragilidad. El jarrón se le resbaló de las manos y se estrelló contra el suelo de mármol.

El ruido resonó en el corazón de An Dehai como un gong fúnebre. Cinco siglos de historia, aniquilados en un segundo por

la torpeza de un hombre que ni siquiera sabía lo que acababa de destruir.

El soldado se encogió de hombros —un gesto tan despreocupado que resultaba obsceno— y tomó otro jarrón.

Zhang Qinlin, un eunuco que había trabajado en el inventario, dejó correr lágrimas por sus mejillas. Sus hombros temblaban de sollozos silenciosos que trataba desesperadamente de contener.

—No puedo soportar esto. Años de trabajo, de cuidados, de preservación... destruidos en unas pocas horas por estos vándalos. Ni siquiera saben lo que destruyen.

Pero uno de los soldados los había detectado. Gritó algo a sus camaradas y tres de ellos se dirigieron hacia el bosquecillo de bambúes, fusiles en mano, sus rostros mostrando una mezcla de desconfianza y agresividad.

An Dehai salió de su escondite, con las manos en alto. Los soldados los rodearon, examinándolos con sospecha. Uno de ellos, un sargento a juzgar por sus galones, lanzó algo en francés, luego intentó un inglés aproximado.

—¿Ustedes... gente del palacio?

—Sí. Trabajamos aquí —respondió en un inglés perfecto.

El sargento los observó, luego pareció tomar una decisión. Hizo un gesto hacia el pabellón, acompañado de palabras que An Dehai no comprendió completamente, pero cuyo sentido general era claro. Querían ayuda.

—Ustedes vienen. Ayúdenos.

Fueron conducidos al interior del pabellón. An Dehai tuvo que forzarse a mirar. El suelo estaba cubierto de escombros. Estantes habían sido volcados, su contenido esparcido como huesos rotos después de una batalla. Rollos de caligrafía antigua yacían en el polvo. Fragmentos de porcelana crujían bajo sus pasos a cada movimiento.

Un oficial francés, un capitán, se encontraba en medio de la habitación con un cuaderno y un lápiz. Parecía intentar hacer un inventario, pero era una tarea imposible en ese caos. Sus cabellos estaban en desorden, su frente brillante de sudor a pesar de la frescura del aire. Parecía frustrado, sobrepasado por la magnitud de la tarea.

Cuando el sargento le llevó a An Dehai y a los demás, el capitán pareció aliviado. Murmuró algo en francés, luego intentó el inglés con un acento espeso, pero comprensible.

—¿Ustedes conocen... estas cosas? ¿Valor?

—Sí. Conozco todas las cosas aquí. Fui yo quien catalogó todo.

El capitán sonrió, y era una sonrisa sincera, casi amistosa —lo que la hacía de cierta manera más perturbador.

—Bien. Muy bien. Ustedes me ayudan. Necesito saber... lo que es precioso, lo que es... solo... ¿decoración? ¿No importante?

An Dehai comprendió perfectamente. El oficial quería distinguir los verdaderos tesoros de los objetos de menor valor. Quería optimizar su saqueo, asegurarse de robar las cosas correctas. La lógica era fría, casi profesional.

An Dehai tuvo que tomar una decisión en una fracción de segundo. Una decisión que lo perseguiría por el resto de su vida. Si ayudaba a este oficial, contribuiría directamente al robo del patrimonio chino. Se convertiría en un colaborador, un traidor a su propia cultura. Las generaciones futuras podrían juzgarlo duramente. Pero si se negaba, probablemente serían golpeados, quizás asesinados. Y entonces, nadie sabría exactamente qué había sido robado.

Una idea germinó en su mente. Si ayudaba con el inventario, al menos podría documentar lo que era robado. Podría memorizar quién tomaba qué. Más tarde, si alguna vez se hacía justicia —y debía creer en esta posibilidad, de lo contrario ¿para qué sobrevivir?— habría un testigo. Un testigo que conocía no solo

los objetos, sino también su significado profundo, su historia completa.

—Puedo ayudarle y catalogar todo también. En chino.

El capitán reflexionó un momento, frunciendo el ceño. An Dehai contuvo la respiración. Luego el oficial se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Usted escribe chino, yo escribo francés. Dos registros. Bueno para... cómo decir... ¿transparencia?

Le dio a An Dehai un pincel, tinta y papel que había encontrado en el despacho del pabellón. An Dehai tomó el pincel con una reverencia involuntaria. Era un buen pincel, de pelos de lobo, perfectamente equilibrado. Lo había encargado él mismo hace cinco años a un artesano de Pekín reputado. Sostenerlo ahora, en estas circunstancias, provocaba en él una mezcla de emociones tan compleja que no podía desentrañarlas —vergüenza, determinación, pesar, y una extraña forma de alivio de tener al menos esto, este pincel familiar, esta herramienta de su profesión.

An Dehai vivió uno de los momentos más extraños y dolorosos de su vida. Estaba allí, lado a lado con el capitán francés, identificando los tesoros que los soldados encontraban. Era surrealista, como una escena de teatro absurdo. Dos hombres, de civilizaciones diferentes, de bandos opuestos, trabajando juntos en una parodia de colaboración erudita.

El capitán mostraba un objeto. An Dehai lo identificaba en inglés simple. El capitán anotaba en su cuaderno. Luego An Dehai anotaba en el suyo, pero con un detalle mucho más rico, transformando cada objeto de una simple "cosa preciosa" en fragmento de historia viviente.

El capitán mostraba un pequeño bronce representando un caballo. Para él, era solo "estatua caballo, bronce, antiguo."

Para An Dehai, era la historia que escribía: "Caballo celestial de la dinastía Han, 206 a.C. - 220 d.C. Representa los caballos de Ferghana, raza legendaria que el Emperador Wudi había deseado

tanto que había enviado un ejército de 60,000 hombres para obtenerlos. Este bronce conmemora esa expedición. Encontrado en una tumba imperial en 1735, ofrecido al Emperador Qianlong. Posición de las patas sugiere el galope volador, técnica artística que no será redescubierta en Occidente sino mil años más tarde. Robado el 19 de octubre de 1860."

Cada objeto se convertía en una ocasión de escribir su historia completa —no para justificar el robo, sino para crear un testimonio que sobreviviría al caos.

El trabajo continuó, objeto tras objeto. Cada identificación era para An Dehai una pequeña muerte. Veía desfilar ante él toda una vida de trabajo, toda la historia de una civilización, reducida a líneas en un cuaderno de inventario.

—¿Y este?

El capitán mostraba un rollo de caligrafía, sosteniéndolo con más precaución de la que había mostrado hasta ahora. Quizás comenzaba a comprender la fragilidad de estos objetos.

An Dehai lo desenrolló delicadamente, sus manos temblando ligeramente. Su corazón dio un salto que casi le cortó el aliento. Era un poema de Su Dongpo, uno de los más grandes poetas de la dinastía Song, escrito de su propia mano hace ochocientos años.

Su Dongpo —o Su Shi, su nombre completo— había vivido de 1037 a 1101. Poeta, calígrafo, pintor, filósofo, hombre de Estado. Una de las figuras más completas de toda la historia china. Este poema había sido compuesto durante su exilio en Huangzhou, después de haber sido deshonrado en la corte por haber criticado ciertas políticas imperiales. El exilio, en lugar de quebrarlo, lo había transformado. Fue allí donde escribió algunos de sus más bellos poemas, meditando sobre la naturaleza efímera del poder, sobre la belleza que persiste incluso en la adversidad.

Los caracteres eran magníficos, llenos de vida y gracia. Cada trazo de pincel revelaba la personalidad del poeta —su fuerza, su

melancolía, su amor por la naturaleza, su humor incluso en los momentos oscuros. An Dehai había leído este poema cien veces en reproducciones, pero era la primera vez que veía el original. Había sido sacado de las bóvedas especiales solo unas pocas semanas atrás para una exposición privada destinada a la Emperatriz Viuda.

El poema decía:

"En medio del río, la luna brilla, Los juncos murmuran su canción antigua. Un hombre solo contempla el agua que fluye. Tantas vidas han pasado por estas orillas. ¿Dónde están los héroes de antaño? Las olas se llevan incluso sus nombres. Solo queda la belleza de esta noche, eterna, indiferente a nuestro dolor."

An Dehai sintió lágrimas picar sus ojos. Estas palabras, escritas por un hombre en exilio, resonaban con una fuerza terrible en este momento presente. Él también era testigo de la destrucción de todo lo que conocía. Él también contemplaba ruinas. Y sin embargo, este poema había sobrevivido ocho siglos. Quizás sus propios testimonios también sobrevivirían.

—Muy vieja escritura. Muy famoso poeta. Ochocientos años. No puede ser reemplazado. Único en el mundo.

El capitán silbó suavemente, impresionado a pesar de sí mismo.

—¿Ochocientos años? Es... increíble.

Miró el rollo con más respeto, tocándolo casi con reverencia.

An Dehai lo fijó en los ojos. Por un instante, olvidó la prudencia, olvidó el peligro. Debía decir la verdad, cualesquiera que fueran las consecuencias.

—Ustedes castigan ochocientos años de arte por las acciones de unos pocos hombres. Este poema no torturó a sus enviados. Este jarrón no declaró la guerra. Estos objetos son inocentes. No conocen la política. No comprenden la venganza. Son solo... belleza. Memoria. El alma de un pueblo.

El capitán se apartó, incómodo. An Dehai creyó ver un destello de vergüenza en sus ojos, una fisura en la armadura del soldado obediente. Pero desapareció rápidamente, reemplazada por la fría indiferencia del soldado que solo obedece órdenes.

—Es la guerra. En la guerra, no hay inocentes.

An Dehai quería argumentar, quería gritar que era falso, que los objetos de arte eran siempre inocentes, que destruir la belleza era un crimen contra la humanidad misma, que las civilizaciones se juzgaban no por su capacidad de hacer la guerra, sino por su capacidad de crear y preservar la belleza. Pero se contuvo. No era el momento. Debía sobrevivir, documentar, testimoniar. La ira vendría más tarde. Por ahora, debía jugar su papel, por humillante que fuera.

El capitán se contentó con anotar en su cuaderno y pasó al siguiente objeto.

Li Lianying, que se encontraba cerca, guardando un silencio prudente, susurró en chino tan suavemente que solo An Dehai podía oírlo:

—Maestro, ¿por qué los ayudas? ¿No es una traición? ¿Las generaciones futuras no nos juzgarán?

An Dehai respondió igualmente suavemente, sus labios moviéndose apenas:

—No los ayudo a robar. Creo un archivo. Cada objeto que anoto es un objeto del que el mundo sabrá que fue robado, por quién, cuándo, en qué circunstancias. Esta es nuestra única forma de resistencia ahora: la memoria. Un día, alguien pedirá justicia. Y tendré las pruebas. Los nombres. Las fechas. Los detalles que los vencedores querrán olvidar.

El día llegaba a su fin cuando oyeron un grito horrible afuera, seguido de disparos. El sonido desgarró el aire, rompiendo la concentración mórbida que había envuelto el pabellón durante horas.

Todos se precipitaron hacia las ventanas. En el jardín de abajo, vieron un grupo de soldados británicos —reconocibles por sus uniformes rojos distintivos— persiguiendo a un viejo jardinero chino.

El hombre corría tan rápido como sus piernas envejecidas se lo permitían, pero era patético de ver —una carrera desesperada, sin esperanza. Tropezó con una raíz y cayó pesadamente sobre los adoquines. Su cesta se volcó, derramando herramientas de jardinería —una paleta, unas tijeras de podar, paquetes de semillas cuidadosamente etiquetados.

An Dehai reconoció a Wei Guoliang, un jardinero que trabajaba en el palacio. Un hombre dulce que hablaba a sus plantas como a niños, que conocía el nombre botánico de cada flor, que había creado algunos de los más bellos arreglos florales. Recordaba haberlo visto cientos de veces, arrodillado en la tierra, con las manos sucias, pero sonriendo, explicando pacientemente a un joven aprendiz cómo podar correctamente un árbol frutal para maximizar su floración.

—Wei Guoliang... No. No le haría daño a una mosca. Ni siquiera sabe pelear. Ha pasado su vida creando belleza, no destruyendo.

Los soldados británicos alcanzaron al viejo. Uno de ellos lo volteó brutalmente con el pie, como se voltearía un saco de grano. Wei Guoliang levantó las manos en señal de súplica, diciendo algo que nadie podía oír desde el pabellón. Su rostro estaba deformado por el terror, sus labios moviéndose rápidamente —quizás rezaba, quizás suplicaba, quizás decía adiós a su familia en su mente.

Luego uno de los soldados levantó su fusil y disparó. Una vez. Un solo disparo.

El cuerpo de Wei Guoliang se estremeció, luego se inmovilizó. Una mancha oscura comenzó a extenderse debajo de él, coloreando los adoquines de piedra.

En el pabellón, cayó un silencio sepulcral. An Dehai sintió sus piernas ceder bajo él. Tuvo que apoyarse contra la pared para no caer, su mano buscando un soporte, cualquier cosa para impedirle derrumbarse. Incluso los soldados franceses parecían conmocionados. Algunos apartaron la mirada. Otros fijaban la escena como hipnotizados, incapaces de despegar sus ojos de lo que acababan de ver.

An Dehai se volvió hacia el capitán, su voz temblando de rabia contenida, cada palabra articulada con una precisión terrible.

—¿Por qué? ¿Qué había hecho? Era solo un viejo. Solo un jardinero. Ni siquiera tenía un arma. Llevaba semillas. ¡Semillas! ¿Por qué lo mataron?

El capitán cerró los ojos.

—No lo sé. Quizás resistió. Quizás tenía algo que querían. Quizás...

No terminó su frase, faltándole las palabras o el coraje.

An Dehai sintió algo romperse en él. Toda la contención, toda la cortesía diplomática que había mantenido desde la mañana, todo eso se evaporaba ante esta violencia gratuita, ante este asesinato absurdo de un hombre cuyo único crimen había sido correr.

—¿Quizás lo mataron por placer? ¿Eso es lo que iba a decir?

El capitán reabrió los ojos. Por primera vez, An Dehai vio humanidad en su mirada. Vergüenza, arrepentimiento, horror ante lo que se habían convertido sus aliados, ante lo que él mismo se había convertido.

—Está mal. Todo esto...

Hizo un gesto abarcando el pabellón saqueado, los tesoros amontonados como vulgar botín, el cuerpo en el jardín que se enfriaba lentamente.

—Está mal. Pero soy soldado. Sigo órdenes. Es todo lo que puedo hacer. Seguir órdenes.

An Dehai se acercó, fijándolo con una intensidad que hizo retroceder un paso al oficial.

—¿Y las órdenes excusan todo?

El capitán se apartó, incapaz de sostener la mirada de An Dehai.

—Es tarde. Pueden irse. Vuelvan mañana, misma hora. Debemos terminar el inventario.

An Dehai reunió sus notas con gestos lentos. No quería dejar que sus emociones lo dominaran ahora. Debía permanecer concentrado, permanecer vivo, terminar su trabajo de documentación. Pero la ira hervía en él como una olla al fuego, amenazando con desbordarse en cualquier momento.

Hizo señas a los otros eunucos de seguirlo. Mientras salían del pabellón, caminando en silencio a través del corredor cubierto de escombros, Li Lianying murmuró:

—Maestro, no podemos volver mañana. Sería colaborar con ellos. Después de lo que acabamos de ver... después de Wei Guoliang... ¿cómo podríamos continuar ayudándolos?

An Dehai se detuvo en la penumbra del corredor, volviéndose para enfrentar al joven.

—Créeme, cada fibra de mi ser quiere huir, no volver nunca más aquí, no volver a ver esos rostros. Y sin embargo, si no regresamos ¿quién dará testimonio con precisión? El capitán francés tomará sus notas, pero solo servirán para justificar el saqueo, para catalogar el botín. Nuestras notas, ellas, servirán un día para pedir justicia. Para probar que cada objeto tenía una historia, un significado. Para transformar el robo en crimen documentado.

Cui Yugui, que había estado silencioso toda la tarde, habló finalmente.

—¿Qué justicia? ¿Quién hará justicia a Wei Guoliang? ¿Quién le devolverá la vida? Los muertos no ven la justicia. La justicia no borra la sangre.

An Dehai no tenía una respuesta satisfactoria. Cui Yugui tenía razón. La justicia, si alguna vez llegaba, sería abstracta, lejana, insignificante para aquellos que ya estaban muertos. Pero ¿qué más podían hacer?

—Nadie le devolverá la vida. Es verdad. Pero al menos, su nombre será grabado en la historia. Al menos, en cien años, en doscientos años, se sabrá que existió, que vivió, que creó belleza, que fue asesinado injustamente. Es poco. Es patéticamente poco. Pero es todo lo que podemos hacer. Es nuestra resistencia. Nuestra negativa a dejar que los vencedores escriban la única historia que sobrevivirá.

Caminaron hacia el punto de encuentro, cada uno perdido en sus pensamientos. El sol declinaba. Detrás de ellos, aún oían los ruidos del saqueo: risas, exclamaciones, el estruendo de objetos que se rompen, el sonido de un mundo que muere.

An Dehai caminaba al frente, sus pasos mecánicos, automáticos. En su mente, revivía el rostro de Wei Guoliang, esos momentos en que lo había cruzado en los jardines, siempre con una sonrisa, siempre una anécdota que compartir sobre tal o cual planta. Recordó una conversación que habían tenido hace quizás cinco años. Wei Guoliang le había mostrado un ciruelo que acababa de plantar.

"Este ciruelo florecerá en dos años," había dicho con orgullo. "Y en veinte años, será magnífico. En cincuenta años, mis nietos podrán sentarse bajo sus ramas. Eso es el trabajo de un jardinero —plantar para el futuro, para personas que nunca conoceremos."

Wei Guoliang nunca vería ese árbol florecer. Sus nietos nunca se sentarían bajo sus ramas. Pero An Dehai se prometió recordar ese árbol, buscarlo si sobrevivía, velar por él si era posible. Era lo menos que podía hacer.

19 de octubre de 1860, Palacio de Verano, atardecer

Cuando los diferentes grupos se encontraron en el patio de las habitaciones de los sirvientes al atardecer, la atmósfera estaba pesada de dolor no dicho. Los rostros estaban marcados por lo que cada uno había visto, los cuerpos encorvados por el peso del horror acumulado.

Señora Liu fue la primera en compartir su informe. Se encontraba en el centro del patio, erguida a pesar de su agotamiento, pero su voz estaba quebrada, envejecida diez años en unas pocas horas.

—Exploramos las habitaciones de las concubinas. Se lo llevaron todo. Las túnicas, las joyas, los espejos, los abanicos, los zapatos bordados. Incluso arrancaron las colgaduras de las paredes. Pero lo peor... encontramos a Li Mei. Tenía quince años. Solo quince años. Se había escondido en un armario, pensando que estaría a salvo. La encontraron.

Se detuvo, su voz rompiéndose completamente. Mei Lin, que estaba a su lado, tomó su mano.

—La encontramos después. Su cuerpo... lo que le habían hecho... ninguna chica debería soportar eso. Ningún ser humano.

No continuó. No necesitaba. Todos comprendían. Un silencio pesado se instaló, cada uno contemplando el horror en su propia mente.

Wang Changgui, el supervisor de las cocinas, tomó la palabra.

—Exploramos las cocinas y los almacenes. Los soldados encontraron las reservas de alcohol y se están emborrachando masivamente. Decenas de jarras de vino imperial, vinos que los emperadores habían guardado para ocasiones especiales. Los beben como agua, vertiéndose el vino en la boca, derramando la mitad sobre sus uniformes. Vomitan en los jardines, en los corredores. Algunos están tan ebrios que apenas pueden tenerse en pie. Van a ser aún más peligrosos esta noche. Hombres ebrios con armas, sin disciplina, sin oficiales para controlarlos... debemos escondernos, y rápido.

Wang Daniu, el viejo jardinero, permaneció mudo. No tenía ningún informe que hacer, ninguna palabra que pronunciar. An Dehai lo veía fijando el vacío, sus ojos vidriosos, sus manos temblorosas que trataba en vano de controlar. Estaba en estado de shock. Probablemente había visto la muerte de Wei Guoliang. Eran amigos, habían comenzado a trabajar en el palacio casi al mismo tiempo.

An Dehai habló cuando todos habían terminado de compartir sus testimonios.

—Amigos míos, todos hemos visto horrores hoy. Hemos perdido camaradas. Wei Guoliang está muerto. Li Mei está muerta. Quizás otros cuyos nombres aún no conocemos. Debemos permanecer unidos. Y debemos pensar prácticamente en nuestra supervivencia. Wang Changgui, ¿cuánta comida tenemos exactamente?

Wang Changgui sacó un pequeño cuaderno de su bolsillo —el hábito del cocinero meticuloso.

—Tres días si racionamos cuidadosamente. Quizás cuatro si comemos muy poco. Tenemos arroz, frijoles secos, algunas verduras que comienzan a echarse a perder, sal, y un poco de aceite. Nada de carne. Los soldados se llevaron toda la carne.

Un viejo bibliotecario llamado Zhang Yinghuan levantó la mano. El hombre siempre había sido meticuloso, organizado, dedicado a los libros de los que tenía a su cargo. Su rostro habitualmente sereno estaba ahora devastado por el pesar.

—Maestro An, pasé el día en la Gran Biblioteca. Están quemando los libros.

Su voz se quebró con estas palabras, como si decir la verdad en voz alta la hiciera más real, más insoportable.

—Los queman. No porque quieran destruirlos específicamente —ni siquiera saben lo que son estos libros, no pueden leerlos. Sino porque ocupan lugar y quieren el espacio para amontonar su botín. Miles de volúmenes, algunos datando de los Song y los

Tang. Manuscritos únicos, comentarios sobre los clásicos copiados de la mano de grandes eruditos. Poemas, tratados de medicina, textos astronómicos, crónicas históricas. Los usan para encender sus fogatas. Vi a un soldado desgarrar las páginas de un manuscrito de la dinastía Song para encender un cigarrillo.

Abrió su bolso con una mano temblorosa y sacó cinco libros antiguos, apretándolos contra su pecho como un padre apretaría a un hijo moribundo.

—Logré salvar estos. Solo cinco. De decenas de miles. Pero es algo. ¿Es algo, verdad?

La pregunta era desesperada, implorando una validación, una seguridad de que su esfuerzo no era vano.

An Dehai bajó de la tarima.

—Zhang Yinghuan, estos cinco libros que salvaste contienen quizás un millón de caracteres. Ideas que han sobrevivido siglos, sabiduría que generaciones de eruditos han estudiado. Gracias a ti, sobrevivirán aún más tiempo. Es enorme. Es un acto de resistencia. Un acto de preservación. Gracias. Gracias por haber tenido el valor de regresar a ese infierno para salvar aunque sea estos cinco libros.

Uno de los guardias desarmados, un hombre llamado Chen Mingde que había servido en el ejército imperial antes de ser asignado al palacio, intervino entonces. Era un hombre pragmático, acostumbrado a encontrar soluciones en situaciones difíciles.

—Tengo una sugerencia. Hay cuevas en las colinas al oeste. Mi padre era cazador y me llevaba allí cuando era niño. Conozco el camino. Están escondidas, difíciles de encontrar si no se sabe dónde buscar. Algunas son bastante grandes para albergar a cincuenta personas o más. Podríamos establecer allí un campamento temporal, a salvo lejos de los soldados.

An Dehai sintió un alivio invadirlo. Un refugio. Un lugar seguro donde reagruparse, respirar, planear.

—Es una excelente idea. Es exactamente lo que necesitamos. Pero no podemos ir todos al mismo tiempo. Un gran grupo de cincuenta personas atravesando las colinas sería notado. Los soldados patrullan. Debemos ir en pequeños grupos, en diferentes momentos, tomando caminos separados.

Pasaron la hora siguiente organizando la evacuación con un cuidado meticuloso, An Dehai incluso dibujando un mapa tosco en el polvo para que cada uno comprendiera el plan. Se decidió que el primer grupo, compuesto principalmente de mujeres y personas mayores —aquellos que serían los más vulnerables si los soldados ebrios los encontraban— partiría inmediatamente bajo la conducción de Chen Mingde. Tomarían el camino más directo, aprovechando las últimas horas de luz.

El segundo grupo, incluyendo a An Dehai, Li Lianying y algunos otros, partiría antes del amanecer del día siguiente, en la oscuridad que precede al alba, cuando los soldados estarían dormidos después de su noche de borrachera.

El tercer grupo, aquellos que querían intentar salvar aún algunos objetos o documentos, partiría en la mañana después de haber hecho un último intento de recuperación.

An Dehai dio instrucciones precisas al tercer grupo, su voz firme y clara:

—No olviden, el objetivo no es el valor monetario. Los soldados ya están tomando todo lo que brilla, todo lo que es de oro o jade. Déjenles esas cosas. Busquen los documentos que cuentan cómo vivía la gente —las cartas personales, los diarios íntimos, los libros de cuentas que muestran los detalles cotidianos, los registros que nombran a la gente ordinaria. Busquen las fotografías si encuentran alguna —son testimonios visuales irremplazables. Busquen los objetos que tienen historias adjuntas, aunque no parezcan preciosos. Un abanico simple que pertenecía a una concubina puede decirnos más sobre la vida cotidiana que un trono de oro. Son esas cosas las que realmente revelan una civilización, no los tesoros.

Mientras caía la noche y el primer grupo se preparaba para partir, verificando una última vez sus provisiones, Señora Liu se unió a An Dehai. Su rostro estaba resuelto, endurecido por una determinación nueva que había reemplazado la desesperación inicial.

—Maestro An, quiero quedarme un día más. Para buscar a mi hija Mei Feng. Quizás se esconde en algún lugar de las ruinas. Quizás está herida y no puede moverse, esperando que alguien venga. No puedo partir sin saber. Una madre no puede abandonar a su hija, aunque las posibilidades sean mínimas.

An Dehai contempló a esta mujer valiente que ya había perdido tanto en su vida. Señora Liu había servido a la Emperatriz con una lealtad absoluta, sacrificando su propia vida por el palacio. Había criado a Mei Feng sola después de la muerte de su esposo por una fiebre. La hija era toda su vida, su única familia.

—Lleve a Mei Lin y a una o dos personas más con usted. Busquen juntas, permanezcan agrupadas en todo momento. Nunca se separen. Y si mañana por la noche no la han encontrado...

Dejó la frase inacabada. Ambos sabían lo que eso significaría. Después de cuarenta y ocho horas, las posibilidades de encontrar a alguien vivo eran casi nulas.

—Si no la he encontrado, partiré. Se lo prometo. No moriré aquí inútilmente. Pero debo intentarlo.

—Rezo para que la encuentre.

Esa noche, An Dehai permaneció despierto en el sótano donde se habían escondido. Era un espacio estrecho, húmedo, que olía a tierra y moho. Raíces colgaban del techo bajo. El agua se filtraba a lo largo de las paredes de piedra. Pero era seguro, escondido, un refugio temporal en el caos.

Escuchando los ruidos arriba, creaba en su mente un mapa del desastre. Cantos ebrios, discordantes, brutales. Risas que resonaban en la noche con una cualidad maniaca. Disparos

ocasionales —quizás soldados disparando a sombras, quizás ejecuciones sumarias, quizás solo diversión ebria. Y a veces, los peores sonidos —gritos penetrantes que helaban la sangre. Gritos de mujeres, de niños. Cada grito era una vida rota, una inocencia destruida, una historia que terminaba en violencia.

Li Lianying, acurrucado a su lado en la oscuridad húmeda del sótano, murmuraba oraciones budistas. Sus labios se movían constantemente, formando los mantras que le habían enseñado en su infancia. "Om mani padme hum... Om mani padme hum..." La oración al Buda de la Compasión, repetida incesantemente como un talismán contra el mal.

—¿Crees que Buda nos escucha en este infierno? —murmuró An Dehai.

El joven eunuco levantó los ojos, sus rasgos apenas visibles en la penumbra perforada solo por el tenue resplandor de una pequeña vela.

—No sé si Buda existe. Ni siquiera sé si creo realmente en algo. Quizás los dioses nos han abandonado. Quizás nunca existieron. Pero sé que la oración trae consuelo. Me da algo que hacer, algo en lo que concentrar mi mente en lugar de escuchar esos gritos. Y en este momento, necesitamos todo el consuelo posible, aunque venga de una ilusión. Quizás eso sea la verdadera función de la religión. No salvarnos, sino darnos algo a lo que aferrarnos cuando todo se derrumba.

An Dehai asintió lentamente. Repensó en su propia educación religiosa, una mezcla de confucianismo, taoísmo y budismo como la mayoría de los chinos. Había rezado a los ancestros cada año en la Fiesta de los Muertos, quemado incienso en los templos en ocasiones especiales, copiado sutras budistas para ganar mérito. Pero ¿creía realmente? ¿O eran solo rituales reconfortantes, hábitos culturales transmitidos de generación en generación?

—¿Tienes miedo, Lianying?

—Estoy aterrado, Maestro. Cada ruido arriba me hace sobresaltar. Cada vez que oímos pasos, pienso que es el fin, que nos han encontrado, que vamos a morir como Wei Guoliang. Mi corazón late tan fuerte que temo que puedan oírlo. Pero el miedo es natural, ¿verdad? Es lo que hacemos a pesar del miedo lo que define quiénes somos.

—¿Y qué somos? ¿Qué nos hemos convertido en esta pesadilla? Li Lianying reflexionó largamente antes de responder, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Somos sobrevivientes. Testigos. Guardianes de la memoria. Es más importante de lo que parece. En cien años, en mil años, alguien querrá saber lo que sucedió aquí. Y seremos los únicos que puedan decir la verdad. No la verdad de los generales en sus informes oficiales. No la verdad de los historiadores que no estuvieron allí. Sino la verdad de aquellos que vivieron el horror, que vieron los rostros, oyeron los gritos, olieron el humo.

Arriba, una explosión resonó, haciendo temblar el sótano. Polvo y escombros cayeron del techo. Algunos en el sótano dejaron escapar gritos de terror antes de recordar que debían permanecer silenciosos, mordiéndose los labios, ahogando sus sonidos en sus manos.

Cui Yugui, acurrucado en una esquina como un animal herido, preguntó con una voz apenas audible:

—¿Qué fue eso? ¿Qué están haciendo ahora?

—Explotan las puertas de las cajas fuertes para acceder a los últimos tesoros. O quizás ya están comenzando a quemar los edificios de manera más sistemática. La pólvora acelera el trabajo de destrucción.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? ¿Cuántos días de este calvario debemos soportar?

An Dehai no quería decir la verdad —que esto podría durar semanas— pero mentir no servía de nada.

—No lo sé con certeza. Días, seguramente. Hasta que hayan tomado todo lo que quieren, todo lo que pueden transportar. Hasta que no quede nada que valga la pena ser robado. Hasta que incluso las ruinas sean ruinas.

En la oscuridad húmeda, An Dehai cerró los ojos y trató de recordar el palacio tal como era. Era un ejercicio doloroso, pero necesario. Debía grabar estas imágenes en su memoria antes de que se desvanecieran, antes de que el horror del presente borrara completamente la belleza del pasado.

Recordó los jardines en primavera, cuando los melocotoneros estaban en flor y el aire olía a miel y pétalos. Recordó los pabellones al atardecer, sus techos dorados brillando en la luz declinante. Recordó las tardes de verano cuando el Emperador organizaba recitales de poesía a orillas del lago, las linternas flotando sobre el agua como estrellas caídas. Recordó las mañanas de invierno cuando la nieve cubría todo con un manto blanco y el silencio era tan profundo que casi se oía el pasado murmurar sus secretos.

Quería grabar estas imágenes tan profundamente en su memoria que nunca pudieran ser robadas, nunca pudieran ser quemadas, nunca pudieran desaparecer completamente.

20 de octubre de 1860, cuevas en las colinas oeste, tarde

Cuando An Dehai alcanzó las cuevas después de un viaje agotador a través de las colinas, guiado por las instrucciones precisas que Chen Mingde había dejado con el primer grupo, estaba exhausto física y emocionalmente. Sus túnicas estaban desgarradas por las zarzas que arañaban la tela de seda como dedos acusadores. Sus pies sangraban en sus zapatos gastados, cada paso una pequeña tortura. Pero estaba vivo. Era todo lo que importaba.

Chen Mingde, el guardia que había encontrado este refugio, lo recibió en la entrada de la cueva más grande con un alivio visible.

—¡Maestro An! ¡Gracias a Dios! ¡Pensábamos que habías sido capturado o peor!

An Dehai se apoyó contra la pared rocosa, recuperando el aliento con grandes bocanadas dolorosas. Cada inhalación quemaba sus pulmones. Ya no tenía edad para este tipo de esfuerzo físico.

—Casi. Los soldados patrullaban por todas partes. Tuvimos que escondernos tres veces. Pero sobreviví. ¿Cómo están los demás?

—Todos aquí. Veintitrés personas contando el primer grupo. Zhang Qinlin tiene una fea herida en la cabeza —un ladrillo le cayó encima mientras buscaba libros en las ruinas— pero Gao Niang lo cuidó con hierbas que encontró. Se recuperará. Señora Liu y Mei Lin aún no han regresado de su búsqueda.

An Dehai sintió su estómago anudarse dolorosamente. Señora Liu. Mei Feng. Había esperado que ya hubieran encontrado a la joven, que estarían aquí a salvo.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Partieron esta mañana al amanecer. Debían estar de regreso hace dos horas, antes de que cayera completamente la noche.

An Dehai se enderezó inmediatamente a pesar de su agotamiento, ignorando el dolor en sus piernas.

—Voy a buscarlas. Quizás necesitan ayuda. Quizás encontraron a Mei Feng herida y no pueden cargarla solas.

Chen Mingde lo agarró por el brazo con un apretón firme que no dejaba lugar a la discusión.

—¡No! Estás exhausto. Apenas puedes tenerte en pie. Mírate —estás temblando de fatiga. Y está casi de noche. Es demasiado peligroso. Nunca encontrarás el camino en la oscuridad total, y aunque lo logres, los soldados patrullan por todas partes. Tienen antorchas. Te verán antes de que tú los veas.

An Dehai quería protestar, quería insistir, pero sabía que Chen tenía razón. En su estado actual, exhausto, hambriento,

desorientado, no sería útil para nadie. Probablemente sería más una carga que una ayuda.

—Muy bien. Pero si no han regresado mañana por la mañana al amanecer, a la primera luz del día, iré a buscarlas. Con o sin ayuda. No las abandonaré.

Entró en la cueva, sus ojos tardando en ajustarse a la penumbra. Adentro, una treintena de personas estaban acurrucadas alrededor de varios fuegos improvisados. La atmósfera era opresiva, cargada de humo que picaba los ojos y de desesperación que pesaba como una capa de plomo. La cueva olía a humedad, tierra fría, y miedo —ese olor agrio de sudor mezclado con angustia que no se puede enmascarar. Cada uno tenía los ojos enrojecidos, ya sea por el humo acre, ya sea por el llanto incesante, probablemente ambos.

An Dehai los observó un momento, estos sobrevivientes que se habían aferrado a la vida por pura voluntad. Algunos fijaban el fuego sin verlo realmente, perdidos en sus pensamientos. Otros se mecían suavemente, un movimiento reconfortante e inconsciente. Algunos murmuraban oraciones, sus labios formando palabras antiguas que habían consolado a generaciones antes que ellos.

Zhang Yinghuan, el viejo bibliotecario, estaba sentado en una esquina aislada, apretando todavía sus cinco libros salvados contra su pecho como si fueran recién nacidos frágiles que debía proteger contra el mundo. Murmuraba pasajes de memoria, su voz un murmullo continuo e hipnótico. An Dehai se acercó lo suficiente para oír. El viejo recitaba un pasaje del Clásico de la Piedad Filial, luego pasaba a un extracto de las Analectas de Confucio, luego a un poema de la dinastía Tang. Tenía miedo de olvidar, se dio cuenta An Dehai. Miedo de que si los libros se perdían y su memoria fallaba, la sabiduría se perdería para siempre en el vacío.

Wang Daniu, el jardinero que había trabajado con Wei Guoliang durante décadas, fijaba el fuego con una mirada vacía. Sus ojos

casi no parpadeaban. No había dicho una palabra. An Dehai conocía esa mirada. El shock. El cerebro que se cierra para protegerse de una realidad demasiado dolorosa para aceptar. Había visto esa misma mirada en los rostros de soldados que habían sobrevivido a batallas terribles.

Sun Yaoting, el joven eunuco que había sido golpeado el primer día, su rostro aún marcado por las equimosis que viraban ahora al amarillo-verde, estaba acurrucado en otra esquina, las rodillas apretadas contra el pecho, balanceándose de adelante hacia atrás en un movimiento rítmico y calmante. Sus ojos estaban muy abiertos, pero no veían nada del mundo real. Tarareaba una canción de cuna, siempre la misma melodía, una y otra vez — probablemente la que su madre le cantaba cuando era niño y tenía miedo de la oscuridad.

Li Lianying se inclinó hacia An Dehai.

—Están en estado de shock. Todos. Hemos visto demasiados horrores en muy poco tiempo. La mente humana no está hecha para absorber tanta violencia, tanta pérdida, tanta destrucción en tan poco tiempo. Se fragmenta, se rompe para protegerse.

An Dehai asintió. Él mismo sentía el entumecimiento emocional comenzar a instalarse —esa extraña disociación donde una parte de él observaba todo desde afuera, como si estos acontecimientos le sucedieran a otra persona. Era una protección psicológica contra una realidad demasiado dolorosa para aceptar plenamente. Si se dejaba entrar todo el dolor de una vez, uno se volvería loco.

Se sentó cerca del fuego central, sintiendo el calor en su rostro como una bendición después del frío de la noche. Habló lo suficientemente alto para que todos pudieran oírlo, su voz resonando contra las paredes de piedra de la cueva:

—Amigos míos, escúchenme. Sé que estos dos últimos días han sido los peores de nuestras vidas. Quizás los peores días que los seres humanos puedan vivir. Sé que algunos de ustedes se

preguntan por qué continuar, para qué sobrevivir cuando todo lo que hemos conocido ha desaparecido, cuando todo lo que daba sentido a nuestras vidas ha sido destruido o robado. Cuando incluso nuestros sueños han sido quemados.

Dejó que sus palabras resonaran en la cueva silenciosa antes de continuar. Algunos levantaban lentamente los ojos hacia él, otros mantenían la mirada fija en el suelo o en las llamas danzantes.

—Pero les voy a decir por qué sobrevivimos. Sobrevivimos porque somos los testigos. Somos aquellos que realmente saben lo que sucedió aquí. No la versión que escribirán los vencedores en sus diarios gloriosos para justificar sus acciones. No la propaganda que difundirán los gobiernos para apaciguar sus conciencias. La verdadera historia. Nuestra historia. La historia de la gente ordinaria que perdió todo, pero que guardó su humanidad, su dignidad, su capacidad de recordar y dar testimonio.

Se levantó, recorriendo lentamente el espacio frente al fuego, sus gestos deliberados para captar la atención.

—Debemos permanecer unidos. Es nuestra fuerza —la única que aún tenemos. Y debemos pensar prácticamente en nuestra supervivencia inmediata. Propongo que establezcamos equipos. Un equipo para la cocina, dirigido por Wang Changgui —conoces las raciones, la preparación, la higiene. Uno para la seguridad y las patrullas alrededor de las cuevas, liderado por Chen Mingde y Zhao Hong —conocen el terreno, tienen formación militar. Uno para ir a buscar comida en los pueblos vecinos cuando sea seguro —pero solo cuando los soldados se hayan ido, no antes. Y uno para regresar al palacio a ver qué sucede, salvar lo que aún pueda salvarse.

Zhao Hong protestó inmediatamente, su voz elevándose en los agudos:

—¿Regresar al palacio? ¿Por qué? ¿Para que nos maten? ¡Ya hemos visto suficientes horrores! ¡Wei Guoliang murió por nada! ¿Quieres que nosotros también muramos por objetos?

Li Lianying se levantó junto a An Dehai, su juventud dándole una energía que los mayores ya no tenían.

—Para dar testimonio, Zhao Hong. Maestro An tiene razón. De lo contrario, ¿cómo sabremos lo que se perdió? ¿Cómo podremos decir a nuestros hijos, a nuestros nietos, lo que estaba allí antes de la destrucción? ¿Cómo la historia sabrá la verdad?

An Dehai asintió con agradecimiento a Li Lianying.

—Iré. Cada día mientras sea posible, iré a observar, anotar, recordar. Es mi última misión.

Li Lianying enderezó los hombros.

—Iré contigo. No deberías ir solo. Dos pares de ojos ven mejor que uno, dos memorias son más confiables que una sola.

Cui Yugui, para sorpresa general, también se levantó. El joven eunuco taciturno, que apenas había hablado, que había parecido replegarse sobre sí mismo, encontraba ahora el valor de ofrecerse como voluntario.

—Y yo también. Debo hacer algo. No puedo solo quedarme aquí esperando, consumiéndome por dentro, volviéndome loco de tanto permanecer sentado en la oscuridad pensando en todo lo que hemos perdido. Si puedo ayudar a preservar la memoria... es mejor que nada. Es mejor que dejar que todo desaparezca como si nunca hubiera existido.

—Gracias. Gracias a los dos. Son más valientes de lo que creen. Iremos juntos, nos protegeremos mutuamente. Tres juntos valen más que uno solo.

Pasaron la hora siguiente organizando la vida en las cuevas con una eficiencia sorprendente que contrastaba con la desesperación ambiente. Se formaron equipos, se asignaron responsabilidades con precisión. Wang Changgui se hizo cargo de la organización de las comidas y las raciones, estableciendo un sistema de tickets

para evitar disputas. Chen Mingde y Zhao Hong establecieron un sistema de vigilancia con turnos de guardia de dos horas, señales de alerta, puntos de huida en caso de emergencia. Zhang Yinghuan, saliendo finalmente de su trance, propuso comenzar a enseñar a los más jóvenes —leer, escribir, calcular, recitar los clásicos— para mantener sus mentes activas y darles esperanza en un futuro donde estos conocimientos serían útiles.

Esto daba a la gente un objetivo que alcanzar, algo en lo que concentrarse más allá de su dolor inmediato. La organización era una forma de resistencia contra el caos, una afirmación de que a pesar de todo, permanecían como seres humanos civilizados.

Gao Niang, una vieja sirvienta que había sido dama de compañía y que tenía una voz suave y maternal, sugirió compartir anécdotas, recuerdos felices del palacio antes de la destrucción.

La idea fue recibida con vacilación al principio, como si recordar la felicidad pasada hiciera el dolor presente aún más agudo, más insoportable. Pero lentamente, vacilantes, la gente comenzó a hablar. Era como abrir una puerta largo tiempo cerrada —difícil al principio, luego cada vez más fácil.

Wang Changgui contó la historia de la vez en que accidentalmente agregó sal en lugar de azúcar al pastel de cumpleaños de la Emperatriz. Su rostro se animó por primera vez al contar la anécdota.

—Fue hace quince años. Era joven, quizás demasiado confiado en mis habilidades. Me habían dicho cien veces que verificara los ingredientes, que siempre probara antes de servir. Pero ese día tenía prisa —había tantos platos que preparar para la fiesta. Confié en mis hábitos. Cuando la Emperatriz tomó el primer bocado frente a toda la corte, vi su rostro cambiar. Mi corazón se detuvo. Pensé que iba a ser ejecutado en el acto. Me habían contado historias de cocineros decapitados por menos que eso. Pero ella... ella solo rió. Una gran risa franca que sorprendió a todos. Dijo: "Esto me recuerda que soy humana, sujeta a los mismos errores que todos. Incluso los emperadores comen a

veces sal en lugar de azúcar." Incluso comió toda su porción para no avergonzarme ante los demás.

Risas suaves recorrieron el grupo, un sonido extraño y casi olvidado en este contexto. Era bueno reír, aunque fuera débilmente, aunque las risas se mezclaran con las lágrimas.

Gao Niang, animada por la reacción, habló del día en que vio al Emperador Qianlong componer un poema en el jardín, tan absorbido en su creación que no se había dado cuenta de que había comenzado a llover y estaba empapado hasta los huesos.

—Era un día de verano, hace quizás cincuenta años —yo era nueva en el palacio. El Emperador era conocido por componer poemas por todas partes, en todo momento. Cuando la inspiración lo tomaba, nada más existía para él. Ese día, se había sentado bajo un sauce cerca del lago. Sus sirvientes lo habían seguido, por supuesto, pero no se atrevían a interrumpirlo cuando componía. Era la regla. Cuando comenzó la lluvia —primero una pequeña llovizna, luego una verdadera tormenta— todos nos quedamos allí, nosotros también bajo la lluvia, esperando pacientemente que la notara. Debe haber estado allí media hora, completamente concentrado en su pincel y su papel, mientras el agua corría por su rostro, empapaba sus túnicas imperiales. Finalmente levantó los ojos y dijo, como si fuera un gran descubrimiento: "Vaya, está lloviendo." Todos estábamos empapados hasta los huesos, tiritando de frío, pero nadie se rió. El poema que había compuesto —aún lo recuerdo— hablaba de la sequía y la necesidad de lluvia para hacer crecer las cosechas. Quizás los cielos lo habían escuchado.

Otras historias siguieron, tejiendo juntas un tapiz complejo y hermoso de la vida que había existido en el palacio. Li Lianying habló del día en que un pavo real escapó de su recinto y corrió por los corredores del palacio, creando un caos cómico mientras sirvientes y guardias intentaban atraparlo sin hacerle daño, el ave corriendo entre las piernas de la gente, sus plumas coloridas dejando un rastro tras de sí.

Sun Yaoting, saliendo finalmente de su silencio catatónico por primera vez, contó

Continuar

16:58

cómo su madre le había dado un amuleto de jade antes de que partiera al palacio a la edad de diez años, un amuleto que llevaba siempre y que era ahora la única cosa que poseía que venía de ella.

—Me dijo que mientras llevara este amuleto, pensaría en mí cada día. Que su amor viajaría a través del jade para protegerme. No sabía si debía creerle —era joven, asustado. Pero lo he llevado cada día durante seis años. Y cuando los soldados nos registraron ese primer día, tomaron mi anillo, tomaron mis monedas, pero no encontraron el amuleto. Lo había escondido en mi boca. Aún está ahí, contra mi pecho. Quizás mi madre aún piensa en mí. Quizás aún vive.

Uno por uno, compartieron sus recuerdos —los momentos de alegría y tristeza, los triunfos minúsculos y los fracasos, lo cotidiano casi aburrido y los acontecimientos extraordinarios. Las primeras nieves cuando todo el palacio se transformaba en un paisaje de cuento de hadas. Las fiestas de Año Nuevo con los petardos, las linternas rojas, los festines que duraban días. Las bodas de miembros de la familia imperial, ceremonias magníficas que movilizaban todo el palacio durante semanas. Los nacimientos que traían alegría y esperanza. Las promociones que recompensaban años de servicio leal. Las reprimendas que humillaban, pero enseñaban. Las amistades improbables entre personas de rangos diferentes. Las rivalidades mezquinas que parecían importantes en ese momento, pero parecían ridículas ahora.

La vida en toda su complejidad, su banalidad sublime, su belleza ordinaria, reducida ahora a historias murmuradas alrededor de un fuego en una cueva fría y húmeda.

An Dehai escuchaba todo, asintiendo de vez en cuando, a veces agregando sus propios recuerdos, tejiendo los hilos individuales en un tapiz colectivo. Pensaba en el comentario que había hecho antes: preservar no solo los objetos, sino las historias, las vidas vividas, la humanidad del lugar.

—¿Ven? Esto es lo que debemos preservar. Los pequeños momentos que definen quiénes éramos. Un palacio no es solo muros de mármol y tesoros de oro. Es la gente que vivió allí, que amó, que trabajó duro, que soñó, que rió y lloró. Son los cocineros que se levantaban antes del amanecer para preparar las comidas. Los jardineros que pasaban horas de rodillas en la tierra. Los eunucos que caminaban kilómetros cada día en los corredores. Las damas de compañía que bordaban durante horas. Eso es la verdadera pérdida. Y eso es lo que aún podemos salvar recordando.

El amanecer se acercaba. Oyeron voces en la entrada de la cueva. Todos se congelaron, el terror apoderándose inmediatamente de cada uno. ¿Los soldados? ¿Habían sido descubiertos?

Pero eran Señora Liu y Mei Lin quienes aparecieron en la entrada, siluetas oscuras recortadas contra el cielo que se aclaraba lentamente.

Todos saltaron. Señora Liu parecía exhausta, su ropa desgarrada y sucia, su moño cuidadosamente peinado ahora deshecho, sus cabellos grises colgando, pero estaba entera, viva. Mei Lin la sostenía, ayudándola a caminar, prácticamente cargándola los últimos metros. Las dos mujeres avanzaban lentamente, sus rostros llevando la huella de un dolor que iba más allá de lo físico, un dolor que marcaba el alma.

An Dehai se precipitó hacia ellas, su corazón latiendo a toda velocidad.

—¡Señora Liu! ¡Gracias a Dios! ¡Estábamos tan preocupados! ¡Íbamos a organizar un equipo de búsqueda al primer rayo de sol!

Se derrumbó cerca del fuego más cercano. Alguien —Wang Changgui— le dio agua que bebió ávidamente. Luego levantó la mirada hacia An Dehai, y él vio en sus ojos un dolor tan profundo, tan absoluto, que parecía sin fondo, como un pozo que descendía hasta el centro de la tierra.

—La encontré. A mi Mei Feng. La encontré.

An Dehai sintió su corazón apretarse dolorosamente. Ya conocía la respuesta antes incluso de hacer la pregunta. Se podía leer en su rostro, en la forma en que sus hombros se hundían.

—¿Dónde está?

La voz de Señora Liu no era más que un susurro ronco, roto por el dolor y el agotamiento.

—Muerta. En las ruinas del Pabellón de las Armonías. Ella y otras ocho chicas. Chicas jóvenes, todas tan jóvenes. Ellas...

Su voz se quebró completamente. Tomó una respiración, tratando desesperadamente de recomponerse, de mantener un semblante de dignidad a pesar del abismo de dolor que amenazaba con engullirla.

—Habían tratado de esconderse en las bodegas bajo el pabellón. Pensaban que estarían a salvo bajo tierra, que los soldados no pensarían en buscar allí. Pero los bárbaros prendieron fuego al edificio. Lo quemaron todo, metódicamente, pieza por pieza. El humo descendió a las bodegas. Las chicas murieron asfixiadas. Las encontramos... sus cuerpos estaban... se habían apretado unas contra otras, tratando de consolarse mutuamente en sus últimos momentos.

No pudo continuar, derrumbándose en sollozos desgarradores que parecían arrancarle el pecho.

Mei Lin tomó la palabra con una voz resuelta, determinada a terminar el relato que Señora Liu ya no podía continuar.

—Las enterramos. No podíamos dejarlas allí, expuestas a los elementos, a los animales quizás. Merecían algo mejor. Encontramos un lugar en el jardín de peonías —era el jardín

favorito de Mei Feng. Iba allí cada primavera para ver las flores, pasaba horas allí, dibujando en un pequeño cuaderno. No teníamos herramientas apropiadas —los soldados habían tomado todas las herramientas de los jardineros. Solo nuestras manos y algunos pedazos de madera encontrados en los escombros. Pero cavamos. Cavamos durante horas, hasta que nuestras manos sangraron, hasta que nuestras uñas se rompieron. Les dimos al menos eso. Una sepultura decente. Un lugar de descanso. Un poco de dignidad en toda esta barbarie.

Señora Liu sacó algo de su manga —una horquilla de plata, delicadamente trabajada con un motivo de flores de ciruelo. La sostuvo ante ella como un talismán, la única cosa tangible que quedaba de su hija.

—Era de mi Mei Feng. Se la había dado para sus dieciséis años. Era una tradición en mi familia —las madres daban a sus hijas horquillas cuando se convertían en mujeres, un símbolo de su paso a la edad adulta. Siempre la llevaba, incluso para dormir. Decía que era su amuleto de la suerte, que la protegería de todo mal. Es todo lo que queda de ella ahora. Una horquilla de plata. Diecinueve años de vida, reducidos a este objeto.

La apretaba tan fuerte que sus nudillos estaban blancos, sus dedos crispados como garras.

Nadie sabía qué decir. ¿Qué se podía decir ante tal pérdida, tal pesar? Las palabras parecían irrisorias, insultantes casi en su inadecuación. El silencio se extendió, pesado de dolor compartido.

Finalmente, Zhang Yinghuan se levantó. El viejo bibliotecario puso sus preciosos libros con reverencia, colocándolos cuidadosamente sobre una piedra plana. Se acercó a Señora Liu y se arrodilló ante ella con dificultad —sus viejas rodillas crujiendo audiblemente. Comenzó a recitar un sutra budista sobre la naturaleza efímera de la vida, sobre la liberación del alma del sufrimiento terrenal, sobre la rueda del karma y el renacimiento.

Las palabras antiguas llenaron la cueva, resonando contra las paredes de piedra, creando una armonía natural. Era una melodía que había consolado a generaciones incontables de personas en duelo, un puente entre los vivos y los muertos.

Cuando terminó el primer sutra, otros se unieron a él espontáneamente. Algunos recitaban otros sutras que conocían. Otros recitaban poemas sobre la pérdida y el recuerdo. Aquellos que no conocían las palabras exactas simplemente tarareaban, creando una armonía colectiva de dolor compartido que transformaba la desesperación individual en algo más grande, más soportable, casi trascendente.

El sonido era extrañamente hermoso a pesar de su tristeza —un lamento colectivo que tejía juntas todas sus pérdidas individuales en un canto único de recuerdo y resistencia contra el olvido.

Cuando el silencio volvió a caer finalmente, pesado y sagrado, Señora Liu se dirigió al grupo reunido. Había secado sus lágrimas con la esquina de su manga. Su rostro, aunque devastado por el pesar, mostraba una resolución nueva, una determinación que no estaba allí antes.

—Gracias. Gracias a todos por sus oraciones, por su compasión. Ahora sé. Puedo llorar, puedo hacer mi duelo, llevar mi dolor, pero sé. Ya no estoy desgarrada por la incertidumbre. Y de cierta manera, a pesar del horror, es mejor que la incertidumbre. La esperanza es una tortura cuando ya no hay ninguna razón para esperar. Ahora puedo comenzar a aceptar, aunque la aceptación tome el resto de mi vida.

Fijó a An Dehai con sus ojos enrojecidos, una intensidad nueva en su mirada.

—Maestro An tiene razón. Debemos dar testimonio. Debemos recordar. Mi Mei Feng y las otras ocho chicas —no deben ser olvidadas. No deben ser solo estadísticas en un informe militar, números sin rostros. Tenían nombres, sueños, familias que las amaban. Mei Feng quería casarse, tener hijos, convertirse quizás

en poetisa. Escribía hermosos poemas sobre las flores. Todas las personas que murieron estos últimos días —deben ser nombradas, recordadas, honradas.

An Dehai se acercó a ella y tomó sus manos en las suyas, sintiendo las callosidades nuevas, los cortes, la sangre seca de la tumba que había cavado.

—Lo serán. Lo prometo solemnemente. Haremos una lista completa de todos aquellos que conocemos que murieron. Sus nombres serán preservados, escritos con cuidado, protegidos. Su memoria vivirá tanto tiempo como nosotros vivamos. Y transmitiremos esta memoria a nuestros hijos, y ellos la transmitirán a los suyos. La cadena no será rota.

Esa noche, la mayoría de los demás finalmente se habían dormido, exhaustos física y emocionalmente. An Dehai permaneció despierto. Bajo la luz de una pequeña lámpara de aceite que había posicionado con cuidado para no molestar a nadie, comenzó lo que se convertiría en la obra de su vida, su testamento, su contribución final a la historia: el Registro de los Perdidos.

Sobre hojas de papel que había salvado del palacio —papel de arroz de calidad superior, grueso y duradero, lo suficientemente fuerte para durar siglos si era bien conservado y protegido de la humedad— comenzó a escribir los nombres de todos aquellos que sabía habían muerto. Usaba su mejor pincel, el que había recuperado en las ruinas de su despacho, y tinta que había mezclado él mismo según la receta tradicional que le habían enseñado: hollín de pino quemado, cola de origen animal, un poco de almizcle para el perfume.

Cada carácter era trazado con un cuidado extremo, como una oración grabada en piedra. Su mano se movía lentamente, deliberadamente, transformando cada nombre en una forma de arte caligráfico. No era solo un registro —era un monumento.

El primer nombre que escribió:

"Wei Guoliang, jardinero jefe del Pabellón de las Nubes Preciosas, aproximadamente sesenta y cinco años, originario del pueblo de Xiangshan en la provincia de Hebei. Trabajaba en el Palacio de Verano desde hace cuarenta y siete años. Especialista en ciruelos y peonías. Había creado el bosquecillo de ciruelos cerca del Pabellón de las Armonías en 1832 —veintiocho años de cuidados pacientes. Casado con Dama Wang (fallecida 1855), tres hijos adultos cuyo mayor es granjero en Xiangshan. Le gustaba cantar mientras trabajaba —sobre todo canciones folclóricas de su juventud. Tenía la reputación de hablar a sus plantas como a niños. Conocía el nombre botánico de cada flor del palacio. Decía a menudo: Un jardinero planta para el futuro, para personas que nunca conocerá. Asesinado sin provocación por soldados británicos el 19 de octubre de 1860 cerca del Pabellón de las Nubes Preciosas. Su crimen: haber corrido, quizás para proteger sus semillas. Testigo: An Dehai y cuatro otros. Que la tierra le sea ligera."

Luego el segundo nombre:

"Mei Feng, sirvienta del Pabellón de las Armonías, diecinueve años, hija única de Dama Liu (dama de compañía imperial). Nacida en Pekín el decimoquinto día del tercer mes lunar de 1841. Trabajaba en el palacio desde la edad de catorce años. Dulce, tímida, graciosa en sus movimientos. Le gustaba dibujar las flores, particularmente las peonías —había llenado tres cuadernos de bocetos. Soñaba con casarse, tener hijos, quizás convertirse en poetisa. Escribía poemas sobre la naturaleza que a veces recitaba a su madre. Llevaba siempre la horquilla de plata que su madre le había ofrecido para sus dieciséis años. Muerta asfixiada en el incendio del Pabellón de las Armonías el 19 o 20 de octubre de 1860, con otras ocho chicas jóvenes de edades entre quince y veinte años. Se habían escondido en las bodegas, pensando estar a salvo. Enterrada en el jardín de peonías por su madre y Mei Lin. Que Buda conceda la paz a su alma."

El tercer nombre:

"Li Mei, sirvienta, quince años. Huérfana, no hay familia conocida viva. Cabellos largos y negros que trenzaba con cuidado cada mañana. Voz suave, risa tímida. Soñaba con ver el mar que nunca había visto. Coleccionaba piedras pulidas del lago. Escondida en un armario de las habitaciones de las concubinas. Encontrada por soldados. Violada. Asesinada. Su cuerpo descubierto por Señora Liu y su grupo. No hay familia para llorar su muerte excepto nosotros que la conocimos. Que Buda transforme su sufrimiento en sabiduría en su próxima vida."

Y así sucesivamente. Cada nombre acompañado de todo lo que An Dehai conocía o podía descubrir sobre esa persona —su edad exacta si era posible, sino una estimación, su posición en la jerarquía del palacio, sus orígenes geográficos, sus familias, sus pasiones, sus hábitos cotidianos, sus tics de lenguaje, sus miedos, sus alegrías, sus sueños para el futuro. No solo cómo habían muerto —esa información horrible, pero necesaria— sino sobre todo, sobre todo, cómo habían vivido. Quiénes habían sido cuando estaban vivos, respirando, riendo, llorando, amando.

Li Lianying, que tampoco dormía —¿cómo habría podido dormir después de todo lo que habían visto?— vino a sentarse silenciosamente a su lado. Observó a An Dehai escribir durante varios minutos antes de hablar.

—Escribes sus historias completas. No solo sus nombres.

—Sí. Porque los nombres solos no son suficientes. Un nombre sin historia no es más que un sonido vacío. Pero un nombre con una historia —era una persona, Lianying. Una persona real que vivió, que sintió, que contribuyó al mundo a su manera. Lo que eran, no solo cómo murieron. Eso es importante. Es crucial. La muerte es universal, banal incluso. Todo el mundo muere, siempre, desde el comienzo de los tiempos. Pero la vida —la forma en que cada persona vivió, lo que amaba, quién era en sus momentos más verdaderos— eso es único. Irreemplazable. Eso es lo que merece ser preservado. Eso es lo que nos hace seres humanos.

Otros, despertados por sus voces bajas o incapaces de dormir ellos mismos, se unieron progresivamente a ellos. Wang Changgui habló de su asistente de cocina, un joven de veintitrés años llamado Liu Yang que soñaba con abrir su propio restaurante algún día y que hacía los mejores raviolos de todo Pekín —un secreto de familia transmitido durante tres generaciones.

Gao Niang recordó a una colega sirvienta llamada Xiao Qing que siempre cantaba mientras trabajaba, su voz clara resonando en los corredores y trayendo alegría incluso en los días más difíciles. Había sido asesinada el primer día, atrapada mientras intentaba huir con un pequeño saco de ropa.

Sun Yaoting habló con tristeza de un amigo eunuco llamado Wang Ming, diecisiete años, con quien había compartido una habitación durante dos años. Wang Ming había sido capturado el primer día mientras intentaba proteger a una vieja sirvienta que ya no podía correr. No se lo había vuelto a ver —probablemente muerto, pero sin certeza, lo que era quizás peor que saber.

Trabajaron hasta tarde en la noche, estos guardianes involuntarios de la memoria, creando un monumento de papel y tinta para aquellos que nunca podrían tener lápidas, templos ancestrales, descendientes para quemar incienso en su memoria. Cada nombre agregado era un acto de resistencia contra el olvido, una declaración de que estas vidas habían contado, que su pérdida tenía importancia, que no serían borrados de la historia como si nunca hubieran existido.

Cuando An Dehai finalmente puso su pincel, sus ojos ardiendo de fatiga, su mano cansada de haber sostenido el pincel durante horas, había llenado treinta páginas enteras de nombres e historias. Sesenta y tres personas. Sesenta y tres vidas documentadas, preservadas, honradas. Era solo un comienzo —habría muchas más en los días venideros. Pero era un comienzo. Un primer paso contra el olvido.

21 de octubre de 1860, Palacio de Verano

A la mañana siguiente, An Dehai, Li Lianying y Cui Yugui regresaron prudentemente al palacio. O más bien, a lo que quedaba de él.

El viaje desde las cuevas tomaba aproximadamente una hora de marcha a través de las colinas boscosas. Avanzaban prudentemente, deteniéndose a menudo detrás de árboles o rocas para escuchar, para observar, para asegurarse de que ninguna patrulla se encontrara cerca. El paisaje familiar parecía extraño ahora, transformado por la tragedia. Los pájaros aún estaban ausentes —su silencio era casi más ensordecedor de lo que habría sido su canto. Los pequeños animales que habitualmente corrían en la maleza habían huido hacia territorios más seguros. Solo el viento murmuraba tristemente en los árboles desnudos, llevando con él el olor persistente y nauseabundo del humo.

La transformación en solo cuatro días era asombrosa, casi imposible de creer para alguien que no hubiera sido testigo de la progresión diaria. An Dehai había visto el palacio por última vez dos días atrás. Ya estaba gravemente dañado, pero reconocible, aún identificable como el lugar que había conocido. Ahora...

Donde había existido antaño el Palacio de Verano en toda su magnificencia imperial —ciento cincuenta hectáreas de jardines meticulosamente cuidados, más de tres mil habitaciones repartidas en cientos de edificios y pabellones interconectados, colecciones de arte acumuladas con cuidado durante siglos por emperadores refinados— solo quedaba un paisaje lunar de ruinas humeantes que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Edificios enteros habían desaparecido completamente, consumidos por las llamas hasta los cimientos, dejando solo cuadrados ennegrecidos en la tierra y chimeneas solitarias que se alzaban como dedos acusadores apuntando hacia un cielo indiferente. Otros no eran más que cáscaras vacías, sus techos magníficamente pintados derrumbados en montones de tejas

rotas, sus muros calcinados que se alzaban precariamente, amenazando con derrumbarse al menor soplo de viento. El humo flotaba por todas partes como una niebla tóxica y persistente, reduciendo la visibilidad a unas pocas decenas de metros y haciendo cada respiración dolorosa, irritando los ojos y la garganta.

An Dehai tuvo que detenerse un momento, abrumado por la magnitud de la destrucción. Sus piernas se negaban a llevarlo más lejos. Se sentó en una piedra, la cabeza entre las manos, tratando de controlar los sollozos que amenazaban con abrumarlo. Toda su vida adulta consagrada a este lugar. Y ahora...

Li Lianying le tomó la mano.

—Maestro, debemos continuar. Para eso vinimos. Para ver. Para dar testimonio.

An Dehai asintió, recomponiéndose. El joven tenía razón. Se secó las lágrimas y se levantó, forzando sus piernas a llevarlo.

Se desplazaban silenciosamente a través de este paisaje apocalíptico, como fantasmas que rondan las ruinas de su antigua vida. An Dehai tomaba notas mentales de todo lo que veía, creando un mapa de la destrucción en su mente —qué edificio había desaparecido completamente, cuál estaba parcialmente intacto, dónde los tesoros podían haber sido almacenados antes de ser robados, qué caminos los saqueadores habían tomado. De vez en cuando, sacaba su papel y su pincel para escribir algunas observaciones rápidas.

Descubrieron que los ejércitos británico y francés habían establecido un sistema notablemente organizado para su saqueo. No era el caos que uno habría podido imaginar, sino una operación militar planificada con precisión. Zonas geográficas específicas estaban asignadas a diferentes regimientos —los franceses controlaban principalmente el sector este del palacio, los británicos el sector oeste. Oficiales supervisaban el saqueo, llevando registros detallados, asegurándose de que el botín fuera

equitativamente distribuido entre las unidades según un sistema de cuotas. Esto hacía la cosa de cierta manera más obscena —no era el caos de soldados desencadenados perdiendo todo control, sino una operación planificada y ejecutada con la eficiencia fría de una máquina bien engrasada.

En lo que subsistía del Pabellón del Mar de Sabiduría —los muros exteriores aún estaban en pie, pero el techo se había derrumbado completamente, creando un espacio abierto al cielo— encontraron un grupo de soldados británicos embalsamando cuidadosamente estatuas budistas de bronce. Un oficial barbudo consultaba un libro grueso que parecía ser un catálogo de arte, anotando minuciosamente cada pieza con notas en inglés que An Dehai no podía leer.

Se acercó prudentemente, sus pies crujendo sobre los escombros que cubrían el suelo. El oficial levantó la cabeza y frunció el ceño, su mano moviéndose instintivamente hacia la pistola que colgaba de su cinturón.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? Este lugar está bajo control militar británico. Los civiles chinos no tienen derecho a estar aquí.

El inglés del oficial era preciso, educado, el de un caballero probablemente de buena familia.

An Dehai se inclinó ligeramente con la deferencia que había aprendido.

—Trabajaba aquí. En el palacio. Conozco estos edificios, estas estatuas. Era responsable del inventario.

El oficial lo examinó con más interés ahora, sus ojos evaluando, calculando.

—Es uno de los eunucos del palacio, ¿no es cierto? He oído hablar de su sistema. Fascinante desde un punto de vista antropológico.

—Sí, señor. Soy un eunuco. Y me gustaría hablarle de estas estatuas.

El oficial consideró la propuesta un momento.

—Hmm. Efectivamente puede serme útil. ¿Puede decirme la edad de estos bronce? ¿Su... significado histórico y religioso?

An Dehai contempló las estatuas que los soldados embalaban en tela y paja. Las conocía bien, estas representaciones sagradas. Los tres bodhisattvas principales del budismo Mahayana: Avalokitesvara, el bodhisattva de la compasión, Manjusri, el bodhisattva de la sabiduría, y Samantabhadra, el bodhisattva de la práctica virtuosa.

—Estas estatuas fueron creadas durante la dinastía Tang, señor. Hace aproximadamente mil doscientos años. Fueron encargadas por el Emperador Taizong para un importante templo budista. Cuando el templo fue destruido durante las grandes persecuciones antibudistas bajo el Emperador Wuzong, fueron salvadas por monjes valientes que arriesgaron sus vidas. Fueron escondidas en cuevas durante décadas. Fueron redescubiertas y preservadas en las colecciones imperiales. Representan...

Buscó sus palabras en inglés, tratando de traducir conceptos budistas complejos en una lengua extranjera.

—Representan seres santos budistas. Bodhisattvas. Son seres que han alcanzado la iluminación completa, que podrían entrar en el nirvana y escapar del ciclo del sufrimiento, pero que eligen permanecer en el mundo para ayudar a todos los seres sensibles a alcanzar también la iluminación. Muy sagrados para el pueblo chino. Millones de personas han rezado ante estas estatuas durante siglos. Representan las más altas aspiraciones espirituales de nuestra civilización.

El oficial anotó cuidadosamente en su libro, su pluma raspando el papel.

—Dinastía Tang. Mil doscientos años. Significado religioso considerable. Fascinante. Estas piezas serán enviadas al British Museum en Londres. Serán expuestas apropiadamente en una vitrina climatizada, apropiadamente preservadas por expertos,

apropiadamente estudiadas por eruditos. Serán vistas por millones de visitantes que podrán apreciar el arte chino antiguo. Mucho mejor que dejarlas aquí para ser destruidas por el fuego o por los elementos, o peor, por la ignorancia de su propio pueblo que podría no comprender su valor.

An Dehai sintió la ira familiar subir en él como una marea.

—Usted mismo prende el fuego, señor. Usted y sus aliados franceses. Destruyen el palacio con una eficiencia notable. Dice que salva las estatuas del fuego que usted mismo enciende. Es...

Buscó la palabra en inglés, encontrando finalmente la que capturaba perfectamente la absurdidad moral.

—Es hipocresía de la peor especie. Es como un hombre que prende fuego a una casa luego se jacta de salvar a los niños de las llamas que él creó.

El oficial se puso visiblemente rígido, su rostro poniéndose rojo de ira o quizás de vergüenza.

—Seguimos las órdenes de Lord Elgin. No hago la política del Imperio. Solo soy un soldado cumpliendo su deber con la Reina e Inglaterra.

—Cada soldado dice exactamente eso, señor. "Solo sigo órdenes. Solo hago mi deber. No es mi responsabilidad." Pero alguien debe ser responsable de todo esto. Si todos solo siguen órdenes sin reflexionar, sin cuestionar la moralidad de esas órdenes, ¿quién es realmente culpable? ¿Cómo se puede llamar a esto otra cosa que bandidaje organizado a escala internacional?

El oficial no respondió inmediatamente. Cerró su libro de golpe y se apartó, contemplando las estatuas sagradas que sus hombres embalaban como vulgares mercancías.

—Esta conversación ha terminado. Puede irse. Y considérese afortunado de que sea un caballero civilizado. Otros oficiales lo habrían hecho fusilar por insolencia.

An Dehai se inclinó con una ironía apenas velada.

—Gracias por su "civilización", señor. La historia juzgará quién era realmente civilizado en este asunto.

Mientras se alejaban del pabellón en ruinas, Li Lianying sopló en voz baja, su voz tensa de preocupación:

—Maestro An, tomas demasiados riesgos hablando así. Si enfureces a estos hombres, podrían matarte sin dudarlo. Un eunuco chino más o menos, ¿a quién le importaría? Nadie haría preguntas.

An Dehai continuó caminando, su espalda rígida de ira y orgullo herido.

—Sé que tomo riesgos, Lianying. Pero no puedo callarme completamente. No puedo mirarlos robar nuestro patrimonio pretendiendo que nos hacen un favor, que "preservan" nuestra cultura robándola, que nos "civilizan" destruyendo nuestra civilización. La hipocresía es insoportable. Al menos, quiero que sepan que no somos ingenuos. Que vemos claro en sus justificaciones.

—Pero somos totalmente impotentes contra ellos físicamente. Nuestras palabras no cambian nada a la realidad.

An Dehai se detuvo y se volvió hacia el joven.

—Físicamente, sí, somos completamente impotentes. Tienen los fusiles, los cañones, la fuerza militar. Pero ¿moralmente? Moralmente, somos superiores, y quiero que lo sepan. Quiero que sientan el peso de la vergüenza de lo que hacen, aunque nunca lo admitan públicamente, aunque justifiquen sus acciones en sus informes oficiales. Quiero plantar una semilla de duda en sus mentes. Quizás en diez años, veinte años, cuando sean viejos y repiensen en lo que hicieron aquí, sentirán esa vergüenza. Es poco, pero es todo lo que tengo como arma.

Continuaron su exploración dolorosa del palacio destruido. En cada pabellón que visitaban, mismo espectáculo repetitivo y desgarrador: tesoros cuidadosamente embalados para la exportación hacia Europa, escombros de lo que había sido

juzgado demasiado ordinario para ser robado, pero demasiado hermoso para ser dejado intacto, huellas de fuego por todas partes como cicatrices en un cuerpo torturado. El suelo estaba cubierto de fragmentos que crujían bajo sus pasos —pedazos de porcelana Ming transformados en esquirlas sin valor, trozos de telas quemadas que habían sido túnicas imperiales bordadas durante meses, páginas arrancadas de libros antiguos que el viento dispersaba lentamente.

An Dehai se inclinaba a veces para recoger estos fragmentos. Incluso los fragmentos tenían valor como testimonios, como pruebas de lo que había existido.

En la Gran Biblioteca, la visión era aún más dantesca de lo que había imaginado en su última visita. El interior estaba ahora completamente aniquilado. Miles de libros no eran más que cenizas grises y finas que subían hasta los tobillos y se volaban al menor soplo de viento, arremolinándose como nieve negra. Los estantes de madera preciosa —madera de sándalo, ébano, palisandro— habían ardido, dejando solo clavos retorcidos y herrajes deformados por las temperaturas extremas. Solo algunos muros de piedra permanecían en pie, ennegrecidos por el hollín, sus superficies agrietadas por el calor como una piel quemada.

Cui Yugui se inclinó y recogió delicadamente una página medio quemada de un libro antiguo. El papel era frágil, quebradizo, listo para desintegrarse al menor contacto demasiado brusco. Aún se podían leer algunos caracteres en el lado que había escapado a las llamas: "...el sabio comprende que el conocimiento es el tesoro que no puede ser robado, la riqueza que no puede ser quemada, el legado que no puede..." El resto había desaparecido en las llamas, llevándose con él el fin del pensamiento.

—Es todo lo que queda de esta sabiduría. Miles de años de pensamiento filosófico, cientos de miles de libros copiados a mano con un cuidado infinito, textos únicos que no existían en ningún otro lugar del mundo... reducidos a algunos caracteres

fragmentados en una página quemada. Es como si hubieran quemado una parte del alma humana misma.

An Dehai tomó la página con una delicadeza extrema, manipulándola como un objeto santo, y la colocó entre dos hojas de papel intacto para protegerla.

—Incluso un fragmento tiene un valor inmenso. Es una prueba tangible. Un día, alguien verá esto y comprenderá realmente la magnitud de lo que se perdió aquí. Las cifras en los informes oficiales no son suficientes. Se necesitan pruebas físicas, objetos que se puedan tocar, sentir, ver.

Pasaron horas explorando, recordando dolorosamente, documentando todo lo que podían. Era un trabajo agotador mental y emocionalmente. Cada giro revelaba una nueva destrucción, una nueva pérdida que se agregaba al peso ya insoportable. Pero persistían, impulsados por un sentido del deber que trascendía el dolor inmediato.

Al mediodía, completamente exhaustos, se sentaron cerca del lago Kunming para descansar unos minutos. El lago, antaño de un azul cristalino tan puro que se podían ver los peces nadar a varios metros de profundidad, estaba ahora cubierto de una capa espesa de escombros flotantes. Objetos que los saqueadores habían juzgado demasiado pesados, demasiado voluminosos o no lo suficientemente preciosos para ser transportados flotaban tristemente sobre el agua turbia: pedazos de muebles de madera tallada que habían tomado meses crear, fragmentos de porcelana que habían sido magníficos jarrones, túnicas desgarradas que arrastraban como cadáveres, paneles decorativos rotos. Algunas carpas koi, las que habían sobrevivido milagrosamente al caos, nadaban lentamente entre los escombros, sus movimientos desorientados y letárgicos, como si ellas también estuvieran en estado de shock.

Li Lianying contempló el desastre acuático.

—Era tan suntuoso antes. Recuerdo las fiestas de verano cuando comencé a trabajar aquí. Los botes-dragón sobre el lago, sus cascos pintados en rojo y oro brillando gloriosamente al sol. Los remeros cantando en ritmo. Los puentes de mármol blanco que atravesaban el agua como arcoíris sólidos. Los pabellones reflejándose en el agua calma como pinturas perfectas, tan claros que no se podía distinguir lo real del reflejo. Las linternas por la noche, flotando sobre el agua como estrellas caídas del cielo. Los lotos rosas en verano, cubriendo la superficie con un tapiz de flores vivas. Y ahora... es un cementerio. Un cementerio al aire libre para una civilización muerta.

An Dehai solo pudo asentir lentamente. Las palabras le faltaban. Toda descripción parecía inadecuada ante esta devastación total. De repente, Cui Yugui se puso rígido, señalando discretamente.

—Miren. Allá, en las ruinas. Alguien se mueve.

Vieron una silueta humana moverse furtivamente entre los escombros de un pabellón vecino, levantando piedras y pedazos de madera, buscando algo con gestos desesperados.

—Alguien más se quedó o regresó. Otro sobreviviente quizás. Deberíamos ir a ver. Quizás necesitan ayuda. Quizás están heridos.

Se acercaron prudentemente, teniendo cuidado de no sorprender demasiado bruscamente a la persona. La silueta resultó ser una joven mujer vestida con harapos sucios y desgarrados que quizás habían sido una túnica de sirvienta. Su rostro estaba manchado de hollín negro, sus cabellos en desorden, atados groseramente. Buscaba algo entre los escombros con una determinación casi maníaca, levantando piedras a pesar de sus manos que sangraban de múltiples cortes.

An Dehai tosió suavemente para señalar su presencia sin asustarla.

La mujer se volvió bruscamente, aterrorizada, sus ojos abriéndose como los de un animal acorralado. Luego, viendo que

eran chinos, que su ropa indicaba que eran sirvientes del palacio y no soldados, pareció relajarse ligeramente, aunque la desconfianza permanecía claramente visible en su mirada y en la tensión de su cuerpo.

—¿Quién está ahí? ¿No son militares?

—No. Somos sirvientes del palacio. Vivíamos y trabajábamos aquí antes... antes de todo esto. ¿Quién eres?

La mujer vaciló un largo momento antes de responder.

—Me llamo Qin Yue. Era sirvienta en el Pabellón de las Armonías, como mi hermana pequeña. Cuando los soldados llegaron hace cuatro días —o ¿son cinco ahora? He perdido la noción del tiempo— me escondí en las cocinas subterráneas. Había una reserva secreta para las provisiones de emergencia que poca gente conocía. Un espacio estrecho, oscuro, húmedo. Me quedé allí dos días enteros sin comida ni agua, demasiado aterrorizada para salir incluso para beber. Solo esperaba que me encontraran y me mataran.

—Las cocinas subterráneas. Por supuesto. Así es como sobreviviste al incendio del pabellón. El fuego no podía descender hasta allí. Tuviste suerte en tu desgracia.

—¿Suerte? Oí todo durante dos días. Cada grito, cada súplica, cada disparo. Los gritos de mis amigas cuando los soldados las encontraron. El crepitar del fuego devorando el edificio sobre mi cabeza. Las vigas que se derrumbaban. Los muros que se desplomaban. Durante dos días, estuve sola en la oscuridad absoluta, aterrorizada, sin atreverme a salir, escuchando todo mi mundo destruirse sobre mi cabeza. A veces oía voces francesas o inglesas justo arriba, separadas de mí por unos pocos centímetros de madera. Era como estar en el infierno, encerrada viva en una tumba. Quizás morir rápidamente habría sido más fácil, más misericordioso.

An Dehai comprendió inmediatamente ese dolor. A veces, sobrevivir era infinitamente más difícil que morir. Los

sobrevivientes llevaban el peso de todo lo que habían visto, de todos aquellos que no habían podido salvar.

—Estás viva. Eso es lo que cuenta ahora. ¿Qué buscas aquí?

Los ojos de Qin Yue se llenaron de lágrimas que corrieron libremente, trazando surcos limpios sobre sus mejillas sucias.

—Mi hermana. Mi hermana pequeña, Qin Mei. Solo tenía quince años. También trabajaba aquí, en los jardines. Le gustaban las flores, pasaba horas dibujándolas. Debíamos encontrarnos cerca del puente de jade el primer día, cuando todo comenzó. Era nuestro punto de encuentro en caso de emergencia —lo habíamos decidido juntas cuando oímos hablar de la aproximación de los ejércitos extranjeros. Pero nunca la encontré ese día. Todo sucedió demasiado rápido. Espero desesperadamente que escapara, que huyera hacia un pueblo, que esté a salvo en algún lugar. Pero si no lo logró... si aún está aquí en algún lugar... debo saber. No puedo partir sin saber. Es mi hermana pequeña. La crié después de la muerte de nuestros padres. Es toda mi familia.

An Dehai pensó inmediatamente en Señora Liu y su búsqueda desesperada de su hija Mei Feng. Sabía íntimamente cuán importante era saber, incluso cuando las noticias eran las peores imaginables. La incertidumbre era una forma particularmente cruel de tortura que nunca terminaba, que roía el alma día tras día.

—Ven con nosotros. Te ayudaremos a buscar a tu hermana. A cuatro, cubriremos mucho más terreno, más rápido y más eficientemente.

Pasaron las dos horas siguientes buscando en las ruinas del sector del puente de jade, llamando el nombre de Qin Mei una y otra vez, levantando prudentemente escombros, explorando cada rincón donde alguien habría podido esconderse o caer herido. Era un trabajo peligroso y agotador —estructuras inestables amenazaban constantemente con derrumbarse, vigas calcinadas

colgaban precariamente, y siempre estaba el riesgo de encontrar patrullas de soldados hostiles. Pero persistían, impulsados por la esperanza desesperada de Qin Yue y por su propia humanidad que se negaba a abandonar.

Cerca de lo que había sido el puente de jade —ahora solo pedazos de piedra blanca rota esparcidos en el suelo como los restos de un esqueleto gigante— Cui Yugui encontró algo. Se había alejado ligeramente del grupo, explorando una zona que los demás aún no habían cubierto.

—¡Aquí! ¡Vengan a ver rápidamente!

Había un cuerpo. O más bien, restos humanos casi irreconocibles, carbonizados por el fuego al punto de que ya no se podían distinguir los rasgos, la edad, ni siquiera el sexo. El fuego había consumido todo, reduciendo un ser humano a una forma negra y encogida. Pero cerca de los restos, medio enterrado en las cenizas grises, se encontraba un objeto metálico —un broche de plata que había resistido a las llamas gracias al metal.

Qin Yue cayó de rodillas como si sus piernas hubieran dejado súbitamente de sostenerla. Recogió el broche con manos temblorosas, girándolo en todos los sentidos, examinándolo bajo todos los ángulos. Lo sostuvo ante ella, fijando el objeto como si pudiera leer en él toda la historia trágica de su hermana.

—Es el broche de Mei. Lo reconocería entre mil. Se lo había ofrecido para su decimocuarto cumpleaños el año pasado. Habíamos ahorrado durante meses para comprarlo. Representa una mariposa —a Mei le gustaban tanto las mariposas. Decía que simbolizaban la transformación, la esperanza. Nunca se lo quitaba, incluso para dormir.

Su voz era extrañamente calma al principio, como si el shock hubiera vaciado toda emoción. Luego la realidad la golpeó como una ola. Se derrumbó completamente en sollozos desgarradores,

apretando el broche contra su pecho, balanceándose de adelante hacia atrás.

—Solo tenía quince años. Quince años. Toda su vida por delante. Tantas cosas que quería hacer. Quería casarse, tener hijos, convertirse en jardinera jefe quizás. Le gustaba tanto cantar — tenía la voz más hermosa que jamás haya oído, clara como agua de manantial. Dibujaba flores con un talento extraordinario. Y ahora... ahora, solo queda un broche y cenizas. Eso es todo. Una vida entera reducida a eso.

Se arrodilló cerca de los restos carbonizados y lloró, sus hombros sacudidos por sollozos profundos. An Dehai y los demás la dejaron hacer su duelo, manteniéndose a una distancia respetuosa, formando un círculo protector alrededor de ella. Algunos dolores eran demasiado profundos para ser compartidos, demasiado personales para ser interrumpidos por palabras de consuelo torpes. A veces, todo lo que se podía hacer era estar presente, dar testimonio del dolor de otro.

Después de un largo momento —quizás quince minutos, quizás una hora, el tiempo parecía haberse detenido en este lugar de muerte— Qin Yue se levantó lentamente. Su rostro era una máscara de determinación trágica a pesar de las lágrimas que continuaban corriendo.

—Debemos enterrarla. No puedo dejarla así. Merece algo mejor que eso. Merece una sepultura decente, aunque sea simple. Era una buena chica, trabajadora, amable con todos.

Encontraron un lugar apropiado en lo que había sido el jardín de los ciruelos, ahora un espacio devastado donde los árboles no eran más que troncos carbonizados. Qin Yue explicó secando sus lágrimas que era el lugar favorito de Qin Mei en todo el palacio —venía aquí cada primavera para ver las flores de ciruelo, sentándose durante horas bajo los árboles en flor, dibujando meticulosamente las ramas y las flores en un cuaderno que guardaba siempre preciosamente consigo.

Sin herramientas apropiadas, tuvieron que cavar con sus manos desnudas y pedazos de madera encontrados en los escombros. La tierra estaba dura, compactada, llena de piedras y raíces. Sus manos se cubrían rápidamente de ampollas dolorosas que reventaban, luego sangraban, pero continuaban, motivados por el respeto a los muertos y la compasión por Qin Yue. Una sepultura decente, un pequeño trozo de dignidad humana.

Cuando terminaron —un agujero de aproximadamente un metro de profundidad, no perfecto, pero suficiente— colocaron delicadamente los restos en la tierra con toda la reverencia de una ceremonia funeraria completa. Qin Yue arregló el cuerpo con un cuidado infinito, murmurando palabras dulces y tranquilizadoras en chino como si su hermana aún pudiera oírla. Luego colocó el broche de plata sobre lo que había sido el pecho de su hermana, un último regalo, un último vínculo.

—Adiós, hermana pequeña. Xiao Mei. Tuviste una vida tan corta, tan trágicamente corta. Solo quince años sobre esta tierra. Pero eras buena y amable y dulce, y merecías mucho mejor que este final horrible. Merecías envejecer, casarte como soñabas, tener los hijos que querías, convertirte en la gran jardinera que podrías haber sido. Merecías ver el mar, viajar, cantar tus canciones. Lo siento. Lo siento tanto, tanto que no pude protegerte. Te había prometido siempre cuidar de ti después de la muerte de nuestros padres, y fallé. Perdóname.

Cubrieron lentamente la tumba de tierra. Luego colocaron piedras planas encima para marcarla y protegerla. No era gran cosa —no había lápida grabada con caracteres elegantes, no había ceremonia budista elaborada con monjes cantando sutras, no había tableta ancestral en un templo— pero era un lugar de descanso identificable. Un lugar donde Qin Yue podría regresar para honrar a su hermana, para hablarle, para mantener el vínculo.

An Dehai sacó su precioso papel y su pincel. Escribió con un cuidado particular: "Qin Mei, jardinera asistente, quince años,

hermana de Qin Yue, originaria de Tianjin. Trabajaba en los jardines del Palacio de Verano desde la edad de catorce años. Especializada en flores ornamentales. Cantaba magníficamente —voz clara y pura. Dibujaba las flores con un talento notable. Soñaba con casarse, tener hijos, ver el mar. Llevaba siempre un broche de plata en forma de mariposa ofrecido por su hermana. Muerta cerca del puente de jade durante la invasión, probablemente el 18 o 19 de octubre de 1860, quemada por los incendios encendidos por las tropas de invasión. Enterrada en el jardín de los ciruelos, su lugar favorito, por su hermana Qin Yue y tres testigos: An Dehai, Li Lianying, Cui Yugui. Que la tierra le sea ligera. Que su alma encuentre la paz. Que las mariposas que tanto amaba guíen su espíritu hacia una mejor existencia."

Qin Yue lo miró escribir con una expresión de gratitud profunda que trascendía las palabras.

—¿Qué haces exactamente?

—Guardo un registro detallado. De todos aquellos que murieron en esta masacre. Para que sus nombres nunca sean olvidados, para que en cien años, en mil años, la gente sepa que Qin Mei existió, que vivió, que tenía sueños y talentos, que contaba.

Nuevas lágrimas corrieron por las mejillas de Qin Yue, pero esta vez eran diferentes. No solo pesar puro, sino también gratitud, quizás incluso un minúsculo alivio.

—Gracias. Gracias por recordarla. Por recordarnos a todos. A veces siento que somos tan insignificantes que nadie recordará que alguna vez existimos.

—Cada vida cuenta. Cada muerte cuenta. Los poderosos escribirán la historia oficial con sus grandes acontecimientos y sus tratados. Pero las pequeñas historias, las vidas ordinarias —eso es lo que realmente revela una civilización. Eso es lo que muestra quiénes éramos realmente. Y me niego a dejar que estas historias desaparezcan.

—¿Vendrás con nosotros ahora? Hemos encontrado refugio en cuevas en las colinas al oeste. No es gran cosa —frío, húmedo, incómodo— pero es seguro, lejos de los soldados. Hay otros sobrevivientes allí, comida compartida, un semblante de comunidad. No deberías quedarte aquí sola. No es seguro y ya no es un lugar para los vivos.

Qin Yue lanzó una última larga mirada a la tumba que acababan de crear, memorizando la ubicación exacta, la disposición de las piedras.

—Sí. Vengo con ustedes. No quiero quedarme aquí más. Ya no es el palacio que conocí y amé. Se ha convertido en una tumba gigante.

Comenzaron a alejarse, Qin Yue mirando hacia atrás hasta que el jardín de los ciruelos desapareció de la vista.

Oyeron un nuevo ruido —un retumbo regular, rítmico. Se escondieron detrás de un muro derrumbado y observaron prudentemente.

Una columna de carretas británicas entraba en el parque, tiradas por caballos cansados. Debía haber unas cincuenta. Las carretas estaban vacías a la llegada. Pero An Dehai adivinaba que estarían llenas de tesoros robados a la partida.

—Es la evacuación final. Se llevan todo lo que tiene valor. Pronto, realmente no quedará nada más.

Esperaron que las carretas pasaran, luego corrieron hacia las colinas, llevando a Qin Yue con ellos. Detrás de ellos, el crepúsculo caía sobre el Palacio de Verano moribundo.

22 de octubre de 1860, adiós al palacio

Mientras el sol se ponía, se reunieron una última vez a orillas del lago Kunming.

—El Palacio de Verano ya no existe. Pero nuestro trabajo comienza. Somos los guardianes de su memoria.

Esa última noche, hicieron una ceremonia. An Dehai leyó todos los nombres de los muertos —noventa y tres vidas perdidas.

Cuando terminó, el sol se levantaba. Un nuevo día. El primer día de su nueva vida.

—Vamos. Hacia nuestro futuro. Llevamos los recuerdos. Un día, nuestras voces serán escuchadas.

Partieron hacia el norte, hacia las montañas. Detrás de ellos, las ruinas aún humeaban.

Pero en sus corazones, el palacio viviría eternamente. Los testigos silenciosos se habían convertido en los guardianes eternos.

CAPÍTULO 4 - EL VIAJE

Puerto de Taku, desembocadura del Pei-Ho, 4 de noviembre de 1860

Los cofres se amontonaban en el muelle de Taku. El capitán de fragata Auguste Morand los contemplaba con mirada sombría mientras L'Avalanche se balanceaba detrás de él, listo para embarcar su cargamento. El oficial de artillería Henri Roux, designado para acompañar el convoy hasta Francia, se acercó ajustándose su képi.

— Capitán, ¿cuántos en total?

Morand consultó su registro.

— Sesenta y siete cajas.

— Llenas de tesoros imperiales. Destinados a Su Majestad la Emperatriz.

— Robados, querrá decir.

Roux se puso rígido y echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba. Los coolíes chinos se afanaban en cargar los cofres bajo la vigilancia de marineros franceses.

— El reparto se hizo según la ordenanza del 3 de mayo de 1832. El artículo 119 es muy claro...

— ¡Ahórreme la jerga militar! He leído la ordenanza. Todo esto puede ser legal, pero ¿es moral? Hemos saqueado un palacio imperial, vaciado museos, quemado bibliotecas. Y ahora, empaquetamos el fruto de este pillaje para ofrecerlo como un vulgar regalo.

Roux apretó la mandíbula.

— El general de Montauban mismo supervisó el reparto...

— ¿Según las reglas? Usted estuvo allí. Vio a los soldados que se lanzaban sobre los palacios, que arrancaban las colgaduras, que rompían los muebles para extraer las piedras preciosas.

Roux bajó los ojos. No podía negarlo.

— El ejército ha decidido ofrecer estos objetos a la Emperatriz...

— ¿Decidido? El general lo decidió. Los hombres no tuvieron otra opción que asentir.

Un ruido de pasos los interrumpió. El teniente de navío Pallu vino junto a ellos, acompañado de un capataz chino que gesticulaba señalando una de las cajas.

— Tenemos un problema. Esta caja es demasiado pesada. Hay que dividirla en dos.

Morand se acercó. El cofre llevaba la inscripción "Bronces y jades – Sala de audiencia".

— ¿Qué contiene?

Roux consultó su inventario.

— Bronces rituales de la dinastía Shang, jarrones cloisonné, un trono-palanquín... y el bastón de mando del Emperador en jade verde.

— ¿El bastón de jade? —exclamó Pallu—. ¿El que Lord Elgin quería para la reina Victoria?

— No, ese se fue con los ingleses. El general de Montauban reservó este segundo ejemplar para el Emperador.

Morand sacudió la cabeza.

— Evidentemente. Todo debe ir por pares. Como si nos repartiéramos un botín de piratas...

— ¡Capitán! —protestó Pallu.

— ¡Oh, dejen sus aires escandalizados! Somos piratas con uniforme.

El capataz chino esperaba pacientemente.

— Bien. Hagan dividir esta caja. Pero si un solo objeto resulta dañado, es usted quien lo explicará al general.

Morand miró hacia el norte, donde columnas de humo aún se elevaban.

— ¿Saben lo que más me indigna? La hipocresía. Nos pretendemos civilizados. Venimos aquí para "abrir" China al comercio, traerle las luces de la civilización europea. ¿Y qué hacemos? Saqueamos, quemamos, matamos. Y luego, empaquetamos cuidadosamente nuestro botín para enviarlo a París donde será expuesto como un trofeo de nuestra grandeza.

Roux permaneció en silencio. En su fuero interno, compartía el malestar de Morand. Había visto el palacio antes de su destrucción. Las salas de audiencia con techos ornados de seda, los jardines con pabellones delicados, las bibliotecas con manuscritos milenarios.

Un marinero se dirigió hacia ellos y saludó.

— La carga está casi terminada. Podremos zarpar dentro de dos horas.

— Asegúrese de que todas las cajas estén sólidamente amarradas. No quiero que se muevan ni un ápice durante la travesía.

Morand se volvió hacia Roux.

— ¿Va a acompañar este convoy hasta Francia?

— Orden de entregar personalmente estas cajas a Su Majestad.

— Prepárese para un largo viaje. Y rece para que no suframos ninguna tormenta.

A bordo de L'Avalanche, 8 de noviembre de 1860

Las cajas habían sido cargadas y sólidamente amarradas en la bodega y en la popa. L'Avalanche había salido de Taku y remontaba la costa china en dirección a Shanghái.

Roux inspeccionaba el cargamento. Había elaborado un inventario preciso, marcando cada cofre con un número y anotando escrupulosamente su contenido. Era fastidioso, pero necesario.

Morand se reunió con él en cubierta.

— ¿Todo en orden?

— Sí. Sesenta y siete cajas, todas numeradas e inventariadas. También he redactado un informe sobre las condiciones del reparto.

— Un informe edulcorado, imagino.

Roux no respondió. Su informe no mencionaba las escenas a las que había asistido ni las disputas entre oficiales franceses e ingleses.

— He cumplido con mi deber.

— Su deber...

Morand se apoyó en la barandilla y fijó la mirada en el mar. El cielo estaba despejado, el mar tranquilo.

— Me pregunto si nuestros nietos nos juzgarán severamente.

— Hemos obedecido órdenes.

— Las órdenes... Siempre las órdenes. Es una excusa cómoda, ¿no es cierto?

Roux frunció el ceño.

— Parece muy afectado por este asunto. ¿Puedo preguntarle por qué?

Morand vaciló, luego suspiró.

— He estudiado historia. Los griegos, los romanos, los árabes... Todas esas civilizaciones brillantes. ¿Y sabe qué tienen todas en común? La convicción de ser superiores a las demás. La convicción de que su superioridad les daba el derecho de conquistar, saquear, destruir.

— Somos superiores. Tenemos la ciencia, la tecnología, la industria...

— Y ellos tienen una civilización milenaria. Filósofos, artistas, sabios. ¿Qué sabemos realmente de China? La juzgamos bárbara porque se niega a plegarse a nuestras exigencias comerciales. Pero ¿quiénes somos nosotros para juzgarla?

Estas preguntas sobrepasaban a Roux.

Shangháí, 24 de noviembre de 1860

La escala en Shangháí permitió completar las provisiones y verificar el estado de los cofres. Roux aprovechó para encontrarse con el cónsul de Francia, el señor de Montigny.

El cónsul lo recibió en su despacho, una vasta habitación ornada con muebles chinos y rollos de caligrafía.

— Así que usted está encargado de escoltar el botín... perdón, los "regalos" destinados a Su Majestad.

Montigny tenía una sonrisa irónica.

— Estos objetos han sido reglamentariamente repartidos, señor cónsul.

— Sí, sí. Todo es perfectamente legal. Pero dígame, ¿qué piensan los chinos?

Roux se puso rígido.

— Los chinos han perdido la guerra. A los vencedores los despojos.

— Qué fórmula tan elegante.

El cónsul se levantó y fue hacia la ventana. Desde su despacho, se divisaba el puerto rebosante de actividad.

— Vivo en China desde hace quince años. He aprendido su lengua, estudiado su cultura. Lo que hemos hecho en el palacio es imperdonable.

— Lord Elgin ordenó el incendio, no nosotros. El barón Gros y el general de Montauban se opusieron...

— ¡Oh, ciertamente! Protestamos. ¡Qué noble actitud! Pero mientras tanto, tuvimos buen cuidado de llevarnos nuestra parte. Sesenta y siete cajas.

— Fue antes del incendio. El reparto tuvo lugar el 7 de octubre. El incendio solo fue ordenado el 18...

— ¿Y cree que eso cambia algo? Para los chinos, todos somos saqueadores. Franceses o ingleses, ¿qué diferencia hay?

El cónsul volvió a sentarse.

— No le reprocho nada personalmente. Pero lo que pasó tendrá consecuencias. Los chinos no olvidarán. No perdonarán. Y un día, exigirán reparación.

— ¿Reparación? Han firmado el tratado.

— Es usted muy ingenuo. Los tratados se firman, pero la Historia no se borra. Lo que hemos hecho quedará grabado en la memoria colectiva china. Y las heridas siempre terminan infectándose.

Se inclinó hacia adelante.

— Un día, China se recuperará. Recuperará su poder. Y se acordará. Exigirá justicia.

— ¿Qué me aconseja?

— ¿A usted? Nada. Tiene sus órdenes. Pero guarde un registro escrito de todo. Del inventario completo, de las condiciones del reparto. Porque un día, le pedirán cuentas. Quizás no a usted, pero a Francia.

Roux asintió.

— Llevaré un diario detallado.

— Hágalo. Y sea honesto. Las generaciones futuras tienen derecho a saber lo que realmente pasó.

El cónsul se levantó, señalando que la entrevista había terminado.

— Buen viaje.

Al regresar al puerto, Roux cruzó con comerciantes chinos que lo miraron pasar con ojos llenos de odio. Montigny tenía razón. Los chinos nunca olvidarían.

En el mar, entre Shanghái y Singapur, 2 de diciembre de 1860

La travesía continuaba sin incidentes. L'Avalanche hacía ruta hacia Singapur. El tiempo era clemente, el mar tranquilo.

Roux había tomado la costumbre de bajar cada día para una inspección. Verificaba las amarras, se aseguraba de que ninguna caja mostrara signos de humedad o deterioro.

Una tarde, notó que un cofre se había movido ligeramente. Era el número 23, marcado "Cerámicas y porcelanas – Pabellón de los Pavos Reales". Llamó enseguida al contramaestre.

— Esta caja se ha movido. Amárrenla de nuevo inmediatamente.

El contramaestre, un viejo lobo de mar llamado Barthélemy, examinó el cofre.

— Debe haberse soltado con el balanceo. Vamos a volver a colocarla en su sitio.

— Tengan cuidado. Contiene porcelanas Ming. Extremadamente frágiles.

Barthélemy sonrió irónicamente.

— ¡Porcelanas Ming! Y pensar que atravesamos el océano con tesoros que valen fortunas, mientras nuestros muchachos se contentan con su paga de miseria.

— Han recibido su parte. Ciento ochenta francos por hombre.

— ¡Ciento ochenta francos! ¿Sabe cuánto vale una sola de estas porcelanas? Miles de francos. Decenas de miles quizás. ¡Qué generosidad!

El reparto había sido profundamente desigual. Los oficiales superiores habían recibido decenas de miles de francos, los oficiales subalternos algunos miles, y los simples soldados apenas para pagarse algunos meses de alquiler.

— Amarren esta caja. Y verifiquen todas las demás.

— Bien, mi teniente.

Barthélemy hizo señas a dos marineros. Roux los observó trabajar unos instantes, luego subió a cubierta. El sol se ponía en el horizonte.

Morand lo esperaba en el puente.

— ¿Un problema?

— Una caja suelta. Nada grave.

Morand asintió y contempló el mar.

La noche caía. Roux saludó y bajó a su camarote. Sacó un cuaderno virgen de su cofre, mojó su pluma en tinta, y comenzó a escribir.

"2 de diciembre de 1860. En el mar, entre Shanghái y Singapur. Transportamos sesenta y siete cajas de objetos saqueados del Yuen-Ming-Yuen. Saqueados. Hay que llamar las cosas por su nombre."

Se detuvo, releyó lo que acababa de escribir. Era la primera vez que plasmaba en papel lo que realmente sentía.

Prosiguió.

"El capitán Morand me dijo que la Historia nos juzgaría. Creo que tiene razón. Hemos participado en algo terrible. Debemos asumir la responsabilidad."

Escribió así durante una hora, vaciando su corazón, liberando sus dudas. Cuando terminó, cerró el cuaderno y lo guardó. Luego se acostó, extrañamente apaciguado. Por primera vez, había dicho la verdad.

Singapur, 12 de diciembre de 1860

L'Avalanche echó anclas en el puerto de Singapur por la mañana temprano. Había que recargar carbón, reparar una vía de agua menor, y sobre todo verificar el estado de las cajas tras dos semanas de navegación.

Roux bajó a tierra con Morand. Debían encontrarse con el gobernador británico, Sir William Orfeur Cavenagh. Singapur era una posesión británica, y las relaciones entre franceses e ingleses estaban tensas.

El gobernador los recibió en su residencia colonial de amplias verandas. Un criado indio les sirvió té.

— Señores, he recibido instrucciones de Londres concernientes a su... cargamento.

Morand y Roux intercambiaron una mirada inquieta.

— ¿Instrucciones, Excelencia?

— Lord Elgin ha escrito personalmente a mi gobierno. Parece que ciertos objetos han sido repartidos de manera... digamos, poco equitativa.

Roux sintió la ira crecer.

— El reparto se efectuó según las reglas establecidas por los dos comandos...

— Oh, no lo dudo. Pero Lord Elgin pretende que ciertas piezas de gran valor habrían sido sustraídas antes del reparto oficial.

Morand se levantó bruscamente.

— ¡Es una mentira! ¡El general de Montauban incluso insistió para que la Reina tuviera la primera elección!

— Síntese. No los acuso de nada. Simplemente transmito las preocupaciones de mi gobierno.

Morand se volvió a sentar. Roux tomó la palabra con voz pausada.

— Excelencia, tengo en mi posesión un inventario completo de nuestro cargamento, así como un informe detallado. Puedo mostrárselos.

Cavenagh hizo un gesto con la mano.

— No será necesario. Les creo. Pero comprendan que este asunto es delicado. Lord Elgin está furioso.

— ¡Él estuvo allí! ¡Participó en la elección!

— Lo sé. Pero la política es así. Lord Elgin necesita un chivo expiatorio para explicar a la Reina por qué la parte británica es menos importante de lo previsto. Y los franceses son un excelente chivo expiatorio.

Cavenagh bebió un sorbo de té.

— Voy a concederles la autorización de permanecer en el muelle para sus reparaciones. Pero les aconsejo que partan lo antes posible. Las tensiones aumentan entre nuestras dos naciones, y no puedo garantizar la seguridad de su cargamento.

— ¿Cree que los ingleses podrían intentar apoderarse de nuestras cajas?

— No pienso nada. Constató que ciertos oficiales británicos tienen opiniones muy... tajantes sobre el reparto. Y que hay aquí abogados que estarían encantados de defender un caso de restitución ante los tribunales coloniales.

Morand se levantó.

— Entendemos. Partiremos en tres días como máximo.

— Sabia decisión. ¿Un consejo personal? No se demoren en los puertos británicos en su ruta. Adén, El Cabo... atraviésenlos rápidamente. Lord Elgin tiene aliados por todo el Imperio.

Los dos franceses saludaron y salieron de la residencia. En la calle, Morand dio rienda suelta a su ira.

— ¡Esos malditos ingleses! Después de haber quemado el palacio, después de habernos obligado a asistir a su vandalismo, ¡ahora nos acusan de robo!

— Cállese. Estamos en territorio británico.

— Tiene razón. Volvamos al navío. Y haga doblar la guardia alrededor de las cajas.

De vuelta a bordo, Roux convocó a Barthélemy.

— Quiero cuatro hombres de guardia en la bodega día y noche. Y dos hombres en cubierta, cerca de las cajas exteriores. Armados.

Barthélemy abrió mucho los ojos.

— ¿Armados? ¿Espera un ataque?

— Los ingleses no están contentos con nuestro cargamento.

— Ah. Habrían querido guardárselo todo para ellos, ¿verdad?

— Límitese a ejecutar las órdenes. Y elija hombres seguros.

Esa noche, Roux no pudo dormir. Se quedaba en cubierta, observando los muelles débilmente iluminados. Varias veces, creyó ver sombras merodear cerca del navío.

Morand vino a reunirse con él hacia las dos de la mañana.

— ¿No duerme?

— Pienso en lo que dijo el gobernador. ¿Y si los ingleses intentaran apoderarse de las cajas?

— No se atreverían. Sería un casus belli.

— Oficialmente. ¿Pero extraoficialmente?

Morand suspiró.

— Extraoficialmente, los ingleses nos odian. Waterloo no está tan lejos en su memoria. Esta alianza solo se sostiene por un hilo.

— Deberíamos partir mañana mismo.

— Imposible. La vía de agua no está reparada. Si tomamos el mar ahora, arriesgamos hundirnos. Debemos quedarnos dos días más. Pero esté vigilante.

Los dos días siguientes fueron una prueba de nervios. Roux inspeccionaba los cofres cada dos horas, verificaba las guardias, escrutaba el muelle. Varias veces, oficiales británicos vinieron a merodear cerca del navío, haciendo preguntas aparentemente inocentes. Morand los rechazaba educadamente, pero con firmeza.

Finalmente, el 15 de diciembre por la mañana, L'Avalanche pudo zarpar. Roux suspiró aliviado al ver Singapur alejarse.

Océano Índico, 3 de enero de 1861

La tormenta golpeó a medianoche. En dos horas, el mar embravecido barrió la cubierta de L'Avalanche. Morand hizo reducir el velamen y asegurar todo lo que podía serlo.

En la bodega, Roux y Barthélemy verificaban desesperadamente las amarras de las cajas. El agua había comenzado a filtrarse, y el navío rolaba tan fuerte que varios cofres amenazaban con soltarse.

— ¡Esa se mueve! —gritó Barthélemy—. ¡La diecisiete!

Roux se precipitó. Era una de las cajas más grandes, la de los broncees de la dinastía Shang. Si se soltaba, su peso podría desequilibrar el navío.

— ¡Hay que amarrarla de nuevo! ¡Llamen a hombres!

Cuatro marineros bajaron, luchando contra el balanceo. Intentaron pasar nuevas cuerdas, pero el navío daba tanto de banda que era casi imposible trabajar.

— ¡Mi teniente! —gritó un marinero—. ¡La veintitrés! ¡Ha volcado!

Roux sintió que su corazón se encogía. El cofre veintitrés contenía las porcelanas Ming, las más frágiles de todo el cargamento.

Se abrió paso a través de la bodega inundada. La caja yacía de costado, una de sus tablas partida. Por la grieta, podía ver fragmentos de porcelana.

— No...

Barthélemy se reunió con él.

— Hay que enderezarla. Si permanece así, todo se romperá.

Entre ocho, lograron enderezar el cofre, pero el daño estaba hecho.

Un crujido siniestro resonó. La caja treinta y dos acababa de soltarse y había resbalado contra el casco.

— ¡Dios mío! ¡No vamos a lograrlo!

Roux miró a su alrededor. Una decena de cajas estaban en peligro.

Morand bajó a la bodega, empapado hasta los huesos.

— ¡Hay que aligerar el navío! ¡Estamos tomando demasiada agua!

— ¿Aligerar?

— Arrojar lastre por la borda. No tenemos elección.

— Pero las cajas...

— ¡Si nos hundimos, las cajas se hunden con nosotros!

Morand dio órdenes rápidas. Los hombres subieron y comenzaron a arrojar por la borda todo lo que no era esencial: toneles, cajas de provisiones, material.

La tormenta duró toda la noche y parte del día siguiente. Cuando se calmó, L'Avalanche había sobrevivido, pero todos estaban exhaustos.

Roux bajó inmediatamente a la bodega. El espectáculo era desolador. Cinco cofres habían sido seriamente dañados. El veintitrés, el de las porcelanas Ming, era el más afectado. Lo abrió con precaución.

De las veintiocho porcelanas que contenía, doce estaban rotas en pedazos. Las otras estaban fisuradas o desportilladas.

Barthélemy silbó entre dientes.

— Miles de francos que se van en humo.

Roux no reaccionó. Pensaba en esas porcelanas de varios siglos de antigüedad, que habían sobrevivido a tantas guerras, a tantas dinastías, para terminar rotas en la bodega de un navío francés.

Examinó los otros cofres dañados. El diecisiete había perdido una tabla, pero los bronce parecían intactos. El treinta y dos contenía rollos de seda mojados. El cuarenta y cinco y el cincuenta y uno habían sufrido daños menores.

Subió donde Morand lo esperaba.

— ¿Y bien?

— Cinco cajas dañadas. Doce porcelanas Ming destruidas. Sedas mojadas. El resto parece intacto.

Morand se pasó una mano por el rostro.

— Doce porcelanas... Deberá mencionarlo en su informe.

— Sí.

— La Emperatriz va a estar furiosa. Y el general también.

— No es nuestra culpa. Fue la tormenta...

— ¿Cree que les importará? Éramos responsables. Hemos fallado.

Roux sintió el peso de esa responsabilidad abatirse sobre él.

— ¿Qué debemos hacer con las porcelanas rotas?

— Conserve los pedazos. Quizás un restaurador pueda hacer algo. Tome notas precisas.

Esa noche, solo en su camarote, Roux escribió en su diario.

"4 de enero de 1861. Océano Índico. La tormenta ha dañado cinco cajas. Doce porcelanas Ming están destruidas. Las he visto, rotas en pedazos. Estos objetos habían atravesado los siglos. Habían ornado las salas del palacio, admirados por emperadores. Y nosotros los hemos destruido en unas horas.

Morand pretende que hemos fallado. Tiene razón. Pero ¿no habíamos fallado ya antes de salir de China? Estas doce porcelanas no son más que un daño suplementario en una larga lista de destrucciones.

Me pregunto si este viaje está maldito. Si estos objetos no llevan en ellos una maldición. Como si no quisieran dejar China. Como si se resistieran.

Pero no son más que pensamientos supersticiosos. La verdad es más simple: transportamos objetos robados. Y los objetos robados nunca traen buena suerte."

Marsella, 22 de febrero de 1861

Después de varios meses de navegación, L'Avalanche entró finalmente en el puerto de Marsella. Era un frío día de febrero,

el mistral soplabla fuerte, pero para Roux y Morand, estaban finalmente en Francia.

Un destacamento militar los esperaba en el muelle, comandado por un coronel de artillería. Roux bajó a tierra con su informe.

— ¿Teniente Roux? Soy el coronel Dumas. He recibido la orden de hacerme cargo de su cargamento y transportarlo hasta París.

— ¿A París, mi coronel? ¿No a Fontainebleau?

— La Emperatriz desea ver primero los objetos en el Palacio de las Tullerías. Habrá una exposición privada antes de su instalación definitiva.

Roux tendió su informe.

— Aquí está el inventario completo. Debo informarle que cinco cajas fueron dañadas durante una tormenta en el océano Índico. Doce porcelanas Ming fueron destruidas.

El rostro del coronel se endureció.

— ¿Destruídas? ¿Cómo?

— Tormenta. Casi nos hundimos.

— Ya veo. La Emperatriz no estará contenta. Esas porcelanas valían una fortuna.

— He conservado todos los pedazos. Quizás un restaurador...

— ¿Cree que se pueden pegar porcelanas Ming de cinco siglos como loza común? Bien. Lo hecho, hecho está. Comencemos la descarga. Quiero que todo esté en París dentro de una semana.

La descarga tomó todo el día. Las cajas fueron transferidas a carros militares, bajo buena escolta. El coronel Dumas insistió en abrir cada cofre y verificar su contenido.

Cuando abrieron el veintitrés, el de las porcelanas rotas, Dumas permaneció en silencio, mirando los pedazos.

— Qué pérdida —murmuró.

Se volvió hacia Roux.

— Deberá explicarse ante el general. Y probablemente ante la Emperatriz misma.

— Estoy dispuesto a asumir mis responsabilidades.

— Sus responsabilidades... Se trata de política. De prestigio imperial. Estos objetos debían demostrar la grandeza de Francia. Y usted ha dejado destruir una parte.

Morand, que asistía a la escena, intervino.

— El teniente hizo todo lo que estaba en su poder. La tormenta fue de tal violencia que temimos por nuestras vidas. Preservar los objetos era secundario comparado con la supervivencia de la tripulación.

Dumas lo miró fríamente.

— La supervivencia de la tripulación es importante. Pero no a costa de la misión. Estos objetos les habían sido confiados. Debían protegerlos costara lo que costara.

— ¿Incluso a riesgo de hundirnos?

— Incluso a riesgo de hundirse.

Roux y Morand intercambiaron una mirada. Comprendían ahora hasta qué punto este cargamento era importante para el Imperio. Más importante que sus vidas.

Al día siguiente, los carros partieron hacia París, escoltados por un destacamento de caballería. Roux los acompañaba. Morand debía quedarse en Marsella para supervisar las reparaciones de L'Avalanche.

En el momento de separarse, los dos hombres se estrecharon la mano.

— Buena suerte en París. La necesitará.

— Gracias por su apoyo durante este viaje.

— He pasado mi tiempo criticando, dudando. No debo haber sido un compañero muy agradable.

— Me abrió los ojos. Me hizo comprender lo que realmente habíamos hecho en China. Se lo agradezco.

— Testifique. Cuando se lo pidan, testifique. Diga la verdad. No deje que esta historia sea reescrita por los vencedores.

— Se lo prometo.

El convoy tardó seis días en llegar a París. Seis días de viaje por carreteras nevadas, en el frío mordiente del invierno. Roux dormía poco, atormentado por la idea de tener que enfrentar a la Emperatriz.

Finalmente, el 28 de febrero por la tarde, entraron en París. Las cajas fueron transportadas directamente al Palacio de las Tullerías, a un ala especialmente preparada.

Palacio de las Tullerías, París, 2 de marzo de 1861

La apertura de las cajas comenzó bajo la supervisión del general Cousin de Montauban, conde de Palikao, recién regresado de China. El general estaba de muy mal humor.

— ¡Doce porcelanas destruidas! —tronó inspeccionando el cofre veintitrés—. ¡Doce! ¿Se da cuenta?

— Sí, mi general —respondió Roux en posición de firmes—. La tormenta...

— ¡La tormenta! ¡Siempre la misma excusa! ¡Le habían confiado tesoros imperiales! ¡Y los ha dejado romperse como vajilla vulgar!

— Mi general —intervino el coronel Dumas—, Roux hizo todo lo que estaba en su poder. He leído el informe del capitán Morand. Casi se hunden.

El general se volvió hacia él, furioso.

— ¡Hundirse o no, estos objetos debían llegar intactos!

— Mi general —osó Roux—, hemos salvado sesenta y dos cajas de sesenta y siete. El resto está intacto.

El general lo miró con ojos centelleantes.

— ¿Sesenta y dos de sesenta y siete? ¿Cree que la Emperatriz se va a satisfacer con eso? ¡Ella espera una colección completa! ¡Perfecta! ¡Y usted le trae pedazos rotos!

Dio media vuelta e hizo unos pasos, intentando calmarse.

— ¿Dónde están las otras cajas dañadas?

Roux se las mostró. El diecisiete con sus bronce intactos a pesar de una tabla rota. El treinta y dos con sus sedas mojadas. El cuarenta y cinco y el cincuenta y uno con sus daños menores.

Montauban examinó cada cofre en silencio. Finalmente, suspiró.

— Los bronce pueden limpiarse. Las sedas también, quizás. Pero las porcelanas... es una pérdida irremplazable.

Se volvió hacia Roux.

— ¿Ha conservado los pedazos?

— Sí, mi general. Todos.

— Bien. Voy a hacer venir un restaurador. Veremos lo que puede hacer.

Un oficial entró y saludó.

— Mi general, Su Majestad la Emperatriz desea ver los objetos. Estará aquí dentro de una hora.

Montauban se enderezó inmediatamente.

— ¡Una hora! ¡Rápido! ¡Hay que disponer las piezas más bellas! ¡Coronel, haga traer mesas, expositores!

Un frenesí se apoderó de la sala. Se abrieron los cofres uno a uno, sacando con precaución los objetos. Los jarrones cloisonné, resplandecientes de esmaltes multicolores. Los jades verdes y blancos, translúcidos como el agua. Los bronce rituales cubiertos de pátina antigua. Las sederías bordadas con dragones y fénix.

Roux manipulaba cada pieza con una mezcla de reverencia y culpabilidad. Estas maravillas habían sido arrancadas de su

palacio. Deberían estar allá, en China, no aquí en una sala del Palacio de las Tullerías.

El célebre fotógrafo Eugène Disdéri llegó con su material.

— Dispongan las cerámicas aquí. Los broncees allá. Y los jades en el centro.

Mientras instalaba su aparato, Roux lo observaba. Estas fotografías iban a inmortalizar este momento. Servirían de prueba.

— Listo —dijo Disdéri satisfecho después de haber tomado varios clichés—. Ahora, si pudieran disponer los jarrones de otra manera...

El general intervino.

— No tenemos tiempo. La Emperatriz llega. Guarde su material. Disdéri obedeció a regañadientes. Algunos minutos más tarde, se oyó un murmullo en el pasillo. Pasos, voces. Luego la puerta se abrió.

— ¡Su Majestad la Emperatriz Eugénie!

Todos se pusieron en posición de firmes. Eugénie entró, acompañada de varias damas de honor y chambelanes. Llevaba un vestido de seda verde agua que contrastaba con sus cabellos castaño rojizo.

Se detuvo en el umbral, contemplando los objetos dispuestos en la sala. Su rostro permaneció impasible, pero Roux creyó ver un destello de maravilla en sus ojos.

— General, acérquese.

Montauban se adelantó y se inclinó profundamente.

— Majestad, tengo el honor de presentarle los objetos que el ejército de Oriente ha deseado ofrecerle en testimonio de reconocimiento.

Eugénie avanzó, examinando cada objeto. Se detuvo ante un jarrón cloisonné que representaba dragones.

— Son magníficos. Absolutamente magníficos.

— Este jarrón data de la época del Emperador Qianlong, del siglo XVIII...

— Sé lo que son, general. He estudiado el arte chino.

Continuó su inspección, deteniéndose ante cada pieza, haciendo a veces preguntas técnicas a las que el general respondía con deferencia.

Finalmente, llegó ante la caja abierta que contenía los pedazos de porcelanas rotas.

— ¿Qué es esto?

El general lanzó una mirada negra a Roux.

— Majestad, hubo un... incidente durante el transporte. Una tormenta...

— Porcelanas Ming rotas. ¿Cuántas?

— Doce, Majestad.

— ¿Quién era responsable del transporte?

Roux se adelantó y se inclinó.

— Yo, Majestad. Teniente Henri Roux, oficial de artillería.

Eugénie lo miró fijamente con sus ojos verdes, penetrantes como hojas.

— Explíquese.

Roux tragó saliva.

— Majestad, sufrimos una tormenta de violencia excepcional en el océano Índico. El navío rolaba tanto que varias cajas se soltaron a pesar de nuestras precauciones. Hicimos todo lo posible...

— Todo lo posible evidentemente no fue suficiente.

— Majestad —intervino Montauban—, el capitán del navío confirmó que la tormenta...

— ¡Me importa poco la tormenta, general! Estas porcelanas tenían cinco siglos. Habían sobrevivido a guerras, a revoluciones,

a dinastías enteras. ¡Y este hombre las deja romperse en unas horas!

Roux sintió la ira crecer en él.

— Majestad, estas porcelanas nunca deberían haber salido de China. Tenían su lugar en el palacio. Las hemos arrancado. Las hemos robado.

Un silencio de muerte cayó sobre la sala. Varios oficiales abrieron mucho los ojos, horrorizados. El general se puso rojo de furia.

— ¡Teniente! ¿Cómo se atreve...?

Pero Eugénie levantó una mano, haciéndolo callar. Se acercó a Roux, mirándolo intensamente.

— ¿Robadas, dice?

— Sí, Majestad. Robadas. Saqueadas. Arrancadas. Estos objetos no nos pertenecen.

— Pertenecen ahora a Francia. Por derecho de conquista.

— ¿El derecho de conquista es un verdadero derecho? ¿O simplemente la ley del más fuerte disfrazada de legalidad?

Montauban explotó.

— ¡Ya basta! ¡Está arrestado! ¡Guardias!

— No. Déjenlo hablar. Continúe. Dígame lo que piensa realmente.

Roux vaciló. Era un momento decisivo. Podía callarse, disculparse, salvar su carrera. O podía decir la verdad.

Pensó en el capitán Morand. En sus palabras: "Testifique. Diga la verdad."

— Majestad, yo estuve allí. Vi el palacio antes de su destrucción. Era... indescriptible. Una maravilla. Y lo saqueamos. Vaciamos sus salas como ladrones. Nos peleamos entre nosotros por las piezas más preciosas. Vi a soldados romper muebles para extraer las piedras. Vi a coolíes chinos terminar el saqueo después de nuestro paso. Y luego, los ingleses lo incendiaron todo. Todo.

Las bibliotecas, los archivos, los pabellones. Tesoros milenarios reducidos a cenizas.

Prosiguió con voz más baja.

— Estos objetos que están aquí son todo lo que queda. Todo lo que queda de un palacio extraordinario. Y lo destruimos. Por orgullo. Por codicia. Por barbarie.

El silencio era total. Eugénie continuaba mirándolo fijamente.

— ¿Piensa que somos bárbaros?

— Pienso que nos comportamos como bárbaros. Sí.

Eugénie se apartó e hizo unos pasos. Cuando se volvió, su rostro se había suavizado.

— Tiene valor. O inconsciencia. Quizás ambos.

Se acercó a una mesa donde reposaba un jade blanco esculpido en forma de dragón.

— ¿Cree que ignoro de dónde vienen estos objetos? ¿Cree que no sé lo que pasó en China?

— Yo... no lo sé.

— Sé lo que hizo Lord Elgin. Sé que el barón Gros se opuso. Sé que el general Cousin de Montauban se negó a participar en el incendio.

Acarició el jade.

— También sé que estos objetos son el fruto de un saqueo. No es usted el primero en decírmelo. El mismo Victor Hugo me escribió una carta fulminante.

— ¿Victor Hugo?

— Sí. Desde su exilio en Guernsey. Nos trata de bandidos. De ladrones. Exactamente las palabras que acaba de emplear.

Se volvió hacia él.

— ¿Pero qué quiere que haga? ¿Que devuelva estos objetos a China? El ejército me los ha ofrecido. Si rechazo este regalo, es

toda la expedición lo que desautorizo. Es el honor de nuestros soldados lo que ultrajo.

— ¿El honor? ¿Qué honor hay en saquear un palacio?

Eugénie suspiró.

— Es usted joven. Ve el mundo en blanco y negro. Pero la política imperial está hecha de grises. De compromisos. De necesidades.

Hizo un gesto abarcando todos los objetos.

— Estos objetos quedarán en Francia. Serán expuestos en Fontainebleau, en un museo que voy a crear. Un museo chino. Donde la gente podrá admirarlos, estudiarlos. ¿No es mejor que dejarlos pudrirse en las ruinas de un palacio incendiado?

— Los ingleses incendiaron el palacio. No los chinos.

— Lo sé. Y lo deploro. Pero el mal está hecho. El palacio ya no existe. Estos objetos son todo lo que queda de él. Y quedarán aquí, en Francia, donde serán preservados.

Roux quiso protestar, pero Eugénie levantó la mano.

— Admito sus escrúpulos. Incluso los respeto. Pero comprenda mi posición. Soy la Emperatriz de Francia. Mi deber es hacia Francia, no hacia China.

Se volvió hacia Montauban.

— General, ¿cuánto tiempo se necesitará para transferir todo esto a Fontainebleau?

— Una semana. El tiempo de empacar todo y preparar las salas.

— Háganlo. Y contraten al mejor restaurador que puedan encontrar para las porcelanas rotas. Quiero que sean reparadas, incluso imperfectamente.

Lanzó una última mirada a Roux.

— En cuanto a usted, no está arrestado. Al contrario. Quiero que supervise la instalación de los objetos en Fontainebleau. Los ha acompañado desde China, los acompañará hasta su destino final.

— Pero...

— Es una orden. Y quizás un castigo. O una recompensa. No lo sé. Tendrá todo el tiempo de reflexionar mientras organiza mi museo chino.

Con estas palabras, salió de la sala. Apenas se fue, el general se volvió hacia Roux, furioso.

— ¡Es usted un imbécil! ¡Tiene suerte de que la Emperatriz tenga indulgencia!

— Solo dije la verdad.

— ¡La verdad! ¿Qué tiene que ver la verdad con todo esto? ¡Estamos en política! ¡La verdad es lo que el Emperador decide que es!

— La verdad existe independientemente de lo que el Emperador decida.

Montauban lo miró fijamente, luego sacudió la cabeza.

— Es usted imposible. Vaya. Prepárese para Fontainebleau. Y esta vez, intente no romper nada.

Castillo de Fontainebleau, 12 de marzo de 1861

El castillo de Fontainebleau se alzaba majestuosamente en el frío de marzo. Roux había llegado tres días antes para supervisar la preparación de las salas que acogerían el museo chino.

La Emperatriz había elegido la planta baja del Gros Pavillon. Cuatro salas espaciosas serían transformadas en museo: una antecámara, un gran salón a veces llamado "salón del lago", un salón-galería, y un gabinete de laca.

Roux se encontraba en el gran salón en compañía del arquitecto imperial, el señor Lefuel, y del decorador, el señor Rousseau.

— La Emperatriz desea una decoración que ponga en valor los objetos sin aplastarlos —explicaba Lefuel—. Colgaduras carmesí, maderajes dorados, pero en un estilo sobrio.

— Vitrinas para las piezas más frágiles —añadió Rousseau—. Y estanterías de esquina para las porcelanas.

Roux los escuchaba con oído distraído. Pensaba en los objetos que pronto llenarían estas salas.

— ¿Teniente? ¿Me escucha?

Roux se sobresaltó.

— Perdóneme. Estaba... en otra parte.

— Decía que el gran salón presentará las piezas mayores: los jarrones cloisonné, el gran stupa tibetano, los bronce rituales.

— El stupa. ¿Se refiere al stupa de latón dorado con las turquesas?

— Exactamente. Es una pieza impresionante. Será la pieza maestra del salón.

Roux recordaba ese stupa. Lo había visto en el palacio, en un templo. Monjes rezaban ante él. Era un objeto sagrado. Y ahora, iba a convertirse en una pieza decorativa.

— ¿Y el gabinete de laca?

— El gabinete estará consagrado a las piezas más preciosas. Los jades, los cristales de roca, las joyas. También instalaremos paneles de laca china del siglo XVIII en las paredes.

— ¿Paneles de laca? ¿De dónde vienen?

— De la colección personal de la Emperatriz. Proviene de biombos antiguos.

— Entonces objetos igualmente robados a China.

Lefuel frunció el ceño.

— ¿Perdón?

— Nada. Continúe.

Los días siguientes, Roux supervisó la instalación de los muebles y las vitrinas. Artesanos trabajaban día y noche para que todo estuviera listo antes de la llegada de los objetos.

Taller de restauración, 15 de marzo de 1861

Una tarde, mientras inspeccionaba los trabajos, un hombre mayor entró, llevando un maletín.

— ¿Teniente Roux? Soy el Maestro Dubois, restaurador. La Emperatriz me ha encargado examinar las porcelanas rotas.

Roux lo condujo a una habitación adyacente donde las cajas habían sido almacenadas. Abrió el cofre veintitrés.

El Maestro Dubois examinó los pedazos, girándolos en sus manos, acercándolos a la luz. Era un hombre de rostro marcado por décadas pasadas inclinado sobre objetos frágiles. Sus dedos, nudosos pero precisos, manipulaban los fragmentos con una delicadeza infinita.

— Hmm. Porcelanas Ming, época Xuande si no me equivoco. Siglo XV.

— ¿Puede restaurarlas?

Dubois sacudió la cabeza lentamente.

— Restaurarlas, no. Pegarlas, quizás. Pero nunca recuperarán su estado original. Y su valor será considerablemente disminuido.

— La Emperatriz quiere que sean reparadas.

— Haré lo mejor que pueda. Pero será visible. Las roturas permanecerán aparentes. Y faltan varios pedazos.

— ¿Faltan pedazos?

— Sí. Mire esta porcelana.

Dubois levantó delicadamente los fragmentos de un gran cuenco azul y blanco. Los dispuso sobre la mesa como un rompecabezas incompleto.

— Faltan al menos tres fragmentos. Probablemente perdidos durante la tormenta, proyectados fuera de la caja.

Roux se inclinó. Dubois tenía razón. Las piezas no se ensamblaban completamente. Vacíos aparecían en el motivo.

— ¿Qué puede hacer sin esos fragmentos?

— Reconstituir la forma general. Pero las partes faltantes quedarán vacías. A menos que quiera que las rellene con una amalgama y pintura. Podría recrear el motivo, imitar la glazura. De lejos, nadie vería la diferencia.

Roux miró los pedazos dispuestos sobre la mesa. La idea de falsificarlos, de crear una ilusión de totalidad, le repugnaba de pronto.

— No. Nada de falsificaciones. Si deben quedar rotas, que queden rotas. Al menos, será honesto.

Dubois levantó los ojos, sorprendido.

— Es inusual. La mayoría de los coleccionistas prefieren una bella apariencia a la autenticidad. Quieren que sus piezas parezcan perfectas, incluso si esa perfección es ficticia.

— No soy un coleccionista. Solo soy un hombre que intenta no añadir la mentira al robo.

El restaurador lo miró largamente, luego asintió con una expresión que se parecía al respeto.

— Sabe, en la tradición japonesa, practican el kintsugi. Es una técnica de reparación de cerámicas rotas.

— No la conozco.

— Cuando una cerámica se rompe, pegan los pedazos con laca mezclada con polvo de oro. Las fisuras se vuelven doradas, visibles, asumidas. No se ocultan, sino que se magnifican.

Dubois acarició con el dedo una de las fisuras.

— ¿Por qué lo hacen? Porque la rotura forma parte de la historia del objeto. Ocultarla sería negar su pasado. Al hacerla dorada, la transforman en algo bello. Una cicatriz que se convierte en adorno.

Roux se acercó a la mesa donde se alineaban los fragmentos de las doce porcelanas en examen.

— La Emperatriz quería que las reparara. Pero quizás se equivoca. Quizás deberíamos dejarlas rotas.

— ¿Para mostrar su fracaso?

— Para mostrar la verdad. Estos objetos fueron arrancados de su palacio, transportados miles de kilómetros, zarandeados en una tormenta. Llevan los estigmas de este viaje. Borrarlos equivaldría a borrar la historia.

Dubois comenzó a clasificar los fragmentos, separando los que pertenecían a cada porcelana.

— Me pone en una posición delicada, teniente. He recibido la orden de restaurarlas lo mejor de mis capacidades. La Emperatriz espera resultados.

— Restáurelas. Pero como dijo: asuma las fisuras. Que permanezcan visibles. Que se vea lo que les pasó.

El restaurador sonrió, una sonrisa cansada pero cómplice.

— ¿Sabe que ciertos coleccionistas me pagarían una fortuna para que disimulara perfectamente estas roturas? Quieren la ilusión de la perfección. Una porcelana Ming "restaurada por Dubois" sin que se puedan ver dónde estaban las roturas, eso vale el doble en el mercado.

— La Emperatriz no es una coleccionista ordinaria.

— No, en efecto. Es culta, sensible. Quizás comprenda lo que intenta hacer.

Dubois tomó uno de los fragmentos y lo levantó hacia la luz que entraba por la ventana. El azul de cobalto brillaba, profundo y puro.

— Mire este azul. ¿Ve cómo parece vibrar? Es azul de Samarcanda, importado por la Ruta de la Seda. Los artesanos Ming mezclaban este cobalto con otros minerales locales para obtener este tono exacto. Es un azul que ya no sabemos hacer hoy. La fórmula se perdió.

Volvió a depositar delicadamente el fragmento.

— Estas porcelanas tienen más de cuatrocientos años. Fueron fabricadas bajo el reinado del Emperador Xuande, uno de los

más grandes mecenas de la historia china. Sobrevivieron a la caída de la dinastía Ming, a la llegada de los Qing, a siglos de guerras y trastornos. Y ahora...

— Y ahora están rotas en un castillo francés —terminó Roux amargamente.

— Sí. Pero al menos, aún existen.

Dubois comenzó a hacer bocetos, anotando cómo se ensamblaban los fragmentos, dónde se encontraban las faltas.

— Me llevará unas tres semanas. Trabajaré aquí, en este taller. Puede venir a observar si lo desea.

— Vendré. Me gustaría ver cómo procede.

— Bien. Pero debo advertirle: será difícil de ver. Pegar porcelanas rotas, es como... es como intentar reparar algo fundamentalmente roto. Se puede mejorar la apariencia, pero la integridad original se pierde para siempre.

Roux asintió. Comprendía lo que Dubois no decía explícitamente: estas porcelanas eran una metáfora. Representaban la relación entre Francia y China, rota por la violencia y el saqueo. Se podían pegar los pedazos, crear una ilusión de reparación, pero la fractura original siempre permanecería visible.

— Maestro Dubois, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

— Ciertamente.

— ¿Qué piensa de todo esto? Del saqueo, de estos objetos, de este museo que estamos creando?

El restaurador dejó sus herramientas y miró a Roux a los ojos.

— ¿Quiere saber realmente?

— Sí.

— Pienso que es una tragedia. Una tragedia compleja, sin verdaderos culpables ni inocentes. Los soldados que saquearon el palacio obedecían órdenes. Los oficiales que organizaron el reparto seguían los reglamentos militares. La Emperatriz que

acepta estos objetos responde a las expectativas de su papel. Y sin embargo, el resultado es el mismo: un patrimonio cultural irremplazable ha sido arrancado de su contexto original.

Hizo un gesto hacia los fragmentos de porcelanas.

— Pero he aquí la cosa: estos objetos existen ahora. Están aquí, en Francia. No podemos rehacer la historia. La única pregunta que queda es: ¿qué hacemos ahora? ¿Los ocultamos por vergüenza? ¿Los destruimos por remordimiento? ¿O los preservamos lo mejor que podemos, teniendo presente la tragedia de su adquisición?

— ¿Y usted, qué haría?

— Lo que siempre hago: mi trabajo de restaurador. Reparo lo que puede serlo, preservo lo que queda. Pero nunca olvido de dónde vienen los objetos. Y cuando puedo, como hoy, dejo las cicatrices visibles. Para que nadie pueda pretender que nunca hubo herida.

Los días siguientes, Roux vino regularmente a observar a Dubois trabajar. El restaurador estaba instalado en un taller bañado de luz natural, rodeado de sus herramientas: colas animales, pinceles de todos los tamaños, lupas, pequeñas pinzas, papel de lija de una fineza extrema.

El proceso era fascinante y doloroso a la vez. Dubois comenzaba limpiando cada fragmento, quitando el polvo, la suciedad, los residuos del agua de mar que se había infiltrado en la caja durante la tormenta. Luego ensamblaba las piezas como un rompecabezas, probando cada combinación, buscando cómo se encajaban los pedazos.

— Lo más difícil —explicaba a Roux— es resistir la tentación de forzar. Cuando un fragmento no se adapta perfectamente, el instinto es empujarlo, presionarlo. Pero eso puede crear nuevas fisuras. Hay que ser paciente, dejar que las piezas se revelen por sí mismas.

Para la primera porcelana, un gran cuenco azul y blanco decorado con dragones y nubes, Dubois tardó cuatro días simplemente en ensamblar todos los fragmentos disponibles. Cuando terminó, el cuenco estaba reconstituido, pero tres grandes zonas permanecían vacías. Los pedazos faltantes creaban huecos en el motivo, como ventanas abiertas al vacío.

— Listo —dijo Dubois retrocediendo—. Es lo mejor que puedo hacer sin falsificar.

Roux contempló la porcelana restaurada. Las líneas de cola eran visibles, formando una red de fisuras plateadas. Las zonas faltantes interrumpían brutalmente los dragones, dejándolos incompletos. Era bello y triste a la vez.

— Parece un mapa —murmuró.

— Un mapa de su destrucción, sí. Cada línea cuenta un impacto, una caída, una violencia. Es la historia de su viaje, inscrita en la cerámica misma.

— ¿La Emperatriz aceptará esto?

— No lo sé. Pero es honesto. Y a veces, la honestidad es más preciosa que la belleza.

Las semanas pasaron. Dubois terminó la restauración de las doce porcelanas. Algunas estaban casi completas, con solo algunas fisuras visibles. Otras, como el gran cuenco de los dragones, permanecían manifiestamente incompletas, con amplias zonas vacías.

El último día, cuando todos los objetos estuvieron terminados, Dubois los alineó en una larga mesa. Roux los contempló largamente.

— Son diferentes ahora.

— Sí. Han adquirido una nueva historia. La historia de su rotura y de su reparación. Ya no son los mismos objetos que se encontraban en el palacio imperial.

— ¿Eso les quita valor?

— Depende de lo que se entienda por valor. ¿Su valor comercial? Ciertamente. Un coleccionista pagará mucho menos por una porcelana rota y restaurada que por una porcelana intacta. Pero ¿su valor histórico? ¿Su valor como testimonio? Quizás ese ha aumentado.

Dubois guardó sus herramientas.

— Sabe, teniente, en toda mi carrera, es la primera vez que me piden que deje las cicatrices visibles. Generalmente, quieren que borre todo rastro de daño. Pero creo que tiene razón. Estas porcelanas deben llevar la marca de lo que les pasó. Deben testimoniar.

— ¿Testimoniar qué?

— La fragilidad. La violencia. La tragedia del saqueo. Y quizás también la posibilidad de reparación, incluso imperfecta.

París, galería Bing, rue de Provence, 20 de marzo de 1861

Roux había obtenido un permiso de unas horas. En lugar de quedarse en Fontainebleau, había tomado el tren a París. Algo lo empujaba a comprender qué pasaba con los otros objetos saqueados en el palacio, aquellos que no habían terminado en las cajas destinadas a la Emperatriz.

Había oído hablar de Siegfried Bing, un comerciante de arte especializado en objetos asiáticos. Su galería, en la rue de Provence, era reputada por la calidad de sus piezas.

Cuando Roux entró, sonó una campanilla. El interior de la galería era una cueva de Alí Babá: porcelanas chinas junto a grabados japoneses, bronce tailandeses vecinos con jades birmanos. Todo estaba dispuesto con un gusto exquisito, iluminado por la luz natural que entraba por grandes ventanas.

Siegfried Bing era un hombre delgado, elegante, con gafas de montura de acero y una pequeña perilla cuidadosamente recortada. Examinaba con lupa un pequeño jade que le

presentaba un cliente discreto. El hombre llevaba un traje civil, pero tenía el porte militar característico.

— Dinastía Qing —confirmó Bing—. Trabajo excepcional. ¿Procedencia?

— El Palacio de Verano. Yo estuve allí.

— Como tantos otros.

Bing dejó el jade y anotó una cifra en un papel que deslizó hacia su interlocutor. El hombre palideció.

— ¿Es todo?

— El mercado está saturado, querido. Todo París vende "auténticos tesoros del Palacio de Verano". La mitad son falsos, la otra mitad no tiene ninguna procedencia verificable.

— ¡Pero este es auténtico! ¡Yo estuve allí! ¡Lo tomé yo mismo en...!

— No dudo de su historia. Pero Pruébalo. ¿Tiene un certificado? ¿Un documento que atestigüe que estuvo realmente en la expedición de China? ¿Un testimonio de un oficial superior?

El hombre vaciló.

— No, pero...

— Para mí, y para mis clientes, este jade podría venir de cualquier parte. Quizás del Palacio de Verano, quizás de un taller de Pekín que fabrica copias para los turistas europeos. Sin procedencia documentada, no puedo garantizar la autenticidad. Y sin garantía, el precio cae.

El hombre recuperó su jade, visiblemente decepcionado y frustrado.

— ¡Esto es robo! ¡Arriesgué mi vida allá!

— No, señor. El robo es lo que hizo en el Palacio de Verano. Lo que hago yo es comercio.

El hombre salió dando un portazo. Bing suspiró y se volvió hacia Roux, al que notaba por primera vez.

— Perdóneme. El día ha sido largo. ¿Puedo ayudarle?

— No estoy seguro. ¿Compra objetos del Palacio de Verano?

Bing lo examinó atentamente. El porte militar, el uniforme bajo el abrigo civil mal cerrado, la mirada a la vez curiosa e incómoda.

— ¿Compra o vende?

— Ni lo uno ni lo otro. Quería ver.

— ¿Ver qué?

— Qué pasa con los objetos que no terminaron en Fontainebleau.

Bing sonrió, una sonrisa a la vez divertida y cansada.

— Ah. Es uno de esos oficiales que tienen remordimientos. Hay cada vez más. Siéntese. Voy a mostrarle.

Roux se sentó. Bing fue a buscar un gran registro encuadernado en cuero y lo abrió sobre el mostrador.

— Mire. Desde octubre de 1860, he comprado setenta y tres objetos supuestamente procedentes del Palacio de Verano. Setenta y tres. Y solo soy un comerciante entre decenas en París. ¿Imagina el número total?

Roux hojeó el registro. Cada entrada detallaba un objeto: descripción, procedencia supuesta, nombre del vendedor, precio de compra.

— Tiene los nombres de los vendedores...

— Sí. La mayoría son soldados u oficiales de la expedición. Algunos son marineros, unos cuantos son coolíes chinos que siguieron a las tropas. Todos tienen la misma historia: "encontraron" estos objetos, "salvaron" estos tesoros de la destrucción.

— ¿Y los compra?

— Es mi oficio. No juzgo. No pregunto cómo obtuvieron estos objetos. Lo que me interesa es su autenticidad y su calidad.

Bing cerró el registro.

— Pero seamos honestos, teniente... es teniente, ¿verdad?

— Teniente Henri Roux.

— Teniente Roux. Seamos honestos. La mayoría de estos objetos fueron robados. No "requisados según las reglas de la guerra" o "salvados de la destrucción". Robados. Pura y simplemente. Soldados entraron en un palacio, tomaron lo que les gustó, y ahora lo revenden por unos cientos de francos.

— ¿Eso no le molesta?

— ¡Por supuesto que me molesta! No soy un monstruo. Pero ¿qué quiere que haga? Si no los compro yo, alguien más lo hará. Al menos, yo me aseguro de que terminen en manos de coleccionistas serios que los preservarán.

Bing se levantó e hizo unos pasos por la galería.

— Venga, voy a mostrarle algo.

Condujo a Roux hacia una vitrina al fondo de la galería. En el interior había tres porcelanas azules y blancas, manifiestamente antiguas y de muy alta calidad.

— Mire estas piezas. Época Ming, siglo XV. Proviene del Palacio de Verano según mi vendedor, un sargento de infantería. Las tomó de una de las salas del palacio, las empaquetó en su manta, y las trajo a Francia en su mochila.

— Y las compró.

— Las compré. Quinientos francos las tres. Una miseria. El sargento no sabía nada de arte chino. Pensaba que valían cincuenta francos como mucho. Podría haberlas conseguido por cien francos, pero quise ser equitativo.

— Equitativo —repitió Roux.

— Sí, equitativo. Y ahora, estas porcelanas están aquí, en mi galería. Voy a venderlas a un coleccionista, probablemente por tres o cuatro mil francos. Este coleccionista las conservará preciosamente, las estudiará, quizás las prestará a exposiciones.

Serán preservadas, apreciadas, transmitidas a las generaciones futuras.

— Deberían haber quedado en China.

— ¡Por supuesto que deberían haber quedado en China! Pero ya no están en China. El palacio está destruido. Estas porcelanas no pueden volver allí. ¿Qué hacemos? ¿Las destruimos por remordimiento? ¿Las escondemos en una bodega? ¿O aceptamos la realidad y nos aseguramos de que al menos sean bien tratadas? Roux no respondió. Miraba las porcelanas, tan similares a las que había transportado.

— ¿Cuántos objetos del Palacio de Verano cree que hay en París ahora? —preguntó finalmente.

— Miles. Quizás decenas de miles. En las galerías, en colecciones privadas, en graneros de soldados que no saben lo que poseen. Sin contar lo que está en Inglaterra, en Rusia, en Alemania. El saqueo no fue solo un acto francés, sabe.

Bing volvió detrás de su mostrador.

— ¿Sabe qué me desola realmente? No es tanto que estos objetos hayan sido robados. Es que han sido dispersados. Una colección imperial que había tardado siglos en constituirse, que tenía una coherencia, una lógica, ha sido esparcida a los cuatro vientos. Los objetos han perdido su contexto. Un jarrón que estaba en un salón preciso, junto a otras piezas precisas, creando un conjunto armonioso, se encuentra ahora aislado en una vitrina parisina. Su sentido se ha perdido.

— El museo de Fontainebleau intenta reconstituir algo...

— Un sucedáneo. Una simulación. Nunca será lo que era el Palacio de Verano. ¿Cómo podría serlo?

Roux se dirigió hacia la salida, luego se volvió.

— Dijo que muchos oficiales vienen a verlo, con remordimientos. ¿Qué les dice?

— La verdad. Que lo hecho, hecho está. Que no pueden cambiar el pasado. Pero que al menos pueden asegurarse de que los objetos que tomaron sean bien tratados. Es un pequeño consuelo, lo sé. Pero es mejor que nada.

— No es suficiente.

— No, no es suficiente. Pero es todo lo que tenemos.

**Palacio de las Tullerías, gabinete privado de la Emperatriz,
25 de noviembre de 1861**

Eugénie leía y releía la carta que su secretario acababa de entregarle. La escritura era la de Victor Hugo, reconocible entre todas. Grande, enfática, casi teatral. La carta había sido escrita desde Hauteville House, en Guernsey, donde el poeta vivía en exilio desde su oposición al golpe de Estado de Napoleón III.

Conocía a Hugo. Incluso lo había admirado, antes del exilio, antes de que la política los separara. Y ahora, desde su roca de Guernsey, continuaba criticándolos, a ella y a su marido, con una constancia implacable.

Esta carta era diferente de las otras. Más personal. Más hiriente.

"Señora,

Me dicen que ha creado un "Museo Chino" en Fontainebleau para exponer los objetos traídos de la expedición de China. Me dicen que considera estos objetos como regalos del ejército, como testimonios de la grandeza de Francia.

Permítame decirle, con el respeto debido a su rango, pero también con la franqueza que debo a mi conciencia, lo que pienso de estos "regalos".

Había, en un rincón del mundo, una maravilla del mundo; esta maravilla se llamaba el Palacio de Verano. El arte tiene dos principios, la Idea, que produce el arte europeo, y la Quimera, que produce el arte oriental. El Palacio de Verano era para el arte fantástico lo que el Partenón es para el arte ideal.

Construyan un sueño con mármol, jade, bronce, porcelana, armazones de madera de cedro, cúbralo de piedras preciosas, vístanlo de seda, hagan aquí un santuario, allá un harén, allá una ciudadela, pongan dioses, pongan monstruos, barnízenlo, esmáltenlo, dórenlo, maquíllenlo, hagan construir por arquitectos que sean poetas los mil y un sueños de las mil y una noches, añadan jardines, estanques, chorros de agua y espuma, cisnes, ibis, pavos reales, supongan en una palabra una especie de deslumbrante caverna de la fantasía humana con figura de templo y palacio, era ese monumento.

Un día, dos bandidos entraron en el Palacio de Verano. Uno saqueó, el otro incendió. La victoria puede ser ladrona, al parecer. Una devastación a lo grande del Palacio de Verano se hizo a medias entre los dos vencedores. Se ve mezclado en todo esto el nombre de Elgin, que tiene la propiedad fatal de recordar el Partenón.

Lo que había hecho el Partenón, el Palacio de Verano lo había hecho. Todo lo que puede engendrar la imaginación de un pueblo casi extrahumano estaba allí. No era, como el Partenón, una obra rara y única; era una especie de enorme modelo de la quimera, si la quimera puede tener un modelo.

Imaginen no sé qué construcción inexpresable, algo como un edificio lunar, y tendrán el Palacio de Verano. Y todo eso ya no existe.

Nosotros, europeos, somos los civilizados, y para nosotros los chinos son los bárbaros. He aquí lo que la civilización ha hecho a la barbarie.

La historia retendrá el nombre de estos dos bandidos. Uno se llama Francia, el otro se llama Inglaterra.

Pero espero que un día vendrá en que Francia, liberada y limpiada, devolverá este botín a China despojada.

Tal es el robo que uno de los dos vencedores ha hecho, y que el otro ha avalado. Admiramos hoy estos "tesoros" en su museo.

¿Pero sabe de dónde vienen? Del robo. ¿Sabe dónde deberían estar? En China.

Tengo el honor de ser, Señora, su respetuoso servidor,
Victor Hugo"

Eugénie dejó la carta. Sus manos temblaban ligeramente. Se levantó y caminó hacia la ventana, mirando sin ver los jardines de las Tullerías donde paseantes deambulaban en la luz declinante de noviembre.

Su dama de honor, la duquesa de Malakoff, esperaba en un rincón del gabinete, bordando silenciosamente. Había percibido el trastorno de la Emperatriz.

— ¿Majestad está contrariada?

Eugénie se volvió.

— Señora de Malakoff, lea esto.

Le tendió la carta. La duquesa recorrió las líneas, su rostro cerrándose progresivamente. Cuando terminó, dejó la carta con un movimiento brusco.

— ¡Es... es una acusación infame! ¡Este hombre osa tratar a Majestad de ladrona! ¡Él que vive en el exilio, que escupe su hiel desde su roca, que nunca ha movido un dedo por Francia!

— Este hombre es Victor Hugo. Uno de los más grandes poetas de nuestro tiempo.

— ¡No deja de ser un traidor! ¡Un opositor! ¡Un...!

— Un hombre que dice la verdad.

La duquesa abrió mucho los ojos.

— ¡Majestad no puede pensar eso!

Eugénie volvió a sentarse en su escritorio. Tomó la carta y la releyó, deteniéndose en ciertos pasajes.

— "Uno saqueó, el otro incendió." Es verdad. Los franceses saquearon, los ingleses incendiaron. Hugo tiene razón.

— ¡Pero era la guerra! Las reglas de la guerra...

— ¿Las reglas de la guerra justifican todo? ¿El saqueo de un palacio? ¿La destrucción de una biblioteca milenaria? ¿El incendio de templos?

— ¡Lord Elgin es responsable del incendio, no nosotros!

— ¿Y del saqueo? ¿Quién es responsable del saqueo?

Eugénie se levantó de nuevo y comenzó a caminar por la habitación, la carta en la mano.

— ¿Sabe lo que más me hiere en esta carta? No es la acusación. No es el tono. Es que tiene razón. Hugo tiene razón. Vinimos a China pretendiendo ser civilizados, superiores, ilustrados. Y actuamos como bárbaros.

— Majestad...

— No, déjeme hablar. ¿Cree que ignoro de dónde vienen estos objetos? ¿Cree que no sé lo que pasó en el palacio? He leído todos los informes. He oído los testimonios de los oficiales, aquellos que tienen el valor de decir la verdad. He visto los dibujos de Charles Wirgman. He leído los artículos de Thomas Bowlby antes de que muriera en cautiverio. Sé.

Se detuvo ante un retrato de Napoleón III colgado en la pared.

— Sé lo que hemos hecho. Y llevo este conocimiento como una carga.

— ¿Por qué haber aceptado estos objetos? ¿Por qué crear este museo?

— Porque soy la Emperatriz de Francia. Porque rechazar estos objetos habría sido desautorizar la expedición, insultar al ejército, humillar a mi marido. Porque la política imperial no me deja el lujo de seguir mi conciencia.

Volvió hacia su escritorio y se dejó caer en su sillón.

— Hugo pide que devuelva estos objetos a China. ¿Se imagina? ¿El escándalo? ¿La humillación? El Emperador nunca me lo perdonaría. El ejército me odiaría. Los periódicos me

vilipendiarian. ¿Y para qué? Los chinos mismos no podrían recuperarlos. El palacio está destruido. ¿Dónde los pondrían?

— Majestad no tiene nada que reprocharse.

— ¡Sí! ¡Tengo todo que reprocharme! He aceptado estos objetos. He creado este museo. Los he expuesto como trofeos. Me he hecho cómplice.

— ¿Cómplice de qué? ¿De haber preservado obras de arte? ¡Sin Majestad, estos objetos habrían sido dispersados, vendidos, quizás incluso destruidos!

Eugénie sacudió la cabeza.

— Eso es lo que me digo para dormir por la noche. Que he salvado estos objetos. Que les he dado un lugar digno. Pero en el fondo, sé que es una mentira. Una mentira reconfortante, pero una mentira de todos modos.

Tomó una hoja de papel virgen y mojó su pluma en tinta.

— ¿Va a responder a Victor Hugo? —preguntó la duquesa.

— ¿Cómo responder a eso? ¿Negar los hechos? No puedo. ¿Justificarlos? No quiero.

— No responda. Ignore esta carta. Hugo es un proscrito, nadie escucha sus jeremiadas.

— Se equivoca. Mucha gente escucha a Hugo. En Francia, en Europa. Es una de las voces morales de nuestro tiempo.

Eugénie comenzó a escribir, luego se detuvo. Arrugó el papel y lo tiró.

— No. No responderé. ¿Qué podría decir? ¿Que se equivoca? Tiene razón. ¿Que hemos actuado honorablemente? No lo hemos hecho. ¿Que voy a restituir los objetos? No puedo.

Se levantó y se dirigió hacia una pequeña vitrina en su gabinete donde guardaba algunos objetos personales. Entre ellos había un pequeño jade blanco, uno de los primeros objetos traídos de China, incluso antes del saqueo sistemático del palacio.

— Mire este jade. Es bello, ¿verdad? Puro. Perfecto. Cuando lo miro, veo el arte, veo la belleza. Pero Hugo ve el robo. ¿Y sabe qué? Tiene razón en ver el robo. Porque es lo que es.

— Majestad es demasiado dura consigo misma.

— No. No soy lo suficientemente dura. Si fuera realmente honesta, si tuviera realmente valor, restituiría estos objetos. Sin importar el escándalo, sin importar las consecuencias. Pero no lo haré. Porque soy débil. Porque prefiero vivir con la culpabilidad antes que enfrentar la humillación pública.

La duquesa no sabía qué decir. Nunca había visto a la Emperatriz en ese estado, tan vulnerable, tan atormentada.

— ¿Qué debo hacer con la carta de Hugo? —preguntó finalmente.

— Consérvela. Con los otros documentos sobre el museo chino. Que quede en los archivos. Que los historiadores futuros la encuentren. Que sepan que alguien, al menos, tuvo el valor de decir la verdad. Y que sepan también que la escuché, esa verdad, y que no hice nada.

— Es muy severo, Majestad.

— La Historia será aún más severa. Hugo tiene razón en un punto: la Historia retendrá nuestros nombres. Y no será con benevolencia.

La tarde caía sobre París. En algún lugar de esta ciudad, en galerías, hoteles particulares, buhardillas, había miles de objetos robados en China. Y en Fontainebleau, su museo chino brillaba con todos sus fuegos, monumento a la vez al arte y al crimen.

— ¿Sabe lo que más me duele? —murmuró—. No es que Hugo me condene. Es que tiene razón en condenarme. Y que no puedo hacer nada al respecto.

La duquesa de Malakoff se acercó.

— Majestad hace lo que puede en una situación imposible.

— No. Hago lo que es políticamente oportuno. Lo que es aceptable para la Corte. Lo que preserva el prestigio imperial. Pero no es lo mismo que hacer lo justo.

Se volvió hacia la duquesa.

— ¿Sabe lo que voy a hacer ahora? Voy a guardar esta carta. Voy a volver a mis obligaciones. Voy a sonreír en la inauguración del museo. Voy a aceptar los cumplidos sobre mi colección. Y voy a vivir con esta contradicción.

— Muchos soberanos viven con cosas peores.

— No es un consuelo. Es solo la constatación de que todos estamos corrompidos por el poder, de una manera u otra.

La noche ahora estaba completa. La duquesa encendió las lámparas del gabinete. En su luz dorada, Eugénie parecía de pronto más vieja, más cansada.

— Déjeme ahora. Necesito reflexionar.

— Bien, Majestad.

La duquesa salió, llevando con ella la carta de Victor Hugo. Eugénie quedó sola en su gabinete, rodeada de sus muebles preciosos, de sus cuadros, de sus libros. Y en algún lugar, en Fontainebleau, su museo chino la esperaba, lleno de bellezas robadas.

Tomó su propio diario íntimo y escribió:

"25 de noviembre de 1861. Victor Hugo me ha escrito desde Guernsey. Me trata de ladrona. Tiene razón. Soy una ladrona. O al menos, soy cómplice de robo. Acepto objetos saqueados. Los expongo. Los admiro. ¿Qué hace eso de mí?

Me digo que los preservo. Que sin mí, estarían dispersados, perdidos. Pero ¿es realmente para preservarlos que he creado este museo? ¿O es por el prestigio? ¿Para mostrar el poder de Francia? ¿Para tener algo bello que sea mío?

No conozco la respuesta. O más bien, la conozco, pero no quiero admitirla.

La Historia nos juzgará. Hugo lo ha dicho, y tiene razón. La Historia retendrá nuestros nombres. Y cuando los pronuncie, será con condena."

Cerró el diario y sopló las lámparas, dejando la habitación en la oscuridad.

París, Quartier Latin, 10 de enero de 1862

Roux paseaba a lo largo del Sena. Era un día de descanso, raro y precioso. El trabajo en Fontainebleau avanzaba bien, el museo estaba casi terminado. Había decidido venir a París, sin razón precisa, solo para caminar, reflexionar.

Al pasar ante un banco cerca del Pont-Neuf, notó a un hombre sentado, mirando fijamente el Louvre del otro lado del río. Algo en su postura, en su inmovilidad, atrajo la atención de Roux.

El hombre estaba vestido a la europea —pantalón oscuro, chaqueta de lana, sombrero bombín— pero aún llevaba la cola tradicional china que colgaba en su espalda. Debía tener unos cincuenta años, el rostro marcado por el tiempo y el dolor.

Sin saber muy bien por qué, Roux se acercó. Quizás era la soledad evidente del hombre. Quizás era su propia culpabilidad que lo empujaba a buscar una forma de expiación.

— ¿Admira el Louvre?

El hombre se volvió hacia él. Sus ojos expresaban una profunda tristeza, pero también un destello de desconfianza.

— Admiro y desprecio —respondió en un francés vacilante pero correcto.

— ¿Cómo así?

— Es bello. Pero es un monumento al robo. Todas esas estatuas griegas, esas pinturas italianas, esos tesoros de todas partes. Robados. Tomados. Arrancados.

Roux sintió que su corazón se encogía. Se sentó en el banco, a una distancia respetuosa.

— Es usted chino.

— Era jardinero en el Yuen-Ming-Yuen. En el Palacio de Verano. Ahora soy... nada. Un exiliado. Un hombre sin país, sin trabajo, sin futuro.

— ¿Cómo llegó a Francia?

— Con un misionero francés. El Padre Durand. Me ocultó después... después de la destrucción. Me llevó con él cuando regresó a Francia. Pensó que me salvaba. Quizás me condenó.

El hombre sacó un pañuelo y se secó los ojos.

— Perdóneme. No debería llorar ante un extraño. Pero a veces, el dolor es demasiado fuerte.

— Me llamo Henri Roux.

— Chen Wei. Encantado, señor Roux.

Permanecieron en silencio un momento, mirando el Louvre. Gaviotas gritaban sobre el Sena.

— ¿Dice que era jardinero en el Palacio de Verano?

— Sí. Era responsable de los jardines del Pabellón de los Pavos Reales. ¿Conoce?

Roux sacudió la cabeza.

— No. Yo... yo estuve allá, pero solo vi una pequeña parte del palacio.

Chen Wei lo miró atentamente.

— ¿Estuvo allá? ¿Era soldado?

— Oficial de artillería.

El hombre se puso rígido, su mano crispándose sobre su pañuelo. Roux vio el miedo y la ira pasar por su rostro.

— Era uno de ellos. Uno de los saqueadores.

— Sí.

Podría haber mentido, negado, inventarse otra historia. Pero algo en él se negaba. La verdad era todo lo que podía ofrecer ahora.

Chen Wei se levantó, como para irse. Luego se volvió a sentar suavemente.

— ¿Por qué me dice eso? ¿No tiene miedo de que lo golpee? ¿De que llame a la policía?

— ¿Qué le diría a la policía? ¿Que participé en una operación militar autorizada por los dos gobiernos? No es un crimen a los ojos de la ley francesa.

— Pero es un crimen a los ojos de la humanidad.

— Sí. Lo es.

Chen Wei lo miró largamente, intentando comprender a este extraño francés que admitía su culpabilidad.

— Cuénteme de su palacio —dijo de pronto Roux—. Hábleme de los jardines de los que se ocupaba.

— ¿Por qué? ¿Para burlarse?

— No. Para recordar. Para testimoniar. Porque yo estuve allí cuando fue destruido, y quiero al menos saber qué destruimos.

Chen Wei vaciló, luego comenzó a hablar. Primero buscando sus palabras en francés, luego cada vez más rápido, como si se hubiera roto una presa.

— El Pabellón de los Pavos Reales era uno de los más bellos del palacio. Había sido construido bajo el reinado del Emperador Qianlong, en el siglo XVIII. Los jardines alrededor del pabellón cubrían varias hectáreas. Árboles centenarios, estanques con peces dorados, caminos de piedras blancas que serpentean entre los macizos de peonías.

Hablaba con las manos, dibujando en el aire las formas del jardín desaparecido.

— Pasé años manteniendo esos jardines. Cada mañana, me levantaba antes del alba. Iba a verificar las plantas, a podar las ramas, a limpiar los estanques. Era mi mundo. Mi vida.

— ¿Era bello?

— ¿Bello? Esa palabra es demasiado débil. Era... era como estar en un sueño. Sabe, los jardines chinos no son como sus jardines franceses. En ustedes, todo es simétrico, geométrico, controlado. Nuestros jardines buscan imitar la naturaleza, pero una naturaleza idealizada, perfeccionada.

Chen Wei cerró los ojos, rememorando.

— Había un pequeño puente en lomo de asno que cruzaba el arroyo principal. Desde lo alto de ese puente, se podía ver todo el jardín. En primavera, los cerezos estaban en flor. Pétalos rosas caían sobre el agua como nieve. En verano, los lotos abrían sus flores blancas y rosas en los estanques. En otoño, los arces se volvían rojo fuego. En invierno, la nieve cubría todo con un manto blanco, y las ramas de los pinos se doblaban bajo el peso.

— ¿Quién venía a esos jardines?

— El Emperador, a veces. Las concubinas imperiales, a menudo. Letrados, artistas, monjes. Era un lugar de meditación, de poesía, de contemplación. He visto a pintores pasar días enteros intentando capturar la luz sobre los estanques. He oído a músicos tocar el guqin bajo los sauces llorones. He servido té a filósofos que discutían sobre Confucio y Lao Zi.

Volvió a abrir los ojos, y Roux vio que estaban llenos de lágrimas.

— Y luego vinieron ustedes. Los soldados extranjeros. Estaba en el jardín esa mañana. Podaba los crisantemos. Oí gritos, disparos. Vi humo.

Su voz se quebró.

— Corrí hacia el pabellón. Los soldados ya estaban allí. Franceses. Ingleses. No sé. Para mí, se parecían todos. Rompían todo. Arrancaban las colgaduras de seda. Rompían los muebles. Se peleaban entre ellos por los objetos más preciosos.

— Intenté intervenir. Grité: "¡Deténganse! ¡Es el palacio del Emperador!" Un soldado me golpeó con la culata de su fusil.

Continuar

17:29

Caí. Cuando me levanté, vi a un oficial francés —quizás usted, quién sabe— que supervisaba el saqueo. Gritaba órdenes. Los soldados sacaban los objetos y los cargaban en carretas.

Roux escuchaba, el corazón encogido. Recordaba ese día. Había efectivamente supervisado la carga de ciertas cajas. Había gritado órdenes. Había sido ese oficial.

— Pasé tres días escondido en los jardines —prosiguió Chen Wei—. Miraba el saqueo. Veía a mis colegas, los otros jardineros, los sirvientes del palacio, huir o esconderse. Algunos fueron muertos. Vi cuerpos.

— El tercer día, el humo se volvió más espeso. Los ingleses incendiaban todo.

Se volvió hacia Roux.

— ¿Me pide que le cuente de mi palacio? Ya no existe. Todo lo que queda son mis recuerdos. Y pronto, cuando muera, incluso estos recuerdos desaparecerán.

— No. No desaparecerán. Los guardaré. Los escribiré.

— ¿Para qué? Eso no devolverá el palacio.

— No. Pero al menos, alguien sabrá. Alguien testimoniará que el Palacio de Verano no era solo un conjunto de edificios llenos de objetos preciosos. Era un lugar vivo. Un lugar donde personas como usted trabajaban, creaban, mantenían la belleza.

— ¿Por qué hace esto? ¿Por qué le importa?

— Porque yo estuve allí. Porque participé. Y porque debo llevar esa responsabilidad.

Permanecieron sentados en silencio, mirando el Louvre. La luz de enero era pálida y fría.

— ¿Sabe lo que es lo más cruel? —dijo finalmente Chen Wei—. No es que hayan destruido el palacio. Es que ni siquiera comprenden lo que destruyeron. Para ustedes, era solo un palacio

enemigo. Para nosotros, era el corazón de nuestra civilización. Era siglos de arte, de cultura, de saber. Todo eso, desaparecido.

— Comprendo ahora.

— No. No comprende. No puede comprender. Habría que llevarlo allá, mostrarle lo que era el palacio antes. Pero es imposible. Porque ya no existe.

Chen Wei se levantó.

— Dijo que escribiría mis recuerdos. ¿Lo hará realmente?

— Sí.

— Escriba esto: el Yuen-Ming-Yuen era más que un palacio. Era un sueño hecho realidad. Un sueño de perfección, de belleza, de armonía. Y ustedes lo mataron. Mataron nuestro sueño.

Se alejó unos pasos.

— Hay una cosa que quisiera ver antes de morir. Los objetos. Los que se llevaron. Me dicen que están en Fontainebleau. ¿Es verdad?

— Sí. En un museo que la Emperatriz ha creado.

— Me gustaría verlos. Solo una vez. Para recordar.

— Puedo llevarlo allí. Trabajo allí. Puedo obtener una autorización.

Chen Wei vaciló, luego asintió.

— De acuerdo. ¿Cuándo?

— Dentro de unos días. Le haré llegar un mensaje. ¿Dónde se aloja?

— Con el Padre Durand. Rue du Bac. La iglesia Saint-Thomas-d'Aquin.

— Le enviaré un mensaje allí.

Chen Wei se alejó a lo largo del Sena, su cola china balanceándose en su espalda, silueta solitaria en el París invernal.

Roux permaneció en el banco, trastornado. Por primera vez, había oído la voz del otro lado. No un oficial chino, no un

mandarín, sino un simple jardinero. Un hombre que había consagrado su vida a crear belleza, y que había visto esa belleza destruida en unos días.

Sacó su diario y escribió:

"10 de enero de 1862. París. He conocido a Chen Wei, antiguo jardinero del Palacio de Verano. Me contó su trabajo, los jardines de los que se ocupaba. Al escucharlo, he comprendido algo que no había captado hasta ahora.

Pensábamos saquear un palacio enemigo. Pensábamos tomar objetos de valor. Pero hicimos mucho más que eso. Destruimos un mundo. Un mundo de belleza, de cultura, de civilización.

Chen Wei pasó veinte años manteniendo los jardines del Pabellón de los Pavos Reales. Veinte años de trabajo paciente, de cuidados diarios, de amor por su arte. Y destruimos todo en unas horas.

Dice que no puedo comprender. Tiene razón. ¿Cómo podría comprender realmente? Solo vi el palacio como un objetivo militar. Nunca vi los jardines en primavera, los cerezos en flor, los estanques con sus peces dorados. Nunca oí la música que allí se tocaba, los poemas que allí se recitaban.

Pero al menos, ahora sé que todo eso existía. Y que lo destruimos.

Lo llevaré a Fontainebleau. Verá los objetos. Quizás eso le traiga un pequeño consuelo. O quizás hará el dolor aún más agudo. No lo sé.

Todo lo que sé es que se lo debo."

Castillo de Fontainebleau, 15 de enero de 1862

Roux había obtenido una autorización especial. Esperaba a Chen Wei en la entrada del castillo. El chino llegó a finales de la mañana, acompañado del Padre Durand, un misionero lazarista que había pasado treinta años en China.

— ¿Teniente Roux? Soy el Padre Durand. Chen Wei me habló de su encuentro.

Se estrecharon la mano. El sacerdote tenía un rostro curtido por el sol chino, ojos azules penetrantes bajo cejas tupidas.

— Es muy generoso de su parte haber organizado esta visita — continuó el Padre Durand—. Chen Wei la necesita. Languidece desde que llegamos a Francia. Ver los objetos del palacio, incluso en estas circunstancias, podría ayudarlo.

Chen Wei no decía nada. Miraba el castillo con aprensión.

— Vengan —dijo Roux—. El museo está por aquí.

Atravesaron los patios del castillo. Chen Wei caminaba lentamente, como si se dirigiera a su ejecución. Cuando llegaron ante la entrada del museo chino, se detuvo en seco.

— No puedo.

— Sí, puede. Venga.

El Padre Durand tomó suavemente el brazo de Chen Wei.

— Vamos, amigo mío. Ha venido hasta aquí.

Entraron en la antecámara. Chen Wei se detuvo inmediatamente ante el trono-palanquín. Sus manos comenzaron a temblar.

— Es el de la Emperatriz viuda —murmuró—. Lo he visto cien veces. Estaba en la Sala de la Gran Audiencia.

Se acercó y, con infinita delicadeza, tocó la madera lacada con las yemas de los dedos. Luego retiró su mano como si se hubiera quemado.

— Perdón. No debería tocar.

— Está bien —dijo Roux—. Toque. Estos objetos estaban en su casa antes de estar aquí.

Pasaron al gran salón. Chen Wei se detuvo ante cada objeto, a veces murmurando palabras en chino, a veces tocando suavemente las vitrinas con las yemas de los dedos.

Ante el gran stupa tibetano, cerró los ojos.

— Estaba en el Templo de la Claridad Universal. Iba allí a meditar. Los monjes...

— Tómese su tiempo, Chen.

Ante los jarrones cloisonné, Chen Wei se agachó para estar al nivel de los objetos.

— Este estaba en el Pabellón de las Cien Flores. Recuerdo el día en que el Emperador vino a admirarlo. Dijo que los dragones parecían vivos, que casi se podía verlos moverse. Yo estaba allí. Servía el té.

Se levantó y pasó a otro jarrón.

— Ese venía del Salón de las Antigüedades. A la Emperatriz le gustaba mirarlo por la mañana, cuando el sol naciente hacía brillar los esmaltes.

Continuaron la visita. En el salón-galería, Chen Wei reconoció sederías, bronce, jades. Cada objeto desencadenaba un recuerdo, una anécdota, un fragmento de la vida cotidiana en el palacio.

Luego entraron en el gabinete de laca. Chen Wei se detuvo, sin aliento. Los quince paneles de biombos chinos que ornaban las paredes creaban una atmósfera íntima, casi sagrada.

— Estos paneles... —dijo en un susurro—. Vienen del Pabellón de la Gran Armonía. Los vi allá.

Se acercó y examinó las escenas pintadas en los paneles: paisajes de montañas, ríos, pabellones encaramados sobre acantilados, letrados contemplando la naturaleza.

— Es la obra del maestro Liang. Trabajó en estos paneles durante tres años. Asistí a su instalación. Fue hace quince años.

Ante las vitrinas que contenían los jades, Chen Wei se demoró largamente. Reconoció varias piezas, contando su historia, su procedencia, cómo se utilizaban.

Luego llegó ante la vitrina de las porcelanas restauradas. Notó inmediatamente las fisuras, las zonas faltantes.

— ¿Rotas durante el viaje?

— Una tormenta. En el océano Índico.

Chen Wei asintió lentamente, sin ira, solo con una inmensa tristeza.

— Resistieron cinco siglos en China. Unos meses con ustedes fueron suficientes.

Examinó cada porcelana restaurada, siguiendo con el dedo las fisuras visibles a través del vidrio de la vitrina.

— ¿Quién hizo esta restauración?

— El Maestro Dubois. Uno de los mejores restauradores de Francia.

— Ha trabajado bien. Ha dejado las cicatrices visibles. Es honesto.

Chen Wei se enderezó e hizo unos pasos en el gabinete.

— ¿Sabe lo que es extraño? Estos objetos están magníficamente expuestos aquí. Las vitrinas son bellas, la iluminación es perfecta, la disposición es armoniosa. Y sin embargo, no están en su casa.

Hizo un gesto abarcando toda la habitación.

— En el palacio, cada objeto tenía su lugar preciso. Esta porcelana estaba al lado de este jade, que estaba al lado de este bronce. Juntos, creaban un sentido, un equilibrio. Aquí, están solo... expuestos. Como en una tienda. Sin contexto. Sin alma.

El Padre Durand intervino suavemente.

— Pero al menos, están preservados. Al menos, la gente puede verlos, admirarlos.

— La gente puede ver los objetos. Pero no ven lo que representaban. No ven el palacio. No ven la vida que allí se desarrollaba.

Chen Wei se volvió hacia Roux.

— Le agradezco haberme traído aquí. Era importante para mí. Pero también es doloroso. Ver estos objetos fuera de su

contexto, es como... es como ver miembros de un cuerpo cortados y expuestos separadamente. Se reconoce que pertenecen a un cuerpo, pero el cuerpo mismo está muerto.

Hicieron la vuelta completa del museo una segunda vez. Chen Wei se detenía menos tiempo ahora, como si el dolor se hubiera vuelto demasiado fuerte.

En el momento de partir, se volvió una última vez en el gran salón.

— Estos objetos no les pertenecen. Pero son ahora los guardianes. Sean buenos guardianes.

— Me comprometo.

— Las promesas de los soldados...

No terminó su frase. El Padre Durand tomó su brazo y se dirigieron hacia la salida. Roux los acompañó hasta las puertas del castillo.

— Chen Wei —dijo Roux antes de que partieran—, me gustaría escribir su historia. Lo que me contó sobre los jardines, sobre su trabajo, sobre el palacio. Para que la gente sepa. Para que su testimonio sea preservado.

Chen Wei lo miró largamente.

— ¿Para qué? ¿A quién le interesará la historia de un simple jardinero chino?

— A los historiadores futuros. A la gente que querrá comprender lo que realmente pasó.

— Haga lo que quiera. Si eso puede servir para algo...

Sacó un pequeño objeto de su bolsillo. Era un guijarro de jade pulido, del tamaño de un huevo, de un verde profundo.

— Tome esto. Es todo lo que pude salvar del palacio. Lo encontré en los jardines, el día después del incendio. Guárdelo. En memoria de los jardines desaparecidos.

Roux tomó el jade con precaución. Era liso, cálido al tacto, de una belleza simple y pura.

— No puedo aceptar...

— Sí. Tómelo. Es ahora el guardián. Como es el guardián de todo lo que está en este museo.

Chen Wei y el Padre Durand se alejaron. Roux los vio partir, luego miró el jade en su mano.

Volvió a entrar en el castillo y subió a la habitación que le servía de despacho temporal. Tomó su diario y escribió, largamente, todo lo que Chen Wei le había contado. Los jardines del Pabellón de los Pavos Reales. Los cerezos en flor. Los estanques con peces dorados. El pequeño puente en lomo de asno. Los letrados que venían a meditar. Los músicos que tocaban bajo los sauces. Los pintores que pasaban días capturando la luz.

Escribió hasta que su mano estuvo agarrotada, hasta que las velas se habían consumido hasta el final. Y cuando terminó, puso el jade al lado de su diario.

"15 de enero de 1862. Fontainebleau. Chen Wei vino a ver los objetos hoy. Los reconoció, cada uno de ellos. Contó su historia, su emplazamiento en el palacio, cómo se utilizaban.

Al escucharlo, he comprendido algo fundamental. Estos objetos no son solo obras de arte. Son fragmentos de un mundo desaparecido. Un mundo que destruimos.

Chen Wei dijo que no están en su casa aquí. Tiene razón. Nunca lo estarán. No importa la belleza del museo, la calidad de la exposición, estos objetos permanecerán exiliados.

Me dio un jade. Un simple guijarro pulido. Dice que es todo lo que pudo salvar de los jardines. Este pequeño jade sin valor comercial es quizás el objeto más precioso de todos. Porque lleva en él los recuerdos de un hombre, los recuerdos de una vida consagrada a crear belleza.

Lo guardaré siempre. Para recordar. Para no olvidar nunca lo que destruimos."

El 18 de marzo de 1862, todo estaba terminado

Eugénie hizo una última inspección en compañía de Roux.

Caminaron a través de las cuatro salas, admirando el resultado. Era magnífico. El museo chino era una joya, un cofre digno de los tesoros que contenía.

En el gabinete de laca, Eugénie se detuvo ante la vitrina que contenía las porcelanas restauradas. Las fracturas eran visibles, como cicatrices. Las partes faltantes permanecían vacías.

— Tenía razón en rechazar las falsificaciones. Estas cicatrices son importantes. Nos recuerdan la fragilidad. Y quizás también nuestra responsabilidad.

Se volvió hacia él.

— Su misión ha terminado. Ha acompañado estos objetos hasta aquí. Ha velado por ellos, protegido lo que podía serlo. Se lo agradezco.

— Solo era mi deber.

— Su deber habría sido únicamente transportarlos. Hizo más. Testimonió. Dijo la verdad, incluso cuando era incómoda. Guarde su diario. Guárdelo preciosamente. Un día, quizás dentro de mucho tiempo, alguien querrá saber lo que realmente pasó.

— Lo guardaré.

— Bien. Es libre ahora. Vuelva a su regimiento. Retome su vida. Roux saludó y se dirigió hacia la salida. En el umbral, se volvió una última vez. Eugénie había permanecido ante la vitrina de las porcelanas rotas, inmóvil, contemplativa.

Salió del castillo y caminó por los jardines. Era un bello día de finales de invierno. Los primeros brotes aparecían en los árboles. Pensó en Chen Wei, en los jardines del Pabellón de los Pavos Reales que nunca reverdecerían.

Pensó en el viaje que había hecho. De Pekín a Fontainebleau. De China a Francia. Un viaje de varios meses, atravesando océanos, enfrentando tormentas.

Pensó en el capitán Morand, con sus dudas y sus preguntas. En el cónsul de Montigny, con sus advertencias proféticas. En la Emperatriz Eugénie, atrapada entre sus escrúpulos y sus deberes. En Chen Wei, jardinero sin jardín.

Y pensó en los chinos. En su humillación. En su ira. En su deseo de justicia que vendría un día, como Montigny lo había predicho. Sacó su diario y se sentó en un banco. El jade que Chen Wei le había dado estaba en su bolsillo. Lo sacó, teniéndolo en su palma, sintiendo su superficie lisa y cálida. Luego escribió una última entrada.

"18 de marzo de 1862. Fontainebleau. El museo chino está terminado. Los objetos saqueados del palacio han encontrado su nueva morada. Son sublimes. Pero no están en su casa.

La Emperatriz piensa que los preserva. Pero no puede borrar el hecho de que fueron robados. Que los arrancamos.

No sé lo que la Historia dirá de nosotros. Quizás nos condenará. Quizás nos comprenderá. O quizás simplemente nos olvidará.

Pero estos objetos permanecerán. En este museo. Testigos silenciosos de un crimen. Testigos silenciosos de una época en que pensábamos que nuestra superioridad nos daba todos los derechos."

Cerró su diario y lo guardó. Luego se levantó y salió de Fontainebleau.

Detrás de él, en el castillo, las sesenta y siete cajas habían entregado sus secretos. Los objetos brillaban en sus vitrinas, admirados, protegidos.

Y esperaban.

Esperaban el día en que pudieran volver a casa.

Castillo de Fontainebleau, 3 de enero de 1863

La primera visita guiada pública del museo chino había atraído a una multitud considerable. Aristócratas, artistas, sabios, curiosos

se habían apretujado en las salas, admirando los tesoros expuestos.

Entre ellos se encontraba un joven pintor llamado Jules Armand. Deambulaba, cuaderno de bocetos en mano, deteniéndose ante cada objeto. Su amigo y mentor, el célebre crítico de arte Théophile Gautier, lo acompañaba.

— Estos colores —murmuraba Armand esbozando un jarrón cloisonné—. Mire estos azules, Théophile. Son azules que no sabemos reproducir en Francia.

Gautier observaba el jarrón.

— Es esmalte. Una técnica china milenaria.

— Extraordinario. Y este dragón... la precisión del dibujo...

Pasaron al gabinete de laca donde los jades estaban expuestos. Gautier se detuvo ante una escultura que representaba un dragón en jade verde.

— He aquí algo interesante. Este jade viene probablemente de Xinjiang. ¿Ve esta translucidez? Es la marca del jade de la mejor calidad.

Otro visitante, un hombre de mediana edad con gafas, se acercó a ellos. Era Ernest Renan, el filósofo e historiador.

— Señores, permítanme presentarme. Ernest Renan. Los he oído hablar de estos objetos con mucho conocimiento.

— Théophile Gautier, crítico de arte. Y este es mi amigo Jules Armand, pintor.

— Encantado. ¿Qué piensan de esta colección?

Gautier vaciló.

— Es soberbia. Innegablemente. Pero no puedo evitar pensar en las circunstancias de su adquisición.

— Ah. ¿Usted también está perturbado por el origen de estos tesoros?

— ¿No está perturbado usted, señor?

— Sí, por supuesto. Pero soy historiador. He estudiado las conquistas, los saqueos, las expoliaciones a través de las edades. Y puedo decirle una cosa: lo que hemos hecho en China no es diferente de lo que los romanos hicieron a los griegos, o de lo que los cruzados hicieron a los bizantinos.

— ¿Eso hace la cosa más aceptable?

— No. Pero es la realidad. La civilización siempre se ha construido sobre el saqueo. Cada gran nación ha construido sus museos con los despojos de las naciones vencidas.

— Es una visión muy cínica, señor Renan.

— Quizás. O quizás únicamente realista.

Continuaron su visita en silencio. En el gran salón, una dama elegante se extasiaba ante el gran stupa tibetano.

— Es la condesa de Montijo —susurró Armand—. La madre de la Emperatriz.

La condesa hablaba con animación a una joven que la acompañaba.

— Mi hija ha creado algo maravilloso aquí. Un verdadero museo digno de las más grandes colecciones europeas.

— Ciertamente, señora condesa. Pero ¿no es verdad que estos objetos provienen del palacio que fue... destruido?

El rostro de la condesa se ensombreció.

— Incendiado por los ingleses, querida. No por nosotros. Nosotros, salvamos estos objetos de la destrucción. Sin la iniciativa de mi hija, habrían sido perdidos para siempre.

— Ya veo, señora.

— Estos objetos están ahora seguros. Serán estudiados, admirados, preservados para las generaciones futuras. ¿No es eso lo más importante?

Armand y sus compañeros se alejaron discretamente. En la antecámara, se toparon con un grupo de oficiales en uniforme que examinaban el trono-palanquín.

— Yo estuve allá —decía uno de ellos, un coronel de artillería—. Participé en la batalla de Palikao. Aplastamos a los chinos ese día. Una victoria gloriosa.

— ¿Y el palacio?

— Magnífico. Pero también decadente. Riquezas amontonadas mientras su pueblo moría de hambre. Les hicimos un favor tomándoselo todo.

— ¿Un favor? —repitió una voz femenina.

Se volvieron. Una mujer, vestida sobriamente de negro, los observaba. Su rostro era severo.

— ¿Y quién es usted, señora, para cuestionar mi palabra?

— Soy Madame Pauline Jaricot, fundadora de la Obra de la Propagación de la Fe. He consagrado mi vida a las misiones en Oriente. Y puedo asegurarle, coronel, que saquear un palacio no es hacer un favor.

— Señora, estábamos en guerra...

— La guerra no justifica todo. He leído los informes de nuestros misioneros en China. Describen escenas espantosas.

— ¡Los ingleses incendiaron el palacio, no nosotros!

— Pero ustedes lo saquearon. Vacieron sus tesoros. Son cómplices.

El rostro del coronel se puso rojo.

— Señora, le ruego que vigile sus palabras.

— Solo constato hechos. Estos objetos fueron expoliados.

Los otros visitantes se habían detenido para escuchar el intercambio. Gautier intervino.

— Madame Jaricot tiene razón en plantear estas preguntas. Son legítimas. Y creo que todos debemos planteárnoslas. El arte es precioso, ciertamente. ¿Pero a qué precio lo adquirimos?

— Al precio de la victoria, señor. Es la ley de la guerra.

— Quizás es tiempo de cambiar esa ley.

El coronel dio media vuelta y salió de la sala con sus oficiales. Madame Jaricot suspiró.

— No quieren comprender. Prefieren esconderse detrás de la gloria militar antes que enfrentar la verdad moral.

— Muchos hacen lo mismo, señora.

— ¿Qué propone? ¿Que devolvamos todo a China?

— Sería el acto justo, sí. Pero sé que es imposible. La Emperatriz nunca renunciará a su museo. Al menos, deberíamos decir de dónde vienen estos objetos. No embellecer la historia.

— Los carteles son muy discretos sobre este punto —observó Gautier.

Salieron del museo. En las escaleras del castillo, intercambiaron sus impresiones finales.

— Es perturbador —dijo Armand—. Por un lado, estos objetos son excepcionales. Quisiera pasar horas estudiándolos. Pero por otro lado, no puedo olvidar que fueron robados.

— Es el dilema de nuestra época —respondió Renan—. Queremos disfrutar de los frutos de la conquista sin asumir las consecuencias morales.

— ¿Y usted, señor Gautier? ¿Qué va a escribir?

Gautier reflexionó.

— Voy a escribir que esta colección es grandiosa. Que los objetos son de una calidad inigualable. Que el museo está admirablemente organizado. Pero también voy a mencionar su procedencia. Voy a recordar que vienen del palacio. Y dejaré que mis lectores saquen sus propias conclusiones.

— Es un compromiso.

— Sí. Pero es lo mejor que puedo hacer.

Ministerio de Asuntos Exteriores, París, 10 de febrero de 1863

El ministro de Asuntos Exteriores, Édouard Thouvenel, recibió en su despacho a un visitante inesperado. Pin Chun, un diplomático chino en misión secreta en Europa, había llegado la víspera a París.

Pin Chun era un hombre de rostro grave. Llevaba una larga túnica de seda oscura y un sombrero de mandarín. Su francés era perfecto.

— Señor ministro, le agradezco recibirme.

— Señor Pin, su visita me sorprende. El gobierno chino no nos ha informado de su misión.

— Mi misión es no oficial. Estoy aquí a título personal. Por un asunto delicado.

Thouvenel frunció el ceño.

— ¿De qué naturaleza?

Pin Chun tomó una profunda respiración.

— El palacio. Y los objetos que fueron... retirados.

— Señor Pin, estos objetos fueron adquiridos legalmente según las leyes de la guerra. El tratado de Pekín...

— El tratado de Pekín no menciona estos objetos. Habla de indemnizaciones, de puertos, de derechos comerciales. Pero no de los tesoros imperiales.

Thouvenel guardó silencio. Pin Chun tenía razón, técnicamente.

— Estos objetos estaban en el palacio cuando nuestras tropas lo ocuparon. Según los usos de la guerra, correspondían a los vencedores.

— ¿Es un uso de la guerra saquear museos? ¿Quemar bibliotecas?

— ¿Qué quiere, señor Pin?

— La devolución de los objetos. Todos. Los que están en Fontainebleau, los que están en colecciones privadas. Todos.

— Es imposible.

— ¿Por qué? ¿Porque su Emperatriz no quiere renunciar a su museo?

— Porque estos objetos pertenecen ahora a Francia. Forman parte del patrimonio nacional.

Pin Chun se levantó, temblando de ira contenida.

— ¿Patrimonio nacional? ¡Estos objetos son el patrimonio de China! ¿Cómo se atreve a reivindicarlos?

— Señor Pin, comprendo su emoción...

— ¡No! ¡No comprende!

Pin Chun tomó unos momentos para calmarse.

— Imaginen que ejércitos chinos vinieran a París. Que ocuparan el Louvre. Que se llevaran la Venus de Milo, la Victoria de Samotracia. Que incendiaran el palacio. Y luego, que expusieran estos tesoros en Pekín. ¿Cómo se sentiría?

La analogía era perturbadora.

— Tendría vergüenza. Exigiría reparación. ¿No es así?

— La situación es diferente...

— ¿En qué? ¿Porque somos chinos? ¿Porque nos consideran inferiores?

— ¡No! No es una cuestión de raza...

— ¿Es una cuestión de fuerza? ¿Son más fuertes, entonces pueden tomar lo que nos pertenece?

Thouvenel volvió a sentarse.

— Seamos realistas. El gobierno francés no devolverá estos objetos. La Emperatriz nunca renunciará.

— Seguirá siendo una ladrona. Y Francia seguirá siendo cómplice de un crimen.

— Cuidado con sus palabras. Insulta a la Emperatriz.

— No la insulto. Constató un hecho.

Thouvenel tamboriló nerviosamente con los dedos.

— Incluso si quisiera ayudarlo, no podría. Haría falta el acuerdo del Emperador. Y de la Emperatriz.

— Entonces, pídaselo. En nombre de la justicia.

— No comprende. La política no funciona así...

— Comprendo perfectamente. La política es más importante que la moral.

Se dirigió hacia la puerta, luego se volvió.

— Voy a decirle algo, señor ministro. China no olvidará nunca. Quizás seamos débiles ahora. Pero la Historia es larga. Un día, seremos de nuevo fuertes. Y ese día, exigiremos reparación.

— ¿Es una amenaza?

— No. Es una promesa. Estos objetos volverán a China. Quizás no en vida mía. Pero volverán. Porque la justicia siempre termina por triunfar.

Abrió la puerta.

— Adiós, señor ministro. Espero que reflexione sobre mis palabras.

Después de su partida, Thouvenel permaneció sentado, perturbado. Pin Chun tenía razón en un punto: estos objetos habían sido robados. La legalidad de su adquisición no cambiaba esa realidad.

Castillo de Fontainebleau, 1 de abril de 1863

Henri Roux no había vuelto a Fontainebleau desde hacía más de un año. Había recibido una carta de la Emperatriz invitándolo a venir a ver los nuevos carteles del museo.

Entró en las salas que conocía tan bien. Lo que atrajo inmediatamente su atención fueron los nuevos carteles, mucho más detallados.

"Jarrón cloisonné, dinastía Qing, época Qianlong (siglo XVIII). Procedente del Palacio de Verano (Yuen-Ming-Yuen), Pekín. El Palacio de Verano, residencia de verano de los emperadores de China, fue destruido durante la Segunda Guerra del Opio en 1860. Este objeto forma parte de las colecciones salvadas de la destrucción y ofrecidas a Su Majestad la Emperatriz Eugénie por el ejército de Oriente."

Roux releyó el cartel. "Salvadas de la destrucción." Una manera hábil de presentar las cosas. No exactamente una mentira, pero no exactamente la verdad tampoco.

— ¿Teniente Roux?

Se volvió. La Emperatriz estaba detrás de él, sola. Llevaba un vestido simple de terciopelo burdeos.

— Majestad. No la había visto.

— Me gusta venir aquí a veces, sola. ¿Qué piensa de los nuevos carteles?

— Son... más detallados que antes.

— Pero no lo suficientemente honestos, ¿verdad?

— No he dicho eso.

— No, pero lo piensa. Lo veo.

Eugénie se acercó a las porcelanas restauradas.

— Estas cicatrices. Pidió al restaurador que no las ocultara. ¿Por qué?

— Porque forman parte de la historia de estos objetos. Ocultarlas habría sido mentir.

— ¿Y los carteles? ¿No son una forma de mentira por omisión?

— Creo que dicen una parte de la verdad. No toda la verdad, pero una parte. Es un compromiso.

— Un compromiso. Sí. Es exactamente lo que es.

Se volvió hacia él.

— Llevó su diario, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Y qué escribió sobre mí?

Roux sintió un escalofrío recorrerlo.

— Escribí que Majestad estaba atrapada entre sus deberes y su conciencia. Que buscaba hacer lo que era justo, incluso si lo justo no siempre estaba claro.

Eugénie tuvo una sonrisa triste.

— Es generoso. Temo que Victor Hugo tenga una visión menos caritativa.

— Victor Hugo no estuvo allí. Juzga de lejos.

— ¿Pero no tiene razón? ¿No es robo?

— Sí.

— Y sin embargo, me ayudó a crear este museo. ¿Por qué?

— Porque los objetos existían. Porque no podían volver a China. Porque era mejor preservarlos aquí que dejarlos perderse. Pero eso no hace el acto inicial menos reprochable.

Eugénie asintió.

— ¿Sabe lo que dijo el diplomático chino, Pin Chun?

— No.

— Que China nunca olvidaría. Que incluso si tardara cien años, doscientos años, exigiría justicia.

— ¿Cree que tiene razón?

— Sí. La Historia es larga. Más larga que nuestras vidas. Más larga que nuestros imperios. Y tiene una memoria implacable.

— Conserve su diario.

— Lo haré.

— ¿Y teniente? Gracias. Por su honestidad. Es raro.

Salió de la sala, dejando a Roux solo.

Sacó su diario y escribió una última nota.

"1 de abril de 1863. Fontainebleau. He vuelto al museo chino hoy. Los nuevos carteles son mejores, pero aún incompletos. Dicen una parte de la verdad, no toda.

He hablado con la Emperatriz. Sabe que estos objetos fueron robados. Lo sabe y lleva el peso. Pero no puede devolverlos. La política, el prestigio, el orgullo imperial... todo se lo impide.

Entonces hace un compromiso. Crea un museo. Cambia los carteles. ¿Es suficiente? No. Pero es lo mejor que puede hacer."

Cerró su diario.

En sus vitrinas, los objetos continuaban brillando. Bellos. Preciosos. Robados.

EPÍLOGO

Los cuadernos de An Dehai sobrevivieron. Primero ocultos en el monasterio de Wofo, luego dispersados en diversas bibliotecas durante los trastornos del siglo XX, fueron finalmente reunidos y publicados en 1985. Su valor histórico era inestimable: ofrecían una de las raras descripciones detalladas del Palacio de Verano antes de su destrucción, vistas desde el interior, por alguien que conocía íntimamente cada rincón.

El diario de Henri Roux, legado a sus descendientes, solo fue publicado en 1932. La edición suscitó un debate nacional en Francia sobre el colonialismo y la restitución de obras de arte. Algunos elogiaron a Roux por su honestidad; otros lo acusaron de traición hacia el ejército francés. El jade que Chen Wei le había dado fue legado al Museo Guimet con una nota explicativa. Aún está allí hoy, en una pequeña vitrina con la inscripción: "Guijarro de jade del Palacio de Verano, donado por Chen Wei, jardinero, a Henri Roux, 1862."

Auguste Morand terminó su carrera como vicealmirante. Siempre se negó a hablar públicamente del Palacio de Verano, pero en una carta privada a su hijo en 1875, encontrada en los

archivos familiares, escribió: "He obedecido órdenes toda mi vida. Una sola vez, debería haber desobedecido. Fue en octubre de 1860."

El coronel Dumas hizo una brillante carrera bajo la Tercera República. Interrogado en 1890 por un periodista sobre el asunto del Palacio de Verano, respondió simplemente: "Era la guerra. En la guerra, no se hacen sentimentalismos."

Murió en 1895 sin expresar nunca el menor remordimiento.

Chen Wei vivió otros quince años en París, empleado como jardinero en diferentes parques de la ciudad. Murió en 1877, solo en una pequeña habitación de Montmartre. El Padre Durand, que lo asistió hasta el final, relató que sus últimas palabras fueron: "Los jardines... quiero ver los jardines..."

El general Cousin de Montauban, convertido en conde de Palikao, defendió siempre sus acciones en China. Nombrado ministro de la Guerra en 1870, fue considerado responsable de la debacle de Sedán y terminó su vida en la oscuridad. En sus memorias, publicadas póstumamente, consagró menos de tres páginas a la expedición de China, sin mencionar nunca el saqueo.

Victor Hugo continuó sus críticas. Su carta abierta sobre el saqueo del Palacio de Verano, publicada en varios periódicos europeos, se convirtió en uno de los textos fundadores de la reflexión sobre el saqueo cultural en tiempo de guerra. Aún se cita hoy en los debates sobre la restitución.

La Emperatriz Eugénie conservó su museo chino hasta la caída del Segundo Imperio en 1870. Exiliada en Inglaterra después de la derrota francesa, intentó sin éxito hacer transferir los objetos a su residencia de Farnborough. Permanecieron en Fontainebleau. En su diario íntimo, descubierto después de su muerte en 1920, vuelve obsesivamente sobre el museo chino, expresando dudas cada vez más profundas sobre la legitimidad de su colección.

El museo chino de Fontainebleau existe todavía. Los carteles han sido modificados en varias ocasiones. En 1920, se añadió una mención de las "circunstancias trágicas" de la adquisición. En 1960, con ocasión del centenario, se instaló una placa conmemorativa, reconociendo el "saqueo" y expresando "lamentos". A partir de 2020, los carteles mencionan explícitamente: "Estos objetos provienen del saqueo del Palacio de Verano por las tropas franco-británicas en octubre de 1860."

En 1900, durante la Revuelta de los Bóxers, el Yuen-Ming-Yuen (o lo que había sido parcialmente reconstruido) fue de nuevo saqueado y destruido. Las ruinas que se ven hoy en Pekín son principalmente las dejadas por el incendio de 1860. El gobierno chino ha elegido conservarlas en su estado, como monumento conmemorativo del "siglo de humillación".

En los años 1980, China comenzó oficialmente a reclamar la restitución de los objetos saqueados. En 2009, durante una subasta en París, dos cabezas de bronce del zodiaco chino procedentes del Palacio de Verano fueron propuestas. China protestó violentamente. Un hombre de negocios chino las compró por 28 millones de euros y se negó a pagar, creando un incidente diplomático mayor. Las cabezas fueron finalmente restituidas en 2013.

Desde entonces, varios objetos han sido restituidos, por instituciones o coleccionistas privados. Pero la abrumadora mayoría permanece en Francia, en Inglaterra y en otros países. El British Museum por sí solo posee cerca de 23,000 objetos chinos, muchos de los cuales provienen del Palacio de Verano.

Las porcelanas restauradas por el Maestro Dubois aún están en Fontainebleau. Sus fisuras se han convertido, con el tiempo, en el símbolo de esta historia rota. Estudiantes de arte de varias universidades chinas han venido a estudiarlas, fascinados por esta "restauración honesta" que se niega a ocultar el traumatismo.

En 2015, un proyecto de reconstrucción numérica del Palacio de Verano fue lanzado por investigadores chinos y franceses.

Utilizando las descripciones de An Dehai, las notas de Roux, los dibujos de Wirgman y las fotografías de Disdéri, lograron reconstituir virtualmente una gran parte del palacio. El resultado fue presentado simultáneamente en Pekín y en París en 2018. La emoción fue inmensa de ambos lados. Para muchos chinos, era la primera vez que podían "ver" el Yuen-Ming-Yuen antes de su destrucción.

En 2023, una delegación de estudiantes chinos visitó el museo de Fontainebleau en el marco de un programa de intercambios culturales. Uno de ellos, mirando las porcelanas restauradas con sus fisuras visibles, murmuró en mandarín (traducido luego por el intérprete): "Al menos, no mintieron sobre las roturas."

Otro añadió: "Conservaron las cicatrices."

Era, quizás, un comienzo. No una reconciliación —el trauma era demasiado profundo para eso. No un perdón— ¿cómo perdonar la destrucción de un tesoro cultural irremplazable? Pero un reconocimiento mutuo de lo que había pasado. Una aceptación de que la historia no podía ser reescrita, solo comprendida.

El debate sobre la restitución continúa. En Francia, divide. Algunos piensan que los objetos deben permanecer en Fontainebleau, donde están preservados y accesibles al público. Otros estiman que el único acto moral es la restitución completa a China. Otros más proponen compromisos: préstamos a largo plazo, copropiedad de las obras, museos compartidos.

En China, el Palacio de Verano se ha convertido en un símbolo nacional. Cada 18 de octubre, fecha del incendio de 1860, se realizan conmemoraciones en el sitio de las ruinas. Escolares vienen a depositar flores. Oradores recuerdan los "cien años de humillación" y el renacimiento de China.

"No olviden nunca" había escrito An Dehai en su último cuaderno.

China no ha olvidado. Los objetos del museo de Fontainebleau, incluso preservados, incluso admirados, permanecen como

símbolos de una herida no cicatrizada. Plantean preguntas que sobrepasan la simple cuestión de propiedad: ¿Quién decide lo que pertenece al "patrimonio de la humanidad"? ¿Los vencedores tienen derecho a redefinir la cultura de los vencidos? ¿La preservación puede justificar el robo inicial?

Henri Roux había escrito en su diario: "Estos objetos no nos pertenecen. Pero somos ahora los guardianes."

Ciento sesenta años más tarde, esta frase resuena diferentemente. ¿Los guardianes pueden convertirse en propietarios legítimos simplemente por el paso del tiempo? ¿O la responsabilidad de la guarda incluye, en última instancia, la de la restitución?

La Historia aún no ha decidido. Quizás nunca lo hará completamente. Pero una cosa es cierta: los objetos del museo chino de Fontainebleau no son simples obras de arte. Son testigos. Testigos de lo que pasó en octubre de 1860. Testigos de la arrogancia imperial. Testigos de la violencia cultural.

Y continúan esperando, en sus vitrinas doradas, bajo las luces tamisadas del castillo.

Esperan que se haga justicia. De una manera u otra. Algún día.